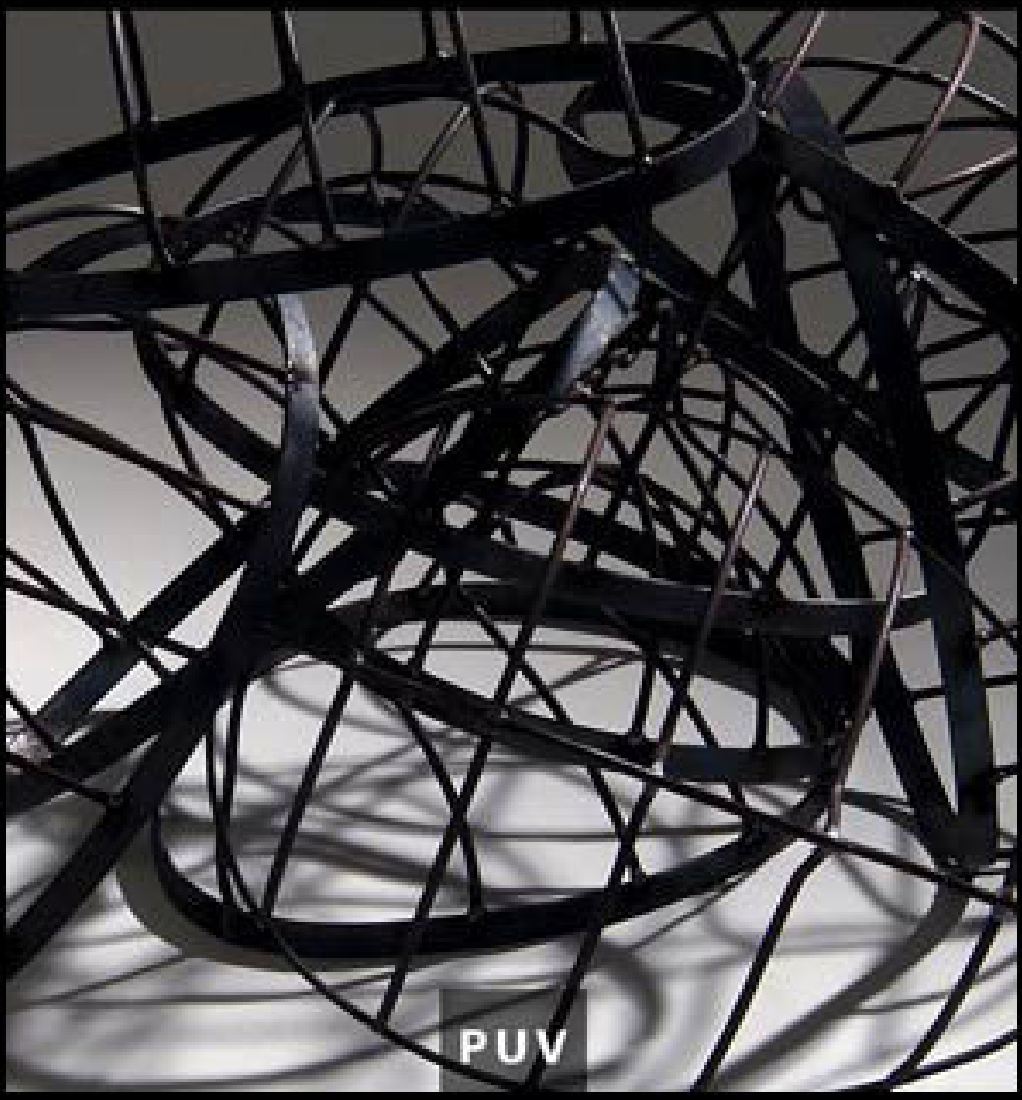
Jaume Aurell

LA ESCRITURA DE LA MEMORIA

De los positivismos a los postmodernismos



LA ESCRITURA DE LA MEMORIA

DE LOS POSITIVISMOS
A LOS POSTMODERNISMOS

Jaume Aurell

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
2005

© Jaume Aurell Cardona, 2005
© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2005
© De la imagen de la cubierta: Damià Díaz

Publicacions de la Universitat de València
http://puv.uv.es
publicacions@uv.es

Fotocomposición y maquetación: Lluís Palàcios
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-370-6043-9
Depósito legal: V-565-2005

Impresión: Publidisa

El sentido que se atribuye a las cosas al mirarlas
es lo que incita oscuramente a la memoria
a seleccionarlas para luego

Carmen Martín Gaite
(Anotación del 29 de julio de 1979)

No recordamos las cosas
porque ellas nos hayan interesado,
sino que nos interesan
por el recuerdo que ya tenemos de ellas

Eugeni d'Ors

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 11

INTRODUCCIÓN – La función de la historiografía 13

I. DE ENTRESIGLOS A ENTREGUERRAS: EL AGOTAMIENTO DE POSITIVISMOS E HISTORICISMOS 23
Las estrategias disciplinares: la historia y las ciencias sociales 26
La eclosión de la sociología 31
La efímera revitalización de los historicismos 38

II. LA HORA DE LA DISCIPLINA HISTÓRICA: LOS ANNALES 51
Revista histórica, corriente generacional y escuela nacional 52
Los fundamentos sociológicos de los Annales 56
Los fundadores: Lucien Febvre y Marc Bloch 59

III. LA DICTADURA DEL PARADIGMA DE POSGUERRA 67
El estructuralismo histórico francés 70
La escuela marxista británica 75
Las grandes monografías: la tierra, los hombres y las estadísticas 80

IV. LA TRANSICIÓN DE LOS SETENTA: DE LAS ECONOMÍAS A LAS MENTALIDADES 87
La agonía de los modelos de posguerra 90
La tercera generación de los Annales: los imaginarios y las mentalidades 97
La ciencia social histórica en Alemania: la escuela de Bielefeld 105

V. EL POSTMODERNISMO Y LA PRIORIDAD DEL LENGUAJE 113
El desencadenamiento del postmodernismo 113
La reapertura del diálogo disciplinar: el giro antropológico 117
El influjo del *linguistic turn* en la historiografía 120

VI. EL GIRO NARRATIVO 131
El redescubrimiento del relato 132
El viraje metodológico: del análisis a la narración 139
Itinerarios de los narrativistas 143

VII. LA CONMOCIÓN DE LOS OCHENTA 149
La *crisis* de la disciplina histórica 150
El legado de los Annales 154
El declive de las escuelas nacionales 155

VIII. LAS *NUEVAS* NUEVAS HISTORIAS 159
El sentido de lo *nuevo* en la historiografía 159
La dinámica del poder: la nueva historia política 164
El opio vencido: la centralidad de lo religioso 169

IX. EL GIRO CULTURAL 177
La nueva historia cultural 179
Relatos microhistóricos 183
Símbolos, lenguajes y sociedades 192

EPÍLOGO – El recurso a las terceras vías 199
Entre la tradición y la renovación 200
Referencialidad y representación 202
Más allá de los giros lingüísticos y culturales 206

ANEXO 1 – *Historiadores y tendencias del siglo veinte* 213

ANEXO 2 – *Selección de obras históricas del siglo veinte* 217

BIBLIOGRAFÍA 221

ÍNDICES 245

AGRADECIMIENTOS

Este libro tiene su origen en la estancia de investigación que desarrollé en la Universidad de California en Berkeley en 1999, invitado cortésmente por el Prof. Milton Azevedo. Allí me familiaricé con la bibliografía relacionada con la historiografía contemporánea. Quiero agradecer especialmente la buena acogida y las atenciones que tuvieron conmigo algunos colegas norteamericanos durante mi estancia en ese país, que me facilitaron también la comprensión de algunos de los fenómenos historiográficos más recientes: Anthony Adamthwaite (Berkeley), Thomas N. Bisson (Harvard), Paul Freedman (Yale), Philippe Buc (Stanford), Anthony Grafton (Princeton), Stephen Jaeger (Illinois-Urbana), Adam J. Kosto (Columbia), Kathryn A. Miller (Stanford), Teófilo F. Ruiz (UCLA) y Gabrielle M. Spiegel (Johns Hopkins).

Ya en Europa, tuve la oportunidad de visitar la Universidad de Cambridge, gracias a la acogida de los Profs. David Abulafia y Joan Pau Rubiés, actualmente profesor de la London School of Economics. Allí pude conocer de primera mano la tradición historiográfica británica y completar algunas de las ideas acerca de su influjo.

El conocimiento de la historiografía francesa me llegó a través de Martin Aurell, de la Universidad de Poitiers. A él vaya uno de los principales agradecimientos de este libro, por su continuo aliento y por las asiduas conversaciones historiográficas que hemos mantenido durante estos últimos años. En una larga estancia en París pude también conversar con Xavier Guerra, recientemente fallecido, que con su habitual perspicacia, espíritu crítico, sentido del humor y buenas dosis de método socrático, consiguió enderezar alguna de las ideas superficiales con las que en ocasiones me había contentado.

Ignacio Olábarri y José Enrique Ruiz-Doměnec han seguido con atención la elaboración de este texto y sus sugerencias me han acompañado a lo largo de todo el proceso de su construcción. Un especial agradecimiento va dirigido a mis colegas de la Universidad de Navarra que, en la fase final de la redacción, se avinieron generosamente a repasar las diferentes versiones de la obra, que nunca acababan de ser definitivas: María Ángeles Artázcoz, Vicente Balaguer, Mónica Codina y José Luis Illanes.

No quiero dejar de reseñar algunos de los colegas con los que he mantenido vivas conversaciones sobre la situación de la historiografía actual, que de un modo u otro han quedado reflejadas en el texto final: James Amelang, Franco Cardini, Jordi Casassas, Francisco Javier Caspistegui, Agustí Colomines, Rocío Davis, Onésimo Díaz, Álvaro Ferrary, Agustín González Enciso, Elena Hernández Sandoica, María Morrás, Julia Pavón, Pablo Pérez López, Alfons Puigarnau, Enric Pujol, Gonzalo Redondo, Federico Requena, Antoni Riera, Flocel Sabaté, Fernando Sánchez Marcos, Jaume Sobrequés, Jesús M. Usunáriz y Pablo Vázquez.

Quienes nos beneficiamos de los servicios de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra somos conscientes de que difícilmente se puede encontrar un ámbito mejor para desarrollar nuestras investigaciones en el ámbito de las ciencias sociales, tanto por la calidad de su fondo documental como por la racionalidad de su funcionamiento y la profesionalidad de quienes la sacan adelante día a día.

Por fin, guardo una especial deuda de gratitud con Antoni Furió y Pedro Ruiz Torres, quienes han posibilitado, con su confianza, la publicación de este trabajo.

INTRODUCCIÓN
LA FUNCIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA

Este libro pretende analizar el discurso histórico del siglo veinte, siguiendo el hilo conductor de la escritura de la memoria. Los hombres no sólo viven, sino que se acuerdan de lo vivido y, con no poca frecuencia, tienen el atrevimiento de pasar de la memoria a la escritura. La sociedad entrega a los historiadores esa tarea y ellos se convierten en los fiadores de la memoria. La profesión histórica se convierte así en algo más que una profesión, porque encierra un compromiso personal y una proyección social nada despreciable. De este modo, los historiadores se constituyen en los "guardianes de la memoria", en una expresión que puede tener una connotación negativa pero que en la mayoría de los casos simplemente expresa una realidad[1].

El autor de este trabajo parte de la convicción de que se puede hacer una verdadera historia intelectual a través de los textos históricos. Ellos reflejan con extraordinaria claridad los contextos intelectuales e ideológicos de la época en que fueron articulados, con independencia de los datos que proporcionan del objeto que analizan. El *Federico II* de Ernst Kantorowicz, publicado en los años veinte, respondía al ambiente de una Alemania resentida y sedienta de caudillajes firmes[2]. La elección de la figura del soberbio emperador medieval era un reflejo de las inquietudes de la Alemania de los años veinte y treinta. Cuando la obra se reeditó en Alemania durante los años sesenta, el mismo autor se apresuró a mostrar su incomodidad, declarando que la obra debía ser revisada en su totalidad: los dramáticos acontecimientos desencadenados en Alemania durante los años cuarenta y su estancia en Estados Unidos durante los cincuenta habían transformado radicalmente sus convicciones intelectuales, ideológicas y políticas y, por tanto, su visión de la historia.

[1] Una expresión similar es utilizada, en su acepción menos positiva, por Ignacio Peiró Martín, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1994.

[2] Ernst Kantorowicz, *Kaiser Friedrich der Zweite*, Berlin, 1927. Ver David Abulafia, "Kantorowicz, Frederick II and England", en Robert L. Benson y Johannes Fried, eds., *Ernst Kantorowicz: Erträge der Doppeltagung Institute for Advanced Study*, Stuttgart, 1997, pp. 124-143.

Los ojos del historiador se mueven siempre a dos niveles. Por un lado, son testigos directos de su mundo, están insertos en un contexto determinado, sufren las consecuencias de unos acontecimientos. Por otro lado, son capaces de trascender ese ámbito inmediato que les envuelve y tomar distancia, actuando como testigos activos más que como sujetos pacientes. Eso es lo que se trasluce de las dramáticas páginas autobiográficas de Marc Bloch sobre la Segunda Guerra Mundial, poco antes de ser fusilado en 1944 por los nazis, a causa de su actividad clandestina en la resistencia francesa[3]. De la misma intensidad son las experiencias de Pierre Vilar durante la guerra civil española, narradas muchos años después en su autobiografía intelectual. Ante aquel torbellino de violencia, que le sorprendió en Barcelona, lo único que pretendía el historiador francés era "observar todo con ojos de historiador"[4]. Ambos actuaron, simultáneamente, como actores y como testigos de esas trágicas escenas. Por su compromiso cívico, no se mantuvieron inactivos ante el desarrollo de los acontecimientos. Por su formación histórica, fueron testigos excepcionalmente cualificados de unos hechos que vivieron con dramatismo e intensidad[5].

La mirada del historiador puede, sin embargo, moverse a un tercer nivel, quizás más complejo, cuando dirige su atención a la producción histórica de los que le han precedido. Esta lectura desde el *tercer piso* ha ido adquiriendo cada vez mayor peso en el panorama académico e intelectual, al concretarse en una verdadera subdisciplina como es la historiografía. A través de ella, son los mismos historiadores los que interpretan y enjuician a sus predecesores. Probablemente, el creciente interés de los historiadores por la historiografía nazca de su recelo por la invasión de la filosofía en su campo, lo que es un reflejo de la máxima de Marc Bloch: "Filosofar, en la boca del historiador, significa... el crimen capital". La historiografía se encuentra de este modo más cerca de la historia intelectual que de la filosofía de la historia. Pero, al mismo tiempo, es indudable que todo historiógrafo precisa de unos conocimientos filosóficos profundos, sin los que es imposible adentrarse en el mundo de las epistemologías históricas.

A lo largo del tiempo, la disciplina histórica se ha encargado de poner por escrito la memoria colectiva. Ella avanza a través de los escritos con

[3] Marc Bloch, *L'étrange défaite; témoignage écrit en 1940 suivi de écrits clandestins, 1942-1944*, París, 1957.

[4] Pierre Vilar, *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, ed. Rosa Congost, Barcelona, 1997.

[5] Pierre Nora, ed., *Essais d'ego-histoire*, París, 1987; Jeremy D. Popkin, "Historians on the Autobiographical Frontier", *American Historical Review*, 104 (1999), pp. 725-748; James E. Cronin, "Memoir, Social History and Commitment: Eric Hobsbawm's *Interesting Times*", *Journal of Social History*, 37 (2003), pp. 219-231.

que los historiadores intentan textualizar el pasado, reactualizándolo a través de un relato riguroso y coherente. Esos textos son su legado principal. No en vano Georges Duby escribía, desde la atalaya de una vida dedicada a la historia: "Je suis tout prêt à dire que ce que j'écris, c'est mon histoire"[6]. Lo que había escrito era *su* historia y formaba también parte de *la* historia: la historia difícilmente puede transmitirse y fijarse de otro modo que no sea a través de la escritura, del texto histórico.

Las circunstancias de la vida de los historiadores son un testimonio elocuente del rastro histórico que ellos mismos han dejado, al tiempo que condicionan su modo de percibir el pasado. De ahí el interés que han suscitado las biografías publicadas en estos últimos años sobre Marc Bloch, o Fernand Braudel[7]. El estudio de sus escritos es el que permite, a su vez, hacer avanzar la historia. Es tarea del historiógrafo releer esos escritos desde el tercer piso de la reflexión historiográfica, trascendiendo así el primer piso, el de la misma historia —la vivencia de los acontecimientos— y el segundo piso, el de la reflexión histórica —el estudio de una época determinada.

La reflexión historiográfica debe atender, en primer lugar, a la relación del texto histórico con el contexto en el que fue articulado. Los sugerentes estudios sobre historiografía medieval, llevados a cabo por la historiadora norteamericana Gabrielle M. Spiegel, demuestran la eficacia de ese método[8]. Llevar a cabo esa contextualización del texto histórico es quizás una tarea más compleja si se trata de tiempos recientes, pero no por ello menos apasionante. Los concienzudos y profundos estudios de Georg G. Iggers sobre el historicismo alemán han actuado como catalizadores de este nuevo ámbito de la disciplina histórica que es la historiografía[9].

El objetivo principal de la historiografía es el análisis de las tendencias intelectuales que generan un modo concreto de concebir la historia, de leer el libro de la memoria, de concebir el presente y de proyectar el futuro en función de la lectura que se realiza del pasado. Para ello, una labor capital del historiógrafo es captar el contexto cultural e intelectual en el que los historiadores se hallan inmersos, sus condicionantes geográficos, su ámbito familiar, su formación escolar y académica, sus amistades, sus relaciones profesionales, sus preferencias temáticas.

[6] Citado en Patrick Boucheron, "Georges Duby", en Véronique Sales, ed., *Les historiens*. París, 2003, p. 227.

[7] Por ejemplo, Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel*, París, 1995 y Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, París, 2000.

[8] Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997.

[9] Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968.

El historiógrafo debe tener siempre presente que todo texto histórico remite, en mayor o menor medida, al presentismo: cada lectura del pasado lleva inserta en sí misma una lectura del presente desde el que es construido ese discurso histórico. Peter Burke se preguntaba si fue una simple casualidad que los Annales vieran la luz el mismo año de la crisis bursátil de 1929[10]. Edward Thompson confesaba que aprendió más de los jóvenes historiadores socialistas —que conoció a raíz de sus actividades relacionadas con el Partido Comunista Británico— que de los académicos de Cambridge. Éste fue su aprendizaje fundamental para la construcción de una de las obras más influyentes del siglo pasado: *The Making of the English Working-Class* (1963)[11]. El concepto clave de la historiografía de los años setenta fue la *crisis*. Se llevaron a cabo concienzudos estudios sobre la crisis de la antigüedad y su transición a un sistema feudal, la crisis del Antiguo Régimen, las crisis de subsistencias, las crisis económicas[12]. Al cabo de los años, cuando esos debates han caído en desuso, queda en el ambiente la impresión del fuerte impacto que recibieron aquellos historiadores de la *crisis* energética y cultural por la que transitaba el mundo occidental durante aquellos años setenta tan grises —y, sin embargo, tan fructíferos desde el punto de vista intelectual y especialmente historiográfico.

El contexto condicionó indudablemente al texto histórico de modo tangible durante esa triste década y le obligó a ceñirse a una lectura economizada y marxistizada del pasado. Y, paradójicamente, durante esos mismos años, un puñado de historiadores (Hayden V. White, Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Simon Schama) estaban publicando, desde la arista cortante de la innovación, unos textos basados en el retorno a la narración tradicional, que tanto han influido en el panorama historiográfico del fin de siglo. Ellos supieron desentenderse de un contexto que había empobrecido el debate a causa del hermetismo del paradigma estructural y marxista, que ejercía una hegemonía tan absoluta como anacrónica durante aquellos años.

El influjo del presentismo —el peso del contexto en el texto histórico— es mayor o menor según el grado de conciencia histórica de cada período, pero siempre existe de un modo u otro. Las tesis historicistas de

[10] Ver su excelente síntesis de la evolución de la escuela de los Annales, Peter Burke, *The French Historical Revolution. The Annales School, 1929-89*, Cambridge, 1990 (edición castellana: Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa: «la escuela» de los Annales 1929-1989*, Barcelona, 1994).

[11] Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963.

[12] Un ejemplo clásico de esta tendencia es el volumen de Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, London, 1974.

Benedetto Croce, Robin Collingwood o José Ortega y Gasset, desarrolladas en la intensa época de entreguerras, eran quizás excesivamente radicales, pero pusieron de manifiesto el peso real del presente en la labor de quienes leen el pasado. Pocos años después, las ambiciosas construcciones morfológicas de Arnold Toynbee y Oswald Spengler representaron el intento de generar unas respuestas globalizantes que atenuaran la conmoción en que se hallaba inmersa la modernidad, seriamente trastocada en sus valores más íntimos por el dramatismo de las guerras mundiales.

La historiografía es una expresión y un reflejo de las tendencias intelectuales y filosóficas predominantes en cada momento. Esto se ha puesto especialmente de manifiesto a lo largo del siglo veinte, en el que sociólogos, historicistas, organicistas, annalistas, estructuralistas, marxistas, cuantitativistas, narrativistas y postmodernos han ido sucediéndose, generación tras generación, en el seno de la disciplina histórica. Cada una de estas tendencias historiográficas ha reflejado o se ha visto reflejada —activa o pasivamente— en los contextos culturales, ideológicos e intelectuales hegemónicos. La experiencia demuestra, sin embargo, que el historiador no está ni mucho menos completamente determinado por el contexto en el que se ve inserto desde los años de su formación intelectual. En primer lugar, porque él mismo forma parte de ese contexto y, por tanto, contribuye a consolidarlo, enriquecerlo o debilitarlo. Pero, sobre todo, porque él mismo es el que crea la "arista cortante de la innovación" —expresión acuñada por el historiador británico Lawrence Stone en 1979— que es la que contribuye a su vez a generar un nuevo contexto intelectual. La innovación está representada en un principio por un pequeño grupo de historiadores quienes, a través de sus textos, representan una ruptura con la tradición y devienen con los años modelos de las corrientes que se van convirtiendo en hegemónicas.

Así ha sucedido a lo largo del siglo pasado con esos libros que todos los historiadores tienen como punto de referencia, independientemente de sus tendencias intelectuales o ideológicas, pero que en su momento fueron una arriesgada apuesta basada en renovadas metodologías: *El otoño de la edad media* de Johan Huizinga (1919), *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch (1924), *El problema de la incredulidad* de Lucien Febvre (1942), *El Mediterráneo* de Fernand Braudel (1949), *La formación de la clase obrera* de Edward P. Thompson (1963), *El Domingo de Bouvines* de Georges Duby (1973), la *Metahistoria* de Hayden V. White (1973), *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg (1976), *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Z. Davis (1982) o *Los ojos de Rembrandt*, de Simon Schama (1999)[13].

[13] Todas estas obras están recogidas en el *Anexo 2*, donde se recoge una selección de las que son, a mi juicio, algunas de las obras históricas más representativas del siglo veinte.

Todas estas obras, y tantas otras, supieron captar un momento irrepetible de la historiografía, actuando como precursores de nuevas tendencias y configurándose como jalones fundamentales del devenir del discurso histórico. Todo historiador debería conocerlas, independientemente de la parcela concreta que esté cultivando o de la corriente a la que esté adscrito, porque le permiten ahondar en el núcleo fundante de la creación histórica. Quizás por este motivo algunos tienden a considerar que no hay historia sino historiadores. Este enunciado encierra en sí un patente reduccionismo, porque se tiende a identificar la historia con la disciplina histórica, lo que genera incómodos equívocos, como sucedió con el intenso pero efímero debate generado por las tesis de Francis Fukuyama, tras la publicación de su *El fin de la historia y el último hombre* (1992). Sin embargo, es cierto que la disciplina histórica avanza a base de los textos que dejan por herencia los historiadores. Esos textos son las fuentes históricas secundarias de los historiadores, pero no por ello menos importantes. Al mismo tiempo, se convierten automáticamente en fuentes primarias para los estudios historiográficos y, por tanto, para la historia intelectual.

* * *

La historiografía ha ido evolucionando, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, como subdisciplina de la historia, al socaire de una lectura cada vez más sutil de los textos históricos contemporáneos. Al historiador alemán Georg G. Iggers, junto al historiador francés Charles O. Carbonell, les corresponde el honor de ser considerados unos de sus fundadores[14]. Uno de los puntos culminantes de la evolución de la historiografía durante el siglo pasado fue la publicación, en 1973, del libro de Hayden V. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*[15]. El ensayo de White, con sus grandezas y miserias, se ve enriquecido por su trifuncionalidad epistemológica: se trata de un estudio de historia —en el ámbito de la historia intelectual—, de un estudio de historiografía —cuya fuente principal son los textos históricos del siglo XIX— y de un objeto historiográfico en sí mismo —porque se ha tomado en buena medida como punto de arranque del postmodernismo historiográfico.

La historia de la historiografía se inició con el estudio de los historiadores, sus libros, sus ideas, al socaire del impulso original de la historia

[14] Sus obras más representativas en esta dirección son Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975) y Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, 1976.

[15] Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

de la ciencia, tal como se manifestó en las pioneras obras de Eduard Fueter o Herbert Butterfield[16]. Durante la segunda mitad del siglo veinte, la historiografía dio un paso adelante en la reflexión teórica y se fue imponiendo el estudio de las epistemologías y de las corrientes intelectuales que condicionan un modo determinado de hacer historia[17]. Sin embargo, la historiografía no debe limitarse al estudio de la evolución interna de la disciplina histórica, sino que debe reflejar el contexto social, institucional y político en el que se desarrolla. Todos los historiadores conocen bien, por propia experiencia, el enorme influjo de su formación familiar, intelectual y académica en el modo de concebir la historia y en el modo de narrarla.

Todo ello remite al mundo del relativismo histórico, que es uno de los debates más presentes en el panorama historiográfico actual. Claude Lévi-Strauss y Karl Popper consideraron que la historia no puede ser del todo objetiva porque cada historiador posee un punto de vista y su obra tiene solamente validez para el tiempo y la cultura desde donde ha sido articulada. Lo único objetivo sería el consenso, establecido entre los académicos, de ciertas reglas y convenciones que hay que respetar en el momento de la escritura de la historia. Pero las cosas no parecen ser tan sencillas.

Es evidente que cada escuela histórica refleja la tradición y las condiciones culturales que la envuelven. Las transformaciones de los paradigmas que sustentan metodológicamente la disciplina histórica son inseparables de las mutaciones de los valores de la sociedad de la que forman parte. El desarrollo del historicismo clásico alemán estuvo intrínsecamente relacionado con la consolidación del estado prusiano decimonónico. El positivismo finisecular francés se impuso en un ámbito intelectual donde predominaba la deducción, en contraste con la tendencia a la inducción de la ciencia anglosajona. La consolidación del marxismo en el panorama intelectual de la posguerra estuvo en connivencia con la polarización del mundo en los dos bloques, por lo que se erigió en la principal arma ideológica del ámbito soviético.

Sin embargo, esto no debe llevar a pensar que el entorno determina completamente la narración histórica, porque entre el texto y el contexto hay una relación de complementariedad, no de predominio o de oposición.

[16] Herbert Butterfield, *The Origins of Modern Science, 1300-1800*, Londres, 1949 y *Man on his Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, 1955; Eduard Fueter, *Histoire de l'historiographie moderne*, París, 1914.

[17] La historiografía española puede congratularse, hoy en día, de ser uno de los ámbitos donde el debate propia y específicamente historiográfico tiene una mayor vitalidad. Este libro debe mucho a la riqueza de este debate y a las conversaciones mantenidas con sus principales protagonistas. Sus obras más representativas van siendo citadas en el momento oportuno.

Esto lo demuestra el hecho de que ha prevalecido entre los historiadores un acuerdo en considerar que el adecuado tratamiento de la documentación es la base de una historia objetiva. Los resultados de esa rigurosa encuesta pueden ser presentados de muy diversos modos, según el paradigma con el que sean organizados, pero cuentan ya con una garantía de objetividad. Este acuerdo de mínimos en la objetividad histórica se debe a los historiadores decimonónicos. Aunque, también es cierto, éstos cometieron en ocasiones el error de dejar hablar a los documentos por sí solos, lo que parece insuficiente.

Sentada la premisa del lógico influjo, patente pero no absolutizante, del contexto sobre el texto histórico, cabe afirmar también, siguiendo el sentido común y la experiencia cotidiana, que el historiador es capaz de acceder a un conocimiento objetivo del pasado, siempre que cuente con las fuentes adecuadas. Esto es compatible con que existan tantas formas de reescribir ese pasado como historiadores en activo. El verdadero debate respecto a la objetividad histórica tendría que centrarse, en mi opinión, en la elección de los datos, en el modo de organizar la información y en la exposición del relato (en definitiva, en el *momentum* de la escritura), más que en una discusión excesivamente teórica en torno a la accesibilidad del conocimiento del pasado. Probablemente por este motivo hoy día hayan influido tanto en la historia planteamientos meta-narrativistas como el de los filósofos franceses Michel de Certeau o Paul Ricoeur[18]. Todo ello está expresivamente reflejado en el itinerario que marca el sentido de los títulos de dos tratados historiográficos de François Dosse: de la aparente desorientación de la disciplina histórica en los años ochenta (su "historia en migajas", publicado en 1987) a la función nuclear que hoy día tienen en su seno el relato y la narración (su "historia, entre la ciencia y el relato", de 2001)[19].

En todo caso, el desacuerdo en tantos puntos de vista entre los historiadores y las escuelas históricas ha generado unos debates teóricos que han contribuido a su vez a aumentar considerablemente el rigor, la amplitud y la perspectiva histórica, tanto desde un punto temático como metodológico. En este contexto es donde se revela la verdadera utilidad del debate historiográfico, que puede parecer en ocasiones excesivamente teórico pero que, en realidad, contribuye enormemente a enriquecer el utillaje del historiador y, por tanto, beneficia a la entera disciplina histórica. Es

[18] Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, 1975; Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, 1983-1985, 3 vols.

[19] François Dosse, *L'histoire en miettes. Des «annales» a la nouvelle histoire*, París, 1987 y François Dosse, *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, 2001.

algo que expresó a finales del siglo XIX, quizás inconscientemente, Lord Acton: "el pensamiento histórico es *más* que el conocimiento histórico" ("Historical thinking is more than historical knowledge"). Los textos históricos, al fin y al cabo, pueden constituirse en sí mismos como testimonios y manifestaciones de una cultura determinada: una sociedad no se descubre jamás tan bien —*ad intra* y *ad extra*— como cuando proyecta tras de sí su propia imagen.

I. DE ENTRESIGLOS A ENTREGUERRAS: EL AGOTAMIENTO DE POSITIVISMOS E HISTORICISMOS

En el cambio de siglo, la disciplina histórica dio síntomas de agotamiento, tras una larga época de predominio de los esquemas histórico-filosóficos del idealismo y el positivismo y los referentes ideológico-vivenciales del romanticismo. Los historiadores experimentaron una crisis respecto a las cosmovisiones que esos paradigmas representaban. Sentían que se tambaleaban sus fundamentos metodológicos. El agotamiento de los modelos teóricos surgidos en el siglo anterior produjo una sensación de crisis en la disciplina histórica. La edad de oro de los grandes teóricos y filósofos de la historia, como Hegel, Comte o Marx, había terminado. Los viejos paradigmas científicos decimonónicos fueron cayendo progresivamente en desuso, poniendo de manifiesto la radical oposición entre los métodos de las ciencias sociales y los de las ciencias experimentales. En los ambientes académicos, todavía se oían frases programáticas como la que en 1902 profirió John B. Bury: "La historia es una ciencia, ni más ni menos"[1]. Sin embargo, pocos dudaban ya de que la historia estaba necesitada de una profunda revisión epistemológica.

Los nuevos historiadores, representados por Karl Lamprecht en Alemania y Frederick J. Turner en los Estados Unidos, reaccionaban contra los postulados del positivismo, que había reducido la historia a la búsqueda de leyes generales que explicaran científicamente el devenir histórico. Frente al positivismo generalizante de raíces comtianas, la nueva "escuela metódica" imponía un nuevo tipo de "positivismo", basado en la necesidad de la erudición y la crítica documental como base de la investigación histórica[2].

[1] John B. Bury, "The Science of History", *Bury's Inaugural Lecture as Regius Professor of Modern History at Cambridge in 1902*, recogido en Fritz R. Stern, ed., *The Varieties of History*, Cleveland, 1956, p. 210.

[2] La distinción entre el positivismo decimonónico de raíces filosóficas y el "positivismo" de entresiglos preconizado por la "escuela metódica" es una de las conclusiones de Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens: Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, 1976. Ver también Andrée Despy-Meyer, ed., *Positivismes: philosophie, sociologie, histoire, sciences. Actes du colloque international, 10-12 decembre 1997*, Turnhout, 1999.

Propugnaban un retorno al hombre como objeto central del conocimiento histórico, que nunca puede ser reducido a fórmulas abstractas, sino que debe ser entendido en todo su contexto[3]. Se avanzaba de este modo en la profesionalización de la historia. Los historiadores decimonónicos que no se integraron en esta dirección, como Alexis de Tocqueville y Jakob Burckhardt, quedaron desconectados de las tendencias historiográficas imperantes y fueron marginados del mundo académico, aunque publicaran obras de notable calidad.

Las clásicas polarizaciones de la historiografía decimonónica perdieron toda su eficacia. Los historiadores intentaron crear, con el cambio de siglo, una metodología más flexible. Con ello pretendían superar el maniqueísmo decimonónico, que distinguía entre historiadores profesionales y *amateurs*; entre románticos y empiristas; entre idealistas y positivistas; entre generalistas y especialistas. Las nuevas corrientes primaban un tipo de historiador que fuera capaz de aglutinar todas estas categorías, aunque ello fuera a costa de entablar un decidido diálogo con las restantes ciencias sociales, como sucedió en Francia con la sociología.

Al mismo tiempo, el patriotismo de los historiadores decimonónicos había puesto seriamente en duda la objetividad de la disciplina histórica. Las escuelas nacionales tenían un peso enorme en el devenir de la ciencia histórica. La escuela rankiana contribuyó decisivamente a la implantación de la historia como disciplina científica, pero no pudo detener su progresiva tendencia a la instrumentalización política y nacionalista de la historia. Como consecuencia, la generación de los historiadores prusianos anterior y posterior a 1870 —Droysen, Mommsen, Treitschke, Sybel— se hizo agente activo de la unidad alemana y, posteriormente, del pangermanismo. Análogamente, la escuela política francesa —Guizot, Mignet, Thiers— se decantaba por el estudio de las instituciones y de lo específicamente francés.

Jules Michelet (1798-1874), por su parte, arrancaba su *Histoire de la République romaine. Introduction à l'histoire universelle* (1831), declarando que Francia es "la que explicará el Verbo del mundo social". Su *Historia de la Revolución Francesa*, publicada entre 1847 y 1853, es un audaz intento de compaginar motivaciones políticas con epistemologías filosóficas. Éste sería el modelo que utilizaría la historiografía romántica finisecular para defender las tradiciones nacionales sin estado, como sucede en la Cataluña posterior a la *Renaixença*[4]. La guerra franco-prusiana creaba una

[3] Georg G. Iggers, "Introduction", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, p. 4.

[4] Jaume Aurell, "La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la Renaixença al Noucentisme (1830-1930)", *Historia Contemporánea*, 16 (2001), pp. 257-288.

polémica sobre los derechos históricos de Alsacia y Lorena, exclusivamente motivada por criterios políticos, en la que intervienen historiadores de la talla de Numa Deny Fustel de Coulanges (1830-1889) y Theodore Mommsen (1817-1903).

La derrota francesa de 1870 había supuesto una enorme conmoción para el entero panorama intelectual francés, al tiempo que confirmaba la superioridad científica alemana[5]. Desde el punto de vista estrictamente historiográfico, este acontecimiento representó la progresiva sustitución del modelo historicista clásico a favor de los sistemas histórico-filosóficos del idealismo hegeliano y el positivismo comtiano. La implantación de una nueva historia, que intentaba compatibilizar teoría y práctica, era un reflejo del triunfo del modelo de administración prusiano, más racional y eficaz, frente a un constitucionalismo francés más rígido y anacrónico[6].

Fustel de Coulanges y Mommsen representan este momento historiográfico finisecular, que conjuga la tradición racionalista de la duda cartesiana con la aproximación "positivista" a los hechos singulares. Esto les permite elevar la disciplina histórica a la categoría de una ciencia, contribuyendo decisivamente a su modernización y a la fijación del método crítico histórico. Fustel declara explícitamente que la historia está compuesta por una multitud de pequeños acontecimientos; pero un pequeño acontecimiento, en sí, no es historia. La historia no puede quedarse en el estudio de los hechos materiales y de las instituciones. Su verdadero objeto de análisis es el entendimiento humano. Las leyes externas y las instituciones son las que nos llevan a las creencias interiores, que son el objeto propio de la historia[7].

Ranke, Burckhardt y Coulanges son los gigantes decimonónicos en lo que se refiere a la fijación científica de la historia. Los tres basan su grandeza en la convergencia entre la filosofía y la historia porque tratan de buscar leyes generales sin las cuales sería difícil hablar de una verdadera ciencia histórica, como ellos mismos postulaban explícitamente[8]. Fustel de Coulanges había escrito: "la historia es una ciencia, que utiliza un método riguroso y debe analizar los hechos tal como han sido vistos por los contemporáneos, no como el espíritu moderno los imagina"[9]. Tanto Ranke

[5] Vicente Cacho Viu, "Francia 1870-España 1898", en *Repensar el 98*, Barcelona, 1997, pp. 77-116.

[6] Leonard Krieger, *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago, 1989, p. 96.

[7] Numa D. Fustel de Coulanges, *The Ancient City: A Study of Religion, Laws and Institutions of Greece and Rome*, Nueva York, s.d., p. 94.

[8] Sobre la historiografía del siglo XIX, Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

[9] Numa D. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, t. 3, París, 1905, p. 303.

como Burckhardt y Coulanges desconfiaban de todo lo que no fuera estrictamente histórico. Este recelo se concretaba en su rechazo de la filosofía. Sin embargo, la utilizaban para hacer más coherente y consistente su acercamiento empírico a la realidad histórica[10].

Todo este panorama cambiaría radicalmente, sin embargo, ya a principios del siglo XX, cuando empezó a dejarse sentir en el terreno de la historia un agotamiento de los viejos métodos de la erudición académica profesionalizada del siglo XIX, con sus rígidas pretensiones de objetividad científica. Como punto de partida, la historiografía se enfrentó críticamente con las tres grandes tradiciones intelectuales decimonónicas que tanto habían influido en la historia: el *historismus* germánico, el positivismo y el marxismo. Cada una de esas tres tradiciones, personificadas por Ranke (1795-1886), Comte (1798-1857) y Marx (1818-1883), se irían proyectando, a lo largo del siglo siguiente, en la hermenéutica, la sociología durkheimiana y weberiana y el materialismo histórico. La historia se convertía desde entonces en una ciencia con objeto propio de conocimiento y quedaba planteado el tema de sus relaciones con las demás ciencias sociales, algunas de las cuales habían quedado seducidas por el historicismo clásico. Superada además la fase en la que la disciplina histórica buscó infructuosamente un lugar entre las ciencias experimentales, es en este período cuando empieza a plantearse su verdadero lugar entre las ciencias humanas y sociales.

LAS ESTRATEGIAS DISCIPLINARES: LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la convicción del *historismus* germánico en la posibilidad del acceso al conocimiento objetivo del pasado, lleva a la historia a consolidarse como una disciplina con unos métodos específicos y bien diferenciados de las restantes ciencias sociales. Al mismo tiempo, se agudiza su tendencia a limitar sus presupuestos epistemológicos al ámbito del pensamiento occidental y a considerar la Europa moderna como centro de la historia del mundo. El historicismo germánico, el positivismo y el marxismo comparten la concepción de la coherencia y la linealidad de la historia. Como consecuencia, la disciplina histórica resta excesivamente condicionada por el peso del contexto histórico en los presupuestos historiográficos —el *presentismo*—, como se pone de

[10] Leonard Krieger, *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago, 1989, p. 102.

manifiesto en la historiografía de la época de la Alemania de Bismarck o de la Francia de Michelet. Se plantea así, de un modo práctico, el problema de la instrumentalización de la historia y se avanza en su profesionalización, con el efecto perverso de la excesiva ritualización de la disciplina, lo que en ocasiones genera una escasa innovación o la generalización de un lenguaje excesivamente específico o especializado.

El positivismo es la primera de estas tres corrientes en quedar descolgada del influjo directo de la historia. En primer lugar, porque los postulados del positivismo clásico de Auguste Comte son progresivamente sustituidos por los del *nuevo* positivismo de la escuela metódica francesa que, tal como ha puesto de manifiesto Charles-Olivier Carbonell, aboga por una renovación de la ciencia histórica a través de la preeminencia del empirismo sobre las generalizaciones especulativas. Por tanto, a partir de la época de entresiglos, es más propio hablar de "positivismos", en plural, porque allí converge el positivismo clásico de Comte con el nuevo positivismo postulado por los componentes de la escuela metódica, entre los que destacan Charles-Victor Langlois (1863-1929) y Charles Seignobos (1854-1942), quienes declaran solemnemente que sin un estudio empírico de los documentos no hay historia, con lo que marcan las diferencias entre historiadores y filósofos de la historia[11]. El contraste entre los diferentes "positivismos", es decir, entre el generalizante empirismo comtiano y el dogmatismo detallista de la escuela metódica, fue el responsable del colapso del positivismo decimonónico como metodología para un estudio riguroso de la historia y de la sociedad.

Hay otro motivo por el que el positivismo fue sustituido, a principios del siglo veinte, como fundamento epistemológico de la historiografía. El término "positivismo" había estado asociado desde sus orígenes a una metodología estrictamente científica que remitía a las ideas de la Ilustración, la cual había considerado el progreso de la ciencia y la liberación de la religión y de la metafísica como un instrumento para la emancipación y el progreso de la humanidad. Ciertamente, los intentos de Henry Thomas Buckle y de Hippolyte Taine habían sido fructíferos. Incluso se les había unido el impacto del darwinismo social, representado por Herbert Spencer, que introdujo determinantes biológicos, como la lucha por la supervivencia, para la explicación de la historia. Pero todos ellos fueron experimentos efímeros porque, en la práctica, los seguidores del positivismo nunca tuvieron éxito en la aplicación del modelo de las ciencias naturales en la metodología de las ciencias sociales o la historia.

[11] Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, *Introduction aux études historiques*, París, 1898, pp. 1-2.

Caídos en desuso los positivismos, fueron las diversas derivaciones del historicismo y las diversas aplicaciones del marxismo las que empezaron a influir de un modo más directo en la disciplina histórica. La idea de la linealidad y el progreso de la historia se transmitió a través de estas corrientes. En el entero ámbito de las ciencias sociales, se dejó sentir de un modo muy acusado la idea de que no era posible un análisis de la sociedad sin la ayuda de la historia. Esto posibilitó unas mayores conexiones entre las humanidades y las ciencias sociales, donde, de hecho, la disciplina histórica desempeñaba una función neurálgica.

Ciertamente, hay diversas acepciones del concepto *historicismo*, como las había del *positivismo*. Sin embargo, la idea central que subyace en todas ellas es la noción de que el mundo de los hombres está lleno de significados y de valores que pueden ser únicamente aprehendidos en un contexto histórico. Como consecuencia, el estudio del carácter histórico de los actos humanos requiere unos métodos específicos, diferentes de los de las ciencias humanas. Se comprende así la importancia que tiene este postulado en las estrategias disciplinares que dominan el panorama intelectual de Occidente: la divulgación del *historismus* germano en Europa y Norteamérica durante el siglo veinte no sólo representan una extensión "geográfica" sino también "disciplinar", porque las tesis historicistas prevalecen en el análisis de las ciencias sociales y en el estudio de las leyes, de la economía y del estado.

El desarrollo de la sociología histórica durkheimiana en Francia y de la sociología comprensiva weberiana en Alemania en los años diez y veinte y la eclosión de los primeros Annales durante los años treinta, son las respuestas proporcionadas a la búsqueda de una mayor unidad e integración de la historia con las restantes ciencias sociales. Un proyecto que se renovará periódicamente a lo largo del siglo veinte, como lo demuestra la reedición del artículo de François Simiand de 1903 por Fernand Braudel en 1960 en la revista Annales o el *revival*, quizás algo efímero, de los postulados de Max Weber en Francia en aquellos años, junto a la consolidación de la Escuela de Bielefeld en Alemania, en la que se logró un verdadero diálogo interdisciplinar.

Como consecuencia de las diferentes aplicaciones historiográficas de los positivismos, los historicismos y los marxismos, a principios del siglo veinte, la historia tuvo que intensificar sus conexiones con las ciencias sociales, especialmente con la sociología. Poco a poco, los historiadores tomaron una mayor conciencia de la conveniencia de abrir su objeto de estudio a todas las manifestaciones de la vida de una sociedad en continuo dinamismo. El contexto principal en el que se dio esta apertura fue la Francia de comienzos del siglo veinte, donde los modelos de la tradición posi-

tivista fueron radicalmente sustituidos por los de la sociología histórica de Émile Durkheim y los planteamientos teóricos de François Simiand. Ellos se propusieron el objetivo de implantar la sociología como una ciencia independiente y de demostrar las enormes posibilidades que ofrecía en el entero campo de lo que se estaba empezando a llamar entonces en Francia las "ciencias sociales".

Un instrumento muy eficaz para conseguir esta integración fue la revista *Année Sociologique*, iniciada en 1898, en torno a la cual se formó un grupo de investigadores con el afán de consolidar el trabajo de la joven disciplina de la sociología, tratando de incorporar algunos de los métodos históricos más tradicionales. A distancia de un siglo, todavía se pueden admirar la energía, el rigor intelectual y la capacidad de coordinar el trabajo en equipo por parte de todos los que colaboraron en aquel ambicioso proyecto común, aglutinados en torno a Émile Durkheim.

Un debate similar se produjo por aquellos años en Alemania, donde la tradición historicista clásica sufrió una análoga "sociologización" a través de la obra de Max Weber y Georg Simmel. Este último postuló una sociología a medio camino entre las ciencias sociales y la filosofía social. Esta equidistancia reflejaba con claridad la tendencia de los sociólogos alemanes hacia una interpretación racional hermenéutica y filosófica, en contraste con la investigación sociológica empírica típica de la tradición positivista francesa, sostenida por Comte o Durkheim. Max Weber es quizás el resultado más acabado de este equilibrio, al conseguir situar su obra en un eficaz ámbito "neutro", equidistante entre la sociología, la economía, la filosofía y la historia. En suma, la sociología empirística de Durkheim y la sociología comprensiva de Weber son el legado principal del positivismo, el historicismo y el marxismo del siglo XIX, en lo que hace referencia a los diálogos interdisciplinares en el ámbito continental.

Sin embargo, las relaciones entre la historia y las ciencias humanas y sociales no sólo afectaron al plano epistemológico sino también al institucional. Este dualismo tendrá unas repercusiones concretas, tanto en el debate metodológico de la historia con las ciencias sociales como en las estrategias seguidas por los historiadores. El debate entre historia y ciencias sociales precisa de un *escenario*, lo que provoca la extensión de esas discusiones al ámbito institucional. Las estrategias intelectuales van necesariamente acompañadas de las estrategias institucionales. El año 1903 se considera un importante punto de inflexión, con la publicación del artículo de Simiand "Méthode historique et science sociale"[12]. Simiand reac-

[12] François Simiand, "Méthode historique et science sociale", *Revue de syntèse historique*, 1903.

cionaba frente a la rigidez de los planteamientos de Paul Lacombe (*De l'histoire considérée comme science*, 1894) y frente a la excesiva polarización histórica de Charles Seignobos (*La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, 1901), quien excluía a la disciplina histórica de cualquier diálogo con las restantes ciencias humanas. La historia receló entonces de la filosofía de la historia, porque ésta había fracasado al no haber entendido el carácter anticientífico de los acontecimientos históricos y por haber querido explicar de modo similar las instituciones.

La progresiva profesionalización de las diferentes disciplinas, acelerada durante el último tercio del siglo XIX en Francia y Alemania, afectó de modo muy diverso a cada una de ellas. La reforma universitaria llevada a cabo durante la Tercera República en Francia, no se detuvo en la reorganización de las disciplinas enseñadas tradicionalmente en las facultades. También se preocupó por introducir nuevas disciplinas, especialmente las "ciencias sociales" que, en la época de entresiglos, estaban teniendo tanta aceptación. La geografía había encontrado rápidamente unas formas eficaces de institucionalización académica. La economía política empezaba a ser una disciplina independiente en las facultades de Derecho. La psicología permanecía dividida entre las facultades de Literatura y Medicina. La etnología estaba relegada como un aspecto de la historia de las religiones. Más o menos consolidadas, todas estas disciplinas sociales no nucleares, tenían su espacio en el mundo académico.

Sin embargo, la sociología, a pesar de su progresivo prestigio como el campo privilegiado de la unificación de las ciencias sociales, no tuvo este reconocimiento: su enseñanza se repartirá entre las facultades de Literatura —anexa a la de Filosofía hasta los años sesenta del siglo veinte— y las de Derecho. De ahí su definición de un organismo con una cabeza de gigante con cuerpo de enano, que hace referencia a su enorme influjo en las restantes ciencias sociales pero su escasa implantación institucional[13]. Esa falta de anclaje institucional explica probablemente la enorme influencia que tendrán durante esos años algunas revistas como la *Revue historique* de Gabriel Monod (1876), *L'Année sociologique* de Émile Durkheim (1898), la *Revue de synthèse historique* de Henri Berr (1900) o los *Annales d'histoire économique et sociale* de Marc Bloch y Lucien Febvre (1929): ellas suplirán la función que correspondería, en circunstancias normales, a instituciones como las universidades o los centros de investigación. La débil institucionalización de la sociología contrasta notablemente con el éxito intelectual y la proyección científica de la escuela durkheimiana.

[13] Para este contexto epistemológico es muy útil la excelente síntesis de Robert Leroux, *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science à la sociologie durkheimienne*, París, 1998.

LA ECLOSIÓN DE LA SOCIOLOGÍA

La sociología fue, en efecto, la ciencia social que se desarrolló más intensamente durante aquellos años. Las nuevas propuestas teóricas de Émile Durkheim y Max Weber surgían de la necesidad de analizar globalmente la sociedad, considerada como un sistema dentro del que habría que examinar la función que ejercía cada uno de los objetos estudiados. De este modo, se podría llegar a una imagen de la sociedad como un sistema en equilibrio estático, del que se analizarían las reglas para conocer cómo había que actuar para restablecer la normalidad cada vez que ésta fuera quebrada.

Émile Durkheim (1858-1917) es considerado como el fundador de la escuela francesa de sociología, donde cabría incluir también a Bouglé, Davy, Halbwachs, Hubert, Mauss y Simiand. Toda esta generación de intelectuales pretendió crear una especie de imperialismo sociológico, que legitimaba a su disciplina a ocupar todos los ámbitos fronterizos de las diferentes ciencias sociales. El órgano principal del grupo fue la revista *L'Année Sociologique*, fundada en el año 1898. Su influjo en la disciplina histórica se basaba en la sencilla pero programática idea de que la historia sólo es científica cuando es capaz de trascender lo individual y se adentra en la dimensión sociológica de la realidad.

Durkheim señalaba que la primera regla del método sociológico era la de considerar los hechos sociales como objetos que tenían que estudiarse al margen de sus manifestaciones individuales, examinando la función que cada uno de ellos desarrolla en su contexto[14]. La sociología busca una analogía entre organismo biológico y estructura social: se acuñan conceptos como función, organización, ambiente o jerarquía, de resonancia netamente organicista, sobre la base del principio positivista de la continuidad entre naturaleza y cultura. El sociólogo francés partía de la tesis de la diferenciación social del trabajo. El hombre es comprendido a través de lo social, y no a la inversa, por lo que hay una dependencia de la psicología respecto a la sociología, y por esto es tan importante el desarrollo de la disciplina sociológica. Lo individual sólo puede ser entendido en el contexto de una sociedad, lo cual se manifiesta en unas formas concretas, que pueden ser observadas a su vez desde fuera a través de sus manifestaciones concretas[15]. El corazón de la sociedad es la conciencia colectiva. Es lógico, por tanto, que Durkheim conceda una gran preponderancia a las normas y a los códigos sociales, que son los mejores indicadores de esa conciencia[16].

[14] Steven Lukes, *Émile Durkheim: his Life and Work. A Historical and Critical Study*, Stanford, 1985.

[15] Émile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, París, 1895.

[16] Émile Durkheim, *De la division du travail social*, París, 1992 (1893).

En la última fase de su obra, Durkheim entra de lleno en la inserción de lo espiritual en el contexto social, a través de un ensayo sobre la religión, publicado originariamente en 1912[17]. A partir de entonces ese será uno de los temas que, paradójicamente, tendrá un mayor interés para los sociólogos. La religión es un fenómeno social, que se manifiesta a través de costumbres, celebraciones y rituales. Durkheim se refiere también a la interrelación entre la sociedad y los valores religiosos: así como los sentimientos colectivos deben objetivarse en los símbolos religiosos para ser eficaces, el simbolismo religioso asegura la permanencia de los comportamientos sociales. Hay una función social de la religión y, por tanto, una sinergia entre la religión y la sociedad. La religión legitima los comportamientos sociales y, al mismo tiempo, la sociedad sostiene y asegura la existencia de la religión, porque es todo uno con la sociedad de que forma parte.

El pensamiento de Durkheim se ha estudiado desde diferentes prismas, como el político, el religioso o el económico. Sin embargo, todavía se ha analizado escasamente la función fundamental que juega la historia en su pensamiento y su obra[18]. De hecho, Durkheim inspiró su obra particularmente a través de tres ciencias auxiliares de la sociología: la estadística moral, la etnografía y la historia[19]. La tercera de ellas, la historia, es un complemento necesario para la sociología. Así lo declaró en uno de sus artículos más programáticos, donde postulaba que las teorías generales de los sociólogos debían ser confirmadas por los estudios inductivos de la historia[20]. La sociología necesita de los historiadores: de hecho, no se puede hablar de sociología si ésta no tiene un carácter histórico.

La divulgación de la obra durkheniana desató un intenso debate en el seno de la misma historiografía, que se empezó a deslizar hacia las teorías de amplio alcance preconizadas por los nuevos sociólogos, abandonando progresivamente los postulados radicales de los últimos positivistas como Seignobos, cuya tendencia al detallismo poco tenía ya que ver con las aspiraciones sintéticas del primer positivismo[21]. Era algo así como volver

[17] Émile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*, París, 1994 (1912).

[18] Robert N. Bellah, "Durkheim and History", *American Sociological Review*, 24 (1959), pp. 447-461.

[19] Philippe Besnard, "L'imperialisme sociologique face à l'histoire", en AA.VV., *Historiens et sociologues aujourd'hui*, París, 1986, p. 29.

[20] Émile Durkheim, "Préface", *L'Année sociologique*, 1898, p. II.

[21] Hoy en día todavía se tiende a identificar los valores del detallismo y la obsesión por el dato empírico con el positivismo comtiano, cuando éste en realidad postulaba la necesidad de encontrar leyes generales que dieran una explicación científica al conocimiento del pasado (Jean Lacroix, *La sociologie d'Auguste Comte*, París, 1967). Para la distinción entre el positivismo decimonónico y el retorno a la erudición del "positivismo" postulado por la escuela metódica, vid. Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, 1976.

a los postulados originales del Comte más sociológico. En esta contienda, los historiadores que iban alcanzando mayor prestigio, como Henri Berr, Lucien Febvre o Marc Bloch, se decantaron decididamente por el diálogo de la historia con las ciencias sociales, lo que aisló definitivamente a los apologistas del método histórico-documental[22].

La sociología de Durkheim se imponía finalmente entre las nuevas corrientes historiográficas francesas. Ella representaba el final del dominio de la historia narrativa —que no recuperará su preeminencia hasta los años setenta—, la caducidad de la filosofía de la historia —que había sido una de las disciplinas estrella en el siglo XIX[23] y que resurgirá, revitalizada, durante los años treinta y cuarenta— y, sobre todo, la sensación de que se abría una nueva era: la implantación de una historia donde se priorizaban los fenómenos sociales por encima de los políticos y que era capaz de articular eficazmente el discurso teórico junto al empírico.

El debate historiográfico en Alemania estaba, por su parte, todavía algo alejado de estos postulados, porque allí el historicismo seguía teniendo un peso enorme. Durante los primeros veinte años del siglo, destaca la labor de Max Weber (1864-1920), uno de esos intelectuales poliédricos que consiguen un notable influjo en los más diversos ámbitos de las ciencias sociales al no adscribirse explícitamente a ninguna de ellas. El sociólogo alemán era el clásico pensador de tercera vía, en su interés por encontrar una alternativa intermedia entre el conservadurismo prusiano y el materialismo progresista de corte marxista.

Desde un punto de vista intelectual, Weber pretendía también reaccionar contra la crítica neokantiana, que proponía una nueva lectura de las ciencias sociales, centradas ahora en lo individual y lo concreto. Junto a Wilhelm Dilthey y Heinrich Rickert, sentó las bases epistemológicas para una nueva historia, al reconocer que todas las ciencias, incluida la historia, eran sistemas de conceptos más que una descripción de la realidad[24]. La implantación de esta hipótesis posibilitó el desarrollo posterior de una historiografía basada en una complejidad epistemológica mayor que la que la escuela rankiana había desarrollado durante las décadas precedentes.

[22] Robert Leroux, *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science à la sociologie durkheimienne*, París, 1998 , p. 170.

[23] Un magnífico recorrido por las filosofías de la historia más sobresalientes del siglo XIX en Leonard Krieger, *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago, 1989, pp. 52-106.

[24] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975), pp. 85-90.

Su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* tuvo un gran influjo en la disciplina histórica[25]. Publicado entre 1904 y 1905, planteaba el papel de la religión en el desarrollo económico de los pueblos. Su obra ha generado un debate muy intenso y duradero, y ha sido utilizada, a lo largo del siglo veinte, para defender ideologías y tendencias completamente opuestas, lo que habla por sí solo de su vidriosidad y complejidad[26]. Con su trabajo sobre el espíritu del capitalismo, Weber pone en evidencia la contribución que el cristianismo ha dado a la génesis del mundo moderno, demostrando que el protestantismo en su versión ascética —puritanismo y calvinismo— ha favorecido la consolidación del capitalismo. Sólo una poderosa fuerza espiritual podía liberar al mundo del yugo del tradicionalismo, anclado en una concepción naturalista y mágica del mundo, y avivar el proceso de racionalización intelectual, de innovación científica, de progreso económico y de revitalización social.

Hay una simbiosis estrecha entre el protestantismo ascético y el espíritu del capitalismo inicial. El resultado histórico es la formación de un tipo de emprendedor y hombre de negocios, entre cuyos valores se reafirman la racionalización del tiempo y del dinero. Weber admite, por tanto, que un determinado comportamiento religioso o unas convicciones espirituales pueden generar una mutación social, situándose en las antípodas del determinismo marxista. En su planteamiento, son los intereses y las motivaciones —materiales o espirituales— los que tienden a dominar la actividad del hombre y por lo tanto la historia, no tanto el desarrollo de unas ideas predeterminadas o la aceleración del progreso económico.

Weber pretende analizar la compleja formación de los valores preponderantes de la civilización occidental moderna, muy poco antes de que sufrieran la tremenda sacudida causada por el desencadenamiento de las dos guerras mundiales. Para llevar a cabo con eficacia el estudio de esos valores occidentales, es preciso, según el sociólogo alemán, adentrarse en la combinación de las circunstancias y los fenómenos culturales que aparecen en su formación y que llegan a tener con el tiempo una significación universal.

La reflexión acerca del cosmos y de la vida, el conocimiento teológico y filosófico y el desarrollo del método científico han sido catalizados por el cristianismo, bajo la influencia del helenismo y algunos restos de las sectas islámicas e indias. Las ciencias sociales hindúes, por ejemplo, es-

[25] He utilizado la edición de inglesa Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Nueva York, 1956 (1904-1905), que contiene una jugosa introducción de Richard H. Tawney.

[26] Norbert Wiley, ed., *The Marx-Weber Debate*, Newbury Park, Cal., 1987.

tán muy desarrolladas en la observación ya antes de Jesucristo, pero carecen del método de experimentación, producto esencial del Renacimiento. Lo mismo se puede decir de la música y del arte. La técnica basada en la arquitectura viene de Oriente. Pero allí nadie es capaz de crear un uso racional del espacio como sí lo crea el gótico. El Renacimiento crea unas pinturas basadas en la racional utilización de las líneas y del espacio en perspectiva. Además, a partir del siglo XVI, se generaliza en Occidente un método científico sistemático y especializado, que ocupa un puesto dominante en la cultura europea y que no se da en otros lugares.

La fundación del Estado moderno es otra de las consecuciones específicas de Occidente: una asociación política regida por una constitución escrita, un espíritu racional, una ley ordenadora y una administración orgánica y eficaz. Los sistemas políticos de Oriente y Occidente no sólo se distinguen por su capacidad democratizadora, como se suele afirmar, sino también en términos de racionalidad. La racionalización de la vida pública en Occidente permite el logro que, según Weber, es el más importante y específico de la vida moderna: el capitalismo. El impulso por conseguir medios, dinero, nada tiene que ver con el capitalismo porque ha existido siempre. Se trata de algo más profundo, basado en un complejo entramado de motivaciones que dan como resultado un nuevo sistema económico y social —el liberalismo—, que posibilita a su vez la creación de un sistema político racional —la democracia.

Además de la vertiente estrictamente historiográfica de Max Weber, otra obra suya tendrá un notable influjo en el desarrollo y la consolidación de la historia de corte socioeconómico cultivada por los historiadores marxistas y de los Annales a partir de los años treinta, que irá supliendo a la de corte político y diplomático que había predominado en el historicismo clásico decimonónico. Desde esta perspectiva, los efectos de la obra de Weber en la historiografía tienen un evidente paralelismo con los de la sociología durkheniana. El volumen donde trata de todos estos temas lleva por título *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (1922), obra póstuma, fruto de la compilación de escritos del autor, algunos publicados en vida y otros inéditos[27]. Esto explica la gran variedad y diversidad de los temas tratados, cuyo denominador común es su relación con la sociología según la entendía Weber: un ámbito muy amplio en el que se encuentran entrelazadas la economía, la interpretación histórica y la antropología.

[27] Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, 1977 (1922), 2 vols.

La obra se puede definir como una síntesis en la que el autor pasa revista a los diferentes aspectos de la realidad social, económica e histórica, desde la perspectiva de la sociología comprensiva creada por él mismo. Weber se declara en varias ocasiones contrario a la explicación de la realidad elaborada por el marxismo. No en vano se le ha llegado a considerar el más elaborado revisionista del marxismo clásico. La estructura del libro delata la preocupación metodológica del autor, al tiempo que pone de manifiesto el carácter ecléctico del material recogido y su diversa procedencia: la primera parte está dedicada al estudio de las categorías sociológicas, mientras que la segunda lo está al estudio de la economía y de los poderes sociales. Lo abstracto de la terminología de los títulos de los diferentes apartados y el hecho de que la segunda parte fuera redactada varios años antes que la primera son bien elocuentes al respecto del carácter heterogéneo y a la falta de unidad interna del plan de la obra.

Weber define la sociología como una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos, lo que demuestra su conexión con los postulados positivistas, todavía muy en boga a principios de siglo. El positivismo se refleja tanto en esta definición como en la constatación de que, para el sociólogo alemán, toda interpretación persigue la evidencia. La acción social juega un papel importante en la sociología de Weber, ya que representa el fin natural de toda acción humana orientada hacia el exterior. La sociología permite a la historia acceder a realidades abstractas, conceptos, tipos y leyes generales. Aplicada a la historia, se transforma en sociología histórica, disciplina que ya es capaz de armonizar individuos y sociedades, lo concreto y lo general, los fenómenos y las ideas. En definitiva, la sociología permite racionalizar el discurso histórico.

El sociólogo alemán afronta el análisis del ámbito económico desde un punto de vista abstracto, utilizando para ello la nomenclatura marxista. Así, aparecen en su obra ideas como la apropiación de los medios de producción, el propietario en contraposición del proletario y el obrero, el capital como medio de dominación o las relaciones de apropiación. Ello remite automáticamente al campo de las comunidades políticas, que son manifestaciones de poder y se concretan en tres categorías: las clases, los estamentos y los partidos. Son estos diferentes modos de asociación, naturales o pactados, los que posibilitan una acción de poder, concepto clave en la argumentación de Weber.

En su planteamiento estrictamente histórico, Weber apenas supera el reduccionismo marxista de la lucha de clases. Las ciudades medievales y modernas, por ejemplo, son dominadas por un grupo de notables que monopolizan la administración urbana y se organizan en linajes, cuyos

miembros tienen en común la propiedad de la tierra. Sin embargo, el gran influjo de Weber radica en su capacidad de transitar por el entero ámbito de las ciencias sociales siendo capaz de construir un discurso unitario y coherente. El sociólogo alemán muestra un alto grado de dominio de la metodología. A pesar de abarcar un campo tan amplio de las ciencias sociales —sociología, economía, historia, psicología, política—, siempre utiliza una terminología muy precisa y no tiene ningún reparo en definir cualquier término, lo que convierte su obra en un instrumento muy útil para posteriores elaboraciones en el campo general de las humanidades. A través de su metodología, el autor ha pretendido racionalizar todos los procesos humanos de creación de instituciones económicas, políticas, religiosas y jurídicas.

La obra de Max Weber tuvo un doble influjo historiográfico. Por un lado, la publicación de su tesis sobre el nacimiento del capitalismo provocó un intenso debate en el contexto intelectual europeo de la época de entreguerras. En una primera fase, participaron en ese debate historiadores de la talla de Henri Pirenne (1862-1935)[28] y Werner Sombart (1963-1941)[29], cuyas obras tendrán a su vez una notable influencia en la historiografía posterior. En una segunda fase, el debate se centra en la figura del mercader italiano medieval y renacentista, que es capaz de generar las condiciones adecuadas para el nacimiento del capitalismo, como postulan las monografías de Yves Renouard y Armando Sapori[30].

El segundo ámbito en el que se se experimenta la influencia de Max Weber se produce a través de su obra *Economía y sociedad.* Su influjo es más indirecto pero probablemente más perdurable y profundo que el de su *Ética del protestantismo*. En esa obra se sientan las bases metodológicas y epistemológicas que favorecerán el nacimiento de una historia socioeconómica, que se presentará como la alternativa totalizante respecto a la parcial y tradicional historia política y diplomática. El proceso será complejo, porque la verdadera aplicación de esta tendencia se realizará una vez hayan cuajado y estén totalmente asimilados los postulados de la escuela francesa de los Annales en la Francia de entreguerras y el materialismo histórico de los historiadores británicos posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

[28] Henri Pirenne, *Histoire économique et sociale du moyen âge*, París, 1963.

[29] Werner Sombart, *Le bourgeois. Contribution à l'histoire morale et intellectuelle de l'homme économique moderne*, París, 1928.

[30] Yves Renouard, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age*, París, 1949, y Armando Sapori, *Il mercante italiano nel Medioevo*, Milán, 1983. Sobre este debate historiográfico, Jaume Aurell, "Introducción", en J. Aurell, ed., *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*, Pamplona, 2002, pp. 9-32.

En Alemania, paradójicamente, su influjo real llegará a partir de 1945, cuando la historiografía de ese país se dé cuenta de que Weber había conseguido combinar lo mejor de la tradición del idealismo alemán —el reconocimiento de la individualidad histórica— con la aplicación de los conceptos generales aportados por la sociología francesa[31]. El diálogo entre sociología e historia, verificado en las dos primeras décadas del siglo, había cambiado la fisonomía de la historiografía. De la obsesión empírica de los últimos positivistas de la escuela metódica se había pasado a la generosa recepción de las teorías generales y los afanes sintetizadores de los nuevos historiadores. Sin embargo, antes de que esas ideas cuajaran definitivamente en verdaderas escuelas historiográficas —como los serán los Annales o el materialismo histórico—, la historiografía experimentó, durante la época de entreguerras, la regeneración de la figura del filósofo de la historia y el resurgimiento de las grandes interpretaciones de la historia.

LA EFÍMERA REVITALIZACIÓN DE LOS HISTORICISMOS

Desde principios de siglo hasta la Primera Guerra Mundial, se experimenta un llamativo empobrecimiento metodológico del historicismo clásico alemán, que se escora cada vez más hacia la erudición, en la que predominan los temas relacionados con la historia política y militar. Paralelamente, en el ámbito de la historiografía francesa heredera del positivismo comtiano, se radicalizan las diferencias entre una escuela metódica partidaria del particularismo empírico y la sociología comprensiva, postuladora de la historia como ciencia social sintética. Sin embargo, antes de que sociólogos, economistas y filósofos planteen sus alternativas, el mismo "positivismo" sufre una crisis interna. Se alzan críticas, como la de Gabriel Monod, contra una historia que ha degenerado en simple y pura erudición. La sugerencia es recogida y comienzan a aparecer proyectos historiográficos con aspiraciones globalizantes, que culminarán con el lanzamiento, en los años veinte, del ambicioso proyecto de síntesis histórica *L'évolution de l'humanité,* animado por Henri Berr[32].

Al mismo tiempo, la enseñanza de la historia en los países con mayor tradición académica, como Francia e Inglaterra, se va acomodando a las

[31] Georg G. Iggers y Konrad Von Moltke, "Introduction", en Leopold Von Ranke, *The Theory and Practice of History*, Nueva York, 1973, p. LXVI.

[32] Sobre este proyecto, Robert Leroux, "Une encyclopédie historique: *L'évolution de l'humanité*", en *Histoire et sociologie en France*, París, 1998, pp. 141-149.

nuevas tendencias[33]. Por este motivo, algunas ciencias sociales, especialmente la antropología y la sociología, empiezan a ganar terreno a la misma disciplina histórica, aprovechando la estrechez de miras de los experimentos históricos que habían acogido los postulados de Langlois y Seignobos al pie de la letra. De esto se dieron cuenta los historiadores más jóvenes, que acabaron pactando con esas nuevas ciencias sociales e hicieron un verdadero esfuerzo de integración interdisciplinar, como será el caso de la escuela de los Annales en su diálogo con la sociología o la geografía. Las nuevas tendencias sociológicas habían invadido el campo de la historiografía, desacreditando la aspiración de los últimos "positivistas" de dotar a la historia de un estatuto en el ámbito de las ciencias experimentales. El deseo de Fustel de Coulanges de hacer de la historia una verdadera ciencia pura a través del análisis metódico de los documentos, quedó definitivamente desautorizado[34].

Sin embargo, en este contexto de crisis epistemológica de los años veinte, de modo paradójico, la historiografía sufre un giro copernicano, al reaparecer la figura de los teóricos de la historia que, como Benedetto Croce, José Ortega y Gasset, Robin Collingwood y Heinrich Rickert, vuelven a ensayar una filosofía de la historia al estilo hegeliano, o los que, como Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee vuelven a construir grandes interpretaciones de la historia al estilo agustiniano[35]. La labor teórica de estos nuevos filósofos de la historia se inscribe en el complejo debate historiográfico que ha generado la definición del historicismo[36]. Parece que el término fue utilizado por primera vez por el historiador de la filosofía Karl Werner, quien en su libro sobre Vico (1879) se refirió al carácter particular de la filosofía del historiador italiano, que afirma que la única realidad que la mente humana puede conocer es la historia, porque la construye ella misma[37]. Después, el término fue profusamente utilizado en el debate historiográfico de la Alemania finisecular, donde se denunció a los historicistas por no distinguir la teoría de la historia económica, la disciplina filosófica de la histórica.

[33] Para el ambiente académico en la Inglaterra de este período, Reba N. Soffer, *Discipline and Power. The University and the Making of an English Elite, 1870-1930*, Stanford, 1994; para Francia, Pim den Boer, *History as a Profession. The Study of History in France*, 1818-1914, Princeton, 1998.

[34] Numa D. Fustel De Coulanges, "De l'analyse des textes historiques", *Revue des questions historiques*, 41 (1887), p. 5.

[35] Sobre la filosofía de la historia, William H. Dray, *On History and Philosophers of History*, Leiden, 1989.

[36] Para este complejo asunto, son especialmente útiles las obras de Leonard Krieger, *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago, 1989 y Otto G. Oexle, *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París, 2001 (1996).

[37] Carlo Antoni, *Lo Storicismo*, Turín, 1968 (1956).

Estrictamente hablando, el historicismo no sería aquel de la generación posterior a Ranke, sino el que es encarnado por la generación de filósofos-historiadores de la época de entreguerras[38]. Ellos no temen hacer historia desde la filosofía y reaccionan contra los racionalismos historiográficos de la generación alemana finisecular. Leonard Krieger fijó en 1989 el canon de esa generación de historicistas: Croce, Collingwood, Dilthey, Rickert, Troeltsch, Ortega y Spengler. A ellos habría que añadir a los sociólogos Georg Simmel, Max Weber, Émile Durkheim, Karl Mannheim y a los neomarxistas de la escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, Walter Benjamin y Theodor Adorno.

El historicismo se opone, en su acepción más general, al dominio del positivismo, que había sido considerado el humanismo del siglo XIX. Los historicistas intentan crear unas ciencias sociales diversas de las ciencias naturales en las que se originó el positivismo, acentuando el carácter específicamente histórico del hombre[39]. Es muy significativo que el mismo término *historicismo* se implantara de modo peyorativo a principios del siglo veinte y se divulgara en cambio como una respetable tendencia historiográfica, en su presente significado, poco después de la Primera Guerra Mundial. El historicismo pasa a convertirse entonces de una historia metafísica a una epistemología histórica. La historia es una proyección en el pasado del pensamiento y de los intereses del presente. Lo que varía entre los historicistas es el sujeto de la historia, que para Spengler es la cultura, para Toynbee las civilizaciones, para Weber la dimensión sociológica del hombre, para Ortega la dimensión circunstancial del hombre, para Croce la dimensión contemporánea de la historia, para Collingwood la capacidad imaginativa del hombre y para Troeltsch la totalidad individual.

El debate sobre el verdadero concepto del historicismo sigue hoy todavía en pie. En un influyente ensayo publicado en los años de posguerra, titulado *La miseria del historicismo*, Karl Popper despojaba a la historia de cualidad de ciencia por el mero hecho de no ser capaz de predecir el futuro[40]. La recepción de las tesis de Popper, marcadamente antimarxistas, no estuvo exenta de una intensa polémica, cuya resonancia ha llegado in-

[38] La compleja distinción entre los conceptos de *historismus* y de historicismo está sutilmente explicada en Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968.

[39] Nohemi Hervitz y Leonor Ludlow, *Problemas de la historiografía contemporánea*, México, 1984, p. 17.

[40] Karl Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1960 —se trata de una edición revisada del texto original, publicado en 1945; Paul A. Schlip, ed., *The Philosophy of Karl Popper*, La Salle, 1974, 2 vols.

cluso hasta finales de siglo a través de la obra de Arthur C. Danto[41]. La virulencia y la longevidad de este debate demuestran que el historicismo no es una corriente historiográfica unívoca. Hay un historicismo de la generación finisecular alemana posterior a Ranke, Burckhardt y Fustel de Coulanges que sigue bajo los efectos de una historiografía racionalista, sujeta al desarrollo de las leyes generales de la historia. Esta generación fue reemplazada por la de los historicistas de la época de entreguerras (Weber, Dilthey, Croce, Collingwood, Ortega), que provenían de un espectro historiográfico mucho más amplio, tanto desde el punto de vista geográfico (Alemana, Italia, Inglaterra, España) como disciplinar (filósofos, historiadores, sociólogos). La distinción de estas dos generaciones de historicistas disipa los planteamientos excesivamente simplistas como el de Karl Popper y se adecua más a la verdadera naturaleza epistemológica de este movimiento historiográfico[42].

Benedetto Croce (1866-1952) parte de la idea de que hay una identidad entre filosofía e historia que está basada en la unidad del espíritu. Esa unidad permite considerar lo particular a la luz de lo universal, que es lo que legitima el conocimiento histórico. En su trayectoria historiográfica, Croce evoluciona de un marxismo incipiente como discípulo de Labriola al apoyo de las tesis fascistas con el ascenso de Mussolini. Sin embargo, a partir de finales de los años veinte, cuando desarrolla su principal labor historiográfica, defiende una posición liberal moderada. Croce desarrolló entonces una doctrina de historicismo absoluto, que identificaba la filosofía con la historia. La historia debe tener un fondo ético y político. La base del juicio histórico es la exigencia práctica: el presentismo[43]. La historia debe construirse en función de las necesidades y los problemas actuales. Hay tantas historias como puntos de vista. Lo fundamental de la historia no es su proyección en el pasado, sino la contemporaneidad desde la que se fabrica ese pasado[44].

El presentismo es uno de los problemas que más ha preocupado a la historiografía del siglo pasado. John Dewey radicalizó el pensamiento

[41] Arthur C. Danto, *After the End of Art: Contemporary Art and the Pale of History*, Princeton, 1997, en el fondo una continuación de su clásica obra de los años sesenta: *Analytical Philosophy of History*, Cambridge, 1965.

[42] Georg G. Iggers, "Historicism", in *Dictionary of the History of Ideas*, Nueva York, 1973, vol. 2, pp. 456-468; D.E. Lee y R.N. Beck, "The Meaning of *Historicism*", *American Historical Review*, 59 (1953-1954), pp. 568-577; Maurice Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, Nueva York, 1967, pp. 88-93; Carlo Antoni, *Dallo Storismo alla Sociologia*, Florencia, 1940.

[43] Una excelente visión general del presentismo en William H. Dray, "Some Varietes of Presentism", en *On History and Philosophers of History*, Leiden, 1989, pp. 164-189.

[44] Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1955; León Dujovne, *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*, Buenos Aires, 1968.

crociano ya en los años treinta: toda historia es necesariamente escrita desde el punto de vista del presente y, por tanto, está siempre basada en lo que es contemporáneamente juzgado como importante en el presente[45]. Agnes Heller se preguntaba bastantes años más tarde si el presentismo no sería la verdadera cuestión nuclear de la historiografía: independientemente de que el objeto tratado por el historiador se ubique en el presente o en el pasado, lo importante es si su estudio nos sirve para entender mejor el presente. Cuando Shakespeare relata un acontecimiento pasado en su *Julio César*, de hecho está narrando un acontecimiento en presente, aunque estrictamente hablando el sujeto de la tragedia haya sido tomado del pasado. La cuestión es si la historiografía puede ser entendida de este modo o no[46].

A través de su *Storia come pensiero e come azione* (1938) el influjo del historicismo crociano se extendió a toda la historiografía occidental. Sin embargo, durante la posguerra italiana hubo una virulenta reacción contra Croce, abanderada por el marxismo y relacionada con la extraordinaria difusión de las ideas de Antonio Gramsci, el mítico redactor de los *Quaderni del Carcere,* publicados entre 1948 y 1951. Hay entonces una auténtica revolución en la historiografía italiana, basada en una especie de cruzada contra el liberalismo-crociano, la democracia-salvemiana, la historia radical-gobettiana, el socialismo-rousseliano, el reaccionarismo-fascista o las escuelas clericales de la democracia cristiana[47]. Con todo, el historicismo crociano sobrevivirá, a medio y largo plazo, a todas estas corrientes, porque se basa en una de las realidades más punzantes de la historiografía actual: las relaciones entre el contexto en que se genera la fuente histórica y el contexto desde el que es articulado el discurso histórico. Las vivencias personales y la formación intelectual del historiador condicionan toda su obra histórica. El mismo historiador debe ser capaz de "integrare il dato storico con la nostra personale psicologia o conoscenza psicologica"[48]. Todo ello remite, evidentemente, a las nociones del presentismo y del personalismo historiográfico.

Es en ese contexto epistemológico donde hay que situar el trabajo de otro gran filósofo de la historia de este período: Robin G. Collingwood (1889-1943). En su obra más importante, *The Idea of History*, reflexiona

[45] John Dewey, "The Theory of Inquiry", en Hans Meyerhoff, ed., *The Philosophy of History in Our Time*. Nueva York, 1959, p. 168 —el texto original de Dewey es de 1930.

[46] Agnes Heller, *A Theory of History*, Londres, 1982, p. 81.

[47] Ver algunas interesantes reflexiones al respecto en A. William Salomone, "Italy", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Conn., 1979, pp. 233-251.

[48] Benedetto Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Milán, 1989 (1915), p. 43.

sobre algunos temas esenciales en la historiografía como la imaginación histórica o la historia como re-actualización (*re-enactment*) de la experiencia pasada[49]. *La idea de la historia* (1946) fue publicada poco después de la muerte de su autor a partir de manuscritos recogidos por Malcolm Knox, convirtiéndose desde entonces en uno de los volúmenes más influyentes en la historiografía del siglo pasado[50]. Está dividido en dos partes. En la primera, el historiador inglés relata el proceso de transformación de la historia en una ciencia; en la segunda, reflexiona sobre la naturaleza, el sujeto y método de la historia. Coolingwood justifica la necesaria interconexión entre filosofía e historia desde los orígenes de la historiografía. Los historiadores decimonónicos basaron sus investigaciones en un organizado y sistemático cuerpo de noticias documentales, a las que aplicaban un paradigma que les permitía elaborar leyes generales. Esta es la idea que, cuarenta años después, Hayden White radicalizará con su *Metahistoria*, absolutizando el valor de las hipótesis acríticamente formuladas por los historiadores y filósofos de la historia[51].

Uno de los conceptos claves de Collingwood es el de la imaginación histórica, que *recrea* el pasado. La historia no debe ocuparse de lo universal sino de lo concreto. Sólo hay conocimiento histórico de lo que puede ser revivido en la mente del historiador. El concepto clave de Collingwood es que el conocimiento histórico tiene como objeto propio el pensamiento: no las cosas pensadas, sino el acto mismo de pensar. Esto es lo que le lleva a concluir, de modo aparentemente algo ingenuo, que cuando el historiador descubre *lo que* realmente ocurrió, de hecho conoce *por qué* sucedió[52]. O, dicho de otro modo todavía más radical, el mero hecho de la fijación de un hecho histórico lleva consigo su misma interpretación[53]. El filósofo británico trascendía así el historicismo de Ranke, Dilthey y Croce, aunque su recepción parcial en el ámbito historiográfico haya abortado en parte la divulgación de esa visión tan radical[54].

[49] Robin G. Collingwood, *The Idea of History*, Oxford, 1946.

[50] Sobre el complejo proceso de reconstrucción y publicación del libro póstumo de Robin Collingwood, ver Jan Van der Dussen, "Collingwood *lost* manuscript of *The Principles of History*", *History and Theory*, 36 (1997), pp. 32-62.

[51] Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

[52] "When (the historian) knows what happened, he already knows why it happened" (Robin G. Collingwood, *The Idea of History*, Oxford, 1946, p. 214).

[53] Así lo formula Alan Donagan, *Later Philosophy of R.G. Collingwood*, Oxford, 1962, p. 18.

[54] Sobre la recepción de las ideas de Collingwood en la historiografía, Albert Shalom, *R.G. Collingwood, philosophe et historien*, París, 1967; William H. Dray, *History as Re-enactment. R.G. Collingwood's Idea of History*, Oxford, 1995.

En España también descolló durante los años veinte y treinta el filósofo José Ortega y Gasset (1883-1956), cuya filosofía de la historia se halla dispersa entre sus diferentes obras pero tiene una entidad en sí misma[55]. Formado en ambientes culturales alemanes, derivó del vitalismo al existencialismo. Una de las obras claves de su pensamiento histórico es *Meditaciones del Quijote* (1914). Su filosofía se basa en "la metafísica de la razón vital", a la búsqueda de una estructura de vida que sea trascendente en su relación con la realidad de cada instante. Es así como el hombre deviene esencialmente razón histórica: "El hombre es lo que le ha pasado, lo que ha hecho. [...] Las experiencias de la vida estrechan el futuro del hombre. Si no sabemos lo que va a ser, sabemos lo que no va a ser. Se vive en vista del pasado. El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene [...] historia"[56].

Ortega vuelve al tema del presentismo al afirmar que nada existe más que el presente; si el pasado existe, lo hace en cuanto presente. El conocimiento histórico consiste en buscar lo que de pasado hay en el presente. Por tanto, cada presente ha de replantearse el problema de la historia reescribiéndola de nuevo. El presentismo de Ortega remite a lo que Collingwood había llamado el *re-enactment* y en Croce era la absolutización de la historia contemporánea. La investigación histórica consiste en proyectar la atención sobre el tiempo pasado desde un determinado punto de vista que varía en el presente de cada generación. Con su planteamiento presentista, circunstancialista y generacionalista, Ortega completa un pensamiento histórico muy original. Aunque ciertamente hoy en día su pensamiento está periclitado, no en balde es uno de los intelectuales españoles que ha merecido mayor interés entre la bibliografía internacional dedicada a los temas de investigación en la vertiente más filosófica de la historiografía contemporánea[57].

El historiador alemán Heinrich Rickert (1863-1936) es uno de los abanderados de la escuela neokantiana de Marburgo. Su tesis se basa en que la realidad empírica es múltiple e inabarcable en su totalidad y sólo se puede afrontar parcialmente, según el punto de vista utilizado por cada ciencia[58].

[55] Sobre la teoría de la historia de Ortega, John T. Graham, *Theory of History in Ortega y Gasset: "The Dawn of Historical Reason"*, Columbia, 1997.

[56] José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Madrid. 1966 (1936), p. 51.

[57] Ortega es, quizás, junto a Rafael Altamira, uno de los historiadores y filósofos españoles del siglo XX que más interés ha suscitado en el mundo anglosajón. La bibliografía es enorme, pero se puede citar también a Christian Ceplecha, *The Historical Thought of José Ortega y Gasset*, Washington, 1958.

[58] Heinrich Rickert, *The Limits of Concept Formation in Natural Science. A Logical Introduction to the Historical Science*, Cambridge, 1986 (1902).

Las ciencias de la naturaleza utilizan un método generalizador, basado en los conceptos de ley, género y especie, por lo que queda fuera de su ámbito el individuo. Las ciencias humanas incorporan, por su parte, el concepto del *valor*, lo que les permite llegar a lo personal. El historiador selecciona los hechos en función de unos valores trascendentes a su objeto. Esto condena a la disciplina histórica indefectiblemente a la subjetividad, ya que se basa en una construcción mental. Algunos conceptos, como el de progreso, se convierten así en una trampa, porque no son más que selecciones mentales *a priori*[59].

Ortega y Rickert cierran este capítulo de los filósofos de la historia que habían proliferado durante la época de entreguerras, haciendo renacer una figura que había sido creada con la Ilustración a través del pensamiento volteriano. Pero este período también experimentaría la aparición fugaz de otra vertiente historiográfica aparentemente sin continuidad en el resto del siglo XX: el de las grandes interpretaciones de la historia.

Además del acercamiento de la historia a la sociología y a la filosofía, la época de entreguerras fue también un interesante caldo de cultivo para las grandes interpretaciones de la historia, que llegaron sobre todo de la mano de los morfologistas como Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee. Lo que se proponían plantear estos historiadores era la cuestión de la Historia Universal, en unos momentos en los que las dolorosas experiencias vividas especialmente en Occidente entre 1914 y 1945 habían dado al traste con el optimismo filosófico y científico edificado por la Ilustración del Dieciocho y el positivismo del Diecinueve[60]. Las morfologías construidas por estos audaces historiadores se basan en la idea de que lo que no puede alcanzarse en la historia mediante la formulación de leyes —la vieja aspiración positivista— se puede obtener mediante la contemplación y la comparación. A través de la ampliación planetaria de los objetos históricos analizados, los morfologistas deducen unas regularidades que les sirven para diseñar unas pautas cíclicas. De este modo, se accede a las reglas del pasado y hasta se aspira a predecir el futuro.

Oswald Spengler (1880-1936) publicó su célebre obra *La decadencia de Occidente* al final de la Primera Guerra Mundial. Aunque nunca acabó de integrarse en el mundo académico universitario, su ambiciosa obra pretendió dar una visión global de la historia, que influyó notablemente en su tiempo. A través del estudio de ocho grandes civilizaciones, se propuso

[59] Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, 2000, pp. 172-173.

[60] Un ambicioso recorrido por los ensayos de historia universal en la historiografía contemporánea en Paul Costello, *World Historians and their Goals. Twenty-Century Answers to Modernism*, De Kalb, Illinois, 1993.

descubrir los mecanismos de su apogeo y decadencia, aplicando esa tesis a la civilización occidental. Cada cultura o civilización es un fenómeno cerrado en sí mismo, específico e irrepetible, pero que experimenta una evolución que es posible comparar morfológica y analógicamente con las restantes y da la clave para comprender el presente.

Con Spengler, el presentismo volvía a aparecer en el panorama historiográfico de entreguerras, tal como lo habían planteado los filósofos de la historia como Croce —toda historia es historia contemporánea— o Collingwood —la historia como reactualización de la experiencia pasada. Spengler fue incluso más allá, pretendiendo augurar el futuro de la civilización occidental y cayendo en uno de los efectos perversos de todo presentismo: la politización e instrumentalización de la historia con fines políticos. Había redactado su libro en Munich, en el tiempo de la crisis final del poder del segundo Reich alemán —una época de derrota bélica, revolución marxista y eclosión del nazismo— y ofrecía una visión culturalista de la historia que cualquiera podía manejar con una cierta soltura a la búsqueda de respuestas en esa hora difícil de la historia de Alemania y de Occidente[61].

Otra gran interpretación de la historia en la época de entreguerras, aunque ya con claras repercusiones posteriores, es la de Arnold J. Toynbee (1889-1975). Su epopéyica *Estudio de la historia* sería celebrada, sobre todo en la primera posguerra, como la más grande narración histórica que se había escrito jamás. Sin embargo, su celebridad fue efímera, y a pesar de su magnitud es hoy considerada más por ser un original objeto historiográfico digno de análisis que por su influjo posterior desde el punto de vista metodológico y epistemológico. Al igual que Spengler, la carrera académica de Toynbee fue poco convencional, lo que cuadra bien en el contexto historiográfico de entreguerras, que ha sido definido como un período de agotamiento del modelo académico[62].

El *Estudio de la historia* apareció en doce volúmenes entre 1934 y 1961[63]. La obra de Toynbee se adentra en el mundo de la teología de la historia, al plantear una visión globalizante del devenir histórico, basada en una sucesión de veintinueve sociedades o civilizaciones. La clave para la comprensión de esas civilizaciones es el análisis de su nacimiento, desarrollo y decadencia. Los protagonistas reales de estos procesos no son

[61] Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente (bosquejo de una morfología de la historia universal)*, Madrid, 1923-1927, 4 vols., con un prólogo de José Ortega y Gasset que es también útil para conocer el estado de la historiografía en aquel período.

[62] Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, 2000, p. 175.

[63] Véase un compendio de la obra en tres volúmenes con un sumario y una cronología bastante prácticos en Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Madrid, 1970.

las colectividades, sino algunos individuos excepcionales y las pequeñas minorías creadoras que encuentran unas vías que los demás siguen por *mimesis* o imitación. Aquí Toynbee realza un aspecto también propio de este período: la función de las elites, tal como Ortega y Gasset había expuesto años antes en su influyente ensayo *La rebelión de las masas,* cuya primera edición data de 1929[64]. Cuando las elites dejan de ser creadoras para convertirse en dominantes, las civilizaciones se estancan y pierden cohesión[65].

Algunas de las obras de los años cuarenta del influyente y polivalente historiador catalán Jaume Vicens Vives (1910-1960) habría que situarlas también en este contexto epistemológico. Él nunca ocultó su admiración por la obra de Toynbee y su teoría de las elites, aunque ciertamente a partir del año 1950 todas sus energías se centraron en la introducción de los postulados historiográficos de la escuela de los Annales en España. Durante los veinte últimos años de su corta e intensa existencia, los que van desde el final de la guerra civil española (1939) a su prematura muerte (1960), Vicens estimuló continuamente la construcción de obras enciclopédicas y de síntesis, lo que es bien elocuente del notable influjo que ejercieron sobre él los experimentos globalizantes de los historiadores británicos de los años treinta y cuarenta[66].

El rígido mecanicismo de Spengler y el esquematismo simplista de Toynbee convierten su magna obra en unos originales pero infecundos ejercicios de especulación histórica *a priori*, dejando de lado la verdadera investigación histórica, que tantos frutos estaba dando paralelamente a través de la construcción de las grandes monografías generadas al socaire de la escuela francesa de los Annales. En este sentido, es bastante significativo que el camino emprendido por estos grandes morfologistas de la historia como Spengler y Toynbee haya terminado en un callejón sin salida. Ya en su momento, el mismo Lucien Febvre dedicó unas durísimas críticas a los intentos globalizadores de Spengler y Toynbee. La historia académica se revolvía con toda energía contra esos experimentos proceden-

[64] José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, 1943.

[65] Algunas de las originales ideas de Toynbee están recogidas en George R. Urban, *Toynbee on Toynbee. A conversation between Arnold J. Toynbee and G.R. Urban*, Oxford, 1974.

[66] Sus ensayos *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, 1981 (1952) y *Notícia de Catalunya*, Barcelona, 1982 (1954), son, en este sentido, bien elocuentes. Estos dos ensayos fueron retocados por Vicens Vives poco antes de su muerte, por lo que las ediciones de 1960 son algo diferentes a sus originales. Sobre el historiador catalán, que ha tenido una enorme influencia en la historiografía española durante el tercer cuarto del siglo veinte, ver la notable biografía intelectual de Josep Maria Muñoz i Lloret, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, 1997.

tes de unos ámbitos no reglados, con ciertos "ardores de neófitos", según la agria expresión de Febvre[67].

* * *

Sociólogos, filósofos y morfologistas dominaron la historiografía en la época de entreguerras, aprovechando la crisis en que se hallaba tanto la disciplina histórica como la misma civilización occidental, herida en lo más íntimo de los valores propios de la modernidad. Sin embargo, el modelo académico no se había agotado por completo, y es ahí donde se volverá a regenerar el tejido propiamente histórico e historiográfico.

La instrumentalización de la historia por parte de los duros movimientos ideológicos del momento —fascismo alemán e italiano, falangismo español; capitalismo inglés y americano; marxismo en la URSS y los países satélites— sólo parecía poder ser superada a través de un mundo académico libre de los condicionantes propios de un presentismo que, paradójicamente, había sido uno de los temas de debate principales de la historiografía de entreguerras. Es en este contexto en el que, a mi entender, hay que valorar la verdadera aportación de los Annales, que consideraban la historia como historia, sin aditamentos de ningún tipo aunque con el enriquecedor y necesario debate interdisciplinar con las restantes ciencias sociales.

El mundo académico francés fue más capaz que el alemán de mantener una independencia real respecto a las circunstancias políticas e ideológicas del momento, como ha puesto de manifiesto brillantemente el prestigioso historiógrafo Georg G. Iggers[68]. El mundo académico inglés, por su parte, quedó como encerrado en sí mismo en la época de entreguerras, dando sólo alguna que otra figura descollante como la de Lewis Namier (1888-1960), aunque durante aquellos años se sentarían las bases de la importante corriente de la historia económica y social desarrollada después de la guerra[69]. En Italia, el peso del fascismo fue tal que historiadores de la talla de Gioacchino Volpe o, más matizadamente, Benedetto Croce, no

[67] Esa es la expresión utilizada por el historiador francés en una reseña publicada en los *Annales*: Lucien Febvre, "Dos filósofos oportunistas de la historia. De Spengler a Toynbee", en *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, pp. 206-208. Ver también las críticas vertidas contra los "filósofos de la historia" por Philip Bagby, *La cultura y la historia*, Madrid, 1959, pp. 10-13.

[68] Georg G. Iggers, "Nationalism and Historiography, 1789-1996. The German Example in Historical Perspective", en Stefan Berger, Mark Donovan y Kevin Passmore, eds., *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, 1999.

[69] Sobre la historiografía británica de ese período es útil el ensayo vivencial de Alfred L. Rowse, *Historians I have known*, Londres, 1995.

pudieron desprenderse de su influjo[70]. En España, a pesar de las enormes tensiones del momento, aparecieron dos de las principales figuras de este período desde el punto de vista del pensamiento histórico: José Ortega y Gasset y, posteriormente, Jaume Vicens Vives.

Pero no se acaban aquí las aportaciones de este período, que además experimentó el nacimiento de la escuela francesa de los Annales, los notables precedentes del marxismo como los de Lefebvre y Labrousse y las extraordinarias obras de historiadores de la talla de Charles H. Haskins, Ernst Kantorowicz, Henri Pirenne y Johan Huizinga, todos ellos medievalistas. La coexistencia del inmovilismo del mundo académico más tradicional con el surgimiento de las nuevas tendencias reformadoras —un ambiente de convivencia forzada, característico de las épocas de transición intelectual— es el contexto específico en que se incubaron las líneas maestras que consolidaron a la que quizás ha sido la escuela histórica más influyente del siglo veinte: los Annales.

Es la época en que Henri Berr afronta su gran proyecto de síntesis a través de la colección *L'évolution de l'humanité*, el historiador belga Henri Pirenne elabora su influyente obra, la geografía estrecha vínculos con la historia a través de Vidal de la Blache[71] y la sociología sienta las bases de su proyección histórica a través de Émile Durkheim y Max Weber. La sociología, la geografía y la filosofía habían ganado un espacio metodológico teóricamente específico de la disciplina histórica. Esto le había hecho perder parte de su contenido epistemológico específico, pero le había abierto definitivamente las puertas a un verdadero diálogo e integración con las ciencias sociales. Todo este contexto intelectual ayuda a entender el enorme peso que, desde sus orígenes, tuvo la escuela de los Annales, en su decidida apuesta por una historia verdaderamente independiente desde una perspectiva epistemológica, aunque bien anclada en el ámbito de las ciencias sociales.

[70] Martin Clark, "Gioacchino Volpe and fascist historiography in Italy", en Stefan Berger et al., eds., *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, 1999, pp. 189-201.

[71] Especialmente interesantes, y no siempre del todo exploradas, son las estrechas relaciones entre historia y geografía que dan lugar al ambicioso programa historiográfico de "La tierra y los hombres", preconizados por los primeros *Annales*: ver Roger Dion, *Essai sur la formation du paysage rural français*, París, 1991, especialmente su prólogo y el sintomático volumen de Fernand Braudel sobre el espacio y la historia en su *L'identité de la France*, París, 1986 y, muy especialmente, Lucien Febvre y Lionel Bataillon, *La terre et les hommes. Introduction géographique a l'histoire*, París, 1922 (se trata del primer tomo de la citada colección "L'évolution de l'Humanité", dirigida por Henri Berr).

II. LA HORA DE LA DISCIPLINA HISTÓRICA: LOS ANNALES

Hay un acuerdo unánime respecto al notable influjo de la escuela de los Annales como constructora de un nuevo modelo historiográfico. Durante los años treinta, esta escuela francesa tomó el relevo del liderazgo que el historicismo clásico alemán había desarrollado durante buena parte del siglo diecinueve y principios del veinte. El centro de gravedad de la historiografía se trasladaba así de Alemania a Francia, en medio de un mundo académico en crisis, que se reconstruía a duras penas entre conflictos bélicos y enfrentamientos ideológicos.

El interés histórico e historiográfico que ha despertado la escuela de los Annales es la mejor muestra de su vitalidad. La bibliografía dedicada a su estudio es ya inmensa[1]. Todos esos trabajos son de gran utilidad para los historiadores de todas las corrientes y de todas las épocas, porque no sólo tratan de una corriente historiográfica concreta como los Annales, sino que también dan las claves para la comprensión de los contextos intelectuales de los historiadores de esa escuela y de algunas de sus principales monografías, que son modelos de construcción histórica. Simultáneamente, es preciso adentrarse en el contexto en que fueron articuladas esas obras, porque de este modo se puede comprender mejor su verdadero alcance historiográfico. El contexto histórico e intelectual en el que se mueven los historiadores influye notoriamente en la visión que tienen de la historia, por lo que es muy útil conocer las corrientes intelectuales y filosóficas del momento, las coyunturas políticas, la integración en una determinada comunidad, especialmente si ésta está imbuida de nacionalismo, así como la tradición familiar y la formación académica del historiador.

[1] Sobre la escuela de los Annales: Peter Burke, *The French Historical Revolution. The Annales School, 1929-89*, Cambridge, 1990, Traian Stoianovich, *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca, 1976 y Guy Bourdé y Hervé Martin, *Les Écoles historiques*, París, 1983. Sobre el ingente aparato bibliográfico centrado en la escuela de los Annales, me remito al documentado catálogo aparecido a mediados de los noventa: Jean-Pierre Hérubel, ed., *Annales Historiography and Theory. A Selective and Annotated Bibliography*, Londres, 1994.

Todo ello es especialmente oportuno en el caso de una escuela como los Annales, cuyos principales exponentes están perfectamente localizados: Marc Bloch y Lucien Febvre como sus fundadores, Fernand Braudel como líder indiscutible de la segunda generación y Gerges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Le Goff, entre otros, como los componentes de la tercera generación. Todos estos historiadores han experimentado una evolución tanto desde el punto de vista estrictamente vivencial como epistemológico que ha condicionado de algún modo la orientación de su obra y, por ende, de la escuela.

REVISTA HISTÓRICA, CORRIENTE GENERACIONAL Y ESCUELA NACIONAL

El primer problema que se plantea al analizar los Annales es si fueron verdaderamente una escuela histórica[2]. Sus orígenes, y su mismo nombre, están relacionados con la creación de una revista histórica, que llevaba por título, en su fundación en 1929, *Annales d'histoire économique et sociale.* El enunciado principal de la revista (*Annales*) no ha variado a lo largo de toda su singladura y es el único concepto capaz de aglutinar a historiadores de procedencia y talante intelectual tan diverso como ha tenido la escuela a lo largo del siglo veinte.

El título original (*Annales d'histoire économique et sociale*) se mantuvo hasta 1946. Durante la guerra, la revista sobrevivió bajo los enunciados provisionales *Annales d'histoire sociale* (1939-1942) y *Mélanges d'histoire sociale* (1942-1944). En 1946 la revista pasa a llamarse *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, hasta que en 1994 adquiere su denominación actual: *Annales. Histoire, Sciences Sociales.* La evolución de los subtítulos de la revista es una expresión elocuente de los diversos cambios que ha experimentado la escuela durante el siglo veinte, así como de los avatares epistemológicos de la historiografía occidental globalmente considerada. De un compromiso con la historia económica y social —una de las grandes reivindicaciones de los primeros Annales, que reaccionaron frente a la vieja historiografía decimonónica de talante político y diplomático: *Économies, Sociétés, Civilisations*— se pasa finalmente a un compromiso con el resto de las ciencias sociales (*Histoire, Sciences Sociales*), como resultado de la intensa batalla librada por la disciplina histórica durante los años ochenta a la búsqueda de su verdadera identidad.

[2] Unas útiles visiones generales de los postulados de los Annales en Jacques Revel, "Histoire et Sciences Sociales; les paradigmes des Annales", *Annales ESC*, 34 (1979), pp. 1360-1376.

Si la revista actúa como verdadero aglutinador de la escuela de los Annales, es la sucesión de las generaciones la que ha marcado las diferentes etapas de su evolución. Se ha hablado de cuatro generaciones, aunque ciertamente hay serias dudas respecto a la verdadera entidad de la postrera, porque es difícil defender en la actualidad la supervivencia de una verdadera escuela de los Annales. No obstante, nadie duda de la existencia de las tres primeras generaciones, de su influjo real en la historiografía europea y americana y de su articulación en torno a unos líderes generacionales, en cuya obra se ven reflejadas las mutaciones de la misma escuela a lo largo del siglo veinte: Marc Bloch y Lucien Febvre en la primera generación, Fernand Braudel en la segunda y Georges Duby, Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie en la tercera.

Cada generación está lógicamente influida por el contexto intelectual de su tiempo, por lo que son deudoras de las corrientes imperantes no sólo en la disciplina histórica sino también, por su mismo talante interdisciplinar, en las restantes ciencias humanas y sociales, especialmente la sociología y la antropología. Así, aparecen historiadores relacionados con los Annales comprometidos con el marxismo como Ernest Labrousse o Pierre Vilar; de atípicas posturas como Maurice Agulhon o Michel Vovelle; otros, como Fernand Braudel, imbuidos de estructuralismo; y, por fin, los historiadores de la tercera generación, sistematizadores de la historia de las mentalidades, emparentados también con las complejas tendencias filosóficas de los setenta, materializadas por antropólogos de talante multidisciplinar como Michel Foucault.

Lo heterogéneo de los historiadores y filósofos mencionados pone de manifiesto la tercera de las realidades que aparecen en el enunciado de este apartado: ¿se puede identificar la escuela de los Annales con la escuela histórica francesa? Aunque lógicamente todos los historiadores franceses lo niegan, mi opinión es que recurrir a esa identificación, con las necesarias matizaciones, no es cometer ningún reduccionismo desde el punto de vista historiográfico, habida cuenta del carácter aglutinador que la escuela de los Annales ha tenido en ese país a lo largo del siglo veinte, al menos hasta los años ochenta. En ella han anidado, en efecto, historiadores de las más diversas tendencias intelectuales y metodológicas, pero todos ellos tienen el sello y el talante característico de la historiografía francesa, con todas sus peculiaridades, servidumbres y aciertos.

El tema no se puede despachar, lógicamente, en un párrafo, porque sería preciso descender a un mayor detalle para justificar la afirmación de la identificación de una escuela historiográfica con una tradición nacional. Baste, sin embargo, considerar por el momento que me parece muy ilustrativo que la escuela de los Annales haya conocido su declive en el preciso instante en

que la globalización —un proceso de alcance general, que también ha afectado al campo historiográfico— ha traído consigo la desaparición de las llamadas escuelas nacionales tal como se habían considerado tradicionalmente.

La dimensión nacional de los Annales ha hecho posible la coexistencia en la misma escuela de historiadores de tendencias diversas, desde el sociologismo de Marc Bloch al marxismo ortodoxo de Pierre Vilar. Otro problema diferente es el escaso grado de identificación con la escuela que tienen algunos de sus pretendidos componentes: el caso de Pierre Vilar es bien significativo en este sentido. Y hay que afirmar también, obviamente, que esa identificación no debe llevar a pensar que cualquier historiador francés del siglo veinte se tenga que considerar necesariamente un componente de esa escuela, del mismo modo que un historiador no francés también puede ser considerado un miembro de los Annales. Éste es el caso, por ejemplo, de algunos historiadores españoles de los años cincuenta y sesenta como Jaume Vicens Vives, Valentín Vázquez de Prada y Felipe Ruiz Martín[3] o de los procedentes de otras tradiciones historiográficas europeas de notable reputación, como la húngara[4] o la polaca[5].

En todo caso, hay unos postulados básicos que permanecen a lo largo de las diversas generaciones de la escuela. Los primeros Annales pretendieron sustituir la tradicional narración de los acontecimientos por una historia analítica orientada por un problema. Preconizaban así el paso de un "positivismo", cuya temática esencial era la política, a una historia analítica de marcado talante socio-económico, inaugurando así el fructífero predominio de las monografías sobre los restantes géneros históricos. Al mismo tiempo, postulaban una historia más totalizante, a través de la ampliación temática y disciplinar. Para ello, tendieron puentes con la geografía, la economía, la estadística, la antropología y, sobre todo en los años iniciales, con la sociología. Los componentes de la escuela se sentían cómodos con el género de la monografía histórica, porque es el que les permitía realizar un cuadro minucioso de un período, de un grupo social o de un determinado aspecto histórico. Se inauguraba así un ciclo denominado "la tierra y los hombres", cuyo objetivo era unir espacio y tiempo en un planteamiento verdaderamente integrador[6].

[3] Josep Maria Muñoz i Lloret, "El congrés de París (1950)", en *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, 1997, pp. 187-193.

[4] Para el influjo de los Annales en la historiografía húngara, Péter Sahin-Tóth, ed., *Rencontres intellectuelles franco-hongroises. Régards croisés sur l'histoire et la littérature*, Budapest, 2001.

[5] Para la siempre sugerente historiografía polaca, Bronislaw Geremek, "Historiographie polonaise", en André Burguière, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1978, pp. 522-533.

[6] Thomas Bisson, "*La terre et les hommes*: a programme fulfilled?", *French History*, 14 (2000), pp. 322-345.

Durante los años veinte, tanto Lucien Febvre como Marc Bloch combatieron, desde su posición de jóvenes historiadores, la excesiva especialización que detectaron en la historiografía de su época. Ellos fueron por delante, incorporando a sus trabajos nuevas temáticas como la historia de las mentalidades —bien presente en el libro sobre los reyes taumaturgos de Marc Bloch[7]— o una historia de la religiosidad renovada —como aparece en el *Lutero* de Lucien Febvre[8]. Bloch y Febvre se rebelan contra la historia tradicional, política y *événementielle* —centrada en los acontecimientos— y crean la revista que da nombre a la escuela, cuyo primer volumen aparece en 1929 y se constituye desde el primer momento como el foro central de debate.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se hace cargo del liderazgo de la escuela Fernand Braudel, que lo ejerce además de un modo absoluto. La nueva orientación se basa en los conceptos creados por el historiador del Mediterráneo, entre los que destacan los de *estructura* y *coyuntura*. Es la segunda generación. La tendencia al diálogo con las ciencias sociales se vio enriquecida además por la ambición a una ampliación espacial, que superara los estrechos márgenes de las fronteras nacionales o las tradiciones religiosas. Así se puso de manifiesto con la publicación del *Mediterráneo* de Fernand Braudel, con el que el historiador francés quería demostrar que la historia puede hacer algo más que estudiar "jardines cercanos"[9].

A partir de 1968 se produce un nuevo recambio generacional, causado en buena medida por las tendencias desmenuzantes de la disciplina —"la historia en migajas", según la acertada expresión de François Dosse[10]— y el aumento considerable de su diálogo con las restantes ciencias sociales. El influjo de esta nueva generación, identificada genéricamente con la corriente de la historia de las mentalidades, se hará efectivo durante los años setenta y ochenta. Sus principales exponentes son, entre muchos otros, Robert Mandrou, Georges Duby, Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie, quienes recuperan el gusto por una historia política y narrativa

[7] Marc Bloch, *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, París, 1961 (1924).

[8] Ignacio Olábarri, "Qué historia religiosa: el *Lutero* de Lucien Febvre", en Jesús M. Usunáriz, ed., *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, Pamplona, 2000, vol. I, pp. 397-418.

[9] Ver algunas de las tesis del historiador francés, expuestas por él mismo en el interesante ejercicio de ego-historia recogido en Fernand Braudel, "Mi formación como historiador", en *Escritos sobre la historia*, Madrid, 1991, pp. 11-32 (el original de ese texto es de 1972).

[10] François Dosse, *L'histoire en miettes. Des «annales» a la nouvelle histoire*, París, 1987 (trad. esp.: *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Valencia, 1989).

con connotaciones ideológicas y mentales y se generaliza un neto predominio de la historia cultural en su acepción más amplia.

Más difícil es establecer con seguridad si se puede hablar de una cuarta generación. Será preciso afrontar este tema al hablar de la situación de la historiografía en el tiempo presente. Por ahora, habrá que empezar hablando de los precedentes y los puntos de apoyo más firmes de la escuela de los Annales en el momento de su nacimiento.

LOS FUNDAMENTOS SOCIOLÓGICOS DE LOS ANNALES

Hasta los años veinte del siglo pasado, la historiografía occidental había evolucionado desde la narración de los clásicos como Herodoto y Tucídides al desarrollo de los grandes sistemas a partir de la era cristiana, desde San Agustín a Hegel y Marx. A mediados del siglo XVIII, empieza a crearse la figura de un historiador más profesionalizado, que procura basar todos sus estudios en el rigor y la dedicación prioritaria a la investigación[11]. El magno proyecto de Edward Gibbon (1737-1794), *Decadencia y caída del imperio romano*, publicado entre 1776 y 1788, busca la integración efectiva de la nueva historia sociocultural con la narración de los acontecimientos políticos.

La revolución copernicana en la historiografía llegaría de la mano del historiador alemán Leopold von Ranke a comienzos del siglo XIX, que vuelve a marginar la historia social o cultural a favor de una historia de los principales acontecimientos políticos y diplomáticos. No despreciaba los fenómenos culturales o sociales en absoluto, pero su obsesión por el tratamiento riguroso de las fuentes de los archivos hizo que los historiadores que trabajaban en historia social y cultural aparecieran como meros *dilettanti* frente a sus documentados trabajos. Sin embargo, como suele suceder en los planteamientos excesivamente inductivos, las segundas generaciones suelen empequeñecer las ambiciosas aspiraciones de sus predecesores y se pierden en disquisiciones meramente formales. Los discípulos de Ranke tuvieron un espíritu más estrecho que el de su maestro y se formó algo que podría asimilarse a una escolástica tardía[12]. La historiografía alemana quedó entonces anclada en el historicismo clásico, incapaz de asimilar las nuevas tendencias que se iban generando sobre todo en

[11] Aunque lógicamente, la verdadera profesionalización de la historia no llegaría hasta bien entrado el siglo XIX, y esto en las naciones con mayor tradición historiográfica: Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, México, 1993 (1981), pp. 104-125.

[12] Sobre este contexto historiográfico en Alemania, Otto G. Oexle, *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París, 2001.

Francia. La arista cortante de la innovación pasó de Alemania a Francia en la época de entresiglos.

Los historiadores franceses de principios del siglo veinte fueron más capaces de asimilar los nuevos postulados sociológicos, geográficos y antropológicos que llegaban por ósmosis de las restantes ciencias sociales y que tanto favorecerían la creación de una historiografía verdaderamente integradora y con aspiraciones a la globalidad. Esta mayor capacidad de diálogo con las ciencias sociales fue la llave que les permitió afrontar la renovación metodológica que precisaba la historiografía en aquellos años de tan profundas mutaciones epistemológicas en el ámbito científico. El predominio de la sociología como referente metodológico de la historia tuvo mucho que ver con ese cambio de escenario. En este sentido, los primeros Annales son deudores evidentes de la sociología de Émile Durkheim y de los postulados sintetizantes de Henri Berr.

Pocos decenios antes, no obstante, como consecuencia de la progresiva profesionalización de la historia, habían aparecido algunas revistas especializadas que tuvieron por primera vez un notable eco entre la comunidad académica, fijando las reglas y el método de la historia científica. Entre esas revistas destacaban la *Historische Zeitschrift* (1856) en Alemania, la *Revue Historique* (1876) en Francia, la *English Historical Review* (1886) en Inglaterra y la *Rivista Storica Italiana* (1888) en Italia. Poco antes, habían aparecido en Francia y Alemania obras de verdadera originalidad, como las historias del Renacimiento de Jules Michelet (1855) y Jacob Burckhardt (1860), donde se analiza, por un lado, la historia de los humildes, de los desconocidos y, por otro, la interacción del estado, la religión y la cultura[13]. Sin la exposición previa de las ideas de Michelet, difícilmente Burckhardt habría podido legarnos la noción de Renacimiento que tanto ha influido posteriormente[14].

En los decenios finales del siglo XIX se percibieron algunos hitos que posibilitarían la renovación de los postulados de las ciencias sociales y, en particular, de la disciplina histórica. Por un lado, se asimilaron los postulados de Auguste Comte, que había defendido la necesidad de una historia que fuera capaz de confeccionar leyes generales, al modo de las ciencias experimentales, para superar la mera acumulación de anécdotas y llegar a una historia verdaderamente científica. Poco más tarde se producía la eclosión de la sociología, que culminaría con las obras de Émile

[13] Paul Viallaneix, "Jules Michelet", en André Burguière, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 462.

[14] Sobre el historiador suizo, M. Kitch, "Jacob Burckhardt: Romanticism and cultural history", en William Lamont, ed., *Historical Controversies and Historians*, Londres, 1998, pp. 135-148.

Durkheim y Max Weber durante los dos primeros decenios del siguiente siglo. Herbert Spencer se quejaba amargamente de la preeminencia de la historia de los reyes y de los papas y proponía como alternativa la construcción de una verdadera historia del pueblo. Karl Lamprecht, profesor de Leipzig, abogaba por una historia cultural o económica. En Estados Unidos, James Harvey Robinson, Charles Beard y, especialmente, Frederick Jackson Turner apostaron por una renovación de los temas, sobre todo a través del trabajo de este último, *La significación de la frontera en la historia norteamericana*, publicado en 1893[15].

Todos ellos eran precedentes lejanos, que roturaron el campo sobre el que se sembraría la revolución historiográfica que supusieron los primeros Annales. Fue entonces, durante los años diez y veinte, cuando se consolidaron en el panorama académico francés algunos historiadores de prestigio, que asimilaron toda esa tradición, renovaron el utillaje metodológico de la historiografía y sentaron las bases de la tarea posterior de los fundadores de los Annales: Gabriel Monod (1844-1912), fundador de la *Revue Historique* en 1876; Ernest Lavisse (1842-1922), coordinador del ambicioso proyecto de una historia de la Francia contemporánea, publicada entre 1921 y 1922; Henri Berr (1863-1954), el fundador de la *Revue de Synthèse historique* e impulsor de la gran colección histórica *La evolución de la humanidad* en los años veinte[16]; Georges Lefebvre (1874-1959), el historiador de la revolución francesa, que desarrolló la idea del gran temor de 1789 e introdujo la dimensión socioeconómica en su estudio[17] y Henri Pirenne (1862-1935), el inolvidable diseñador de la analogía entre Mahoma y Carlomagno[18]. Ellos fueron quienes constituyeron el nexo efectivo entre esa historiografía más tradicional y la revolución historiográfica que se aprestaban a iniciar Marc Bloch y Lucien Febvre.

Entre todos ellos es quizás Henri Berr (1863-1954) el más determinante[19]. Su figura aunó el papel de intelectual, emprendedor y agitador cultural. En 1900 fundó la *Revue de Synthèse Historique*, reivindicando una verdadera interdisciplinariedad y enfrentándose decididamente a la "historia

[15] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975), p. 27-30.

[16] Sobre este proyecto, Robert Leroux, "Une encyclopédie historique: *L'évolution de l'humanité*", en *Histoire et sociologie en France*, París, 1998, pp. 141-149. La obra pretendía reunir a los autores más prestigiosos de cada período histórico, a fin de construir una historia universal, que se proponía ser "un espejo de la civilización mundial": L.P. May, "Nécrologie Henri Berr (1863-1954)", *Revue Historique*, 213-214 (1955), p. 202.

[17] Georges Lefebvre, *Études sur la révolution française*, París, 1954.

[18] Henri Pirenne, *Mahomet et Charlemagne*, París, 1937.

[19] Agnès Biard, Dominique Bourel, Eric Brian, eds., *Henri Berr et la culture du XXè siècle. Histoire, Science et Philosophie*, París, 1977.

historizante" del historicismo clásico alemán y al imperialismo sociológico de la revista durkheniana *L'Année Sociologique*, que había sido fundada en 1898. En la *Revue de Synthèse Historique* empezaron a colaborar Lucien Febvre (1907) y Marc Bloch (1912). La influencia de Berr en la fundación de los Annales fue considerable, como siempre reconocieron Febvre y Bloch. Pasando por encima de las barreras disciplinares, planteó decididamente un diálogo de la historia con las ciencias sociales y apostó por un método inequívocamente histórico, una de las señas de identidad de los primeros Annales. Con Henri Berr y Henri Pirenne la historiografía empezaba a combatir frontalmente los tres ídolos que impiden al historiador acceder a la realidad del pasado, tal como los había definido poco antes François Simiand (1873-1935) en un brillante artículo: el político, el individual y el cronológico[20].

LOS FUNDADORES: LUCIEN FEBVRE Y MARC BLOCH

Lucien Febvre y Marc Bloch son los fundadores de la revista y de la escuela de los Annales. Su condición de modernista y medievalista, respectivamente, favoreció una natural conexión entre los historiadores que se dedican a estos dos períodos históricos, lo que sería luego una constante a lo largo de la historia de la escuela. En efecto, medievalistas y modernistas son los que siempre han destacado entre los historiadores más sobresalientes de los Annales, aunque durante la tercera generación se experimentó una efectiva incorporación de algunos contemporaneístas y especialistas de historia antigua de prestigio, como Michel Vovelle y Paul Veyne.

La formación histórica de estos dos historiadores se inserta plenamente en esa época tan característica de la historia intelectual europea que es el período de entreguerras. Lucien Febvre (1878-1956) era ocho años mayor que Marc Bloch y, por tanto, ejercía un liderazgo natural que, sin embargo, pronto fue equilibrándose por la solidez de las monografías que iba publicando Bloch[21]. Febvre entró pronto en contacto con la *École Normale Supérieure*, un auténtico germen de interdisciplinariedad que marcaría

[20] François Simiand, "Méthode historique et science sociale", *Revue de synthèse historique*, 6 (1903), p. 17. Sobre el método propugnado por Simiand, ver especialmente, Robert Leroux, "Le problème de l'histoire chez François Simiand", en *Histoire et sociologie en France*, París, 1998, pp. 191-230.

[21] Sobre Lucien Febvre son útiles, Hans D. Mann, *Lucien Febvre. La pensée vivante d'un historien*, París, 1971, Roger Chartier y Jacques Revel, "Lucien Febvre et les sciences sociales", *Historiens et géographes*, París, 1979, pp. 427-442.

profundamente la orientación epistemológica de la Escuela. Allí estudiaban, entre otros, Paul Vidal de la Blache, geógrafo[22]; Lucien Lévy-Bruhl, antropólogo[23]; Émile Mâle, que se dedicaba a la iconografía pero no desde el punto de vista tradicional de la historia de las formas sino desde el renovado de la iconografía[24]; y Antoine Meillet, uno de los pioneros de la sociología del lenguaje, que tanto influjo tendría al cabo de unos decenios en la historiografía[25].

Con este bagaje interdisciplinar y su formación de historiador en sentido estricto, Febvre se propuso combinar el materialismo de Marx con el misticismo de Michelet desde sus primeros años como académico. Su tesis sobre Felipe II y el Franco Condado, publicada en 1911, buscaba conjugar un planteamiento político, social y cultural[26]. Allí utilizaba una nomenclatura marxista, aunque las ideas de fondo no estaban del todo acordes con los planteamientos del materialismo histórico. Hablaba de lucha de clases pero no como un mero conflicto económico, sino también de ideas y sentimientos. Febvre iniciaba la que sería su primera monografía —y, probablemente, la que se puede considerar como la primera monografía de los Annales, aunque todavía éstos no habían sido fundados— con una magnífica introducción geográfica, que serviría de modelo para tantas obras futuras elaboradas al socaire de la escuela. Las introducciones del *Mediterráneo* de Fernand Braudel y de la *Cataluña* de Pierre Vilar, por poner dos ejemplos característicos entre tantos, dan fe del influjo de la primera gran obra de Febvre[27].

Con esta obra, Febvre iniciaba el debate clásico entre determinismo geográfico y libertad humana, que por otro lado estaba por entonces muy en boga, en buena medida impelido por el prestigio que por aquellos años empezaba a tener en Francia la geografía. De hecho, es bastante significativo que, entre los dos fundadores de los Annales, Febvre estuvo siempre

[22] Paul Vidal de la Blache dirigió una ambiciosa *Géographie universelle*, publicada en París durante los años veinte y treinta.

[23] Ver, por ejemplo, su influyente volumen, Lucien Lévy-Bruhl, *La mentalité primitive*, París, 1960.

[24] Émile Mâle, *L'art religieux de la fin du Moyen Age en France. Étude sur l'iconographie du Moyen Age et sur ses sources d'inspiration*, París, 1922.

[25] Antoine Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale*, París, 1921.

[26] Lucien Febvre, *Philippe II et la Franché-Comté, étude d'histoire politique, religieuse et sociale*, París, 1970 (1911).

[27] Sobre la formación intelectual de Fernand Braudel, ver sus propias palabras autobiográficas en Fernand Braudel, "Mi formación como historiador", en *Escritos sobre la historia*, Madrid, 1991, pp. 11-32. Sobre Pierre Vilar, ver también su autobiografía intelectual en Pierre Vilar, *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, ed. Rosa Congost, Barcelona, 1997.

más inclinado hacia la geografía[28] y Marc Bloch hacia la sociología[29]. Sin embargo, en el ámbito de la interdisciplinariedad los dos partieron de similares postulados, a través de su tendencia hacia una historia bien asentada en el espacio —las introducciones geográficas de Febvre y los análisis de los paisajes rurales en Bloch[30]—, su inclinación por los temas de historia de la religiosidad —las biografías en Febvre[31] y los fenómenos colectivos en Bloch[32]— y su gusto por la historia sociológica, sobre todo a través del influjo de Émile Durkheim.

Poco después de que Febvre empezara a publicar sus primeras obras, empezó a descollar también en el ámbito historiográfico francés un joven historiador llamado Marc Bloch (1886-1944)[33]. Ambos coincidieron en la universidad de Estrasburgo durante la década de los años veinte, lo que marcaría definitivamente su fructífera colaboración, que se concretaría sobre todo en los años treinta y los primeros cuarenta, hasta que la guerra truncó la vida de Bloch. Estrasburgo era una ciudad anclada entre las dos principales tradiciones historiográficas, la francesa y la alemana, por lo que era un ámbito especialmente adecuado para un planteamiento magnánimo tanto desde el punto de vista temático como metodológico e interdisciplinar. Por otro lado, la ciudad y su región habían pasado de nuevo a Francia tras la Primera Guerra Mundial, por lo que la presencia de la tradición germánica era una realidad bien asentada.

En 1924 Marc Bloch publica uno de los libros más influyentes del medievalismo contemporáneo, *Los reyes taumaturgos*[34]. Más allá de su repercusión inmediata, el libro tuvo un influjo muy duradero, constituyéndose incluso como referente de la historia de las mentalidades desarrollada a partir de los años setenta por los componentes de la tercera genera-

[28] Como lo demuestra por ejemplo su trabajo programático dentro del magno proyecto de la colección "La evolución de la humanidad", Lucien Febvre, *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la historia*, México, 1961 (1922).

[29] Como lo pone de manifiesto con su obra Marc Bloch, *La société féodale*, París, 1939-1940.

[30] Lucien Febvre, *La Terre et l'évolution humaine, introduction géographique à l'histoire*, París, 1970 (1922); Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1960 (1931).

[31] Lucien Febvre, *Un destin, Martin Luther*, París, 1968 (1928).

[32] Sobre todo plasmados en su obra clásica, compuesta de dos volúmenes publicados sucesivamente: Marc Bloch, *La société féodale. La formation des liens de dépendance*, París, 1939-1940 y *La société féodale. Les classes et le gouvernement des hommes*, París, 1940.

[33] Sobre Marc Bloch, Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, París, 2000; Carole Fink, *Marc Bloch, a Life in History*, Cambridge, 1989; Massimo Mastrogregori, *Introduzione a Bloch*, Roma, 2001.

[34] Marc Bloch, *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, París, 1961 (1924).

ción. Se trataba de un estudio político con importantes implicaciones *mentales*. La obra se adentraba también en la edad moderna, hasta el siglo XIX, para analizar la creencia de que los reyes franceses e ingleses tenían la capacidad de curar escrófulas, enfermedad ganglionar conocida como "el mal del rey". En este contexto, el milagro regio era sobre todo la expresión de una particular concepción del poder político supremo, acorde con la peculiar simbiosis que se da durante esos siglos entre el ámbito político y el espiritual[35].

Se trataba de una obra importante porque rompía moldes convencionales. Por un lado, afrontaba de modo monográfico —no sólo sintético— un amplio período, que rebasaba sobradamente las rígidas fronteras de lo que se conocía como el tránsito de la edad media a la edad moderna. Esto abría la puerta, entre otras cosas, a planteamientos magnánimos como la *larga duración* que unos decenios más tarde propondría Fernand Braudel. Al mismo tiempo, era una demostración práctica de la eficacia de la pluridisciplinariedad aplicada a los estudios históricos, porque enlazaba temas tan aparentemente dispares como la psicología colectiva, la historia de las mentalidades, la sociología, la antropología, las relaciones entre las representaciones colectivas y los hechos sociales y la aplicación de la historia comparada.

La descollante producción histórica de Marc Bloch y Lucien Febvre no era suficiente, sin embargo, para conseguir un influjo verdaderamente perdurable de sus propuestas historiográficas[36]. Se precisaba un proceso de institucionalización, que se concretaría a través de la fundación en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*. Ya en 1920, Lucien Febvre había intentado fundar una revista de historia económica, junto al historiador belga Henri Pirenne, aunque el proyecto no prosperó. En 1928, tras intensos años de convivencia en Estrasburgo entre Bloch y Febvre, el primero de ellos toma la iniciativa y propone la creación de una revista de historia, cuyo director sería Pirenne. Pero éste no ve claro participar en el proyecto y la iniciativa prospera a través de la colaboración conjunta entre Marc Bloch y Lucien Febvre, cuyos nombres siguen apareciendo hoy en día en la cabecera de la revista como *fondateurs*[37].

[35] Sobre este asunto es útil la visión panorámica de Walter Ullmann, *A History of Political Thought in the Middle Ages*, Harmondsworth, 1970 (1965) y W. Ullmann, *Principles of Government and Politics in the Middle Ages*, Londres, 1966, así como Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies: a Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton, 1957.

[36] Sobre la fundación de la escuela: André Burguière, "Histoire d'une histoire. Naissance des Annales", *Annales, ESC*, 34 (1979), pp. 1347-1359.

[37] Unos documentos muy valiosos para el conocimiento de las circunstancias de la fundación de la revistta y de la escuela están recopilados en Marc Bloch y Lucien Febvre, *Correspondance. Tome Premier, 1928-1933*, París, 1994, ed. por Bertrand Müller.

A partir de 1930, los Annales se desmarcan claramente de su mayor competidor, la revista inglesa *Economic History Review*, apostando plenamente por la historia social. La misma orientación que iban dando a sus trabajos Bloch y Febvre marcaba la dirección científica de la revista. Bloch apostaba decididamente por una historia social, como delatan sus magistrales trabajos sobre la historia rural francesa, publicado en 1931[38] y sobre la sociedad feudal, publicado entre 1939 y 1940, en el umbral de la guerra. Lucien Febvre se decanta por una historia también sociológica, aunque con claras connotaciones religiosas, a través del género biográfico en sus estudios sobre Lutero y Rabelais[39] o de un modo genérico, lo que le configura como un verdadero pionero de la sociología religiosa[40].

En *La Sociedad feudal*, Bloch abarcaba —como en los *Reyes taumaturgos*— un amplio abanico de tiempo, entre 900-1300. Se proponía dibujar algo así como la cultura del feudalismo y se dejaba dominar por el influjo de la sociología a través de Émile Durkheim, de quien asumía buena parte de los conceptos manejados: la conciencia colectiva, la memoria colectiva, las representaciones colectivas o la cohesión social a través de los lazos de dependencia.

Junto a la titánica lucha por mantenerse al día en su investigación, los dos historiadores afrontaron con eficacia la labor de institucionalización de la escuela. Como parte obligada de la estrategia en el mundo académico francés, hicieron gestiones para trasladarse desde Estrasburgo a París. En 1933, Lucien Febvre consigue una plaza en el prestigioso *Collège de France*; en 1936, Bloch hace lo propio con la Sorbona. Ambos lanzan desde allí sus audaces postulados historiográficos, en contraposición con los historiadores empiristas y "positivistas".

La revista sigue su curso durante los años treinta, hasta que la guerra trunca parte de su independencia y creatividad, lo que se pone especialmente de manifiesto con el breve período en que cambia su nombre original por el de *Mélanges d'histoire sociale*, que se mantendría sólo entre 1942 y 1944. En este año se produciría la dramática muerte de Marc Bloch, que había colaborado activamente en la resistencia francesa, fusilado por los nazis[41]. En pocos historiadores como Marc Bloch se ha puesto de manifiesto tan claramente el especial compromiso que debe tener todo histo-

[38] Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1931.

[39] Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1968 (1942), además de la ya citada biografía sobre Lutero.

[40] Lucien Febvre, *Au coeur religieux du XVIe siècle*, París, 1957.

[41] Bronislaw Geremek, "Marc Bloch, historien et résistant", *Annales, ESC*, 1986, pp. 1091-1105.

riador con su tiempo y sus circunstancias[42], lo que otros han llamado la función cívica del historiador[43].

Después de la Segunda Guerra Mundial, y tras la muerte de Bloch, Febvre siguió escribiendo hasta su muerte en 1956, pero pasó el testigo de la revista y de la escuela a la siguiente generación, donde ya empezaba a descollar Fernand Braudel. Empezaba así un nuevo período de la escuela, de la historiografía francesa y de la historiografía occidental. Las siguientes generaciones deben mucho a los dos historiadores fundadores, como lo pone de manifiesto el hecho de que la misma historia de las mentalidades se inspirará, muchos años después, en obras como los reyes taumaturgos de Marc Bloch de 1924 o el *Rabelais* de Lucien Febvre de 1942.

A finales de los años cuarenta, Lucien Febvre funda, junto a Ernest Labrousse y Charles Morazé, la poderosa Sexta Sección de la *École Pratique des Hautes Etudes*. Se inauguraba así el período institucional de la escuela, que tanta importancia tendrá para la fijación metodológica, académica y hasta vivencial de las siguientes generaciones y que clausurará definitivamente el período fundacional (1929-1939). Con la puesta en funcionamiento de la *École*, tras la finalización de la guerra, el ambicioso proyecto interdisciplinar de los Annales contará con una verdadera plataforma institucional. Durante los años cincuenta, hasta la muerte de Febvre, colaboran progresivamente en los Annales, Fernand Braudel, Charles Morazé y Robert Mandrou.

* * *

Marc Bloch y Lucien Febvre aparecen habitualmente citados entre los historiadores más influyentes del siglo pasado y, probablemente, lo sean también de la historiografía de todos los tiempos. Ellos aparecen sistemáticamente como puntos de referencia obligados en todos los compendios de la evolución de la historiografía, junto a otros nombres propios como Herodoto, Agustín, Froissart, Ranke, Braudel, Thompson o Duby. Quizás buena parte de la notoriedad de estos historiadores venga favorecida por su condición de fundadores o principales exponentes de unas determinadas escuelas o corrientes historiográficas. A Bloch y Febvre les correspondió la fundación de la escuela probablemente con mayor influjo en el siglo pasado, miradas las cosas desde un punto de vista estrictamente historiográfico. Porque si bien es cierto que hay otras corrientes como el materia-

[42] Ver especialmente sus obras, Marc Bloch, *Strange Defeat. A statement of Evicence Written in 1940*, Nueva York, 1968 e Id., *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, 1964.

[43] Jordi Casassas, "La funció cívica de l'historiador", *Relleu*, 62 (1999), pp. 5-13.

lismo histórico o la historia económica que han dejado también una honda huella en la historiografía, los Annales tienen la virtud de ser una escuela propiamente histórica, plenamente insertada en el mundo académico de la disciplina.

Por otra parte, sus aspiraciones a una historia total la convierten en la primera corriente que aspira a esa globalidad desde la misma disciplina histórica, no desde la filosofía o la sociología como otros autores, desde Voltaire a Weber, habían intentado. Sólo existía el precedente del historicismo clásico alemán, pero éste no había sido capaz de superar un cierto escoramiento hacia la historia política y diplomática. Los Annales postulaban el desarrollo de una historia total a través de dos caminos: la pluridisciplinariedad —a través de la convergencia de la historia con las otras ciencias sociales, sobre todo la geografía, la psicología y la sociología— y la pluritematidad —a través de una historia socioeconómica globalizante. Peter Burke comenta sutilmente que los Annales son los primeros en conseguir una verdadera convergencia entre la teoría y la práctica, entre la sociología y la historia, entre las ciencias sociales y la disciplina histórica[44].

La tradición francesa de los Annales basará su escritura de la historia en la *explicación* de los fenómenos históricos. Esta tendencia supondrá un complemento respecto a la tradición historiográfica alemana, para la que el principal cometido del historiador era encontrar una explicación causal a través del análisis del pasado, su *comprensión* (*Verstehen*). El objetivo de los primeros Annales no es simplemente la acumulación sistemática y la organización científica de una serie de datos históricos, sino su comprensión[45].

Con la fundación de los Annales, la historia conseguía combinar, por un lado, la aspiración al rigor científico que había heredado del historicismo clásico y del positivismo comtiano; por otro, la aspiración a la globalidad a través del diálogo interdisciplinar que habían heredado de los sociólogos, al intentar aglutinar y conectar de un modo más efectivo todas las ciencias sociales. Serán éstas dos constantes de toda la historiografía del siglo veinte, generando unos debates específicos en el campo de la historia que todavía hoy en día siguen en pie.

Pero el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial vendría a trastocar todo el panorama intelectual europeo, lo que afectó lógicamente también al desarrollo de la historiografía, que tendría que volver a iniciar su singladura en unos tiempos de reconstrucción y angustia. Los mismos

[44] Peter Burke, *History and Social Theory*, Ithaca, 1992, pp. 15-17.

[45] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975), p. 45.

Annales perderían el candor, la capacidad de renovación y la originalidad tan propia de los comienzos de las corrientes intelectuales, restando a partir de entonces a merced de unos planteamientos excesivamente teóricos y apriorísticos.

III. LA DICTADURA DEL PARADIGMA DE POSGUERRA

La Segunda Guerra Mundial supuso, como todas las guerras, una ruptura intelectual de amplias resonancias. En la evolución de la historiografía y de las ciencias humanas de la posguerra se pueden aplicar, al pie de la letra, aquellas palabras del poeta: *"Hubo en España una guerra / que, como todas las guerras, / la ganara quien ganara / la perdieron los poetas"*. Si en España la guerra civil había supuesto la ruptura de la tradición liberal, a nivel internacional la guerra mundial supuso también una interrupción traumática de la evolución natural de la historiografía, aunque quizás sin las mismas connotaciones científico-ideológicas que en la española[1]. Además de las bajas causadas por la misma guerra — la de Marc Bloch fue probablemente la más traumática —, ya nada volvería a ser como antes en la disciplina histórica.

La nueva situación política, con el auge del comunismo en medio mundo y el desarrollo del capitalismo liberal en el otro medio, llevó a la búsqueda de un nuevo paradigma que se acomodara y fuera el sustento ideológico de esos grandes modelos. Las ciencias sociales corrían como nunca el peligro de la manipulación y de quedar supeditadas a objetivos extracientíficos. Éste fue el motivo por el que se planteó la formulación de unos nuevos modelos teóricos en la historiografía, amparados a su vez por un nuevo paradigma. Thomas S. Kuhn definió el paradigma como un modo generalizado de considerar y organizar un cuerpo de conocimientos[2]. De vez en cuan-

[1] La tesis de Gonzalo Pasamar, *Historiografía e ideología en la postgerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991, me parece, en este sentido, muy acertada, aunque el intenso debate sobre el alcance de esa ruptura sigue abierto, y en él han intervenido también, con opiniones encontradas, historiógrafos de la talla de Ignacio Olábarri, "El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)", *Hispania*, 175 (1990), pp. 417-437, especialmente p. 425.

[2] Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1970. De ahora en adelante, utilizaré en singular el concepto "paradigma", porque ese es el sentido que le dio Thomas Kuhn: el sistema dominante de las ciencias en un momento determinado (no puede haber, por tanto, más que uno solo). Sin embargo, es importante aclarar que ese "paradigma" dominante en la historiografía de posguerra generó diversos "modelos", como son el materialismo histórico, el estructuralismo y la cliometría, que también serán analizados por

do se produce en la historia —entendida ésta como una ciencia— un cambio de paradigma, es decir, de las categorías generales en las que se mueve la disciplina. Estas mutaciones teóricas afectan lógicamente a la epistemología, al modo de orientar el trabajo científico. Durante los años de la posguerra la disciplina histórica experimentó una profunda transformación, al asumir algunos modelos provenientes de las prácticas científicas y diseñar el estudio de la sociedad partiendo del modelo de las ciencias experimentales.

Si la historiografía —el texto histórico— nunca había podido desentenderse plenamente del ambiente en que se generó —el contexto intelectual y político—, ahora esto se dejaba sentir de un modo más radical. El lenguaje histórico se volvió esquemático y se acudió por encima de todo a las grandes estructuras interpretativas, que ahogaron cualquier exposición narrativa de la realidad histórica. El trabajo histórico quedaba reducido a una cuestión de estructuras más que de personas, de colectividades más que de individuos, de motivaciones económicas más que psicológicas, de cuantificación más que de narración.

El interés por el estudio de la sociedad por encima de los individuos y la aspiración a construir una historia científica más allá de una simple enumeración de datos históricos es lo que permitió la consolidación de la nueva historia en los años treinta y cuarenta, entendida ésta como una aspiración a la totalidad[3]. Esta nueva historia científica aspiraba a superar el modelo rankiano, que se había centrado en la fase acumulativa de los datos documentales inéditos. Sin embargo, no había conseguido una interpretación integrada de todos esos datos, tanto desde un punto de vista cualitativo como cuantitativo. Para conseguir esta integración, lo que después se llamaría *historia total*, se desarrollaron a partir de la Segunda Guerra Mundial tres modelos que, en el fondo, respondían a un mismo paradigma historiográfico. Se trataba del modelo económico marxista, del modelo ecológico-demográfico francés y de la cliometría norteamericana. Algunas de las concreciones de estas nuevas tendencias son la creación de la influyente escuela de Bielefeld en Alemania y de la revista *Past and Present* en Inglaterra, que jugaría un papel muy importante en la divulgación del marxismo en la historiografía occidental.

---

separado. Para la comprensión del concepto de "paradigma" y sus implicaciones prácticas en la ciencia moderna, me ha sido muy útil el artículo inédito de Claudio Canaparo, "Ciencia, filosofía e historiografía a fines del siglo XX. Algunas reflexiones e ideas", texto presentado para el III Congreso Internacional *Historia a Debate*, desarrollado en Santiago de Compostela entre el 14 y el 18 de julio de 2004.

[3] Ver algunas reflexiones útiles sobre este fenómeno historiográfico en las primeras páginas del artículo de Ignacio Olábarri, "New New History: A Longe Durée Structure", *History and Theory*, 34 (1995), pp. 1-29.

La diferente evolución de los países hizo que las escuelas históricas siguieran acantonadas en cada una de las tradiciones nacionales que habían llegado intactas hasta la Segunda Guerra Mundial. Los Annales consiguieron renovarse a través de un oportuno relevo generacional en el que la historia siguió en contacto con los movimientos filosóficos, sobre todo los vinculados a la antropología estructural; los historiadores británicos optaron en buena medida por la vía del materialismo histórico, que era el paradigma que mejor se avenía a su tradición inductiva; parte de la historiografía norteamericana —que, por primera vez, empezaba a influir de modo notorio en el ámbito historiográfico a través de sus prestigiosas universidades— se dejó seducir por los métodos cuantitativos[4].

La historiografía alemana, por su parte, procuró sobrevivir acudiendo, quizás algo anacrónicamente, a su glorioso pasado historicista, que no sería sustituido como paradigma historiográfico hasta la llegada de la renovada corriente de la historia social de la escuela de Bielefeld en los años sesenta. El influjo de las dos guerras mundiales en la historiografía alemana ha sido muy notable. La derrota de 1918 contribuyó a la consolidación del conservadurismo historiográfico y político de las universidades alemanas. La historia se repitió en 1945, con el agravante de que ninguno de los historiadores liberal-demócratas más prestigiosos volvieron entonces a su país. Estos fenómenos fueron descritos en 1975 por el historiógrafo alemán Georg Iggers, quien ha sido profesor de la Universidad de Buffalo (Nueva York) desde 1978 y sigue vinculado al mundo académico germano, pero cuyos primeros años como académico transcurrieron en la Alemania de la posguerra, en unos comentarios que tienen mucho de dramática ego-historia[5]. A partir de 1945, los historiadores alemanes realizan estudios con abundantes datos cuantitativos, pero dejan de liderar el campo de las novedades metodológicas a favor de las historiografías francesa e inglesa[6].

De las corrientes que se imponen en los años de la posguerra, las que tienen una mayor notoriedad y trascendencia son el estructuralismo braudeliano —base y fundamento teórico y práctico de la segunda generación de los Annales— y la escuela de los historiadores británicos del materialismo histórico. La historia económica y la historia cuantitativa —en su acepción más radical, la cliometría— también ocuparon un lugar primordial

[4] Sobre la historigorafía norteamericana de la posguerra, Timothy P. Donovan, *Historical Thought in America. Postwar Patterns*, Norman, 1973.

[5] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975), p. 85-90.

[6] James J. Sheehan, "Quantification in the Study of Modern German Social and Political History", en Val R. Lorwin y Jacob M. Price, eds., *The Dimensions of the Past. Materials, Problems, and Opportunities for Quantitative Work in History*, New Haven, 1972, p. 301.

entre las inclinaciones metodológicas de los historiadores de esos años, pero siempre como unas derivaciones de los dos restantes modelos, el estructuralismo y el marxismo.

EL ESTRUCTURALISMO HISTÓRICO FRANCÉS

El estructuralismo se divulgó por Occidente a partir de la Segunda Guerra Mundial, afectando a las más diversas ciencias sociales. En un principio, fue asociado a las obras de Roland Barthes en literatura, Claude Lévi-Strauss en antropología y Fernand Braudel en historia. Barthes postuló una historia de las estructuras, que debía prevalecer sobre la historia de la cronología. Lévi-Strauss aplicó el estructuralismo a la antropología cultural, basándose en una aplicación de la teoría a los trabajos de campo. El antropólogo francés define la estructura como un sistema regido por cohesiones internas, que son las que determinan todas las actuaciones de un grupo, de un sistema, de un determinado objeto histórico. La historia es una dialéctica entre el orden de los eventos y el orden de las estructuras. Lévi-Strauss influyó en la historiografía francesa de su tiempo a través de su planteamiento estructural, que favorecía los procesos de racionalización y síntesis histórica[7].

En historia, el estructuralismo se identificó, a partir de los años cincuenta, con la obra de Fernand Braudel (1902-1985), el indiscutible líder de la segunda generación de los Annales y considerado uno de los historiadores más influyentes del siglo pasado[8]. Braudel pasó buena parte de su juventud en Argelia, por lo que tenía una preparación natural para realizar, por primera vez, una historia no exclusivamente eurocéntrica. Su genial intuición de darle la vuelta al mapa del Mediterráneo, invirtiendo la relación Norte—Sur, es la mejor expresión de esta progresiva globalización de la historia.

Braudel edificó el mito de su enorme influjo historiográfico a través de la paciente construcción de tres grandes proyectos que le llevaron toda una vida: su tesis sobre el Mediterráneo de Felipe II (1949-1966)[9], los volúmenes sobre la civilización material y el capitalismo (1967-1979)[10] y

[7] Un estudio de este influjo entre objetivo y testimonial en François Furet, *L'atelier de l'histoire*, París, 1982.

[8] Sobre el término "estructura" desde una perspectiva historiográfica, Michael Stanford, *The Nature of Historical Knowledge*, Oxford, 1986, p. 7-25. Un documentado informe sobre esta corriente en Jean Walch, *Historiographie Structurale*, París, 1990.

[9] Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde Méditerranéen a l'époque de Philipe II*, París, 1949 (1ª ed.) y 1966 (2ª ed.).

[10] Fernand Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, París, 1967 y Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, París, 1979.

la inacabada historia de Francia (1988)[11]. Se trata de los tres tiempos historiográficos para el historiador de los tres tiempos históricos. El primero de ellos es, probablemente, el que más trascendencia tiene desde un punto de vista historiográfico, si se tiene presente además que fue completado metodológica y epistemológicamente por algunos influyentes artículos publicados posteriormente por el autor[12].

En la organización del plan de la primera gran obra de Braudel está inscrita su misma concepción de la historia y del devenir del tiempo histórico —otro de los conceptos claves de la historiografía braudeliana. Para comprender bien esta estructura, es preciso invertir el orden de los capítulos del *Mediterráneo*, del mismo modo que Braudel había invertido el mapa del Mediterráneo. En la tercera parte, se refleja la historia del rápido movimiento de los acontecimientos, aquellos que los historiadores de Annales llamaban despectivamente el ámbito de la historia *événementielle*. Ésta era quizás la idea original de Braudel: realizar un apasionante repaso de la historia militar y política de los países de la ribera mediterránea en tiempos de Felipe II a través de finos retratos psicológicos y de las contextualizaciones políticas y militares adecuadas.

En algún momento de la dilatada elaboración de la obra —probablemente, cuando conoció a Lucien Febvre— Braudel se dio cuenta de que los sucesos no son lo más importante porque, más allá de su brillo, prevalece la oscuridad y el historiador debe aprender a desconfiar de ellos. Para comprender el pasado, es necesario bucear debajo de las olas. Braudel afronta así la segunda parte del libro, que trata de describir el lento devenir de las estructuras económicas, sociales y políticas que se concretaban en los destinos colectivos y movimientos de conjunto. Se llega así a una historia de las estructuras, al tiempo de la *media duración*: sistemas económicos, estados, sociedades, civilizaciones y cambiantes formas de guerra. Esta historia se desarrolla a un ritmo más lento que la de los acontecimientos. Se realizan análisis de las grandes concentraciones de poder; se fijan los contextos favorables al desarrollo de vastas hegemonías políticas; se describen las principales estructuras sociales a través de la percepción de las polarizaciones sociales, del abismo cada vez mayor entre ricos y pobres, en unos contrastes generados en buena medida por la *traición de la burguesía* —otro de los conceptos claves del historiador francés— a partir del siglo XV.

Por fin, la primera parte del libro —y la tercera, por tanto, de la estructura temporal concebida por Braudel— es la que intenta reflejar las estruc-

[11] Fernand Braudel, *L'identité de la France*, París, 1988.

[12] Sobre todo en su programático artículo, Fernand Braudel, "Histoire et sciences sociales: la longue durée", *Annales, ESC*, XIII (1958), pp. 725-753.

turas más profundas, las más duraderas, las de *larga duración*. Es la relación que se establece entre el hombre y el medio, entre la historia y la geografía, entre la sociedad y su ambiente. Se trata de fenómenos estructurales, casi imperceptibles pero de enorme influjo en la historia. Todo cambio es lento, de ciclos permanentemente recurrentes. Ahí es donde Braudel justifica su idea de la unidad del Mediterráneo, por encima de las diferentes construcciones políticas que anidan en su seno a lo largo de la historia.

La primera pregunta que se plantea el historiógrafo hace referencia a las fuentes metodológicas del *Mediterráneo* de Braudel. Desde luego, sus influencias provienen, en la más pura tradición annalística, de las más diversas ciencias sociales, entre ellas la geografía de un Vidal de la Blache, la geopolítica de Friedrich Ratzel, la etnografía de Marcel Mauss y los planteamientos meta-mediterráneos de Henri Pirenne, cuyo *Mahoma y Carlomagno* fue redactado en buena medida —como el *Mediterráneo* de Braudel: significativa coincidencia— en un campo de concentración.

Para Braudel, el tiempo se mueve a diferentes velocidades. Hay un tiempo geográfico, un tiempo social y, por fin, un tiempo individual, que se relacionan concomitantemente con un tiempo de larga, media y corta duración[13]. Ahí es precisamente donde el planteamiento de Braudel se muestra más vulnerable: la crítica más importante que se hizo al estructuralismo es su determinismo, donde el hombre queda aprisionado en su contexto físico y en su estructura mental. Con todo, el estructuralismo braudeliano representa una sugerente renovación de las tradicionales coordenadas historiográficas de tiempo y espacio. El concepto *estructura* remite a los elementos más estables de una organización social, aquellos que son susceptibles de un estudio histórico con un mínimo de garantías de representatividad.

Junto a la construcción de su sólida obra historiográfica, Braudel se preocupa también por el proceso de institucionalización, consciente de que éste le proporcionaría la plataforma adecuada para divulgar y prolongar su pensamiento histórico[14]. En 1956, tras la muerte de Febvre, le sucede como director ejecutivo de los Annales. Al mismo tiempo, se produce una

[13] Para la comprensión de algunos de los conceptos historiográficos creados por el historiador francés y su biografía intelectual: Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel e l'Europa universale*, Venecia, 1990; AA.VV., *Primeras jornadas braudelianas*, México, 1993 y *Segundas jornadas braudelianas*, México, 1995; Pierre Daix, *Braudel*, París, 1995; Ruggiero Romano, *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, 1997; Jacques Revel, ed., *Fernand Braudel et l'histoire*, París, 1999.

[14] Jack H. Hexter, *On historians. Reappraisals of Some of the Makers of Modern History*, Cambridge, Mass., 1979.

pequeña revolución en el seno de la escuela, al dimitir Robert Mandrou como secretario. La presencia hegemónica de Braudel se prolongará hasta 1969, cuando se produce una purga y se incorporan al equipo rector algunos historiadores más jóvenes como Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Marc Ferro. Ellos serán quienes impulsarán un nuevo acercamiento a otras ciencias sociales, como la antropología cultural de Claude Lévi-Strauss o la nueva sociología de Pierre Bourdieu.

Braudel comprende que debe dejar paso a la nueva generación. A partir de finales de los años sesenta, se dedica primordialmente a la finalización de su segundo gran proyecto, *Civilización material, economía y capitalismo*, que había sido publicado en una primera versión en 1967 pero cuya edición definitiva aparece en 1979. La obra queda completada de nuevo con tres grandes partes, que hacen referencia al consumo (*Les structures du quotidien*), distribución (*Les jeux de l'échange*) y producción (*Le temps du monde*); pero el tema fundamental de la obra es la civilización material y la vida cotidiana, la vida económica y el mecanismo capitalista. De este modo, el plan de la *Civilización material* viene condicionado por la duración progresivamente menor del tiempo, lo que supone un evidente paralelismo metodológico respecto a la organización interna del *Mediterráneo*.

La reflexión de Braudel sobre el capitalismo remite inmediatamente a las obras de Marx y Weber, a los que critica explícitamente. Según sus tesis, el capitalismo no puede haber nacido de una sola fuente aislada: una parte fue desempeñada por la economía, otra fue protagonizada por la sociedad y la cultura y la civilización también tuvieron la suya[15]. Durante los años de auge del estructuralismo, éste se identificaba en algunos ambientes con el marxismo estructuralista de un Louis Althusser. Sin embargo, esta identificación no es del todo acertada, porque Braudel se distanciaba del materialismo histórico, al que consideraba un sistema demasiado rígido, aunque ciertamente asumía parte de su utillaje conceptual y metodológico. Los esquemas marxistas, verdaderos modelos sociales de larga duración histórica, señala Braudel, quedaron petrificados al dárseles condición de leyes.

En su enfoque del capitalismo se deja sentir también el influjo de Immanuel Wallerstein, que había bebido de la fuente metodológica del marxismo. Se aborda el estudio de las grandes potencias financieras como Venecia, Amberes, Génova, Amsterdam y se exponen ideas algo grandilocuentes, con ideas generales como la distinción entre culturas favorables a

[15] Un interesante paralelismo entre el concepto de capitalismo en Weber y en Braudel en Philippe Steiner, "L'impasse sur Max Weber", en Maurice Aymard et alt., ed., *Lire Braudel*, París, 1988, pp. 133-156.

la empresa —Holanda, Japón— y culturas desfavorables a la empresa, como España y China. Las ideas braudelianas también se extienden al campo de la sociedad feudal, dando como resultado excelentes monografías como la obra de Witold Kula (1970), que es considerada un clásico en este campo[16].

En 1986 aparece su última gran obra, *La identidad de Francia*, donde afronta la historia de su país desde los tres grandes campos de larga, media y corta duración: la geografía, la demografía y la economía, y los acontecimientos. Durante los años setenta y ochenta, cuando publica sus últimas obras, se mantiene bastante ajeno a dos corrientes que con el paso del tiempo llegarían a tener un importante desarrollo en los Annales: la historia cuantitativa y la historia de las mentalidades.

El influjo del estructuralismo braudeliano se concretó también en la publicación de una serie de monografías, fruto de unas ingentes y pacientes investigaciones que duraban años, por parte de algunos historiadores franceses que después serían los principales exponentes de la tercera generación de los Annales, como Georges Duby[17], Pierre Goubert[18], René Baehrel[19] y Emmanuel Le Roy Ladurie[20]. Partiendo del lema "la tierra y los hombres", constituyeron lo que se ha denominado el modelo histórico-demográfico, porque basaban su eficacia en un análisis del equilibrio entre recursos físicos y consecuciones humanas[21]. Uno de los ejemplos más característicos de esta tendencia es la obra de Pierre Chaunu, especialmente su *Seville et l'Atlantique*, donde el historiador francés realiza un esfuerzo titánico, a través de una investigación masiva, para desarrollar una historia serial al tercer nivel[22]. Su obra tendría una excelente acogida y, en su momento y en el ámbito sobre todo de los países latinos, se consolidaría como una obra modélica, que intentaban emular los jóvenes historiadores que iniciaban sus tesis doctorales. Este grupo de obras provocará de hecho una transformación del modelo braudeliano desde dentro, por lo que se analizan más detenidamente en el apartado sobre la decadencia del paradigma dominante en la posguerra.

[16] Witold Kula, *Théorie économique du système féodal, pour un modèle de l'economie polonaise, 16e-18e siècles*, París, 1970. El prólogo de la edición francesa es del propio Braudel.

[17] Georges Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région maconnaise*, París, 1982 (1953).

[18] Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730. Contribution á l'histoire sociale de la France du XVIIe siècle*, París, 1982.

[19] René Baehrel, *La Basse-Provence rurale (fin XVIe siècle-1789). Essai d'économie historique statistique : une croissance*, París, 1961.

[20] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc*, París, 1966.

[21] Thomas Bisson, "*La terre et les hommes*: a programme fulfilled?", *French History*, 14 (2000), pp. 322-345.

[22] Pierre Chaunu, *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, 1955.

La obra de Braudel, junto a la construcción de grandes monografías al más puro estilo *annalitico*, es la que predomina en el ámbito de la historiografía francesa durante los largos años de la posguerra. Es precisamente en este período cuando la historiografía británica pasa a ocupar un primer plano en el panorama historiográfico general, quedando la tradición alemana bastante relegada. Este papel prominente de la historiografía británica se concreta a través de la asunción del materialismo histórico por parte de toda una generación de prestigiosos historiadores.

LA ESCUELA MARXISTA BRITÁNICA

En la historiografía de posguerra merece una especial atención el desarrollo de la escuela de los historiadores marxistas británicos. El materialismo histórico había influido en Inglaterra desde muchos años atrás. Su tendencia a la historia social y al análisis de los fenómenos revolucionarios encajó bien en el intenso debate que había generado la industrialización británica. Éste fue uno de los motivos principales por los que el marxismo tuvo una entusiasta acogida intelectual por parte de esa historiografía. Por otra parte, desde los inicios de la historiografía profesional en Inglaterra, hubo una conexión inmediata con el mundo de la economía, tal como lo habían puesto de manifiesto, a partir de 1830, la divulgación de los trabajos de Smith, Malthus y Ricardo. La fundación de la *London School of Economics*, donde han trabajado desde su fundación prestigiosos historiadores, es otra muestra bien elocuente del peso de la historia económica en ese país. Las vertientes sociales y económicas estaban, pues, bien fundamentadas en la historiografía inglesa y escocesa.

Basados en esta tradición, es fácil concluir que los historiadores británicos anteriores a la Segunda Guerra Mundial conocían ya bien el marxismo. Sin embargo, hasta 1945 esa tendencia nunca había cuajado en una escuela verdaderamente historiográfica. Ésa fue precisamente la función que ejercieron, de un modo más o menos consciente, el grupo de historiadores del Partido Comunista Británico[23]. Fundado en 1946, contó con figuras de tanta trascendencia historiográfica como Christopher Hill (1912), Rodney Hilton (1916), Eric J. Hobsbawm (1917), Raymond Williams (1921), Edward P. Thompson (1924), todos ellos nacidos entre 1912 y 1924, a los que cabría añadir también al economista Maurice Dobb, al teorizador

[23] Para una visión sintética y la contextualización de la expresión "historiadores marxistas británicos", ver el prólogo redactado por Josep Fontana en Eric J. Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, ed. Antonio Polito, Barcelona, 2000, pp. 7-11.

Victor Kiernan y al arqueólogo australiano Vere Gordon Childe[24]. Buena parte de esos historiadores fueron educados durante los años treinta y cuarenta, en Oxford (Hill y Hilton) y Cambridge (Hobsbawm, Williams y Thompson), donde existía una intensa atmósfera de discusión del socialismo aplicado a las ciencias sociales[25].

Algunos de éstos fundaron una de las revistas de mayor trascendencia en el panorama historiográfico del siglo XX: *Past and Present*. El primer número de la revista data de 1952 y surgía con el propósito de ser un foro de debate historiográfico alejado de las convenciones academicistas. Otras revistas que tuvieron auge como aglutinadoras de la historiografía marxista en el ámbito anglosajón de la posguerra fueron la *New Left Review* y la *Socialist Register*[26].

Los historiadores marxistas británicos se propusieron afrontar el análisis de temas históricos de gran alcance, como el paso de la antigüedad al feudalismo, la transición del feudalismo al capitalismo y el desarrollo de la revolución industrial. El primero de esos debates fue afrontado por Perry Anderson (nacido en 1938) a través de su obra *Passages from Antiquity to Feudalism*[27]. El segundo de ellos fue rescatado por Maurice Dobb (1890-1976) a través de sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, publicado en 1946, donde sostenía que era preciso conocer en profundidad los orígenes históricos del capitalismo para comprender mejor su naturaleza como sistema y poder actuar sobre él[28]. Su volumen fue completado por el de Rodney Hilton (1916-2002), desde su perspectiva de medievalista, lo que generó un intenso debate entre 1950 y 1953, materializado en las páginas de la revista inglesa *Science and Society*[29]. Eric Hobsbawm (nacido en 1917), prolongó esa transición del feudalismo al capitalismo hasta el siglo XVII[30].

[24] Dennis L. Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain. The New Left and the Origins of Cultural Studies*, Durham, N.C., 1997; Bill Schwarz, "The People in History: the Communist Party Historians", en Richard Johnson et alt., ed., *Making Histories. Studies in History-writing and Politics*, Londres, 1982, pp. 44-95; Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989; Gertrude Himmelfarb, "The *Group*: British Marxist Historians", en *The New History and the Old*, Cambridge, Mass., 1987, pp. 70-93. Todos ellos reflejan tanto los aspectos intelectuales y epistemológicos como los vivenciales y políticos del grupo de historiadores marxistas británicos.

[25] Sobre el materialismo histórico y sus aspectos doctrinales, Stephen H. Rigby, *Marxism and History. A Critical Introduction*, Manchester, 1987; Fernando Ocáriz, *El marxismo, teoría y práctica de una revolución*, Madrid, 1975; Matt Perry, *Marxism and History*, Hampshire, 2002.

[26] Ver algunas noticias al respecto en Harold T. Parker, "Great Britain", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Conn., 1979, pp. 193-215.

[27] Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974.

[28] Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1973.

[29] Buena parte de esos debates y problemas fueron después recogidos en un volumen colectivo, editado por él mismo: Rodney Hilton, ed., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, 1987.

En 1956 el grupo dio un importante giro metodológico y vivencial, influido por los dramáticos acontecimientos de la intervención soviética en Hungría. Algunos de estos historiadores abandonaron la disciplina del Partido Comunista y hubo una cierta dispersión, aunque ciertamente no abandonaron la inspiración marxista de su trabajo histórico. Sin embargo, sus trabajos pivotaron a partir de entonces hacia una historia más cultural e intelectual que propiamente socioeconómica, como lo demuestran los abundantes trabajos que Christopher Hill —uno de los historiadores más influyentes del grupo— publicó a partir de entonces sobre el contexto intelectual de la revolución inglesa del siglo XVII[31] o los originales trabajos de George Rudé (1910-1993) sobre la función de las masas en las revoluciones[32].

A Raymond Williams, paradójicamente uno de los menos conocidos de esta generación de historiadores, correspondió la labor de mayor alcance teórico. Él fue quien aplicó con mayor precisión la epistemología marxista. Desarrolló el uso de algunos términos del marxismo ortodoxo, como infraestructura y superestructura, en la disciplina histórica. Esto le permitió interpretar el campo de la literatura como una simple representación de los valores de las clases altas. La cultura es el modo general de concebir la existencia y está compuesta de sistemas de mantenimiento —economía—, de decisión —política—, de comunicación y de reproducción —familia. Williams fue también el divulgador del concepto totalizador de cultura de Lukács y del concepto de hegemonía de la clase dominante de Gramsci[33].

Vere Gordon Childe (1892-1957) merece una atención particular por su enorme influjo en la evolución de la arqueología durante el siglo XX porque la condujo a superar la fase del "positivismo" en que todavía se hallaba inmersa poco después de la Segunda Guerra Mundial. Esta tarea la llevó a cabo sobre todo con libros de talante metodológico como *Man Makes Himself*, de 1936, y *What Happened in History*, de 1942, que tuvieron una resonancia universal e introdujeron la arqueología en el debate general de las ciencias sociales[34]. Ya en el campo de contemporaneísmo, la vida y la producción historiográfica de Eric J. Hobsbawm, nacido en

---

[30] Eric J. Hobsbawm, "The Crisis of the Seventeenth Century", *Past and Present*, 5 (V.1954), pp. 33-53 y 6 (XI.1954), pp. 44-65.

[31] Christopher Hill, *The Collected Essays*, Brighton, 1985-1986.

[32] George Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, Londres, 1959.

[33] Raymond Williams, *Culture and society, 1780-1950*, Londres, 1960.

[34] Ver, sobre todo, Bruce G. Trigger, *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology*, Londres, 1980 y el volumen colectivo David R. Harris, ed., *The Archaeology of V. Gordon Childe. Contemporary Perspectives*, Londres, 1992.

Alejandría en 1917, la podemos seguir a través de sus propias memorias[35]. Desde muy temprano se estableció en Inglaterra y se centró en estudios de historia social y de los movimientos obreros. Contribuyó, además, a la renovación teórica de la historiografía marxista, no sólo a través de su participación en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, sino también con algunas publicaciones de marcado carácter metodológico.

Sin embargo, más duradera y profunda fue la influencia de Edward P. Thompson (1924-1993), quien escribió uno de los volúmenes más influyentes en la historiografía del siglo xx: *The Making of the English Working Class* (1963). La obra despertó adhesiones en todo el mundo por su atrevida apuesta a favor de una historia comprometida pero al mismo tiempo rigurosa, antidogmática y flexible en su definición de *clase*[36]. El estudio de Thompson sobre la clase obrera en Inglaterra supuso un auténtico "giro cultural" para el marxismo historiográfico[37]. El historiador británico rechazó explícitamente la dicotomía "estructura / superestructura" y se centró en lo que él mismo dio en llamar "las mediaciones morales y culturales" y en el modo como las experiencias materiales son aprehendidas de un modo cultural[38]. La conciencia de clase era descrita no ya como un elemento esencial de las relaciones de producción y la lucha de clases sino más bien en sus manifestaciones más culturales: en sus tradiciones, sus sistemas de valores, sus ideas y sus formas institucionales. Obviamente, la publicación de la obra supuso una pequeña revolución en el seno de la corriente del materialismo histórico, pero la adhesión de los historiadores más jóvenes a los nuevos postulados de Thompson fue inequívoca.

La divulgación de *The Making of the English Working Class* supuso la confirmación de la vía *culturalista* del marxismo historiográfico, que presta mayor atención a los aspectos intelectuales, y cuyos exponentes serían el

[35] Eric J. Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, 1998 y Eric J. Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, ed. Antonio Polito, Barcelona, 2000 y, sobre todo, Eric J. Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, Nueva York, 2002.

[36] Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963. Su sugerente y extensa obra ha generado multitud de comentarios: ver, por ejemplo, Harvey J. Kaye y Keith McClelland, eds., *E.P. Thompson, Critical Perspectives*, Cambridge, 1990 y John Rule y Robert Malcomson, eds., *Protest and Survival. The Historical Experience. Essays for E.P. Thompson*, Londres, 1993; Eileen J. Yeo, "E.P. Thompson: Witness Against the Beast", en William Lamont, ed., *Historical Controversies and Historians*, Londres, 1998, pp. 215-224.

[37] Lynn Hunt, "Introduction: History, Culture, and Text", en Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, 1989, p. 4.

[38] Ellen Kay Trimberger, "E.P. Thompson: Understanding the Process of History", en Theda Scokpol, ed., *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambdrige, 1984, p. 219.

mismo Thompson, Hobsbawm y algunos historiadores italianos de la siguiente generación como Ginzburg, Levi y Poni, en oposición a la *estructuralista*, más preocupada por los estados de transición de las grandes etapas históricas, como se pone de manifiesto en los trabajos de Dobb, Sweezy, Bois, Brenner y Wallerstein[39]. La proyección culturalista del marxismo ha dado lugar, por otra parte, a un debate muy actual, centrado en el concepto de *agency*, que era el término utilizado por la historiografía marxista inglesa para designar la participación activa de la clases bajas en su resistencia frente a las dominantes y que hoy en día ha visto ampliado considerablemente su espectro y calado teórico[40].

Edward P. Thompson introdujo la noción de cultura en el estudio de las concepciones del trabajo y, con ello, transformó radicalmente el punto de vista del análisis materialista. De hecho, para algunos su obra se halla en la línea genealógica más directa en la formación del *cultural turn*, junto a los sugerentes ensayos de Clifford Geertz[41]. El historiador británico ofreció un puente entre los estudios de historia social y los de historia cultural que ya nunca ha vuelto a ser interrumpido. A través del concepto de *experience*, Thompson demuestra que los individuos se transforman ellos mismos en clases sociales, grupos conscientes de sus diferencias, sus especificidades y sus intereses, así como de sus antagonismos y conflictos[42].

El "giro cultural" del marxismo en los años sesenta tendría su continuidad en el "giro lingüístico" que afectó a esta corriente a partir de los años ochenta. En 1980, los editores de la revista *History Workshop* dedicaron el editorial al tema "lenguaje e historia". Allí se reconocía la creciente influencia de los "lingüísticos estructurales" (*structural linguistics*): se trataba de una revitalización del concepto del *estructuralismo*, pero al mismo tiempo se mostraba elocuentemente el creciente interés por los temas lingüísticos[43]. Pero quizás fue más influyente el modélico estudio de William Sewell sobre la formación del lenguaje específicamente laboral

[39] Ver el desarrollo de esta interesante distinción en Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, pp. 76-77.

[40] Concepto ciertamente complejo, que ha cobrado una notable actualidad en el panorama historiográfico actual. De ello es una buena muestra el número monográfico que ha dedicado a este concepto recientemente la prestigiosa revista norteamericana *History and Theory*, vol. 40 (XII. 2001).

[41] Ver los lúcidos comentarios al respecto de Ronald Grigor Suny, "Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?", *The American Historical Review*, 107 (2002), pp. 1476-1482.

[42] Sobre sus planteamientos teóricos, Edward P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, 1978.

[43] "Language and History", *History Workshop* 10 (1980), pp. 1-5.

en la Francia del siglo XIX, publicado en 1980[44]. Pocos años más tarde, en 1983, Gareth Stedman Jones publicaría su influyente obra sobre los "lenguajes de clase"[45]. Por fin, en 1988, Joan Wallach Scott aplicaba esta orientación a los estudios sobre *genero*, en un modelo historiográfico que ha tenido una amplia repercusión en la tradición historiográfica anglosajona[46]. A partir de Thompson, los historiadores se interesaron cada vez más no sólo por los "hechos" de la experiencia, sino por cómo la "experiencia" de esos hechos fue experimentada por los actores históricos[47].

La escuela británica marxista de los años cincuenta y sesenta es, verdaderamente, muy heterogénea. Sin embargo, se puede considerar como la aplicación más eficaz de los postulados del materialismo histórico en la historiografía. No podía ser de otra manera, habida cuenta de que estos historiadores estuvieron preocupados fundamentalmente por el desarrollo de la sociedad industrial, que es el período donde mejor se pueden aplicar los postulados marxistas, generados precisamente en ese contexto histórico. Sin embargo, esto es compatible —y criticable— con que las tesis del materialismo histórico también fueran aplicadas a otras épocas diferentes, como los estudios de Gordon Childe, Perry Anderson o Rodney Hilton ponen de manifiesto.

LAS GRANDES MONOGRAFÍAS: LA TIERRA, LOS HOMBRES Y LAS ESTADÍSTICAS

El desarrollo del estructuralismo braudeliano y de la historiografía marxista británica no fueron, con todo, la única manifestación del predominio de las colectividades sobre las individualidades en la disciplina histórica durante la larga posguerra. La aplicación de los medios técnicos a la investigación, la facilidad con que se podrían construir grandes estadísticas, la tendencia al discurso seriado por encima del narrativo, llevarían a la historia a procurarse un lenguaje estrictamente científico, que se opondría a una tradición narrativa supuestamente a-científica.

[44] William H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cmabridge, 1980.

[45] Gareth S. Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, 1983.

[46] Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, New York, 1988.

[47] Para todo este proceso, ver el interesante artículo de Geoff Eley, "Is All the World a Text? From Social History to the History of Society Two Decades Later", in Terrence J. McDonald, ed., *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, Mich., 1996, pp. 195-200.

La historia cuantitativa es la utilización sistemática de fuentes y de métodos estadísticos en la descripción y el análisis histórico. Lo que caracteriza a la historia cuantitativa no es solamente la utilización de las cifras para ilustrar y legitimar la descripción, sino también su manejo como el mismo fundamento de la narración y el análisis. El método estadístico se extendió a todos los ámbitos, pero lógicamente tuvo una mayor aceptación en la historia económica, donde la aplicación de la cuantificación era más natural.

La llamada revolución cuantitativa se desarrolla en el campo de la historiografía en los años cincuenta, sesenta y buena parte de los setenta, coincidiendo también con la hegemonía del estructuralismo de la segunda generación de los Annales y el materialismo histórico de los historiadores ingleses. La historia económica pasa a ser uno de los campos estrella, especialmente centrada en la historia de los precios y de los ciclos de crecimiento y decadencia. El concepto *crisis económica* parece dar la clave de todos los principales acontecimientos históricos. Los grandes debates historiográficos se centran en este ámbito temático, sobre todo en unos años setenta algo atormentados por las crisis que afectan a Europa en los más diversos campos: económico, energético, social, político e ideológico.

El interés por los precios ya se había despertado en los años treinta, en concomitancia con los fenómenos económicos que se estaban experimentando a nivel global, provocados en buena medida por la superinflación de la Alemania de posguerra y el crack financiero de 1929 en Norteamérica. Aparecen así los trabajos pioneros de François Simiand (el creador de los conceptos de *Fase A* —fase expansiva de la economía— y *Fase B* —fase de contracción—, que aparecen en su obra *Investigaciones sobre el movimiento general de precios*, publicada en 1932)[48], los detallados cálculos de los precios del Imperio de los Austrias por parte del historiador norteamericano Earl J. Hamilton[49] y los múltiples trabajos de Ernest Labrousse, considerado también como uno de los precursores del materialismo histórico que se desarrollaría con tanta fuerza a partir de los años cincuenta[50].

Ernest Labrousse, nacido en 1895, profesor de La Sorbona, hombre muy cercano a Braudel, fue un especialista de historia económica y director de muchas de las tesis de los alumnos de los Annales. Sin embargo, su marxismo ortodoxo le alejó de los postulados originales de la escuela france-

[48] François Simiand, *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, París, 1932.

[49] Earl J. Hamilton, *War and Prices in Spain 1651-1800*, Cambridge, 1947.

[50] Ernest Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1990 (1944).

sa[51]. Fruto en buena medida de su maestrazgo, el marxismo empezó a penetrar en los Annales, así como los métodos estadísticos, generando algún equívoco, como el que identificaba ambas corrientes. Aunque, a decir verdad, hubo un momento en el panorama intelectual de Occidente que todo parecía estar emparentado de algún u otro modo con el marxismo. Esta errónea identificación de los Annales con el marxismo tuvo algunos efectos perversos en países en los que —como España— existía un notable recelo con todo lo que se asimilara al marxismo. Esto produjo una tardía incorporación de las nuevas corrientes historiográficas en España, un retraso cuyas consecuencias están de algún modo todavía hoy presentes en nuestra historiografía. El papel de historiadores como Jaume Vicens Vives, Valentín Vázquez de Prada, Felipe Ruiz Martín o Pierre Vilar fue, en este sentido, fundamental cara al amortiguamiento de este equívoco.

La historia cuantitativa se presentó, no obstante, como la panacea de la asimilación del lenguaje histórico al lenguaje propiamente científico. La obra ya citada de Pierre Chaunu, *Sevilla y el Atlántico*, publicada entre 1955-1960, es uno de los más acabados exponentes de esta tendencia: se trata de una gigantesca obra de erudición y de análisis de evolución económica, basado en miles y miles de documentos tratados estadísticamente. Chaunu quiso hacer con el Atlántico lo que Braudel hizo con el Mediterráneo, aplicando los conceptos de *estructura* y *coyuntura*, de claro sabor estructuralista. Lo que no está tan claro es hasta qué punto los resultados fueron proporcionales al hercúleo esfuerzo realizado, porque el lenguaje esquemático, jergal y cuantitativo utilizado por el historiador francés había ahogado al lenguaje humano y narrativo propio de las ciencias sociales.

Todas estas ideas encontraron un campo de aplicación natural en el campo de la demografía, que era otro de los temas que preocuparon de un modo acuciante en aquellos años de vertiginosos cambios tras la Segunda Guerra Mundial. Jean Meuvret puso de moda la expresión *crisis de subsistencias*. Las ideas malthusianas volvieron a ponerse de moda, aplicándolas acríticamente a una realidad muy diferente respecto al período desde el que fueron creadas. Se revitalizaron unas fuentes escasamente utilizadas hasta entonces, de las que se hacía un tratamiento estadístico sistemático: los censos; los documentos parroquiales donde se registran nacimientos, matrimonios y muertes; los inventarios de propiedad y los capítulos matrimoniales. Se realizaron estudios detallados de los porcentajes

[51] Sin embargo, los principales historiadores de los Annales siempre hablaron maravillas de él. Braudel comentó que Labrousse era un "incomparable profesor" (Jean Bouvier, "Ernest Labrousse", André Burguière, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 407).

de nacimientos y muertes, de los matrimonios, de la estructura familiar, de las edades de los cónyuges, del número de la descendencia y de las tendencias migratorias[52]. Se crearon prestigiosas instituciones dedicadas a los análisis de corte demográfico, como el prestigioso *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure* (1966), donde destacan las obras de Louis Henry[53].

En Norteamérica, algunos historiadores pretendieron llevar hasta sus últimas consecuencias las repercusiones de la aplicación del lenguaje de las ciencias experimentales a la disciplina histórica. Se creó así la *cliometría*, que tuvo un escaso influjo más allá de las fronteras norteamericanas, pero que ha quedado como una interesante muestra de la radicalidad de los ensayos cuantitativistas, serializados y computarizados de aquellos años.

Los estudios cuantitativos y demográficos implicaron también necesariamente una disminución del alcance del campo analizado. Abundaron estudios locales, de modo que la historia regional se consolidó como un verdadero y propio ámbito historiográfico. Se aplicó la historia serial al análisis microscópico —que no microhistórico— de los fenómenos sociales. Aparecieron monografías como las de Pierre Goubert sobre una región, intentando analizar conjuntamente ámbitos rurales con ámbitos urbanos[54].

La mayor parte de las monografías regionales de los sesenta y setenta diseñadas según el estilo de los Annales se limitaban prácticamente a la historia económica y social, además de contener introducciones geográficas, según el modelo Vilar–Braudel. El influjo propiamente *annalitico* fue complementado por el marxismo afrancesado de Labrousse. Se construyeron así las grandes monografías regionales, entre las que destacan algunas obras consideradas ya como clásicas en la disciplina histórica: la *Cataluña* de Pierre Vilar[55], el *Languedoc* de Emmanuel Le Roy Ladurie[56], la *Provenza* de René Baehrel[57] y el *Maconnaise* de Georges Duby[58]. Con estos estudios, que constituyen las contribuciones más notables de los Annales

[52] Richard T. Vann, "The New Demographic History", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, pp. 29-42.

[53] Louis Henry, *Démographie: analyse et modèles*, París, 1972.

[54] Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730. Contribution á l'histoire sociale de la France du XVIIe siècle*, París, 1982.

[55] Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, 1962.

[56] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc*, París, 1966.

[57] René Baehrel, *La Basse-Provence rurale (fin XVIe siècle-1789): essai d'économie historique statistique : une croissance*, París, 1961.

[58] Georges Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région maconnaise*, París, 1982 (1953).

en los años sesenta, la escuela consigue descentralizarse por primera vez y extiende su campo de acción a universidades periféricas como Caen, Rennes, Lyon, Toulouse y Aix.

Buena parte de esas monografías partieron del taller de los Annales y trataban aspectos de la sociedad europea de la edad moderna temprana, dirigidos por Braudel o Labrousse, con la excepción del *Maconnaise* de Georges Duby (1953), el *Namurois* de Léopold Genicot (1960) y la *Picardía* de Robert Fossier (1968), que se centraban en la época medieval. La historiografía francesa había optado decididamente por la vía de la construcción de las grandes monografías y la aplicación rigurosa de los métodos cuantitativos y estadísticos. Sin embargo, allí la historia serial pretendía ser una alternativa a los modelos matemáticos de la *New Economic History* norteamericana y la aplicación total y sistemática de la historia cuantitativa. Su objetivo era la construcción de un hecho histórico en series temporales de unidades homogéneas y comparables, que permitiera medir la evolución de un intervalo de tiempo de larga duración. Por tanto, ni era una formulación matemática de carácter econométrico al estilo norteamericano ni un sistema global de interpretación demográfico al estilo británico[59]. Algunas de las monografías mencionadas pertenecen a la historia serial, que matizaba algo el método de la historia cuantitativa pero seguía considerando esencial el ámbito estadístico.

* * *

La historiografía sufre una transformación muy contundente durante los treinta años que transcurren desde el final de la Segunda Guerra Mundial al desencadenamiento de las crisis intelectuales de finales de los sesenta y las crisis económicas de principios de los años setenta (1945-1975). Las consecuencias de esta vertiginosa evolución política, social y económica son aplicables a la específica evolución de la historiografía. Estados Unidos, Francia e Inglaterra asumen definitivamente las riendas del liderazgo, habida cuenta de la traumática situación en la que queda Alemania, que no volverá a crear una escuela histórica verdaderamente original hasta los años setenta. El estructuralismo braudeliano, el marxismo de cuño anglosajón y la historia cuantitativa son las corrientes predominantes. Aunque muy diversas en sus postulados y en sus metodologías, estas corrientes coinciden en la búsqueda de un lenguaje científico para la historia, que

[59] Jerzy Topolski, "The Role of Theory and Measurement in Economic History", en Georg G. Iggers y H.T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, pp. 43-54.

sustituya a la narración tradicional. Ellas preconizan también la preeminencia de la historia económica y social, que es la única capaz de dar una explicación verdaderamente integradora de la realidad histórica.

Los métodos estadísticos se aplican abrumadoramente en la investigación histórica. Donde no hay tratamiento estadístico, falta el rigor histórico. No se concibe una historia donde la narración no vaya acompañada de la prescriptiva demostración cuantitativa y estadística, legitimadora de sus resultados y conclusiones. Se acude al tratamiento de la documentación en masa. Se realizan estudios que parten de un número inmenso de documentos. El número sustituye progresivamente a la letra; el esquema al desarrollo narrativo. Preocupan los precios, las tendencias, las crisis, las estructuras, los movimientos demográficos. Si la historiografía es un escaparate privilegiado para detectar los movimientos y tendencias intelectuales de cada época, el predominio de los grandes paradigmas en la Europa de los años cincuenta y sesenta es la mejor muestra de la seguridad y la autoestima de una sociedad que en muy poco tiempo adquirió unos niveles de riqueza y confort nunca soñados.

Sin embargo, ya a finales de los años sesenta empezó a experimentarse en los diferentes ámbitos de las ciencias sociales —sociología, antropología y lingüística, sobre todo— una apelación al retorno a un lenguaje comprensible y narrativo, alejado de los códigos esquemáticos y científicos del marxismo y el estructuralismo. El monolitismo del paradigma de posguerra fue quebrándose, durante los años setenta, con la entrada de la nueva generación de los Annales y los nuevos movimientos narrativistas y postmodernos.

Durante los años setenta, esa historia de carácter eminentemente económico y serial dejará paso progresivamente a una historia social —especialmente desarrollada en la Alemania de los años sesenta y setenta a través de la escuela de Bielefeld—, cultural —que en Norteamérica e Inglaterra generará la corriente de la nueva historia cultural y en Italia la microhistoria— y mental —representada en Francia por la tercera generación de los Annales y la historia de las mentalidades. Indudablemente, los años setenta suponen una ruptura radical en la evolución de la historiografía, que merece la pena analizar detenidamente.

IV. LA TRANSICIÓN DE LOS SETENTA: DE LAS ECONOMÍAS A LAS MENTALIDADES

Si en algún momento la historia ha tenido confianza en sí misma fue durante los años sesenta, en un período de gran fe en sus posibilidades como una disciplina técnica, precisa, más cercana a las ciencias experimentales, empíricas y analíticas que a sus vecinas ciencias sociales. Ese momento de euforia es similar a aquel de principios del siglo XX, cuando la historia creyó haber fijado definitivamente su lugar entre las ciencias humanas y radicalizaba su discurso positivista. Durante los sesenta, seguidores de los Annales, cliometristas y marxistas se movían en una misma dirección —la del lenguaje esquemático, cuantitativo y absolutizador—, pese a sus concepciones ideológicas, políticas y metodológicas divergentes. Todos se mostraban orgullosos de sí mismos por haber superado los estrechos confines del paradigma historicista y haber proporcionado a la historia un lenguaje verdaderamente científico.

Sin embargo, su creencia en la ciencia, el progreso y la modernidad se debilitó en gran medida a partir de los años sesenta, en el preciso instante en que empezó a tambalearse una larga época de sostenido progreso y se empezaron a generalizar las protestas ante el poder establecido, aparentemente inmovilista. Los optimistas presupuestos de la civilización occidental, asentados a su vez en los de la Ilustración, empezaban a conmoverse en sus fundamentos. La crítica a los modelos estructurales, científicos y materialistas de la historiografía que se levantó con virulencia en la Europa de los años setenta refleja una vez más la estrecha relación que existe entre pensamiento histórico, práctica historiográfica, tendencias intelectuales y concepciones políticas e ideológicas.

Todo ello tuvo su expresión en una renovada visión de la historia, con nuevos enfoques que trasladaron el centro de atención de las elites a otros segmentos de la población, de las grandes estructuras impersonales a los aspectos existenciales de la vida diaria, de la macrohistoria a la microhistoria, de la historia socioeconómica a la historia cultural[1]. Las grandes

[1] Sigo aquí las reflexiones de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 12.

concepciones históricas dejaron paso a planteamientos menos ambiciosos pero quizás también menos apriorísticos. Las estrategias de la investigación cambiaron, porque se apoyaron menos en las tradicionales disciplinas de la economía, la sociología y la ciencia política para pivotar sobre la antropología, la lingüística y la semiótica. Las grandes tradiciones nacionales dejaron de ser predominantes, porque los procesos de globalización también asestaron el golpe de gracia a las escuelas ligadas a las naciones con mayor tradición historiográfica.

Las razones de esta renovación historiográfica residían en una puesta en tela de juicio de la valoración optimista del progreso técnico y civilizador, una visión en la que se había basado en buena medida la historiografía de los grandes modelos de posguerra[2]. Los conceptos de modernización, industrialización o urbanización, que habían estado en la base de la construcción de tantas monografías históricas hasta los años setenta, se veían ahora conmocionados por la creciente angustia de un mundo atormentado por las crisis económicas, la amenaza nuclear y las catástrofes ecológicas. En la historia social tradicional se había partido de un proceso histórico mundial unitario, lineal, progresivo, que ahora parecía desmoronarse[3].

El final de la supremacía de una visión unidireccional y eurocéntrica de la historia tiene como consecuencia la mayor atención otorgada a algunas esferas de la vida que hasta el momento han quedado al margen del acontecer histórico. La vida privada se constituye en un importante objeto de estudio, así como aquellos aspectos relacionados con ella de los que se conservan más y mejores fuentes documentales: infancia, familia, ocio, tiempo o muerte. En esta orientación temática es donde se hace visible el tardío pero eficaz influjo de Norbert Elias (nacido en 1897), cuya obra principal, aunque publicada a finales de los años treinta, no fue verdaderamente asimilada hasta su reedición en los años sesenta[4]. En efecto, aunque intelectualmente Elias pertenece a la generación de Walter Benjamin, Erwin Panofsky o Johan Huizinga, su recepción correspondió a los antropólogos de los años setenta como Michel Foucault y desde allí se transmitió a los historiadores de las mentalidades como Philippe Ariès y Georges Duby.

Elias defiende la tesis de que con el Absolutismo se originó una cultura cortesana que sometió las funciones corporales a unas reglas estrictas,

[2] Lo que, entre otras cosas, llevó a trasladar el objetivo de las grandes a las pequeñas interpretaciones, aunque la aspiración a la totalidad seguía intacta: Carlo Ginzburg, "Microstoria: due o tre cose che so di lei", *Quaderni Storici*, 86 (1994), pp. 511-539.

[3] Ver el documentado diagnóstico de Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, 2000, especialmente su cap. 16, "A la recerca de nous camins", pp. 341-355.

[4] Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1987. En esta cuidada edición aparece el Prólogo de la obra original, fechado en 1936 y la Introducción de su reedición, fechada en 1968.

relegándolas de la esfera pública a la privada. Sus ideas fueron recogidas en el volumen conjunto sobre la vida privada que coordinaron Georges Duby y Philippe Ariès en los años ochenta[5]. Este proyecto se basaba en la idea de que la sociedad moderna había convertido la familia en un lugar de refugio ante la progresiva codificación social. La crisis de esta institución durante la segunda mitad del siglo XX anuncia la transición de un mundo moderno y burgués a un mundo postmoderno y tecnificado.

Al mismo tiempo, se recela de los métodos cuantitativos, contra los que reaccionan los nuevos historiadores de los Annales y el influyente *Group for the History of Population and Social Structure* de Cambridge. El *Montaillou* de Le Roy Ladurie, publicado en 1975, es uno de los clásicos exponentes de este viraje historiográfico, de transición de la macrohistoria a la microhistoria, de las estructuras a las experiencias, de las condiciones materiales de la existencia a los modos de vida[6].

La descripción de las condiciones materiales de la vida cotidiana —al estilo de los trabajos de civilización material de Braudel— deja de dominar a favor de la descripción de cómo experimentan los hombres esas condiciones de vida —al estilo de la nueva historia narrativa y la microhistoria. Ahora interesa más la imprevisibilidad de la subjetividad de los nuevos narradores que la previsible cadencia de la objetividad de los viejos paradigmas de posguerra. Esta insistencia en la subjetividad requiere una concepción y un utillaje metodológico diferente, que los propios filósofos, como el influyente Jürgen Habermas, definen como una nueva lógica sistémica: una lógica del mundo vital, comunicativa y referida a las experiencias[7].

Estas nuevas tendencias dejan también de lado las categorías macrohistóricas como las crisis, el mercado, las clases y el estado, que eran de importancia capital para el marxismo y para las diversas formas de la historia social y que ahora se convierten en temas marginales. Esos campos de estudio van siendo sustituidos progresivamente por otros conceptos de calado más culturalista como los de espíritu mercantil, la dinámica del poder, las elites sociales o la conflictividad social. Todo ello remite también a la necesidad de describir un mundo más tangible, una mirada microhistórica a la vida cotidiana[8].

Toda esta mutación de las condiciones generales del pensamiento histórico se concreta en la gestación de nuevas corrientes históricas aparen-

[5] Philippe Ariès y Georges Duby, dirs., *Histoire de la vie privée*, París, 1985-1987.

[6] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, 1975.

[7] Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, 1988.

[8] Giovanni Levi, "Sobre microhistoria", en Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 119-143.

temente muy diversas. Todas ellas tienen en común que están más o menos arraigadas en la tradición historiográfica: la historia de las mentalidades francesa de la tercera generación de los Annales[9]; la historia social de la escuela de Bielefeld alemana; la microhistoria de los historiadores italianos, asociada a los nuevos movimientos narrativistas; y, por fin, poco después, la nueva historia cultural cultivada en Norteamérica e Inglaterra, que actuaría como tercera vía —algo así como una alternativa entre la vía tradicional de la historia de las mentalidades y la historia social por un lado y la ruptura del postmodernismo y la nueva historia narrativa por otro.

Las dos primeras corrientes —la historia de las mentalidades francesa y la historia social alemana— no son propiamente una ruptura absoluta con la tradición historiográfica anterior sino más bien una renovación. Por esto merecen un estudio monográfico en el ámbito de la historiografía de los años setenta y ochenta, pero con su peculiar simbiosis de continuación y ruptura, de tradición y progresión (Capítulo IV). En cambio, la nueva historia narrativa —asociada al postmodernismo y al giro lingüístico— supone una ruptura más radical con la tradición secular de la historiografía y por tanto ya entra de lleno en el contexto de la renovación epistemológica de los años setenta (Capítulos V y VI). Por fin, la nueva historia cultural entra ya en un nuevo ámbito, el de las terceras vías, y merece por tanto un análisis específico en el contexto de la historiografía actual. Se trata de una tendencia que preconiza, dentro de su paradójica renovación, una *nueva* nueva historia cultural, aplicable también a otros ámbitos (política, lenguaje, religión — Capítulos VIII y IX).

Todas estas corrientes innovadoras convivieron durante un tiempo con las tendencias que habían dominado la historiografía occidental durante los largos años de la posguerra, que precisamente ahora empezaban a quedar desfasadas.

LA AGONÍA DE LOS MODELOS DE POSGUERRA

El panorama historiográfico de predominio de los grandes esquemas interpretativos de la realidad empezó a tambalearse a principios de los años setenta. Cada uno de los tres modelos analizados en el capítulo anterior —estructuralismo, marxismo, cliometría— tuvo un itinerario específico

[9] No contemplo la historia de las mentalidades como una ruptura radical porque la considero heredera de una situación anterior, en concreto de la escuela de los Annales, aunque obviamente también recibió el influjo de las nuevas corrientes: ver Georges Duby, "Mentalités", en *La histoire continue*, París, 1991, pp. 115-126.

durante los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, los tres convergieron durante los años setenta, cuando se concretó su desaparición en el ámbito de la historiografía, quedando todo lo más como residuales en países con una evolución histórica peculiar: en España y en Polonia, por ejemplo, la hegemonía agónica del marxismo se alargó bastante.

El modelo económico marxista había empezado a influir en Europa y América a partir de los años treinta. Postulaba la aplicación a la historia del paradigma clásico de la teoría marxista, según el que los mecánicos procesos dialécticos de tesis, antítesis y síntesis transforman la sociedad a través de la lucha de clases. El dominio de las clases se basa en la propiedad de los medios de producción. Esa tendencia pronto evolucionó hacia un determinismo económico y social excluyente, pero tuvo una fructífera aplicación a través de los historiadores británicos aglutinados en torno a la revista *Past and Present* y el Partido Comunista Británico.

El materialismo histórico sufrió una profunda transformación a principios de los años sesenta, lo que se pone de manifiesto con el cambio de subtítulo de la revista programática del grupo de historiadores marxistas británicos: *Past and Present* pasó a subtitularse, a partir de 1965, *A Journal of Historical Studies,* que sustituía al anterior *A Journal of Scientific History*. La ingenua pero eficaz aplicación de las categorías científicas a la disciplina histórica quedaba así descartada. Poco más tarde, los mismos historiadores marxistas más ortodoxos —entre los que destacan Edward P. Thomson, Eric Hobsbawm y Pierre Vilar— parecen haber abandonado gran parte de los dogmas básicos de los historiadores marxistas de los treinta, ocupándose de temas como la política, la religión, el estado o las ideologías, considerados al principio como espurios.

El segundo gran paradigma que entró en crisis durante los años setenta fue el modelo ecológico-demográfico francés. Según esta tendencia, detectable en buena parte de la historiografía de los Annales, la variable fundamental de la historia es el equilibrio ecológico entre el suministro de alimentos y la población, la interacción entre el hombre y el espacio. Un equilibrio que deberá determinarse necesariamente mediante análisis cuantitativos a largo plazo sobre productividad agrícola, cambios demográficos y precios alimenticios. Todo esto remite, naturalmente, a la historia cuantitativa.

Esta clase de historia científica francesa surgió de la combinación entre la geografía —tan influyente en Francia desde principios de siglo, tal como Georges Duby reconoció al final de su trayectoria intelectual[10]— y

[10] Lo que se pone de manifiesto tanto a través de su autobiografía intelectual (*La histoire continue*, París, 1991) como a través de algunas largas entrevistas que concedió en los últimos años de su vida (Georges Duby y Guy Lardreau, *Dialogues*, París, 1980).

la demografía histórica[11]. Su eficacia se basaba en la aplicación de la prestigiosa metodología de la cuantificación. Se aplicaron con profusión las estadísticas matemáticas a las ciencias humanas. Esto llevó a algunos historiadores franceses de reputación consolidada a realizar algunas declaraciones verdaderamente sorprendentes. Emmanuel Le Roy escribía en 1973: "la historia que no es cuantificable, no puede aspirar a ser científica"[12]. Claro que también es cierto que de esa tendencia surgiría el fecundo ciclo de las monografías elaboradas bajo el implícito lema de *la tierra y los hombres*. El modelo económico-demográfico sería atemperado y matizado, hacia los años setenta, por los cultivadores de la historia de las mentalidades. A partir de esos años, quedó como bloqueado por los mismos que habían colaborado en su consolidación, lo que representaba una especie de revolución desde dentro.

Por fin, cabe referirse a la cliometría norteamericana como el tercer paradigma historiográfico, desarrollado también en los años de la posguerra, aunque algo más tardíamente que las dos anteriores, porque experimentó su mayor auge hacia los años sesenta. Para sus cultivadores, sólo la metodología cuantitativa puede aspirar a ser científica. Los cliómetras denunciaban tanto las tendencias tradicionalistas del estilo narrativo a la antigua —que se ocupan de política de estado y de política constitucional— como las nuevas experimentaciones de los historiadores económicos, demográficos y sociales de las escuelas de los *Annales* y de *Past and Present*.

Los cliómetras se basaban en una metodología específicamente cuantitativa, porque buscaban demostrar la validez de los modelos mediante las fórmulas matemáticas y algebraicas más refinadas, aplicadas a cantidades muy vastas de datos electrónicamente procesados. Sus campos específicos eran la historia económica y la nueva historia política, esta última aplicada no pocas veces al estudio del comportamiento electoral. Los trabajos eran hechos en equipo, al estilo de la investigación de las ciencias experimentales, que son aplicables sobre todo a los modelos computarizados, pero imposibilitan la construcción de una trama narrativa.

Los grandes modelos historiográficos de posguerra —materialismo histórico, estructuralismo, cliometría— pretendieron dar una explicación cerrada y totalizante del mundo y de la historia, utilizando un lenguaje científico y seriado. Todos ellos tenían en común una gran confianza, en defi-

[11] Sobre el influjo de la demografía en la disciplina histórica, Thomas H. Hollingsworth, *Historical Demography*, Ithaca, 1969 y Pierre Guillaume y Jean-Pierre Poussou, *Démographie historique*, París, 1980.

[12] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'Historien*, vol. 1, París, 1973, p. 15. La historia quedaba así identificada con la estadística y la ciencia reducida a la estadística.

nitiva, en la objetividad del conocimiento histórico, lo que contrasta radicalmente con la desestructuración que se produjo en el pensamiento histórico a partir de los años setenta. Se detectaba en el ambiente historiográfico un desmesurado optimismo durante los años cincuenta y sesenta. Se había llegado a un determinismo económico y demográfico de gran eficacia simplificadora, pero que condicionaba en gran medida los temas de investigación, y, por tanto, la investigación misma. De la narración política se había pasado a la estadística económica y demográfica. Las relaciones de la disciplina histórica con la historia económica se habían estrechado, gracias a este afán cuantificador. Las obras de los economistas norteamericanos Douglass North, Robert Fogel y Stanley Engerman —los dos primeros incluso fueron premios Nobel— representan unos buenos modelos de esta tendencia[13]. En ese recorrido, se había perdido el instrumento básico del historiador: la utilización de un lenguaje comprensible a través de la construcción de un relato coherente.

La estructura del edificio, siguiendo el símil braudeliano, era clara: en el fundamento, los ámbitos geográficos y demográficos; en el segundo piso, la estructura social y económica; en el tercero, que hacía las veces de ático o desván, los aspectos intelectuales, ideológicos, religiosos, culturales y políticos. Esto produjo la construcción de algunas obras importantes que con el tiempo han devenido clásicas, y que por sí solas habrían justificado la adopción por toda una generación del enfoque analítico y estructural. En el año 1966 aparecen, simultáneamente, la reedición del *Mediterráneo* de Fernand Braudel, el *Beauvais* de Pierre Goubert y el *Languedoc* de Emmanuel Le Roy Ladurie.

Sin embargo, buena parte de esas monografías respondían al proyecto de realizar un revisionismo histórico exacerbado, según el cual la historia de Europa apenas cambia entre los siglos XIV y XVIII, aferrada a su tradicionalismo económico y demográfico. Las transformaciones artísticas y culturales no eran más que el desván, el tercer nivel, por lo que no aportaban nada sustancial al conocimiento real de las sociedades. Una circunstancia muy expresiva del peso del paradigma reinante en la historiografía de los años sesenta es que cuando algunos eruditos comenzaron a preocuparse por los nuevos temas culturales como la alfabetización, las lecturas, la evolución de la piedad, la muerte o la historia social "al tercer nivel" de Chaunu, lo hicieron aplicando sistemáticamente los nuevos métodos cuan-

[13] Ver, por ejemplo, la obra colectiva, William O. Aydelotte, Allan G. Bogue, Robert W. Fogel, eds., *The Dimensions of Quantitative Research in History*, Princeton, 1972; Douglass C. North and Robert P. Thomas, *The Rise of the Western World : a New Economic History*, Cambridge, 1973; N.F.R. Crafts, Nicholas H. Dimsdale and Stanley L. Engerman, eds., *Quantitative Economic History*, Oxford, 1991.

titativos. Los temas estaban cambiando, pero los métodos seguían inalterables. Pero ellos contribuyeron sin duda también a las mutaciones metodológicas, porque nadie puede negar que esta nueva generación de eruditos —George Duby, Jacques Le Goff, Michel Vovelle, Jacques Chiffoleau— aportó algo más que un simple cambio de temática y sus trabajos supusieron una bocanada de aire fresco que amortiguó el excesivo esquematismo en que había caído la historiografía de los años cincuenta y sesenta.

El cambio de circunstancias intelectuales, historiográficas y contextuales que se produce en los años setenta, traerá consigo un cambio todavía más profundo, que va más allá de la renovación temática preconizada por los componentes de la tercera generación de los Annales, al adentrarse en el campo de la metodología y la epistemología. En efecto, en esos años se percibe un cierto desencanto por parte de la comunidad de historiadores respecto al gran paradigma de la *New History*. Se impone la realidad de que no hay un aspecto determinante o hegemónico en el devenir histórico —lo geográfico, lo económico, lo social, lo demográfico—, sino un flujo recíproco extraordinariamente complejo entre todos ellos. La población, el clima, la economía, la estructura social constituirían un término de la ecuación, pero los valores, la memoria, el imaginario, la tradición, las ideas, la política, las costumbres, la cultura, formarían parte del otro término, no menos importante.

Se buscó también un reencuentro con la libertad perdida entre las estructuras y las rígidas clases sociales. Se empezó a reflexionar sobre la voluntad del grupo, del individuo, que pasaron a ser agentes causales de las mutaciones históricas tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción material o el crecimiento demográfico. Las categorías mentales, las motivaciones religiosas, los procesos culturales, empezaban a imponerse como causas determinantes, aunque no únicas, de los procesos históricos.

También fueron razones de tipo específicamente historiográfico las que motivaron este cambio de sensibilidad en el ejercicio de la disciplina histórica. Por un lado, el marxismo se hallaba, a finales de los setenta, en un callejón sin salida. Se había perdido el rigor porque se confeccionaban obras históricas en el laboratorio, adaptando la realidad histórica a unos modelos preestablecidos. Esas obras eran formalmente impecables, desde la perspectiva de la ortodoxia marxista, pero habían perdido su alma. Se habían dejado de publicar obras clásicas, porque las que aparecían ahora habían perdido el encanto original del que, dentro de sus excesivas esquematizaciones teóricas, habían gozado los pioneros trabajos de Eric Hobsbawm, Edward Thompson o Pierre Vilar[14].

Ese desaliento epistemológico estuvo también acompañado por algunos acontecimientos históricos que manifestaban un debilitamiento de las consecuciones políticas del comunismo, tanto en Europa occidental —crisis incipientes de los Partidos Comunistas italiano y francés— como en Europa del Este —estallido de la contestación polaca—, y hasta en Asia —invasión fracasada de Afganistán. Por otro lado, el cambio generacional había pasado factura a la generación estructuralista-braudeliana de los *Annales*, que había perdido su energía a favor de la nueva historia de las mentalidades. La Cliometría, por su parte, se había desintegrado por la propia utopía y el autismo de sus métodos y, sobre todo, de sus resultados. Las mutaciones de los modelos historiográficos en este período se pueden resumir en una progresiva pérdida del peso de la ideología en la historia, a favor del pragmatismo exclusivamente científico y académico. La ideología había sido el motor y la motivación de buena parte de los grandes debates historiográficos del momento —las crisis económicas, los conflictos sociales, las tensiones políticas—, que habían dejado de cobrar interés no sólo para la comunidad científica de los historiadores sino también para el abundante público lector de historia a finales de los setenta.

En la influyente historiografía británica, esos debates se habían centrado en el ascenso o descenso de las clases y estamentos sociales de la época preindustrial o el acceso de la clase trabajadora en la incipiente industrialización. En la historiografía norteamericana, se habían consolidado nuevos temas como el de las consecuencias de la esclavitud o la función de las minorías étnicas[15]. Esos temas seguían interesando, pero decaía la atención sobre los bizantinos debates en tono a la crisis económica de la Europa bajomedieval y moderna, cuyo referente indisimulado —de nuevo el presentismo— era la crisis económica de la Europa de los primeros setenta. La elección de los temas estaba muy condicionada por razones de tipo contextual, que remitían a un indudable presentismo, que, como la evolución de la historiografía demuestra, suele ser una de las causas del deterioro de la objetividad histórica a favor de una manipulación interesada.

El agotamiento del modelo de la historia socioeconómica vino también condicionado por la consecución de una mayor estabilidad tras la crisis energética de los años setenta, lo que favoreció un mayor interés por los

---

[14] En España, los efectos de la decadencia del marxismo llegaron algo tardíamente, como solía suceder en aquellos años, lo que explica la creación de una interesante obra, que generó un rico debate en el ámbito del medievalismo peninsular: Abilio Barbero y Marcelo Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, 1979.

[15] Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, *Time on the Cross*, Boston, 1974; Paul A. David et alt., *Reckoning with Slavery*, Nueva York, 1976; Herbert G. Gutman, *Slavery and the Numbers Game*, Urbana, 1975.

fenómenos culturales. Al mismo tiempo, el notable aumento de la tensión política en el enfrentamiento de los dos bloques habría favorecido, por contra, un redescubrimiento de la trascendencia de los fenómenos políticos y, en última instancia, militares. Las obras de Peter Paret, Geoffrey Best y John Keegan ponen de manifiesto que los aspectos militares, aparentemente patrimonio de otras tendencias muy anteriores, tenían ahora también cabida entre las nuevas corrientes[16].

Otro modelo que perdió fuerza en el panorama de las ciencias sociales —y, sobre todo, en el campo de la historiografía— fue el de la cuantificación. Su utilización para la historia demográfica, la historia de la estructura y la movilidad social, la historia económica y la historia de las pautas electorales había ganado en racionalidad, pero había empobrecido el lenguaje específicamente narrativo de la historia. La crisis de la cuantificación se agravó todavía más cuando se pusieron en berlina los métodos de diseño de las grandes bases de datos cliométricas, en las que —al final del proceso— se descubrían unas incoherencias muy desazonadoras para sus propios diseñadores. Las estadísticas más costosas aparecían, de pronto, viciadas por irracionalidad —al pretender demostrar lo indemostrable— o por trivialidad —al pretender probar lo obvio. A pesar de sus incontestables logros, la cuantificación no había cumplido las elevadas expectativas que se habían puesto sobre ella veinte años atrás. La confianza en el ordenador y en los procesos de cuantificación había sido excesiva. En 1968, Le Roy Ladurie llegó a afirmar, de manera proféticamente osada, que para los años ochenta "el historiador será un programador o no será nada"[17]. La cuantificación había dicho mucho acerca del *qué* de la demografía histórica, pero hasta ahora relativamente poco acerca del *porqué*[18].

Lo que ya no se perderá es la tendencia de los historiadores a demostrar estadísticamente la costumbre consolidada, para mostrar lo que pueda ir más allá de lo atípico o del caso excepcional. Pero, paradójicamente, el caso singular se valorará cada vez más. Por eso Carlo Ginzburg será capaz de construir su cosmología del siglo XVI a través de la vida de un molinero aislado y desconocido (*El queso y los gusanos*, 1976) y Natalie Z. Davis de retratar las costumbres y los hábitos de una sociedad a partir de un relato singular y, francamente, inverosímil para un lector contemporáneo confinado a las categorías racionales más extremas (*El regreso de Martin Guerre*, 1982).

[16] Peter Paret, *Innovation and Reform in Warfare*, Colorado, 1966; Geoffrey Best y Andrew Wheatcroft, *War, Economy, and the Military Mind*, Londres, 1976; John Keegan and Andrew Wheatcroft, *Who's Who in Military History: from 1453 to the Present Day*, Londres, 1996.

[17] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'Historien*, vol. 1, París, 1973, p. 14.

[18] Lawrence Stone, *The Past and the Present*, Boston, 1981, p. 84.

En definitiva, se ponía de manifiesto que el historiador era algo menos —¿o algo más?— que un científico. Esta sencilla enunciación es la que llevará a la disciplina histórica a una crisis —la de los años ochenta— que sólo tenía el precedente de la crisis de principios de siglo, cuando la enorme seguridad de la historiografía "positivista" francesa y del historicismo clásico alemán perdió toda su altivez ante la invasión de los métodos de las restantes ciencias sociales. El debate volvía a reproducirse ahora, aunque de modo diverso. La narración aparecía ahora como una verdadera alternativa metodológica, no como un recurso simplemente retórico.

LA TERCERA GENERACIÓN DE LOS ANNALES: LOS IMAGINARIOS Y LAS MENTALIDADES

La fragmentación cultural propia de los años setenta, que dio lugar a una historia en migajas, afectó también, como no podría ser de otro modo, a la escuela de los Annales. Ya a finales de los años sesenta, la ruptura institucional que supuso la entrada de nuevas caras reflejaba algo más que las tensiones propias de un juego de influencias personales. Las nuevas tendencias historiográficas estaban minando la hegemonía del estructuralismo braudeliano y algunos jóvenes historiadores franceses —que se consagrarían durante los años setenta y ochenta— eran bien sensibles a estas mutaciones.

Por un lado, se habían ampliado las temáticas. Del tradicional esquema de las monografías del ciclo *la tierra y los hombres* se pasó a una mayor focalización en temas anteriormente considerados como marginales. Se podía hablar así más bien del ciclo de *la cultura y los hombres*, por lo que las personas volvían a aparecer en el primer término de la enunciación. Aparecieron así estudios sobre la historia de las mujeres como los de Christine Klapisch-Zuber[19], Arlette Farge[20], Mona Ozouf[21] y Michelle Perrot[22], sobre la pobreza como el de Michel Mollat[23], el mundo del trabajo como el de Claude Fohlen[24] o la muerte como el de Michel Vovelle[25].

[19] Christine Klapisch-Zuber, *Women, Family and Ritual in Renaissance Italy*, Chicago, 1985.

[20] Arlette Farge, *La vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIIIe siècle*, París, 1986.

[21] Jacques Ozouf y Mona Ozouf, *La république des instituteurs*, París, 1973.

[22] Ver su reflexión epistemológica, Michelle Perrot, *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, 1984.

[23] Michel Mollat, *Les pauvres au Moyen Age. Étude sociale*, París, 1978.

[24] Claude Fohlen, *Le travail au XIXè siècle*, París, 1967.

[25] Michel Vovelle, *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1974.

Al mismo tiempo, se experimenta también una mayor apertura desde el punto de vista disciplinar. La historia se acerca de nuevo a las ciencias sociales, las cuales renuevan continuamente su armazón teórico durante los años setenta, creando nuevas subdisciplinas como la psicohistoria, la cultura popular o la antropología simbólica. Todas estas subdisciplinas influirán a su vez notablemente en la historiografía. Los flancos cubiertos por esta nueva generación son la historia de las mentalidades, la continuidad en la aplicación de la historia cuantitativa y el resurgimiento aparentemente paradójico de lo político y del género narrativo.

La nueva historia de las mentalidades marcó pronto diferencias respecto a la historia de las ideas del historicismo que habían practicado Friedrich Meinecke o Benedetto Croce, como también respecto a la *intellectual history*, que durante el período de entreguerras había ganado nuevos adeptos en Norteamérica. La historia de las ideas y la historia intelectual parten del supuesto de que las personas tienen ideas claras y que son capaces de transmitirlas. A esas ideas se llega a través de los textos, que son una expresión de las intenciones de sus autores y como tales deben tomarse en serio. La historia intelectual y la historia de las ideas se basan en el análisis de unas específicas ideologías y corrientes de pensamiento dominantes en un momento histórico[26]. El concepto *mentalités*, en cambio, designa posturas que son mucho más difusas que las ideas y que, a diferencia de éstas, son propiedad de un grupo que las posee más o menos conscientemente y no son fruto de la imposición del pensamiento de determinados individuos[27]. La mentalidad hace referencia a lo compartido por los hombres y opera a nivel de sus conductas cotidianas e inconscientes. Remite, por tanto, a los automatismos de la conducta, al contenido impersonal del pensamiento[28].

Al mismo tiempo, durante los años setenta la historia de las mentalidades se asoció con la historia serial (*histoire sérielle*), en la que largas secuencias de datos eran procesadas electrónicamente. Así se hacía, por ejemplo, para analizar el contenido de miles de testamentos de un período y una región determinada, a fin de estudiar el proceso de secularización y la actitud

[26] Se trata de dos disciplinas diferentes, pero estrechamente relacionadas al ser una la continuación de la otra: Leonard Krieger, "The Autonomy of Intellectual History", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, pp. 109-125. Ver también Donald R. Kelley, "What is Happening to the History of Ideas?", *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), pp. 3-25.

[27] Ver en este sentido el clarificador ensayo de Michel Vovelle, *Idéologies et mentalités*, París, 1982, así como Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 56.

[28] Roger Chartier, *Cultural History. Between Practices and Representations*, Oxford, 1988, p. 28.

ante la muerte[29]. En este sentido, la historia de las mentalidades representaba una renovación y una puesta al día más que una ruptura de las corrientes de los decenios anteriores. Su intención era escalar hasta el último piso de la construcción braudeliana, el de los acontecimientos y la cultura. Como alguien afirmó durante aquellos años, a través de una feliz metáfora, se trataba de un viaje "desde el sótano al desván": de la infraestructura económica a la superestructura cultural. Se consolidaba así una reacción en toda regla frente al determinismo braudeliano.

El primer cultivador importante de la historia de las mentalidades fue Robert Mandrou, discípulo directo de Lucien Febvre. También empezaron a sonar algunos nombres procedentes del ámbito extraacadémico, algo que hubiera supuesto una afrenta para las generaciones anteriores. Philippe Ariès (1914-1984) era algo así como un historiador aficionado (¡él mismo llegó a denominarse un "dominguero" de la historia![30]) pero sus obras le dotaron de un fino sentido del oficio histórico y de un prestigio incontestado. Su interés se enderezó hacia la relación que hay entre naturaleza y cultura, hacia las maneras en que una determinada cultura concibe y experimenta fenómenos naturales tales como la niñez y la muerte, en un guiño hacia la antropología cultural que se empezaba a extender por aquellos años de la mano de Claude Lévi-Strauss[31]. Ariès empezó con el análisis de la niñez (*La infancia y la vida familiar en el antiguo régimen*, 1960) y acabó con un monumental estudio sobre la muerte (*El hombre ante la muerte*, 1977), donde exponía la evolución del sentido de la muerte a lo largo de mil años: desde la *muerte domesticada* de la primera edad media —una mezcla de indiferencia, resignación, familiaridad y falta de intimidad— a la *muerte invisible* de nuestra cultura donde, invirtiendo las prácticas de los victorianos, tratamos la muerte como tabú. El historiador francés utilizaba todo tipo de documentación —incluso la literaria y la iconográfica— pero no la sometía al tratamiento sistemático, deshumanizado y serial de los historiadores cuantitativistas de la generación anterior.

Jacques Le Goff se enfrentó, por su parte, al tema del tiempo, renovando y actualizando las teorizaciones de los tiempos de corta, media y larga duración braudelianos, que complementaba con las categorías del "tiempo de la Iglesia" y "el tiempo del mercader"[32]. Se adentraba también en el

[29] Pierre Chaunu, *La mort à Paris XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1978.

[30] Philippe Ariès, *Un historien du dimanche*, París, 1980.

[31] Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale deux*, París, 1973.

[32] Jacques Le Goff, "Au Moyen Âge: Temps de l'Église et temps du marchand", *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident*, París, 1977, pp. 46-65, algunas de cuyas ideas ya estaban latentes en J. Le Goff, "Le temps du travail dans la *crise* du XIVe siècle: du temps médiéval au temps moderne", *Le Moyen Age*, LXIX (1963), pp. 597-613.

mundo del imaginario medieval, a través de su obra *El nacimiento del purgatorio*, publicada en 1982. Desde una perspectiva excesivamente desacralizada, analizaba la historia de las cambiantes representaciones del más allá e interpretaba la función del purgatorio como una especie de tercera vía donde poder dar cobijo al nuevo estamento mercantil que cada vez se extendía más por Occidente[33]. De este modo, Le Goff era capaz de conectar temas cultivados por todas las generaciones de los Annales, desde los cambios sociales generados en el seno de la sociedad feudal de Marc Bloch y los ciclos temporales de Fernand Braudel al análisis de los ámbitos culturales, intelectuales y religiosos al estilo de Georges Duby.

Una trayectoria especialmente sugerente y significativa de esta generación es, sin duda, la de Georges Duby. Formado en la época del paradigma historiográfico de la posguerra, su tesis doctoral sobre el Maconnais responde a los modelos más clásicos de la historia económica y social al uso. Publicada originariamente en 1953, le dio una reputación que le permitió forjarse un itinerario intelectual sumamente coherente desde una perspectiva metodológica[34]. Su postrero ejercicio de ego-historia es una excelente muestra de la coherencia de su carrera académica y de las cuidadosas elecciones de temas y proyectos que le llevaron, con razón, a ser uno de los historiadores más respetados, admirados e indiscutidos del siglo XX[35]

A mediados de los sesenta, Duby dejó la ortodoxia de los Annales braudelianos para dedicarse al estudio de algunos temas estrella de la generación que estaba por llegar: la historia de las mentalidades, la reproducción cultural y el imaginario social. Una obra paradigmática en este sentido es *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, donde analiza las relaciones entre lo material y lo mental en el curso del cambio social[36]. La sociedad feudal está formada por sacerdotes, caballeros y campesinos, esto es, los que rezan, los que luchan y los que trabajan. La imagen de los tres órdenes se crea en el siglo IX y es reactivada en el XI mediante un plan prefijado por el monarca para aumentar su autoridad. La ideología no es una reflexión pasiva o espontánea de la sociedad —eso correspondería más bien al concepto de *mentalité*—, sino una estrategia para influir sobre ella. A través de un ejemplo tan gráfico, y sin declararlo explícitamente, Duby

[33] Jacques Le Goff, *La naissance du purgatoire*, París, 1982.

[34] Una síntesis de la trayectoria intelectual e historiográfica del historiador francés en José E. Ruiz-Domènec, "Georges Duby: la mirada del artista", en *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, 2000, pp. 25-36.

[35] Un apasionante ejercicio de ego-historia, en el que el historiador francés relata su propia trayectoria académica e intelectual, en Georges Duby, *L'histoire continue*, París, 1991.

[36] Georges Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1979.

se enfrenta decididamente y asesta un golpe definitivo tanto al análisis materialista de la historia como al estructuralismo braudeliano. Al esquema de *clases* de contenido básicamente socioeconómico del marxismo, opone un sistema basado en realidades funcionales y profesionales. A las rígidas estructuras sociales del sistema braudeliano, contrapone un sistema basado en las realidades orgánicas de los estamentos sociales del mundo feudal.

Otros historiadores de esta generación conservan todavía algunas formas tradicionales —sobre todo en forma de historia serial—, que les sirven como soporte metodológico para la investigación, pero los temas ya concuerdan plenamente con los postulados de la nueva historiografía. Entre ellos destaca Gabriel Le Bras, emparentado metodológicamente con los Annales, del que se divulgaron rápidamente sus estudios sobre sociología religiosa y es uno de los precedentes más notables de la nueva corriente de la historia de la religiosidad[37].

En los márgenes de la historia de las mentalidades se sitúa también la obra del reputado historiador de la Revolución Francesa, Michel Vovelle[38]. Sin embargo, su vinculación con los nuevos postulados de los terceros Annales le vendría a través de su estudio sobre la descristianización en Provenza, donde realizaba un análisis sistemático, riguroso y serial de miles de testamentos[39]. Pierre Chaunu hizo lo propio con las actitudes ante la muerte de los parisinos de la primera época moderna: lo que Philippe Ariès estaba haciendo en la historia de las actitudes frente a la muerte quedaba así complementado por las investigaciones colectivas y cuantitativas de los profesionales de la historia[40].

A Michel Vovelle le debemos también uno de los discursos teóricos más esclarecedores sobre los verdaderos postulados de la historia de las mentalidades, que llevaba el significativo título de *Ideologías y mentalidades* y fue muy comentado en los ambientes universitarios españoles de los años ochenta[41]. Los académicos españoles buscaban afanosamente por aquellos años algunos referentes metodológicos y epistemológicos que les permitieran siquiera complementar los postulados de un materialismo histórico hegemónico. Éste había consolidado su monopolio de modo indiscutible e indiscutido tras la Transición, en un proceso historiográfico típicamente

[37] Una de sus obras pioneras, publicada en los años cincuenta, Gabriel Le Bras, *Études de sociologie religieuse*, París, 1955.

[38] Michel Vovelle, *La Révolution française, 1789-1799*, París, 1998.

[39] Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, París, 1973.

[40] Pierre Chaunu, *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, 1978.

[41] Edición original en Michel Vovelle, *Idéologies et mentalités*, París, 1982.

anacrónico del ambiente intelectual español del siglo pasado pero muy esclarecedor del enorme influjo que el contexto histórico opera sobre el texto histórico.

Otros de los ámbitos temáticos más cultivados por los componentes de la tercera generación de los Annales, a los que también se daba un tratamiento estadístico, fueron las historias de los libros, de la alfabetización y de los hábitos de lecturas. Esto les permitía relacionar categorías sociales, categorías profesionales y hábitos culturales. Los trabajos de Henri-Jean Martin son, en este sentido, paradigmáticos. Discípulo de Lucien Febvre, había publicado junto a él un importante libro sobre historia de la imprenta, que se halla en la base de los estudios sobre libros y bibliotecas[42]. Entre ellos, es preciso citar las sugerentes monografías de Christian Bec, Jocelyn N. Hillgarth y Henri Bresc[43].

Por fin, hay que destacar el renacimiento de dos viejos géneros que fueron reactivados gracias a algunas de las obras de los principales componentes de esta nueva generación: la biografía y la historia política. De hecho, Jacques Le Goff ha dedicado los últimos años de su sugerente trayectoria intelectual, ya en los años noventa, al rescate de dos importantes figuras de la época medieval, como San Luis de Francia y San Francisco de Asís[44]. No menos brillante es el ejercicio biográfico de Georges Duby sobre Guillermo el Mariscal[45]. Por otra parte, su incursión en el mundo de la historia militar en su *Domingo de Bouvines* constituye uno de los momentos clave para el resurgimiento de la nueva narrativa, que trasciende netamente el campo de la historia de las mentalidades y, por tanto, debe ser situado en otro contexto historiográfico, el de las repercusiones del giro lingüístico. Allí emplea fuentes contemporáneas a la batalla para mostrar actitudes medievales sobre la guerra y los valores sociales en general. Pero, al mismo tiempo, en un doble nivel de interpretación, Duby analiza magistralmente las visiones posteriores de la batalla como unas improntas que generan unos mitos, que a su vez revelan más sobre el contexto de los narradores que sobre el suceso que ellos narraban. ¿No es éste el verdadero valor histórico de la historiografía?

En todo caso, el retorno al tema político con fondo religioso de *Los tres órdenes* de George Duby o *El nacimiento del purgatorio* de Jacques

[42] Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, 1958; H.J. Martin, *Livre, pouvoirs et société á Paris au XVII siècle (1598-1701)*, Ginebra, 1969.

[43] Jocelyn N. Hillgarth, *Readers and Books in Majorca (1229-1550)*, París, 1991, 2 vols.; Christian Bec, *Les marchands écrivains, affaires et humanisme à Florence, 1375-1434*, París, 1967; Henri Besc, *Livre et société en Sicile (1299-1499)*, Palermo, 1971.

[44] Jacques Le Goff, *Saint Louis*, París, 1996 y Id., *Saint François d'Assise*, París, 1999.

[45] Georges Duby, *Guillaume Le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, París, 1986.

Le Goff era un guiño indisimulado de esta tercera generación a los fundadores de la escuela, porque remitían directamente a los pioneros trabajos de Lucien Febvre sobre la religiosidad de la Europa moderna y de Marc Bloch sobre la creencia de los poderes taumatúrgicos de los reyes franceses e ingleses de la época medieval; pero, al mismo tiempo, su actitud suponía una reacción enérgica contra los rígidos esquemas de la generación inmediatamente anterior a ellos, la del estructuralismo braudeliano. Esto es una manifestación más del escaso aprecio que los historiadores suelen tener por sus inmediatos predecesores, mientras que no les importa tanto reconocer su filiación intelectual respecto a sus predecesores más lejanos[46].

En este contexto historiográfico, cabe destacar la renovada y revitalizada vinculación de la historia de las mentalidades con la antropología cultural. Un proceso que algunos, quizás exageradamente, han tildado de giro antropológico, concomitante al giro lingüístico, que tendría unas consecuencias todavía más radicales en el campo de la historiografía. Dentro de este giro antropológico cabría reseñar las obras de Emmanuel Le Roy Ladurie, Roger Chartier —que hoy en día es una de las figuras descollantes de la historiografía francesa— y, por fin, Pierre Nora, aglutinador de esfuerzos colectivos y redescubridor de un tema tan sugerente como el de la memoria[47]. La conservación de la memoria histórica pasa a ser uno de los garantes del presente de las civilizaciones[48].

Por lo demás, a la tercera generación de los Annales le corresponde el honor y la virtud de haber llevado los libros de historia a unas cotas impensables de divulgación, tanto por el aumento considerable de las ventas —el *Montaillou* de Le Roy, publicado en 1975, se convirtió pronto en un auténtico *best-seller*— como por la presencia exitosa de algunos historiadores como Georges Duby o Pierre Chaunu en los mass-media: sus programas de radio y televisión eran seguidos con avidez por miles de espectadores[49]. La historia de las mentalidades tuvo su apogeo durante los años setenta y ochenta, especialmente en el campo del medievalismo y el altomodernismo. Hoy día, parece que se puede dar por concluida esta influyente corriente surgida del giro cultural de los setenta y de la evolución interna de la escuela de los Annales. Lo que nadie ya podrá negar a esa

[46] Jaume Aurell, "Historiadores románticos e historiadores científicos en la historiografía catalana contemporánea", *Memoria y Civilización*, 3 (2000), pp. 271-272.

[47] Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, París, 1984.

[48] Patrick H. Hutton, "From Collective Mentalities to Collective Memory in Contemporary Historiography", en *History as an Art of Memory*, Hanover, 1993, cap. 1.

[49] Tal como él mismo cuenta en Georges Duby, "De la télévision", en *La histoire continue*, París, 1991, pp. 181-190.

generación es la capacidad que tuvo de llegar al gran público[50]. Algunos han querido restar credibilidad a esta generación por su aspiración a hacer converger los campos de la historia profesional con los intereses comerciales de las grandes editoriales. Parece fuera de toda duda, sin embargo, que esa aspiración no sólo es legítima desde un punto de vista científico sino que de hecho aporta un mayor realismo a la narración histórica, alejándola de la común tentación de quedar anclada en un lenguaje restringido a la jerga académica.

La historia de las mentalidades sufrió unas críticas muy severas a finales de los años ochenta y durante los recientes noventa. Algunos de sus principales valedores incluso han abjurado del mismo concepto de *mentalités*, tomado del viejo concepto de "mentalidad primitiva" de Lévi-Bruhl, considerándolo como insuficiente desde el punto de vista epistemológico[51]. Los postuladores de la nueva historia cultural anglosajona se han opuesto también a la historia de las mentalidades por su tendencia a la *reificación* de las realidades mentales. Esa crítica se basa en que los fenómenos culturales no pueden ser reducidos al ámbito cuantitativo, porque pierden toda su entidad y se desnaturalizan. Los fenómenos relacionados con las mentalidades, como el pensamiento y la interpretación, no pueden aislarse de la existencia de la gente de carne y hueso y, por tanto, cualquier intento de serialización está condenado al fracaso[52]. También existe el peligro opuesto, al analizar la cultura y la mentalidad sin precisar demasiado períodos y fases y cayendo por tanto en una excesiva abstracción.

A pesar de todas estas críticas y limitaciones, nadie podrá quitar a esta corriente el mérito de haber conseguido presentar una alternativa a los grandes modelos de los años cincuenta y sesenta lo suficientemente coherente y sólida como para innovar sin romper totalmente con la tradición: algo así como una vía historiográficamente posibilista. Una buena muestra de este intento de renovación dentro de la tradición es que las grandes monografías de la historia de las mentalidades se construyeron en buena medida a través de enormes serializaciones, lo que indudablemente era una herencia de la anterior generación, pero al mismo tiempo fueron capaces

[50] Así se pone de manifiesto, por ejemplo, en Rémy Rieffel, "Les historiens, l'édition et les média", en François Bédarida, ed., *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, 1995, pp. 57-73 y Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore & Londres, 1992.

[51] Georges Duby, por ejemplo, escribía en 1991, de un modo que no admitía ambigüedades: "Je n'emploie plus le mot mentalité. Il n'est pas satisfaisant et nous ne tardâmes pas à nous en apercevoir". (*La histoire continue*, París, 1991, p. 120).

[52] Heinrich Fichtenau, *Living in the Tenth Century. Mentalities and Social Order*, Chicago, 1991, p. XVII.

de generar un discurso narrativo alejado de los rígidos moldes del esquematismo del materialismo histórico y del estructuralismo clásico. Ellos fueron los que devolvieron a la historia un lenguaje verdaderamente comprensible, cuya inteligibilidad era compartida por los académicos y por el gran público.

En definitiva, la historia de las mentalidades intentó revitalizar algunos temas de gran tradición historiográfica, otorgándoles una nueva cobertura conceptual. El giro culturalista de los años setenta propició esta orientación. Hoy día, la historia de las mentalidades parece haber dado paso a la llamada nueva historia cultural, ahora consolidada en Norteamérica e Inglaterra. En Francia, los hoy ya viejos historiadores de la *nouvelle histoire*, desde Jacques Le Goff a Roger Chartier, prefieren hablar de *représentations* o de *imaginaire social*, que parecen recordar aquellos conceptos clásicos de las representaciones colectivas de Émile Durkheim o de las formas inconscientes de la vida social de Claude Lévi-Strauss. Como tantas otras veces, parecía que la disciplina histórica se reencontraba con sus raíces.

LA CIENCIA SOCIAL HISTÓRICA EN ALEMANIA: LA ESCUELA DE BIELEFELD

La tradición historiográfica alemana, que había liderado la consolidación de la disciplina durante el siglo XIX, experimentó durante la segunda mitad del siglo XX una evolución bastante singular[53]. Para empezar, los temas de investigación se refirieron a épocas posteriores a la Revolución Industrial, lo que contrastaba con las tendencias temáticas de la historiografía francesa, dominada en buena medida por el desarrollo de la escuela de los Annales, que se centraron más en las épocas preindustriales. Además, los historiadores alemanes continuaron interesándose, básicamente, por el estado y la política.

Algunos observadores han puesto de manifiesto el enorme peso que el contexto histórico ha tenido sobre la historiografía alemana. Distinguen así cinco fases histórico-historiográficas, condicionadas cada una de ellas por los acontecimientos políticos más representativos: el final de la Gran Guerra (1918) supone un aumento del escepticismo y de recelo respecto a las tesis sociológicas que se estaban imponiendo en la vecina tradición francesa; la implantación del nazismo (1933) provoca un recrudecimiento del na-

[53] Georg G. Iggers, *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Dover, 1985.

cionalismo en la historiografía; el armisticio de 1945 lleva a la disciplina histórica a una situación de supervivencia y al retorno de algunos exiliados, aunque la mayor parte de los historiadores más prestigiosos siguen realizando su labor desde las universidades norteamericanas que les habían acogido antes de la guerra; hacia 1970, la crisis económica conduce a una mayor toma de conciencia y al recrudecimiento de los debates en torno a la eficacia de los sistemas económicos y políticos; por fin, el año 1989 representa una definitiva normalización de la nación, que afecta también positivamente al desarrollo de la historiografía[54].

La peculiar y específica evolución histórica de Alemania y la necesidad moral y política de afrontar los crímenes del nazismo a través del análisis de sus causas históricas han marcado profundamente la historiografía alemana del siglo pasado. La cuestión planteada era la de si Alemania había seguido, en el transcurso de la fundación del imperio en el siglo XIX, una evolución especial que se apartara del camino seguido por los modernos estados industriales, en los que el progreso económico fue asociado a una democratización política[55]. Este contexto histórico e historiográfico es el que explica que mientras en Europa el historicismo clásico fue superado a principios del siglo XX, en Alemania esta ruptura no se verificó de modo radical hasta los años sesenta. Entonces se realizó la verdadera revisión crítica de las tradiciones autoritarias de la historia alemana a través de una renovada metodología, en el campo sobre todo de la historia social. Esta peculiar evolución produjo cierto *salto* historiográfico en la tradición alemana, que no había experimentado de modo tan radical el predominio del paradigma de posguerra como Francia, Inglaterra, Italia, Polonia o España.

Un punto de partida importante fue el debate que se organizó en torno al estudio de Fritz Fischer, publicado originariamente en 1961, sobre las condiciones políticas que rodearon el inicio de la Primera Guerra Mundial[56]. La clave de este cambio de orientación es el reverso de la idea del predominio de la "Aussenpolitik" sobre la "Innenpolitik". Al mismo tiempo, se intentaban recuperar las ideas de Karl Lamprecht durante el "Methodenstreit" y las de Karl Marx y Max Weber a través de las reediciones de libros como el de Eckart Kehr de los años treinta, cuyas tesis ponían de

[54] La tesis del profundo influjo del contexto histórico en la historiografía alemana está expuesta por Georg G. Iggers, "Federal Republic of Germany", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Conn., 1979, pp. 217-232.

[55] Sigo en esta sección las páginas de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, pp. 62 y ss.

[56] Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967.

manifiesto que en Alemania el desarrollo económico fue compatible con el mantenimiento de los principios del estado autoritario tradicional[57]. Las ideas de Hans-Ulrich Wehler, ya en los años sesenta, vinieron a confirmar las tesis de una modernización incompleta de Alemania[58].

Esta tendencia representaba un notable anacronismo respecto a la historiografía occidental de los años sesenta, en la que se había iniciado una violenta crítica a los valores inherentes a la modernidad. Esta disfunción cronológica se podía explicar, en parte, por el enorme peso que seguía teniendo el historicismo clásico alemán del siglo XIX[59]. La discusión entre las diferentes tradiciones del historicismo clásico no estaba en los años sesenta ni mucho menos concluida, aunque ciertamente había caído en algo que se podría describir, quizás demasiado severamente, como una escolástica tardía.

Sin embargo, fue precisamente en los años setenta cuando la nueva tendencia de la historia social recibió una sólida base institucional, un hecho que se ha mostrado fundamental a lo largo del siglo XX para la consolidación de las diversas corrientes historiográficas. El monopolio que mantenía el historicismo clásico en las universidades alemanas se fue quebrantando en ese período. La historiografía alemana debatió entonces con intensidad el tema de la consideración de la historia como una ciencia social más. Por aquellos años aumentó el consenso sobre la idea de que la historia no debía ser separada de las ciencias sociales, por lo que debía utilizar generalizaciones que le llevasen a interpretar los hechos que forman parte de la conducta humana. No hay duda de que en estos planteamientos pesaban las tesis de Max Weber, que utilizaba abstracciones en forma de tipologías y buscaba entender la verdadera naturaleza de los cambios históricos a través de las categorías sociológicas.

En este debate, hubo un acuerdo entre historiadores de diferentes posiciones (Jörn Rüsen, Karl-Georg Faber, Hans-Ulrich Wehler, Jürgen Kocka, Tomas Nipperdey, Rudolf Vierhaus) acerca de la necesidad de formular teorías de interpretación capaces de combinar la hermenéutica (*Verstehen*) con los métodos empírico-analíticos (*Erklären*), tan practicados por los vecinos franceses de la escuela de los Annales.

La escuela de Bielefeld surge como resultado de todo este peculiar contexto historiográfico. La universidad de Bielefeld fue fundada en 1971.

[57] Eckart Kehr, *Battleship Building and Party Politics in Germany, 1894-1901. A Cross-section of the Political, Social and Ideological Preconditions of German Imperialism*, Chicago, 1973.

[58] Hans-Ulrich Wehler, *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Colonia, 1968.

[59] El historicismo sigue siendo, de hecho, uno de los objetos historiográficos más preciados en Alemania. Véase, por ejemplo, Otto G. Oexle, *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París, 2001.

Hans-Ulrich Wehler, uno de los historiadores alemanes con mayor proyección y conexión con otras historiografías, se trasladó allí y constituyó un centro de estudios interdisciplinares, donde las ciencias sociales pudieron establecer un verdadero diálogo por primera vez en el rígido sistema académico alemán. Wehler partía del postulado de que la historia es una verdadera ciencia social, pero debe ser considerada como una *ciencia social histórica*, con sus propios métodos y su propia epistemología. La cooperación entre científicos sociales y humanos se estableció al estilo de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, la sede de los *Annales*, aunque con intereses cognitivos, sociales, ideológicos y políticos bien diferentes. Se fundaron la serie de monografías que llevaba el expresivo título de "Estudios críticos sobre la ciencia histórica" (1972) y la revista "Historia y Sociedad", *Geschichte und Gesellschaft* (1975).

Fruto de estas iniciativas, la investigación se orientó hacia la historia de los obreros y empleados alemanes y, posteriormente, de la burguesía alemana, todo ello a través de la aplicación de métodos empíricos. Los temas en Alemania se *contemporaneizaban* todavía más, por lo que el contraste respecto la tendencia hacia la época preindustrial de los Annales se hacía más acusado. Al mismo tiempo, no se caía en la serialización de la *New Social History* americana o de la *histoire sérielle* francesa. Esas diferencias metodológicas tenían una clara explicación genealógica. Los verdaderos referentes de la ciencia social histórica alemana eran también alemanes: Marx, Weber, Simmel, Lamprecht, Hintze y sus continuadores, tanto en el período de la República de Weimar como en la emigración de la posguerra, entre los que cabría destacar a Eckart Kehr y Hans Rosenberg.

Siguiendo la tradición de las ciencias humanas y sociales alemanas, esta escuela definía una sociedad mucho más en virtud de sus valores y concepciones de la vida que en el de sus esquemas y estructuras, lo que le llevaba a unir métodos hermenéuticos con analíticos. Aunque los trabajos de Wehler se quedaron en grandes proyectos de síntesis —como su *Historia Social Alemana*— su concepción de una historia social crítica dio impulso a una gran cantidad de investigaciones y debates sociohistóricos empíricos, sobre todo centrados en las consecuencias sociales de la industrialización. Se recuperaba así también la tradición del grupo fundado en 1957 por Werner Conze y se reinstauraba un tema —el de la historia de los obreros— con una tradición ya arraigada en Inglaterra y Norteamérica y que también se estaba empezando a aplicar en Francia.

La eficacia de Wehler como agitador historiográfico tendrá su culminación en la elaboración en 1972, junto con otros colegas, de la obra *Estudios críticos sobre la ciencia histórica*, que se centra en el análisis de los problemas de primer orden en el desarrollo social y político del mo-

derno mundo industrial. Tres años más tarde, en 1975, crea la todavía más importante *Geschichte und Gesellschaft*, concebido como un *Journal* interdisciplinar. Esta revista se convierte pronto en un verdadero foro de debate internacional donde la historia, considerada como ciencia social, entra en diálogo con otras ciencias sociales complementarias, como la sociología, las ciencias políticas y las ciencias económicas.

A finales de los sesenta, Jürgen Kocka emprendió el primer gran intento de emplear modelos teóricos en el análisis de desarrollos sociohistóricos, en su afán por comprender y explicar "las conexiones que existen entre estructuras y procesos por un lado y experiencias y acciones por otro"[60]. Su trabajo sobre la empresa Siemens entre 1847 y 1914, publicado en 1969, analiza el problema de la formación de un colectivo de empleados y, al mismo tiempo, verifica el tipo ideal weberiano de la burocracia de la economía privada. En éste y otros trabajos suyos —sobre todo el de su investigación comparativa de los empleados de Alemania entre 1850 y 1980—[61] intenta demostrar la tendencia de los empleados alemanes hacia el nacionalsocialismo y analizar su conciencia política e ideológica, más allá de un simple planteamiento estructural o de identidad de clase[62]. Al mismo tiempo, consiguió complementar los métodos marxistas y weberianos con los métodos empíricos de la tradición alemana, aplicándolos en su análisis de las actitudes sociales y políticas de los *white-collar* norteamericanos de la primera mitad del siglo XX[63].

La nueva historiografía alemana se plantea como objetivo analizar las condiciones de vida del obrero, su vivienda, su tiempo libre, su familia. Aunque a través de caminos diversos, se conecta con el estudio de lo cotidiano y lo privado, dos de los ámbitos más desarrollados por la historia de las mentalidades. Se modifica también el concepto de clase de Marx, tal como se pondría después de manifiesto en los siguientes trabajos de Lutz Niezthammer, Klaus Tenfelde y Franz-Joseph Brüggemeier sobre las condiciones de vida de los mineros del Ruhr. Todos estos experimentos suponen, de hecho, una revisión de la misma "escuela de Bielefeld", como lo ponen de manifiesto también las obras de Alf Füdtke.

[60] Jürgen Kocka, "Paradigmawechsel? Die Perspektive der *Historischen Sozialwissenschaft*", en Bernd Mütter y Siegfried Quandt, eds., *Historie, Didaktik, Kommunikation, Wissenschaftsgeschichte und aktuelle Herausforderungen*, Marburgo, 1988, pp. 75.

[61] Jürgen Kocka, *Histoire d'un groupe social. Les employés en Allemagne, 1850-1980*, París, 1989 (edición original publicada en Göttingen, 1981).

[62] Ver algunas reflexiones metodológicas en Jürgen Kocka, *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Barcelona, 1989.

[63] Jürgen Kocka, *White Collar Workers in America, 1890-1940. A Social-Political History in International Perspective*, Londres, 2000, (edición original publicada en Götingen, 1977).

Todo esto supuso la transformación de una historia social de las estructuras y de los procesos a una historia social de la vida y de la cultura. El camino, seguido también por los estudiosos de la sociología electoral norteamericana o por algunos historiadores británicos en su madurez como Edward Thompson, condujo desde los factores socioeconómicos a los culturales, religiosos, regionales, étnicos y de género. Los análisis electorales de Richard Hamilton, Thomas Childers y Jürgen Falter han demostrado que los electores del partido nacionalsocialista alemán procedían de todas las clases, incluso de la alta burguesía y, aunque en menor grado, del colectivo obrero[64]. La identidad social y política no la determinaban los criterios socioeconómicos sino los modos de comportamiento y los vínculos culturales e incluso religiosos.

Durante los años ochenta se confirmó la tendencia hacia los postulados de la historia social en Alemania, como lo demuestra el volumen colectivo que dirigió de nuevo Jürgen Kocka junto con Allan Mitchell, que contenía diversos estudios comparativos acerca de la burguesía europea del siglo XIX (1988), o los sugerentes análisis de Dorothee Wierling sobre el oficio de criada entre los siglos XIX y XX (1987)[65].

* * *

Los años setenta suponen para la historiografía occidental una verdadera revolución copernicana. El desmembramiento del pensamiento filosófico tiene unas consecuencias directas en el pensamiento histórico, que se deshace progresivamente en migajas[66] y experimenta el desmoronamiento de los viejos modelos: marxismo, estructuralismo y cuantitativismo. Dentro de la ruptura historiográfica de los años setenta, la historia de las mentalidades y la historia social de la escuela de Bielefeld representan una cierta continuidad con el paradigma de los años cincuenta y sesenta, aunque la renovación temática, metodológica y epistemológica es notable.

La tercera generación de los Annales es quizás el último momento de esplendor de esta escuela francesa tan influyente a lo largo siglo pasado. Los Annales de los años setenta y ochenta consiguen divulgar sus obras

[64] Richard Hamilton, *Who Voted for Hitler?*, Princeton, 1981; Thomas Childers, *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983; Jürgen W. Falter, *Hitlers Wähler*, Munich, 1991.

[65] Jürgen Kocka y Allan Mitchell, *Bourgeois Society in Nineteenth-century Europe*, Orford, 1993; Dorothee Wierling, *Mädchen für alles : Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*, Berlín, 1987.

[66] Según la feliz metáfora de "La historia en migajas", ideada por François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "annales" a la "nouvelle histoire"*, París, 1987.

como nunca y, algo que parece más importante, extienden su influjo más allá de las fronteras de Francia. En Italia, Hungría y Polonia hay una entusiasta asimilación de los postulados de la historia de las mentalidades. En Alemania se produce una incorporación tardía de esa corriente, en buena medida condicionada por los efectos de la guerra pero también por la vitalidad de la nueva historia social.

En España hay un evidente influjo de la escuela de los Annales, quizás algo anacrónico, durante los años ochenta. Su influencia ya se había dejado notar en la época de la segunda generación, sobre todo a través de la omnipresente figura de Jaume Vicens Vives, y a través de otros historiadores que trabajaron en Barcelona como Pierre Vilar o Valentín Vázquez de Prada, que se había formado en París junto a Fernand Braudel, o los que trabajaron en Madrid como Felipe Ruiz Martín. Vicens daría una orientación socioeconómica a su investigación y fue uno de los mejores valedores de la metodología annalista en España a partir de 1950[67]; Vilar abogó claramente por la vía atípica del materialismo histórico en los segundos Annales[68]; Vázquez de Prada fue, junto a Jordi Nadal, uno de los introductores de la historia económica en España[69]. Ya durante la historiografía de la Transición, los postulados de la historia de las mentalidades se acogieron con entusiasmo en España como una alternativa viable al materialismo histórico, aunque conviviendo en buena medida junto a él. Los trabajos de Antonio Eiras Roel en Galicia son un excelente botón de muestra de la capacidad de asimilación de la historiografía española de los postulados de la tercera generación de los Annales[70].

El caso de Gran Bretaña es más complejo. En principio, se produce un natural recelo ante los nuevos postulados de los Annales, causado en el fondo por el contraste entre la tradición empirista e inductiva británica frente a la tradición deductiva, holística y racional de la tradición francesa. Pero fueron, paradójicamente, los historiadores marxistas ingleses —sobre todo, Eric Hobsbawm y Rodney Hilton— quienes dieron la bienveni-

[67] Josep M. Muñoz, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, 1997, pp. 187-193.

[68] Especialmente a través de su monumental obra, Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, 1962.

[69] Cómo lo pone de manifiesto su pionero manual de historia económica: Valentín Vázquez de Prada, *Historia económica mundial*, Madrid, 1961. Jordi Nadal había colaborado en el manual de historia económica que elaboró Jaume Vicens Vives (*Manual de historia económica de España*, Barcelona, 1959) y se ha dedicado preferentemente a la demografía histórica y a la historia empresarial ("business history").

[70] Antonio Eiras Roel et alt., *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela, 1981.

da a los Annales, aunque ciertamente no asimilaron sus postulados. El señorío y la cordialidad con que Peter Burke afrontó en 1989 su modélico estudio sobre la evolución de la escuela francesa son bien elocuentes del respeto existente entre las dos tradiciones[71].

El influjo de las dos corrientes historiográficas analizadas en este capítulo se extiende durante los años setenta y ochenta. En el caso de la escuela de Bielefeld, se produce la feliz recuperación de la siempre vital historiografía alemana, que aboga ahora claramente por una historia social de vía intermedia entre el tradicionalismo del historicismo clásico y las nuevas formas historiográficas. Pero durante los años setenta hay otro frente de renovación metodológica y epistemológica, más radical y de influjo más duradero que la historia de las mentalidades y la escuela de Bielefeld: el postmodernismo, basado en buena medida en el giro lingüístico, concretado en los movimientos de la microhistoria y el *revival* de la nueva narrativa histórica. Si las dos primeras escuelas —escuela de Annales y escuela de Bielefeld— se basaron en una renovada aplicación de los métodos de la historia social y cultural, este nuevo frente se basará en un giro lingüístico y narrativo que es preciso analizar de modo monográfico.

[71] Ver especialmente su introducción a Peter Burke, *The French Historical Revolution. The Annales School, 1929-89*, Cambridge, 1990.

V. EL POSTMODERNISMO Y LA PRIORIDAD DEL LENGUAJE

Los años setenta fueron un período esencial para el desarrollo de la historiografía, porque allí cuajaron todos los movimientos que se habían incoado en el nuevo contexto de la "revolución cultural"[1]. Los previos sesenta habían sido años de optimismo, de esperanza motivada por la consolidación de las victorias sobre el fascismo en la Segunda Guerra Mundial y por la implantación de las ideas liberal-democráticas en Occidente, así como por la experimentación de un desarrollo económico y científico sin precedentes. Todo ello pareció tambalearse, sin embargo, a finales de los sesenta y durante los años setenta. Las revoluciones estudiantiles de Berkeley y París constituyeron un síntoma inequívoco de que no todo iba tan bien como parecía.

Esas propuestas implicaban un rechazo de la cultura establecida. Toda una generación se revolvía contra una sociedad occidental aburguesada, anclada cómodamente en unas consecuciones logradas por la generación anterior, que había materializado la reconstrucción de Europa. Para algunos, éste es el verdadero momento del nacimiento del postmodernismo, en el preciso instante en que una nueva generación rechazaba los ideales de la modernidad, la Ilustración y el racionalismo recibidos por sus antecesores[2].

EL DESENCADENAMIENTO DEL POSTMODERNISMO

El postmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y el progreso y considera la historia desde un punto de vista poliédrico, con la intención de liberarla de los tradicionales moldes académicos o

[1] Arthur Marwick, *The sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, 1998.

[2] Fredric Jameson, *The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998*, Londres, 1998, p. 19.

metodológicos[3]. Lo más complejo de este movimiento es, probablemente, la dificultad de su fijación metodológica y epistemológica. Y, sin embargo, su existencia es reconocida por todos los historiadores, e incluso algunos observadores autorizados, como Lawrence Stone, lo han visto como una verdadera amenaza para la misma subsistencia de la disciplina histórica[4]. El postmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una corriente intelectual propiamente dicha. Entre esas tendencias convergentes cabría destacar el postestructuralismo foucaultiano, el deconstruccionismo derridano, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau y las derivaciones del giro lingüístico. Todas ellas han influido, indudablemente, en el modo de concebir y de *escribir* la historia[5].

Los orígenes de la formación de este conglomerado intelectual hay que buscarlos en la revolución cultural de finales de los años sesenta, en su voluntad de utilizar los textos como productos de unas ideologías en servicio del nuevo orden que se pretendía establecer. Sin embargo, existe una genealogía del postmodernismo anterior, que remite a la filosofía de Heidegger y Nietzsche, al racionalismo arquitectónico de Le Corbusier y Mies van der Rohe, a la quiebra de la imagen real del cubismo de Picasso y a la consolidación de la antropología cultural y de la lingüística como disciplinas emergentes en el ámbito de las ciencias sociales[6].

El concepto de postmodernidad empezó a difundirse con la publicación del libro de Jean-François Lyotard *La condition postmoderne*, de 1979. Se

[3] Algunas publicaciones recientes sobre el postmodernismo y sus consecuencias en la historiografía son: Agustí Colomines y Vicent S. Olmos, eds., *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja-Barcelona, 1998; Victor E. Taylor y Charles E. Winquist, eds., *Encyclopedia of Postmodernism*, Londres & Nueva York, 2001; Alan Sokal y Jean Bricmont, *Fashionable Nonsense. Postmodern Intellectuals' Abuse of Science*, Nueva York, 1998; Andrew Edgar y Peter Sedgwick, eds., *Key Concepts in Cultural Theory*, Londres & Nueva York, 2000 y Eugenio Moya, "Alan D. Sokal, Thomas S. Kuhn y la epistemología potsmoderna", *Revista de Filosofía*, XIII, 23 (2000), pp. 169-194.

[4] Lawrence Stone, "History and post-modernism", *Past and Present*, 131 (1991).

[5] Ver algunas de estas manifestaciones en Peter Barry, *Beginning Theory. An Introduction to Literary and Cultural Theory*, Manchester, 1995 y Amalia Quevedo, *De Foucault a Derrida*, Pamplona, 2001. Sin embargo, algunos de esos autores o corrientes son difícilmente encorsetables en una tendencia determinada, lo que constituye una de las claves del mismo carácter poliédrico del postmodernismo. Por ejemplo, un talante tan polifacético como el de Ricoeur puede adscribirse a muy diversos ámbitos: la historiografía, la fenomenología, la hermenéutica. Si se trata de la influencia en los historiadores, hay que aludir a su teoría hermenéutica. Sin embargo, no debe olvidarse que uno de sus primeros trabajos se centró en la filosofía de la historia (Paul Ricoeur, *Histoire et Vérité*, París, 1964).

[6] Para la historia general del postmodernismo, Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Londres, 1998 y Fredric Jameson, "Theories of the Postmodern", en *The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern*, Londres, 1998, pp. 21-32.

trataba de un libro por encargo, donde anunciaba el fin de los metarrelatos o las grandes interpretaciones generales como el socialismo, el cristianismo o la ideología del progreso[7]. Significativamente, en el mismo 1979, Lawrence Stone publicaba su diagnóstico sobre el estado de la historiografía de aquel momento, donde empezaba describiendo lo que él denominaba la caída de los grandes paradigmas, en referencia especialmente al marxismo, el estructuralismo y la cliometría[8]. Lyotard afirmaba en su ensayo que en el terreno de la historia, el influjo del postmodernismo se dejaba sentir en el rechazo de las periodizaciones y de las interpretaciones globales, las sustituciones de los grandes relatos de la Historia (*History*) por los pequeños relatos (*story*) y el recurso a las metáforas. Todo ello degenera en un relativismo extremo respecto a la objetividad histórica: las representaciones dominaban sobre las realidades[9].

Como ha sucedido en tantas otras ocasiones, la implantación del postmodernismo en la historiografía también se concretó a través de un intento de superación y reacción respecto a corrientes anteriores, empezando por la historia socioeconómica, hegemónica en los años sesenta[10]. La crítica postmoderna a la historia social y económica no se quedaba —esto me parece importante no pasarlo por alto— en el recambio formal y temático que representaba la historia de las mentalidades. Los postmodernos proponían un cambio mucho más radical, cuyas aplicaciones trascendían el ámbito intelectual para llegar también al vivencial, en un explícito rechazo de las teorías de la Ilustración. Michael Murray, partiendo de una postura heideggeriana, proclamó la bancarrota de la empresa de la Ilustración y de su fe en una realidad dotada de razón. Georg G. Iggers, en la línea posibilista que le caracteriza, defiende la idea de una Ilustración más escarmentada, que habría superado el mito y la barbarie pero, al mismo tiempo, habría dado origen a nuevos mitos y a una nueva barbarie científicamente perfeccionada: "El sueño de la razón crea monstruos"[11].

[7] Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, París, 1979.

[8] Ver las páginas que se dedican a la decadencia de los modelos historiográficos en los años setenta, asociados al paradigma de posguerra, en Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New old History", *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979). Utilizo la versión aparecida en su volumen recopilatorio: Lawrence Stone, *The Past and the Present*, Boston, 1981, pp. 74-96.

[9] Sobre el influjo del postmodernismo en la historia, Frank R. Ankersmit, "The Origins of Postmodernist Historiography", en Jerzy Topolski, ed., *Historiography between modernism and Postmodernism*, Amsterdam, 1994, pp. 87-117 y Beverley C. Southgate, *History: What and Why. Ancient, Modern and Postmodern Perspectives*, Londres, 1996.

[10] Patrick Joyce, "The end of social history", en Keith Jenkins, ed., *The Postmodern History Reader*, Londres, 1997, pp. 341-365.

[11] Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 11.

El problema se planteaba en toda su crudeza cuando estas posturas radicales degeneraban en un escepticismo paralizante o en un relativismo cuyo fin era un callejón sin salida, cosa que todavía hoy ocurre con no poca frecuencia. El discurso postmoderno tiende a alejarnos de la confrontación con la realidad y se desliza habitualmente hacia una inhibición de todo compromiso, ya que los mismos argumentos sobre la imposibilidad de conocer el auténtico significado del pasado son válidos para negar nuestra capacidad de analizar un presente que, por analogía con esta conclusión, tampoco podemos conocer[12].

Otra de las manifestaciones más específicas del postmodernismo historiográfico es que sus referentes teóricos no procedían, habitualmente, de la disciplina histórica y eran habitualmente franceses: Lyotard, Baudrillard, Barthes, Dumézil, Foucault, Derrida, Kristeva y Deleuze. Las excepciones más representativas, tanto por su procedencia norteamericana como por considerarse historiadores de profesión, son las de Dominick LaCapra y Hayden White, cuyos postulados epistemológicos también influyeron en estas tendencias.

El tendón de Aquiles del postmodernismo historiográfico es, sin duda, la falta de referentes en la práctica. En este sentido, el postmodernismo está presente como una actitud teórica ante la obra y el conocimiento históricos, pero no como una verdadera y propia corriente historiográfica que haya dado sus frutos en forma de monografías o de una escuela determinada. La misma borrosidad de sus contenidos y su falta de fijación geográfica han realzado en parte su mitificación. Probablemente, la crítica más contundente que se le pueda hacer al postmodernismo historiográfico es que, después de tres décadas, no ha sido capaz de dar una obra histórica diseñada siguiendo sus métodos y postulados, quizás con la única excepción del *Historical Imagination* de Hayden White[13].

El mayor activo que el postmodernismo aporta al historiador es que sus principios le sirven para corregir errores de visión, aumentar el rigor en el análisis, mejorar la contextualización de los textos y acrecentar la conciencia de que los condicionamientos personales pueden afectar a la objetividad de su interpretación. Sin embargo, el historiador que pasa largas horas delante de su mesa o de su ordenador se siente excluido automáticamente de una corriente que niega la misma eficacia de su trabajo. Si existe algún final de la disciplina histórica —tal como lo vaticinaron algunos agoreros durante los años ochenta— éste llegará, como ha declara-

[12] Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, 2000, pp. 312-318.

[13] Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

do sutilmente Ziauddin Sardar, cuando el postmodernismo sea realmente hegemónico[14].

Es indudable, con todo, que el postmodernismo ha afectado durante los últimos treinta años, de uno u otro modo, a la ciencia histórica. Georg G. Iggers, uno de los mejores conocedores de la evolución de la historiografía occidental de los dos últimos siglos, subtituló una de sus obras de referencia como *From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*[15]. Pero probablemente nos equivoquemos al considerarlo como una tendencia o una escuela histórica porque se trata más bien de una corriente intelectual bastante arreferencial y abstracta, que ha afectado a buena parte de las ciencias sociales.

Este planteamiento teórico ha influido con mayor o menor profundidad en las investigaciones concretas. Como siempre, el grueso de los trabajos históricos sigue fundamentado, hoy en día, en unos parámetros tradicionales. Pero esa arista cortante de la innovación historiográfica sigue avanzando y haciéndose cada vez mayor. La discusión teórica de los tres últimos decenios ha influido profundamente en la práctica historiográfica. Más allá de las concreciones, se han puesto en tela de juicio los presupuestos en los que se basaba la ciencia histórica desde su fundación como disciplina científica en el siglo XIX mediante el historicismo clásico.

LA REAPERTURA DEL DIÁLOGO DISCIPLINAR: EL GIRO ANTROPOLÓGICO

La conciencia de la plena ruptura que supuso el postmodernismo, la capacidad de reflexionar sobre esa quiebra y su misma denominación de "postmodernidad" llegarían un decenio más tarde, durante los años ochenta, pero las bases de esa revolución intelectual estaban ya asentadas en los años setenta. En este nuevo contexto intelectual, que se empezó a dejar sentir en los años setenta, una de las aplicaciones fundamentales en las ciencias sociales fue el descubrimiento de la primacía del lenguaje, de los códigos y de los símbolos. El rígido estructuralismo —sartriano en filosofía, braudeliano en historia— dejó paso a una desintegración del saber y a la pérdida de confianza en los grandes sistemas de pensamiento.

[14] Un diagnóstico que, por cierto, viene significativamente de un intelectual alejado de los centros de producción occidentales: Ziauddin Sardar, *Postmodernism and the Other. The New Imperialism of Western Culture*, Londres, 1998, pp. 85-86.

[15] Ver la "Presentación", firmada por Fernándo Sánchez Marcos de la edición española de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 7.

En este contexto, es comprensible que los años setenta fueran, al igual que los veinte, una época de intenso diálogo interdisciplinar en el seno de las ciencias sociales. Se tendieron puentes, sobre todo, entre la historia, la antropología y la lingüística. Se puso el énfasis en el discurso, más que en la estructura. Se buscó superar los esquematismos del estructuralismo y el materialismo histórico. Se comenzó a hablar del postéstructuralismo, con nombres asociados a él como Foucault, Deleuze y Derrida[16]. Se reaccionó frente a la historia económica y social, reivindicando el papel de la cultura, en unos planteamientos claramente influidos por la antropología, que en aquellos años estaba desarrollando su dimensión más práctica a través de los trabajos de campo de Edward Evan Evans-Pritchard y Claude Lévi-Strauss[17].

En Gran Bretaña esto se verificaría por un sensible cambio en los intereses de investigación, como se pone de manifiesto en el caso de Edward Thompson, cuyos estudios se centraron a partir de entonces en los aspectos intelectuales. Pero si en Gran Bretaña se trató de un cambio sobre todo de temas y de orientación en la investigación, pero no tanto de un relevo generacional o de personas, en Francia sucedió todo lo contrario. Allí este viraje se materializaría en el acceso al poder académico de la tercera generación de los Annales, los componentes de la *nouvelle histoire*. Entre los más influyentes estarían Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff y François Furet; en un siguiente nivel, Robert Mandrou, Jean-Pierre Vernant, Marc Ferro y Pierre Nora; Pierre Chaunu y Philippe Ariès habrían sido perjudicados por sus ideas supuestamente reaccionarias[18]. Junto a estas estrategias político-institucionales se verificaron también otros cambios de naturaleza metodológica: el estructuralismo braudeliano fue sustituido por la historia de las mentalidades al estilo de Emmanuel Le Roy Ladurie o Jacques Le Goff.

Este cambio de orientación tuvo algunos referentes intelectuales que provinieron del campo de la filosofía y, más específicamente, de la antropología. Entre esas influencias destacan las de Claude Lévi-Strauss (1908) y Georges Dumézil (1898-1986), que en 1968 había publicado la primera

[16] Para el diálogo entre historia y antropología es muy útil André Burguière, "Anthropologie historique", en André Burguière, dir., *Dictionnaire des Sciences Historiques*, París, 1986, pp. 52-60.

[17] Claude Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, París, 1962; Edward E. Evans-Pritchard, *Les Nuer. Description des modes de vie et des institutions politiques d'un peuple nilote*, París, 1968.

[18] La jerarquización de este nuevo equipo aparece en Hervé Couteau-Begarie, *Le phénomène "Nouvelle histoire". Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, 1983, pp. 282-295.

parte de su influyente *Mythe et épopée*,[19] y, sobre todo, Michel Foucault (1926-1984), uno de esos intelectuales poliédricos que son tan difíciles de clasificar pero que al mismo tiempo basan buena parte de su eficacia en esa borrosidad disciplinar.

Michel Foucault consiguió aglutinar en torno a su obra buena parte de los valores que la revolución del 68 había puesto sobre el tapete: la crítica al poder y al saber establecido, la denuncia de los mecanismos ocultos de dominación y un hábil manejo del nuevo lenguaje filosófico-semiótico[20]. La misma biografía de Focault condiciona en buena medida la evolución de sus ideas[21]. Sus obras más influyentes son *Les mots et les choses. Una archéologie des sciences humaines* (1966), *L'archéologie du savoir* (1969) y *Surveiller et punir* (1975). La recepción de Foucault en la historia vino de la mano de algunos teorizadores como Paul Veyne. En su influyente ensayo *Cómo se escribe la historia* (1978), dedicó un apartado a la función *revolucionaria* del antropólogo francés en la disciplina histórica[22]. Al mismo tiempo, Foucault ha recibido duras críticas por su lenguaje abstracto y generalizador, que le hacía impenetrable a la crítica. Pero nadie puede negar su papel intermediario entre la antropología, la lingüística y la historia[23].

También influyeron los trabajos del teórico de la literatura Northrop Frye[24] —cuyo influjo se deja sentir de modo notorio en Hayden White y Paul Ricoeur— y del antropólogo cultural con base estructural Clifford Geertz[25]. La cultura es vista ahora como una categoría de la *textualidad*. Geertz analiza la conducta social como un texto simbólico, mientras que Claude Lévi-Strauss había analizado los textos como una acción simbólica[26]. Esto parece un simple juego de palabras, pero refleja hasta qué punto el texto pasa a ser el referente principal de la nueva antropología cultural.

[19] Georges Dumézil, *Mythe et épopée*, París, 1995.

[20] Como se pone de manifiesto, por ejemplo, en la visión crítica de Richard F. Hamilton, *The Social Misconstruction of Reality. Validity and Verification in the Scholarly Community*, New Haven, 1996, pp. 171-196.

[21] Didier Eribon, *Michel Foucault*, París, 1989; desde una perspectiva más epistemológica, Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, 1982.

[22] Paul Veyne, "Foucault révolutionne l'histoire", *Comment on écrit l'histoire*, París, 1978.

[23] François Dosse, *Histoire du structuralisme*, París, 1991-1992, vol. II, pp. 296-335.

[24] Northrop Frye, *The Anatomy of Criticism*, Nueva York, 1969.

[25] Ver especialmente el volumen recopilatorio de los ensayos del segundo: Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973.

[26] Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997, p. 10: "Where Geertz studied social behavior as symbolic texts, Lévi-Strauss studied texts as symbolic action".

Todo ello tuvo una aplicación directa a los estudios históricos durante los años setenta y ochenta, cuando un grupo de historiadores, liderados por Natalie Z. Davis, realizó una serie de estudios sobre la vida ritual en las sociedades de la edad moderna como los carnavales, las ceremonias iniciáticas o los cultos populares[27]. Estos historiadores tomaron como referentes metodológicos las obras de los antropólogos Victor Turner, Mary Douglas, Marcel Mauss y Arnold Van Gennep.

De este modo, los modelos teóricos de la etnografía quedaban definitivamente incorporados al mundo historiográfico. A los estudios de la primera edad moderna se les unió poco después un buen grupo de monografías dedicadas a la época medieval. En América destacaron los estudios hagiográficos de Peter Brown sobre la época paleocristiana[28] y de Patrick Geary sobre la devoción de las reliquias en la alta edad media[29]. En el Viejo Continente fueron iniciativas importantes las obras impulsadas por Jacques Le Goff y Jean Claude Schmitt desde la prestigiosa y poderosa plataforma institucional que representa l'École des Hautes Études en Sciences Sociales. El influjo de la antropología en la historia entre los componentes de la *nouvelle histoire* francesa se materializó en la publicación de los tres volúmenes conjuntos *Faire de l'histoire*, dirigidos por Jacques Le Goff y Pierre Nora[30]. Cuatro años más tarde, Le Goff coordinaba la obra colectiva *La nouvelle histoire*, junto a Roger Chartier y Jacques Revel: los postulados de la llamada tercera generación de los Annales quedaban más claramente expuestos y se emparentaban más estrechamente con las otras ciencias sociales como la antropología y la lingüística[31].

EL INFLUJO DEL *LINGUISTIC TURN* EN LA HISTORIOGRAFÍA

Paralelo a ese enriquecimiento mutuo entre historia y antropología sería el influjo en la disciplina histórica de algunas nuevas propuestas teóricas que provenían del campo de la lingüística. La relación entre las dos disciplinas es reciente, ya que no se trata ni del formalismo de la lingüís-

[27] Lynn Hunt, "History, Culture and Text", texto que introduce el libro L. Hunt, ed.; *The New Cultural History*, Berkeley, 1989, p. 1-22, donde se recoge este desarrollo historiográfico.

[28] Peter R. L. Brown, *Le culte de saints. Son essor et sa fonction dans la chrétienté latine*, París, 1984.

[29] Patrick Geary, *Furta sacra. Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, 1990.

[30] Jacques Le Goff y P. Nora, eds., *Faire de l'histoire*, París, 1974, 3 vols.

[31] Jacques Le Goff y otros, eds., *La nouvelle histoire*, París, 1978.

tica de principios de siglo —que el estructuralismo superó ampliamente— ni de la relación entre filología e historia, que parece más evidente y de sencilla legitimación[32]. En el fondo, durante estos años se produce una triple relación entre historia, lingüística y antropología cultural, desde el momento en que Claude Lévi-Strauss consiguió un prematuro uso de los modelos lingüísticos en la interpretación de los procesos sociales. A partir de Lévi-Strauss, las derivaciones de la lingüística aplicada a la historia se multiplican, basadas en la lógica estructural de Ludwig Wittgenstein, la sociolingüística de Victor Turner, el post-estructuralismo de Paul Henry y el nuevo formalismo de Richard Montague.

La creencia tradicional de que una investigación histórica racional nos permite llegar a un conocimiento auténtico del pasado fue severamente revisada a través de los postulados postmodernistas de algunos historiadores franceses y norteamericanos durante los años setenta[33]. Buena parte del replanteamiento de todas estas cuestiones fue provocado por el desarrollo y la consolidación de un movimiento filosófico que ha tenido amplias conexiones y repercusiones en el resto de las ciencias sociales: el *linguistic turn*.

Este punto de inflexión tenía unos claros precedentes, que se remontaban incluso a principios de siglo. Uno de los textos fundadores de esta corriente es el *Curso de lingüística general*, del lingüista suizo Ferdinand de Saussure, publicado póstumamente en 1916[34]. Allí se afirmaba que el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura. De las tesis del lingüista de Ginebra nació el estructuralismo que, en sus desarrollos ulteriores, llegó mucho más lejos que su fundador. Así, llegó a afirmarse que el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido sino a la inversa: el sentido es una función del lenguaje. El hombre no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje.

Estas ideas ya tuvieron influjo en los historiadores de los primeros Annales, como es el caso de la obra de Febvre, publicada en 1942 sobre *El problema de la incredulidad en la época de Rabelais*. Para responder a la pregunta de si Rabelais fue ateo o no, Febvre argumentaba que no son decisivas las ideas explícitas, sino el instrumental lingüístico con el que pensaban los hombres de la época de Rabelais. El historiador francés de-

[32] Nancy S. Struever, "Historiography and Linguistics", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, 1979, pp. 127-150.

[33] El precedente que se suelen citar en este sentido es Roland Barthes, "Le discours de l'histoire", *Social science information. Information sur les sciences sociales*, VI (1967), pp. 65-75.

[34] Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, 1945 (1916).

mostró que era posible aproximarse a los razonamientos de una época mediante el análisis de su lenguaje, el cual constituye su utillaje mental. La monografía de Febvre demostraba, en la práctica, que los métodos hermenéuticos del historicismo clásico no eran suficientes para aprehender las concepciones religiosas de una época. La lengua contiene algo mucho más concreto, algo mucho más libre e inexpresable de subjetividad, un resto arqueológico que nos permite acceder a una cultura del pasado. No concluía todavía, sin embargo, que las ideas o el lenguaje determinaban una evolución histórica, pero sí que la hacían comprensible.

La obra de Saussure y de Febvre se había adelantado a los postulados estructuralistas, que afirmaban que el hombre se mueve en un marco de estructuras —en este caso, de estructuras lingüísticas— que no son determinadas por él, sino que lo determinan a él. Más tarde, este planteamiento influyó indirecta pero notablemente en la disciplina histórica, a través de la semiótica o de la forma más nítida del postestructuralismo que es el deconstruccionismo. El debate en Francia se ha actualizado con Jacques Derrida, cuyos referentes intelectuales se remontan hasta Roland Barthes.

La contextualización deja entonces de tener importancia, porque se quiebran los nexos de referencialidad entre el texto y el contexto. Incluso se llega a separar, en los planteamientos abstractos —*abstractistas*, si se me permite esta expresión— de Michel Foucault, el texto de su creador, porque se niega la intencionalidad humana como elemento creador de sentido. Si en Saussure todavía existía la relación entre el signo, la palabra —el significante— y la cosa a la que ese signo hacía referencia —el significado—, esa unidad se pierde con Derrida, por lo que el lenguaje deja de ser incluso un sistema referencial.

El giro lingüístico —*linguistic turn*— es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty en 1967[35]. Aunque se trataba de un movimiento estrictamente filosófico, pronto influyó notablemente en la disciplina histórica. En su aplicación más estricta, la historia pasaba a ser una red lingüística arrojada hacia atrás[36]. Las palabras de Hans-Georg Gadamer en su clásico *Verdad y Método* habían sido proféticas, al proponer la naturaleza de la historia como la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender[37]. En la

[35] Richard Rorty, ed., *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, 1967.

[36] George Steiner, *Extraterritorial. Papers on Literature and the Language Revolution*, Auckland, 1975, pp. 9-13.

[37] Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*, Nueva York, 1982.

ecuación *historicidad del texto // textualidad de la historia*, los postulados del giro lingüístico hacían pivotar inequívocamente el resultado hacia el segundo término. La siguiente cuestión planteada parece obvia: ¿hasta qué punto existe referencialidad en ese texto?

El giro lingüístico ha dado como consecuencia una acusada tendencia al relativismo, que planea actualmente sobre el entero campo de la historiografía actual, como han puesto de manifiesto Hayden White y Dominick LaCapra, quien aboga por recuperar la capacidad retórica de la historiografía clásica[38]. Un proceso, por cierto, completamente inverso al que produjo el nacimiento de la historia científica en el ámbito historiográfico alemán del siglo XIX, cuando precisamente fue la fase narrativa de la historia la que se pretendía superar. Ahora se afirma que la historia, el pasado, subsiste simplemente a través de unos signos lingüísticos, forja su objeto a través de las reglas del universo lingüístico que conoce el historiador y aflora a la superficie a través de un relato[39].

Este debate, aparentemente reducido al ámbito académico de la disciplina histórica, se extendió también al entero ámbito de las ciencias sociales. Para algunos historiadores e intelectuales en general, el imperativo de la objetividad histórica —transmitido de generación en generación desde la historiografía clásica— había sido el pilar de una concepción del mundo logocéntrica[40]. La creencia en la objetividad histórica constituía a su vez el fundamento de las estructuras de poder, idea que aparece explícitamente expresada en los escritos de Michel Foucault y Jacques Derrida y, con anterioridad, en los de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. Buena parte de la historiografía feminista se ha basado, por ejemplo, en esta idea, para iniciar la deconstrucción —empezando por el intento de transformación de las palabras y conceptos heredados— de un mundo que se ha caracterizado por el dominio masculino desde sus orígenes[41]. Esto demuestra que en el debate generado a raíz de las consecuencias del giro lingüístico se dirime algo más que un juego de palabras, ya que se dota de materialidad a la retórica y se atribuye un contenido a la forma.

Si son las palabras las que realmente cuentan en la narración histórica, el modo de organizar esos signos pasa a ocupar un lugar privilegiado en

[38] Dominick LaCapra, *History and Criticism*, Ithaca, 1985.

[39] Ver una crítica a estas posturas radicales en John E. Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, 92 (1987), pp. 879-907.

[40] Como se pone de manifiesto en el influyente ensayo de Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968.

[41] Este parece ser, por ejemplo, el planteamiento de Joan W. Scott, "Historia de las mujeres", en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 59-88.

la construcción de la obra histórica. Por este motivo, en los debates teóricos actuales se habla cada vez con mayor frecuencia del discurso como forma de comunicación y como forma de organización del trabajo histórico. Esto deriva en la progresiva interconexión de las ciencias sociales, cuyo denominador común sería la articulación de un discurso adecuado a sus necesidades. Sin embargo, no es menos cierto que el mismo concepto de *discurso* tiene muchas acepciones diferentes, como se pone de manifiesto en las diferentes reflexiones de Paul Ricoeur y Michel Foucault.

En todo caso, el discurso narrativo, recelado hasta los años setenta en la historiografía por su aparente incompatibilidad con el rigor del lenguaje científico, ha pasado a ser considerado el entramado fundamental de la obra histórica. Reaparece así, más vivo que nunca, el peligro del formalismo para el historiador actual, más preocupado por el discurso que por la metodología, por el resultado formal que por el procedimiento material, por la retórica que por el contenido, por la estética que por la ética: en definitiva, el dominio de la forma sobre el contenido y la pérdida de los referentes objetivos que salvaguardan el rigor científico.

Sin embargo, el giro lingüístico ha tenido también consecuencias muy enriquecedoras para la historiografía. Quizás la más importante sea el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica, que han supuesto un aumento considerable de la divulgación de algunas de esas obras. En efecto, parecen evidentes los beneficios que comporta esta tendencia, porque probablemente sin esta nueva preocupación por la *forma* de la narración, no hubieran sido creados relatos tan sugerentes como el *Domingo de Bouvines* de Georges Duby[42], el *Martin Guerre* de Natalie Z. Davis[43] o el *Menocchio* de Carlo Ginzburg[44]. Al mismo tiempo, el retorno al relato ha facilitado también la recuperación de algunos viejos temas de investigación, dotándoles de una metodología y de una forma renovada, como es el caso de la nueva historia política, la historia de la religiosidad o la historia social del lenguaje.

Todos estos nuevos movimientos y experimentos historiográficos se basan en la creencia, más o menos explícita, de que el lenguaje es algo anterior al mundo expresado por él y lo hace inteligible, construyéndolo de acuerdo con sus propias reglas de significado[45]. La debilidad de este planteamiento radica en el peligro de un excesivo formalismo y en la arbitrariedad de su método, porque el mismo lenguaje está condicionado por

[42] Georges Duby, *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973.

[43] Natalie Z. Davis, *Le retour de Martin Guerre*, París, 1982.

[44] Carlo Ginzburg, *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, 1976.

[45] Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997, p. 5.

las convenciones sociales[46]. Llevando hasta el extremo el argumento, cualquier construcción lingüística no sería otra cosa que una nueva articulación del discurso, y por tanto, no puede trascender su propia realidad retórica y literaria[47].

Los signos lingüísticos son construcciones arbitrarias y convencionales que nos permiten la construcción de un discurso. Por tanto, es difícil encontrar en ellos el grado de objetividad intrínseca que precisa toda narración histórica. La convencionalidad de los significantes condena a los significados a su arbitrariedad, aunque Paul Ricoeur opta por una vía intermedia al hablar de una *autonomía semántica del texto* que alejaría toda esperanza de conectar el texto con su contexto pero que no negaría de modo absoluto su referencialidad[48].

Todo este contexto epistemológico será llevado hasta las últimas consecuencias por el deconstruccionismo de Jacques Derrida. Si se parte de que el lenguaje es un sistema arbitrario de codificación, será preciso descodificar o deconstruir esos códigos para conocer su funcionamiento. El deconstruccionismo se centra exclusivamente en el artilugio literario (el texto) frente al contenido referencial (el contexto). Derrida apuesta decididamente por una preeminencia absoluta del texto, más allá del cual no hay salida[49]. La historia pasa a ser un efecto de la presencia creada por la textualidad, pero no tiene una presencia en sí misma. Se niega, por tanto, al texto histórico, la posibilidad de representar la realidad. El documento histórico, a través del cual accedemos a la realidad, queda así asimilado al texto literario, a quien se le niega a su vez la capacidad de acceder al pasado.

* * *

A la vista de todo este panorama intelectual, ¿qué le queda, entonces, al historiador como cualificado testigo entre el pasado y el presente? ¿Es un testigo cualificado del pasado o simplemente un narrador de historias de ficción basadas en una mínima referencialidad y apariencia científica formal? El estudio de los textos literarios e históricos parece experimentar, en la actualidad, una importante transformación. Lo que se plantea en

[46] Sobre este tema, es útil el ensayo de Catherine Belsey, *Critical Practice*, Londres, 1980.

[47] Sobre la influencia del análisis del discurso entre los historiadores, Peter Schöttler, "Historians and Discourse Analysis", *History Workshop*, 27 (1989), pp. 37-65.

[48] Paul Ricoeur, *Interpretation Theory. Discourse and the Surplus of Meaning*, Fort Worth, 1976, p. 25.

[49] Jacques Derrida, *Of Grammatology*, Baltimore, 1976.

la actualidad no es la clásica cuestión del *modo* de acceder al pasado, sino más bien si somos capaces de acceder a él. Se cuestiona, por tanto, la posibilidad del conocimiento del pasado a través de unos textos heredados. En este contexto, parece claro que los paradigmas que han dominado la historiografía durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX —positivismo, historicismo, marxismo, estructuralismo— empiezan a perder su eficacia a partir de los años setenta, por lo que se puede hablar de esos años como de verdadera revolución historiográfica.

La creencia humanística de que un acercamiento racional al pasado a través de una investigación objetiva permite recobrar los auténticos significados de ese pasado está siendo severamente revisada por las tendencias postmodernas[50]. Uno de los postulados más esgrimidos por estas nuevas corrientes es que el historiador está condicionado por los signos lingüísticos del documento que analiza y, al mismo tiempo, por los signos lingüísticos que él mismo utiliza. Además, este lenguaje no sólo tiene una existencia personal sino también una dimensión social. De ahí el gran interés que cobra no sólo como un elemento esencial de estudio para filólogos y lingüistas, sino también para los historiadores.

El giro lingüístico se ha aplicado a todas las ciencias sociales, pero es evidente que la historia ha recibido también un influjo enorme, por ejemplo en el campo de la historia intelectual[51]. El lenguaje adquiere una capacidad no simplemente imitativa de la realidad sino también creativa[52]. La sintaxis deviene esencial para la narración histórica. Lo que le interesa al historiador es dar una apariencia de realidad con su prosa. Una vez abandonados los esquematismos cuantitativos de los grandes paradigmas historiográficos, los límites entre los relatos históricos y los relatos de ficción se hacen cada vez más borrosos, porque los dos utilizan el mismo instrumento[53]. Todo este panorama intelectual tiene como consecuencia la

[50] Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997, p. 3.

[51] Martin Jay, "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate" in Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan, eds., *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, N.Y., 1982, pp. 86-110; Hayden V. White, "Method and Ideology in Intellectual History: The Case of Henry Adams", Id., pp. 280-310 y John E. Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, 92 (1987), pp. 879-907.

[52] Remito especialmente a Nancy F. Partner, "Making Up Lost Time: Writing on the Writing of History", *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, 61 (1986), pp. 90-117, un texto complejo pero sugerente y lleno de imágenes verbales y conceptuales de gran interés en este campo.

[53] Robert J.W. Evans, *The Language of History and the History of Language*, Oxford, 1998.

introducción de nuevas formas de hacer historia. Lo que es quizás más significativo es la tendencia a usar el estilo narrativo, que sustituye así al lenguaje seriado y esquemático de annalistas, marxistas y cliómetras. Pero estos cambios han aumentado la sensación de angustia de la disciplina histórica a nivel teórico, anegada en un mar de dudas donde el relativismo amenaza su misma existencia.

Uno de los principales sistematizadores del viraje culturalista y lingüístico que experimentó la historiografía durante los años setenta es, sin duda, el historiador norteamericano Hayden White, que elaboró sus principales teorías durante su estancia como profesor en la Johns Hopkins University durante los años setenta. Su obra *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo* XIX ha sido una de las más influyentes de los últimos treinta años y da una muestra de la fuerza que ha adquirido la misma subdisciplina de la historiografía dentro del panorama general de la disciplina histórica[54].

Las palabras seleccionadas por el autor como pórtico ("sólo se puede estudiar lo que antes se ha soñado") son bastante ilustrativas del carácter inaprehensible pero al mismo tiempo sugerente del libro, que combina con eficacia la teoría de la historia con la teoría literaria, en su afinado comentario de las obras históricas de las figuras más representativas del siglo XIX: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce como referentes teóricos y Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt como referentes propiamente historiográficos. White considera la obra de los historiadores como algo cerrado en sí mismo, una articulación mental que parte de unos condicionamientos *a priori* con tintes kantianos y que funciona como una creación histórica en sí misma.

La escritura de la historia no se diferencia de la poesía, del relato. No existe ningún criterio histórico-científico de la verdad, por lo que tampoco existe ninguna diferencia sustancial entre la ciencia histórica, el relato histórico y la filosofía de la historia. Si bien el trabajo filológico sobre las fuentes puede establecer los hechos, toda concatenación de ellos para obtener una visión global y coherente es determinada por apreciaciones estéticas y morales, no científicas. En este planteamiento, la obra histórica es considerada como una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa que, al margen de los datos que pueda contener, posee un componente estructural profundo, de naturaleza poética y lingüística, que sirve como paradigma precríticamente aceptado para la interpretación. White

[54] Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973 (trad. esp.: Hayden V. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, 1992).

expone en la introducción de su trabajo que pretende analizar la estructura profunda de la imaginación histórica de la Europa del siglo XIX, intentando aportar un nuevo punto de vista sobre el debate acerca de la función y naturaleza del conocimiento histórico.

White percibe una *infraestructura metahistórica* que subyace a todas las construcciones teóricas de los filósofos e historiadores que analiza. Esa *metahistoria* es la que explica que los intelectuales analizados no se basen en conceptos teóricos para conseguir que su narración histórica adquiera el aspecto de una explicación racional. Por el contrario, la narración histórica depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que el historiador realiza un acto específicamente poético. En ese acto mental es donde el historiador *prefigura* el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el que aplica las teorías específicas que utilizará, posteriormente, para explicar "lo que realmente sucedió", según la célebre máxima rankiana.

El relativismo que subyace en esta fórmula es demoledor. White denuncia la interpretación histórica como un procedimiento que nada tiene que ver con los métodos científicos, sino que procede excluyendo determinados hechos de su relato como irrelevantes para su propósito narrativo e incluso incluyendo especulaciones que no se encuentran en los hechos verdaderos. La *poética histórica*, adquirida apriorísticamente y de un modo más o menos reflexivo, es la que condiciona el resultado de la investigación histórica.

Hayden White ha ido completando su pensamiento a través de algunas obras de notable profundidad teórica y epistemológica. Entre ellas destaca su *The Content of the Form*, de 1990, una recopilación de artículos que confirma su concepción de la historia basada en la prioridad del discurso, la narración y la articulación lingüística por encima del carácter supuestamente científico de la historia[55]. La obra no es propiamente histórica, porque transita entre los parámetros de la filosofía, la lingüística, la semiótica y la propia historia. Sin embargo, el influjo historiográfico de la *Metahistoria* de White ha sido tan grande que la revista con mayor prestigio actualmente en el campo de la teoría de la historia decidió dedicarle en 1998 un número monográfico[56].

Más allá de las posturas excesivamente acantonadas de White, el historiador norteamericano expone uno de los principales problemas con que se encuentran sus colegas a la hora de elaborar su obra: el problema de la

[55] Hayden V. White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, 1989.

[56] *History and Theory*, 37 (1998), nº 2.

selección de la información. La misma memoria humana es selectiva, filtrando todas las informaciones que le llegan. No obstante, el historiador norteamericano lleva sus postulados a extremos desconocidos hasta entonces. Pocos años después, Natalie Z. Davis, en su cuidada narración sobre la aparentemente inverosímil historia de Martin Guerre, transitará con destreza en el resbaladizo ámbito fronterizo de la historia y la ficción, pero nunca dudará explícitamente de que, al mismo tiempo, el tratamiento riguroso de las fuentes permite al historiador acceder a la realidad del pasado.

Desde Leopold von Ranke a Georges Duby, la facultad imaginativa había sido considerada un complemento ideal en la narración histórica, al constituirse como un elemento esencial en la tarea de la aproximación al pasado. Pero siempre era considerada como un complemento porque nunca era utilizada sin relación a otra fuente de conocimiento. En el caso de Natalie Z. Davis, por el contrario, la función de la imaginación era tan considerable que se convertía en la fuente esencial en la narración histórica cuando faltaba la documentación. La historiadora norteamericana nunca había llegado hasta el extremo de considerar que realidad e imaginación eran dos caminos completamente divergentes, porque se encontraban —o trataban de encontrarse— al final del callejón. En Hayden White, el encuentro entre realidad e imaginación, entre historia y ficción se volatiliza definitivamente. La imaginación ocupa completamente el ámbito tanto de la especulación histórica como de la especulación historiográfica —porque, no hay que olvidarlo, el estudio de White es un estudio de historiografía, no propiamente histórico, aunque ciertamente puede considerarse también un excelente exponente de historia intelectual.

Las filiaciones intelectuales del planteamiento relativista de White son bastante claras. En el fondo, lo que hace el historiador norteamericano es materializar lo que, desde Kant, se había formalizado: que no existe ningún criterio material de la verdad. Pero si para Kant o Weber no existía ningún *criterio material* de la verdad, sí hubo para ellos un *criterio formal*, que se hallaba arraigado en la lógica de la investigación y daba legitimidad y credibilidad, por tanto, a la labor desarrollada por las ciencias sociales, incluida la historia. Esta lógica, aunque fuera simplemente formal, gozaba de validez universal y constituía el fundamento de la legitimación de la ciencia social objetiva. Por este motivo era tan importante la metodología. Sin embargo, ahora, incluso este criterio formal de la verdad, que ya había sido cuestionado por varios teóricos de la ciencia, se ponía también en berlina en algunos ambientes académicos historiográficos[57].

[57] Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 97.

Me atrevería a afirmar que el radical planteamiento relativista de White tenía que llegar tarde o temprano. Kant había establecido el principio de separación entre lo objetivo y lo subjetivo, pero había conseguido salvar el sentido de la ciencia moderna a través de un criterio puramente formal, desarrollado sobre todo en la teoría de las formas *a priori* del entendimiento. Ahora se llevaba hasta las últimas consecuencias ese razonamiento, al considerar un sinsentido seguir manteniendo una formalidad filosófica que negaba de por sí la accesibilidad al conocimiento objetivo.

Todo ello lleva consigo la confirmación de la prioridad del lenguaje, que es la única referencialidad que le queda al científico experimental, al científico social y, en definitiva, al historiador. La ciencia deviene un modo de comportamiento institucionalizado, un modo de tratar la realidad en una comunidad de individuos animados por sentimientos, objetivos y opiniones análogas y, sobre todo, un lenguaje convencional comúnmente aceptado. Su núcleo reside en la comunicación y, por tanto, en un lenguaje del que incluso se pone en duda su referencialidad.

VI. EL GIRO NARRATIVO

El desarrollo de las relaciones de la historia con la antropología y la lingüística y la consolidación del narrativismo, el relativismo y el postmodernismo, constituyen el peculiar ambiente intelectual de los años setenta; pero ¿cómo influye realmente este contexto en la historiografía?, ¿qué cambios se dejan sentir en la historiografía de los años setenta?, ¿qué nuevas vías historiográficas se crean, en concomitancia con las corrientes de menor ruptura con la tradición como de la historia de las mentalidades y la escuela de Bielefeld?, ¿cómo se concreta esta ruptura intelectual?

Todo empezó a mediados de los años setenta, con un conjunto de narraciones históricas realizadas, a modo de experimento y en flagrante contradicción con la tradición recibida, por historiadores con un consolidado prestigio académico. Ejemplo paradigmático es el libro de Natalie Z. Davis, *El regreso de Martin Guerre* (1982). Dejando de lado la circunstancia, nada despreciable, de que esa narración había nacido como guión para una película comercial, el lector inicia la lectura atraído por un tema de evidentes repercusiones histórico-historiográficas, y lo termina con la sensación de haber leído una buena novela. Hoy, los nombres de Natalie Z. Davis, Simon Schama y Carlo Ginzburg están asociados al movimiento de la nueva historia narrativa, que se ha situado en la vanguardia historiográfica actual y ha reaccionado contundentemente contra el lenguaje esquemático y cuantitativista de los paradigmas anteriores. Historiadores y novelistas utilizan cada vez más técnicas narrativas parejas.

Los nuevos narrativistas tuvieron que oponerse a una inercia historiográfica que duraba, por lo menos, desde la época de entreguerras, cuando los historiadores de los años treinta y cuarenta empezaron a sentir el influjo real del materialismo histórico —Karl Marx— y la metodología de las ciencias sociales —Max Weber. Se ha olvidado demasiado a menudo que siempre ha habido un continuo intercambio entre filosofía e historia, lo que desde luego se incrementó a partir de la época de entreguerras. Hoy, desde la perspectiva histórica adecuada, aparecen más nítidas las consecuencias generadas por esta interconexión. No estaríamos hablando ahora de un retorno a la historia narrativa durante los años setenta si no se hu-

bieran producido dos acontecimientos de primer orden, de naturaleza aparentemente filosófica: el *linguistic turn* y la incorporación, tardía pero efectiva, al ámbito historiográfico de los postulados de algunos filósofos como Michel Foucault, Paul Ricoeur, Michel de Certeau, Hans-Georg Gadamer o Jacques Derrida. Ellos no son invitados de piedra de un forzado contacto interdisciplinar sino que se han consolidado como verdaderos referentes intelectuales para los historiadores, que hoy más que nunca necesitan esta vinculación estrecha con la filosofía[1].

EL REDESCUBRIMIENTO DEL RELATO

La función de la narración en la historia ha sido una preocupación constante por parte de los historiadores y de los filósofos de la historia. Ya en los años sesenta, Walter Gallie justificaba la labor de los historiadores por el mismo poder de la dimensión temporal de la narrativa[2]. Sin embargo, ese planteamiento sería rebatido en los años ochenta por Louis Mink, quien lo tildó de simplista y demostró que para comprender la sucesión temporal hay que partir de que el tiempo no es la esencia de la narración. La historia se basaría, por el contrario, en que la conexión fundamental de los diversos eventos de un relato es su mutua orientación hacia un objetivo común[3]. Entre esas dos posturas, se verifica en los años setenta y ochenta un auténtico *revival* de la historia narrativa, que ha dado lugar a unas profundas mutaciones en el panorama historiográfico que están todavía hoy vigentes.

El mejor diagnóstico sobre el desarrollo de la renovada historia narrativa lo realizó en 1979 el historiador británico Lawrence Stone (1919-1999), a través de un influyente artículo, en el que repasaba los hitos más importantes de lo que él consideraba un retorno a la narración histórica en detrimento de los grandes esquemas teóricos y estadísticos que habían dominado la historiografía de las décadas anteriores[4]. Stone había sido discípu-

[1] Algunas de las obras más significativas de este diálogo entre historia y filosofía son: Michel Foucault, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, 1966; Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, 1983-1985, 3 vols.; Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, 1975; Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, 1977 (1965); Jacques Derrida, *L'écriture et la différence*, París, 1967. Sobre este contexto, ver Hayden V. White, *Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore, 1989, pp. 47-48.

[2] Walter B. Gallie, *Philosophy and the Historical Understanding*, Londres, 1964.

[3] Louis O. Mink, "History and Fiction as Modes of Comprehension", en *Historical Understanding*, Ithaca & Londres, 1987.

[4] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979). Cito este artículo por su reedición en el volumen *The Past and the Present*, Boston, 1981, pp. 74-96.

lo del historiador del capitalismo Richard H. Tawney y era miembro del consejo de *Past and Present*, con todas las consecuencias metodológicas que esto suponía, porque la revista era por aquellos años una de las plataformas más cualificadas del materialismo histórico anglosajón. Sus estudios se habían basado en el análisis de la aristocracia británica de los siglos XVI y XVII[5].

Stone ha sido criticado por ese artículo aduciendo en su contra que él mismo había cargado sus libros de material analítico y estadístico. Sin embargo, cualquiera que haya leído el artículo en su versión original —en la traducción española pierde gran parte de su energía— se da cuenta de que Stone no está proclamando entusiasmado la llegada de un nuevo paradigma historiográfico, sino que se limita a realizar un diagnóstico de los principales trabajos publicados durante ese decenio en esa dirección[6]. El mismo Stone manifestaba en diversos pasajes del artículo su principio de *no-apología*. Lo expresaba de tal modo —entre la ironía propia de un inglés y la falta de urgencia propia de alguien no comprometido— que nadie podía sentirse aludido: "no one is being urged to throw away his calculator and tell a story"[7]. Por otra parte, el historiador británico no cambió sustancialmente la orientación metodológica de sus estudios tras realizar ese diagnóstico[8]. Incluso se erigió más adelante como una voz agorera de los peligros de ciertas tendencias extremas del postmodernismo. El planteamiento del historiador británico, como él mismo confirmó en otras publicaciones posteriores, iba más bien encaminado a salvar a la ciencia histórica de la amenaza que constituían las consecuencias relativizantes del postmodernismo, en su triple amenaza del predominio de la lingüística, la antropología cultural y el nuevo historicismo[9].

El desarrollo de la nueva historia narrativa afectaba no sólo a la incorporación de nuevos temas, sino a una verdadera transformación de las metodologías y las epistemologías. No hay que olvidar que durante aque-

[5] Lawrence Stone, *The Crisis of Aristocracy*, 1558-1641, Oxford, 1966 y en su época de profesor en Princeton, *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Londres, 1977.

[6] En el texto no me refiero a los duros ataques que Stone ha recibido del medievalista Norman F. Cantor, que responden a unos condicionantes de naturaleza muy diferente, y entran ya más en el campo de lo ideológico que de lo estrictamente metodológico (vid. *Times Literary Supplement*, 6.VIII.1999, p. 17 y toda la polémica posterior, bien documentada y anotada por Josep Fontana, *La història dels homes*, Barcelona, 2000, pp. 258-259).

[7] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", p. 75.

[8] Véase, especialmente, el libro que publicó junto a su mujer, Jeanne C. Fawtier, *An Open Elite? England 1540-1880*, Nueva York, 1984, donde demostraba que su interés por la historia social seguía intacto.

[9] Lawrence Stone, "History and Post-modernism", *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-218.

llos mismos años los historiadores de las mentalidades y los de la historia social alemana estaban llevando a cabo una eficaz tarea de renovación de las temáticas, que sería completada más adelante por la nueva historia cultural y la nueva historia política. La nueva historia narrativa, por su parte, representaba una transformación más profunda que la que habían supuesto esos otros paradigmas historiográficos, porque su propuesta metodológica iba mucho más allá que un simple cambio en las temáticas predominantes. Por este motivo esta nueva tendencia merece un análisis independiente de esas otras corrientes, aunque en la práctica haya abundantes conexiones entre todas ellas.

La narración ha sido una práctica eterna en la historia, tal como apunta Lawrence Stone como punto de arranque de su argumentación. Los historiadores siempre han contado relatos, desde los antiguos a los modernos. Todos ellos buscaban exponer los resultados de sus investigaciones en una prosa elegante y vívida. En la Antigüedad, la historia era una rama de la retórica. En la Biblia tenemos más de un testimonio elocuente al respecto. El compilador del libro de los Macabeos concluye brillantemente su narración con una reflexión sobre la importancia del ritmo y la belleza del relato: "Yo también terminaré aquí la narración. Si la composición ha quedado bella y bien compuesta, eso es lo que yo quería; si resulta de poco valor y mediocre, esto es lo que he podido hacer. Así como beber vino solo —lo mismo que el agua sola— es perjudicial, mientras que el vino mezclado con agua es saludable y tiene un agradable sabor, así también la estructura del relato debe agradar a los oídos de los que llegan a leer la composición"[10].

Sin embargo, durante largos años, la *nueva historia* preconizada por los Annales, el estructuralismo, la historia cuantitativa y el materialismo histórico, consideraron que la historia profesional debía prescindir de la narración, para ceñirse al máximo a la exposición científica de los resultados obtenidos en la investigación. Narración era así sinónimo de ficción o, todo lo más, de relato histórico sin excesivas pretensiones científicas.

La tarea del historiador fue reducida durante aquellos años a la función analítica e interpretativa, no a la narrativa[11]. Este movimiento se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo a partir de la consolidación de la escuela de los Annales y de la expansión de la corriente del materialismo histórico, así como de la cliometría norteamericana. La na-

[10] Segundo *Libro de los Macabeos*, cap. 15, vers. 37-39 (Traducción en *Sagrada Biblia. Antiguo Testamento. Libros Históricos. Traducción y Notas*, Pamplona, 1999, pp. 1437-1438).

[11] La distinción de una función "narrativa" en el historiador y de una función "interpretativa" está desarrollada en Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, 1975.

rración histórica era reducida por los paradigmas a una *histoire événementielle*, que en todo caso habitaría en el diván de la construcción histórica, en el tercer piso de la corta duración según del modelo braudeliano. La historia narrativa era vista despectivamente, reducida a una crónica, a una exposición lineal de los acontecimientos, limitada al análisis de las categorías políticas, diplomáticas y militares. La historia había adquirido su edad adulta al ser capaz de trascender esas temáticas superficiales, centrándose en las categorías socioeconómicas.

En contraposición a estos postulados, la aportación nuclear de la nueva historia narrativa es reivindicar y recuperar el relato que el historicismo clásico había empezado a abandonar, al optar por un lenguaje más científico que literario. La narrativa se entiende como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente y como la disposición del contenido dentro de un relato —*story*— único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente en dos aspectos: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más que de lo colectivo y lo estadístico. La relación entre *escritura* e *historia* es la clave de la historiografía y la que la remite a los orígenes[12]. La narrativa es un modo de escritura histórica —*historical writing*—, pero es un modo que afecta también y es afectado por el contenido y método[13].

Tal como se entiende hoy en día, sobre todo después de las exposiciones teóricas de Hayden White, Paul Ricoeur, Michel de Certeau, Lawrence Stone y François Dosse y las construcciones históricas de Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis, Emmanuel Le Roy Ladurie, Gabrielle M. Spiegel y Simon Schama, la narrativa no es la del simple informador, el tradicional cronista, el clásico relatador, como tampoco la del analista. Es una narrativa que accede al rigor de la exposición histórica a través del desarrollo de una estructura coherente del relato.

Los nuevos narrativistas procuran recorrer rigurosamente todos los tramos de la investigación histórica: la cuidadosa recopilación de los datos documentales —fase heurística—, la organización y tratamiento de esos datos —fase analítica— y la interpretación histórica de todo ese material. Pero, preocupados por una exposición ordenada y sistemática de ese ma-

[12] De Certeau identifica esos "orígenes" con las Sagradas Escrituras, que son al mismo tiempo escritura e historia: Michel de Certeau, *The Writing of History*, Nueva York, 1988 (1975), p. XXVII.

[13] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", pp. 74-75.

terial en vistas a convertirlo en una historia[14], reorganizan todo ese material en forma de relato. Se trata, por tanto, de la creación de un nuevo relato, articulado desde el tiempo presente, partiendo de otro relato anclado en el pasado, vuelto a recrear y ganado para el presente.

Sin embargo, esta diacronía entre el relato historiado y el relato histórico es la que produce una quiebra en el proceso de conocimiento, porque el nuevo relato ya no se puede identificar con el relato original. En efecto, se han interpuesto, por lo menos, dos filtros entre la realidad narrada y la narración de esa realidad: el de la documentación utilizada —que puede estar más o menos identificada con la realidad que representa— y el de la mente del historiador, que ha reelaborado el discurso a través de las convenciones al uso. Hanna Arendt señala que sólo el observador externo puede narrar la historia y que el sentido de la historia sólo lo comprende el que la ve finalizada. En este contexto, la función del historiador es de testigo y de fiador, una vez ha adquirido la oportuna perspectiva histórica.

Al nuevo narrador, le atañen profundamente los aspectos retóricos de su exposición. Ya no es algo accesorio, como un envoltorio. Es algo esencial, sobre todo después de la experimentación del *linguistic turn* y la reivindicación de la prioridad del lenguaje sobre la realidad. Los problemas de redacción pasan a un primer plano, los nuevos narrativistas se preocupan tanto por la elegancia del estilo como por la construcción de las hipótesis —Le Roy Ladurie—, la presentación del contexto en todas sus vertientes —Carlo Ginzburg— o la organización de la trama —Natalie Z. Davis.

La eficacia de esta nueva orientación historiográfica reside en el diseño de la estructura del relato. Su coherencia no tiene que basarse solamente en la cronología, sino también en la adecuada concatenación de los diversos aspectos de la realidad. El *Martin Guerre* de Davis (1982) y el *Ricard Guillem* de Ruiz-Domènec (1999)[15] —que abarcan dos décadas entre los dos— siguen básicamente una estructura cronológica, pero buena parte de su éxito radica en el análisis conjunto que realizan de todos los aspectos de la realidad. Su modelo interpretativo contrasta radicalmente con aquel de los marxismos y los estructuralismos, que solían poner énfasis en un ámbito concreto de la realidad histórica, como el demográfico, el geográfico o el económico.

[14] Esa *historia* representa aquí el relato (*story*, en inglés), que se diferencia de la *Historia*, como idea general (*history*, en inglés). Al castellano le falta esta distinción tan peculiar, eficaz y característica del inglés. El inglés, por el contrario, no cuenta con la variedad de conceptos que tiene el castellano para referirse a "lo contado": relato, narración, cuento, historia.

El relato de estos nuevos experimentos consigue una correspondencia entre la estructura narrativa de la vida humana y la estructura narrativa de la historia, lo que le otorga una enorme credibilidad. Esa adecuación se comunica a través del relato histórico, que no es más que el reflejo de esa estructura vital y narrada[16]. De este modo, el relato histórico consigue recuperar su correspondencia con la temporalidad humana porque se refiere a la acción global de la persona en el tiempo y no a un único aspecto de esa acción. De este modo, las obras de los nuevos narrativistas reflejan en toda su intensidad la pluralidad humana. Por este motivo, el nervio central de la narración suele ser el temporal. A partir de él se consigue reflejar a la persona humana de un modo más comprehensivo, lo que hace aumentar considerablemente la coherencia del relato. Esto explicaría, además, la amplia divulgación que han tenido algunos de estos libros.

La nueva historia narrativa pretender devolver a la historia su capacidad de convertirse en arte, sin dejar de ser ciencia. El debate planteado por Benedetto Croce en la época de entreguerras vuelve ahora a aparecer en toda su intensidad, pero no de un modo teórico sino a través de obras históricas concretas. Sin embargo, es cierto que prevalecen los planteamientos teóricos —sobre las relaciones entre historia, hermenéutica y relato en Paul Ricoeur[17], sobre la escritura de la historia en Michel de Certeau[18], sobre la verosimilitud de la narración histórica en Hayden White[19]— por encima de las construcciones prácticas. Pero éstas empiezan a abundar cada vez más, de modo que se puede hablar ya de una nueva corriente historiográfica, aunque se restrinja todavía a los pocos historiadores que representan la arista cortante de la innovación.

Se da la circunstancia, además, de que durante estos años los planteamientos teóricos empiezan a funcionar como verdaderas obras históricas y la comunidad de los historiadores se apropia de obras como la *Metahistoria* de White o el *Tiempo y Relato* de Ricoeur que en otros tiempos hubieran sido consideradas espurias o, todo lo más, se establecerían en los márgenes epistemológicos de la disciplina histórica. De hecho, aunque se reconoce el valor de estos intelectuales, no es sencillo encorsetarlos en una disciplina social o un ámbito epistemológico concreto. Esto se explica en parte por el aumento del interés de los temas estrictamente historiográficos

[15] José E. Ruiz-Domènec, *Ricard Guillem. Un sogno per Barcellona*, Nápoles, 1999.

[16] Mónica Codina, *El sigilo de la memoria. Tradición y nihilismo en la narrativa de Dostoyevski*, Pamplona, 1997, p. 286.

[17] Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, 1983-1985, 3 vols.

[18] Michel De Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, 1975.

[19] Hayden V. White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

y la especificidad y personalidad que esta subdisciplina está adquiriendo progresivamente. No en vano durante estos últimos años se ha verificado la consolidación de un buen número de revistas históricas de prestigio, dedicadas exclusivamente a estos temas de carácter teórico: *History and Theory. Studies in the Philosophy of History* (1960), *Storia della Storiografia. Rivista Internazionale* (1982), *Rethinking History. The Journal of Theory and Practice* (1997), *Rivista di storia della storiografia moderna* (1980), que tiene su continuación en *Storiografia. Rivista annuale di storia* (1997) y *History and Memory* (1989).

Es evidente que la nueva tendencia de la historia narrativa, generada en los años setenta, ha tenido dos consecuencias muy importantes para el desarrollo práctico de la historiografía. En primer lugar, ha representado una alternativa eficaz y una respuesta contundente a la rigidez metodológica de los viejos modelos como el marxismo, el estructuralismo y la historia cuantitativa. En segundo lugar, todo el contexto epistemológico que rodea el retorno de la narración es una de las causas directas de la crisis de la disciplina histórica de los años 80. Las transformaciones epistemológicas de la nueva narrativa son tan profundas porque representan un replanteamiento del modo de hacer historia en tres de sus principales dimensiones: el contenido, el método y el estilo.

Otra de las razones por las que la nueva narrativa es tan eficaz es que, prácticamente por primera vez en la historia de la historiografía, se trata de una corriente que no está restringida ni a un país, ni a una escuela, ni a una institución, ni a una tendencia ideológica, ni a un partido político, ni a una filosofía cerrada. Quizás sea ésta su mayor fuerza y su mayor debilidad, porque es evidente que, a través de un paulatino proceso que dura ya treinta años, la nueva narrativa se ha ido imponiendo en el panorama general de la historiografía. Al mismo tiempo, ha revitalizado y legitimado algunos géneros, como la biografía, que parecían condenados a quedar definitivamente excluidos de la órbita científica.

La consolidación y preeminencia de una nueva corriente histórica suele degenerar en un sectarismo, un narcisismo, un escolasticismo y una autoadulación, que tienen como consecuencia una deslegitimación y rechazo de los historiadores "no alineados". La dispersión geográfica, la diversa procedencia intelectual y la dedicación parcial de los principales historiadores narrativistas —que también suelen cultivar otros géneros históricos— ha posibilitado que la nueva corriente no se haya vuelto rígida. Un significativo ejemplo de que no hay un excesivo apego al propio paradigma es que una de las obras considerada clave en esta tendencia, está asociada a los movimientos postmodernos y no estrictamente a los narrativistas: la obra de Hayden White, *Metahistory: the Historical Imagination in the Nineteenth Century*, publicada en Baltimore

en 1973, fue descubierta por Lawrence Stone unos años después, por la oportuna advertencia de un colega, como él mismo pone de manifiesto en una de las primeras notas de su artículo de 1979[20].

EL VIRAJE METODOLÓGICO: DEL ANÁLISIS A LA NARRACIÓN

La nueva corriente de la historia narrativa tenía algunas peculiaridades que es preciso analizar con detenimiento para no caer en falsas generalizaciones. Por de pronto, se trataba de un conjunto de obras históricas basadas en unos criterios metodológicos más bien espontáneos. No había nada de postulados expuestos sistemáticamente —como sí pueden leerse en algunos de los editoriales programáticos de la revista *Annales*—, no había tampoco nada de ortodoxias metodológicas —como sí se habían creado en el materialismo histórico—, sino simplemente el afán por construir un relato coherente basado en el rigor documental. No se trataba de una escuela, y ni siquiera de una corriente estrictamente historiográfica, sino más bien de una tendencia intelectual que daba unos criterios suficientemente amplios como para no encorsetar la labor de los historiadores en una ortodoxia, pero también lo suficientemente explícitos como para que *a posteriori* se haya podido hablar del movimiento específico de la nueva historia narrativa.

Los nuevos narrativistas no tenían, en efecto, ninguna pretensión de crear una escuela o una determinada corriente historiográfica. Eso era, desde luego, una novedad en la historiografía contemporánea. A partir del historicismo clásico, liderado por Leopold von Ranke, las escuelas y corrientes históricas se habían fundamentado en unos referentes intelectuales determinados: el positivismo histórico-científico que remitía a Comte, el materialismo histórico que remitía a Marx y Engels o los Annales que remitían a Durkheim, Berr, Simiand, Bloch, y Febvre. Por primera vez los referentes eran unos historiadores sin adjetivos. Ahora, la especificidad y legitimidad de la nueva historia narrativa no provenía de unos fundamentos intelectuales referenciales o de unas ideologías determinadas, sino más bien de un grupo de obras históricas sobresalientes que actuaban de modelo sin pretensiones de generar doctrina: las narraciones de Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg o Simon Schama. Junto a ello, es cierto que se fueron construyendo algunos referentes metodológicos, a través de algunas obras colectivas como la coordinada por Richard Rorty y de otras sin-

[20] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", p. 74, nota 2.

gulares como las de Paul Ricoeur y Michel de Certeau y las de los filósofos postestructuralistas como Jacques Derrida o Michel Foucault.

Por otra parte, la superación del viejo paradigma de posguerra remitía a unas temáticas muy diversas de las que se habían cultivado desde los años cuarenta a los sesenta. Interesaba ahora adentrarse en el mundo de las convicciones, de la antropología, de la psicología, en respuesta a una cuantificación deshumanizada. Ese ambiente lo describía con maestría Lawrence Stone en su artículo de 1979: los historiadores de los setenta se interesaban cada vez más en descubrir qué ocurría dentro de las mentes de los hombres del pasado, y cómo era vivir en él, preguntas que inevitablemente conducían al regreso del uso de la narrativa[21].

Los ámbitos intelectuales, psicológicos y culturales ya eran tenidos en cuenta en los años veinte y treinta por historiadores de la talla de Lucien Febvre y Marc Bloch, pero no fueron prioritarios en sus investigaciones. Ellos mismos se dejaron avasallar por una historia económica y social en cuanto a su contenido, estructural en su organización y cuantitativa en su metodología. Ahora, más que a ninguna otra ciencia social, los nuevos narrativistas —y, en general, los historiadores postmodernistas— acudían a la antropología. Esta ciencia social prestaba una ayuda impagable en el enfoque metodológico de los temas que empezaban a generar un mayor interés por aquellos años: los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, los valores y los imaginarios. Los historiadores empiezan a conocer y analizar las obras de antropólogos de la cultura que en otro tiempo hubieran pasado desapercibidos como Edward Evans-Pritchard, Clifford Geertz, Mary Douglas, Marshall Sahlins y Victor Turner e incluso se recuperaban otros, de disciplinas afines, como Norbert Elias y Hans-Georg Gadamer.

No es casual, por tanto, que si la sociología interesó tanto a la generación de historiadores de entreguerras —el influjo de Max Weber y Émile Durkheim fue en ese período muy notable— y la economía interesó tanto a la generación de la posguerra —sobre todo a través del materialismo histórico, el estructuralismo braudeliano y la aplicación sistemática de los métodos cuantitativos—, la antropología fuera ahora considerada la disciplina estrella para los nuevos historiadores de los setenta. Una de las causas del resurgimiento de la narrativa había sido la sustitución de la sociología y la economía por la antropología como la principal ciencia social interlocutora de la historia. Se trataba de la dimensión cultural de la antropología, aquella que se dedica al hombre en su dimensión sociológica y cultural, no tanto en su dimensión metafísica, que queda bajo el ámbito

[21] Lawrence Stone, "The revival of Narrative", p. 85.

de la antropología filosófica. Era una antropología, por tanto, más conectada con la sociología que con la filosofía especulativa.

La antropología cultural, tal como era representada en los años setenta y ochenta por Clifford Geertz[22] y, con un componente histórico más fuerte, Marshall Sahlins[23], se convierte cada vez más en modelo para la investigación histórica. La aparición de la simbología en las obras históricas es una de las notas características de este influjo, porque el modo de trabajar del antropólogo suele seguir este camino. La cultura y las formas de vida se manifiestan en acciones rituales y simbólicas, que van más allá del carácter inmediato de cada una de las intenciones y acciones y que forman un texto —sea escrito o no— que hace posible el acceso a la cultura ajena, al contexto histórico. Sin embargo, el texto puede vaciar de contenido la realidad humana, al reducirla a un mito o símbolo, sin perder la densidad de su significado.

Evidentemente, el resto de las ciencias sociales también influyen, porque los setenta vuelven a ser uno de esos períodos en los que se intensifican las relaciones entre todas las disciplinas que se hallan en su seno. Es el caso de la psicología y el estudio de la dimensión social de los linajes, que se recuperaron —sobre todo a través de la historia de las mentalidades— como unos excelentes complementos para el estudio de las tendencias mentales de una colectividad, la naturaleza de las relaciones familiares, los vínculos emocionales o las relaciones de parentesco. Este último aspecto, por ejemplo, ha dado abundantes frutos, sobre todo en el estudio de las sociedades feudales, como las monografías de Georges Duby[24], José Enrique Ruiz-Domènec[25] o Martin Aurell[26] han puesto de manifiesto.

Todas estas nuevas tendencias vinieron también favorecidas porque los setenta fueron una década en la que los ideales y los intereses más personalizados asumieron la prioridad sobre los asuntos públicos, como resultado del extendido desencanto con respecto a las expectativas de cambio a través de la acción política. Eran los años más duros de la guerra fría, en los que se había demostrado el fracaso del diálogo político entre las dos potencias, agravado por el descubrimiento mutuo de complejas estructuras de espionaje, el escándalo Watergate, el desprestigio de la cla-

[22] Especialmente, Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures. Selected Essays*, Nueva York, 1973 (trad. cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1988).

[23] Marshall Sahlins, *Islands of History*, Chicago, 1985 (trad. cast.: *Islas de la historia: la muerte del capitan Cook. Metáfora, antropología e historia*, Barcelona, 1988).

[24] Georges Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1979.

[25] José E. Ruiz-Domènec, *La caballería o la imagen cortesana del mundo*, Génova, 1984.

[26] Martin Aurell, *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, 1995.

se política, la guerra de Vietnam y el descrédito de las justificaciones patrióticas de la violencia. Al mismo tiempo, las revoluciones estudiantiles de los años sesenta habían puesto el énfasis en el individuo más que en las colectividades. Las ideologías empezaban a entrar en crisis a favor del pragmatismo político, económico y social.

El contexto histórico interaccionaba, una vez más, con el texto histórico, con la evolución de la historiografía. A la supremacía del individuo sobre la sociedad se le añadió también el interés por el acontecimiento sobre la estructura. La aparición en 1973 de un libro de Georges Duby centrado simplemente en un acontecimiento —la batalla de Bouvines— supuso una gran sorpresa para la comunidad historiográfica, pero su notable oportunidad y eficacia han cobrado toda su dimensión con el paso del tiempo. Duby se refería a un acontecimiento singular... ¡y a una batalla!: un guiño a la historiografía más tradicional que no pasó desapercibido a los historiadores del momento. Al mismo tiempo, en ese relato desarrollaba una metodología totalmente renovada. El historiador francés tampoco tuvo empacho en hacer aparecer, en el mismo título del libro, la fecha exacta del acontecimiento: 27 de julio de 1214[27]. Se trataba de una llamada de atención contundente al paradigma de posguerra, que habían pretendido desterrar definitivamente el *evento* de la comunidad historiográfica, ahogándolo entre las estructuras, los modelos y las estadísticas.

Respecto a los temas, también se preconizaba una vuelta a la historia intelectual, que reaccionaba frente a la antigua historia de la filosofía y de las ideas. Estas corrientes se centraban en el estudio de los grandes libros o los grandes autores, que eran abstraídos de su verdadero contexto. Ahora estaban siendo sustituidas por los trabajos dedicados a la reconstrucción del contexto y de los significados precisos de las palabras y las ideas del pasado, mostrando cómo éstas han evolucionado a lo largo de la historia. Se difunden así nuevos ámbitos temáticos como la historia de los libros, la cultura literaria, la alfabetización, que fueron cultivados con tanto ahínco por los historiadores de las mentalidades[28].

En este nuevo contexto histórico e historiográfico, la historia buscó y encontró un lenguaje más inteligible, no enclaustrado en un argot profesional hermético e iniciático. Los historiadores cuantitativistas, analíticos y estructurales se encontraron, en los años setenta, que hablaban cada vez más para sí mismos y para nadie más. Sus resultados aparecían sólo en

[27] Georges Duby, *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973.

[28] François Furet y Jacques Ozouf, *Lire et écrire: L'alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, París, 1977; Robert A. Houston, *Literacy in Early Modern Europe. Culture and Education 1500-1800*, Londres, 1988; David Vincent, *Literacy and Popular Culture. England, 1750-1914*, Cambridge, 1989.

revistas profesionales, adquiridas exclusivamente por las bibliotecas universitarias y especializadas. Sus intensos debates no trascendían el ámbito académico. Pero el éxito que tenían revistas de historia como *History Today* en Inglaterra y *L'Histoire* en Francia, demostraba que existía un amplio auditorio dispuesto a acceder a las nuevas divulgaciones históricas.

Se buscaron temas que tuvieran mayor relevancia en la vida de las personas que las gestas de los monarcas, presidentes y generales difuntos. Por esto se recurrió al estudio de la naturaleza del poder y sus mecanismos de funcionamiento, la autoridad y el liderazgo carismático, la relación de las instituciones políticas con las normas sociales implícitas y los sistemas de valores; la función de las elites; las actitudes respecto a las diversas etapas de la vida: la niñez, la juventud, la ancianidad, las enfermedades y la muerte; el nacimiento y el matrimonio; el trabajo, el ocio y el consumo ostentoso; la relación entre la religión, la ciencia y la magia como modelos explicativos de la realidad; la intensidad y la dirección de emociones tales como el amor, el miedo y el odio; los efectos de la alfabetización, la educación, los modos de mirar el mundo a través de ellas; las agrupaciones sociales como el parentesco, la familia, la comunidad, la nación, la raza; la fuerza y el significado del ritual, el símbolo y la costumbre como formas de cohesión de una comunidad; los enfoques morales y filosóficos con respecto al crimen y al castigo; las pautas de la tolerancia y las explosiones del igualitarismo; los conflictos estructurales entre los grupos o las clases con *status*; los medios, las posibilidades y las limitaciones de la movilidad social; la naturaleza y la importancia de la protesta popular y las expectativas milenarias; el cambiante equilibrio ecológico entre el hombre y la naturaleza; las causas y los efectos de las enfermedades[29].

ITINERARIOS DE LOS NARRATIVISTAS

En este nuevo contexto historiográfico, la tendencia de los historiadores a primar la narración por encima del análisis había dejado de ser considerada como un síntoma de falta de rigor científico. Aparecían reseñas en las que se alababa —como no se hacía desde muchos años atrás— la construcción de una estructura narrativa atractiva y coherente.

Los historiadores de las mentalidades se incorporaron en parte a esta tendencia, algo que hicieron compatible con su programa de renovación desde la tradición. Son ellos los que recuperan algunos trabajos apareci-

[29] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", pp. 87-88.

dos años atrás, como los que publicó Norbert Elias durante los años treinta sobre el proceso de la civilización. Se publican algunos estudios sobre temas muy tradicionales, a los que se les da un tratamiento renovado y más discursivo, como las historias de Francia de Theodore Zeldin[30] o Robert Mandrou[31]. La muerte se constituye, en este contexto, como un tema estrella, destacando como modélicos los trabajos de Philippe Ariès[32], Michel Vovelle[33] y Jacques Chiffoleau[34].

El itinerario intelectual del prolífico Jean Delumeau es un paradigma de la evolución de los intereses temáticos de la historiografía de los años sesenta y setenta. Inició su sugerente singladura en 1962, con la publicación de una monografía sobre un producto económico, el alumbre[35]; continuó en 1969 con un estudio sobre una sociedad, la ciudad de Roma[36]; en 1971 se introdujo en el ámbito de la religiosidad, a través del análisis de los procesos heterodoxos del catolicismo[37]; derivó después, en 1976, hacia el estudio de los comportamientos colectivos en el Pays de Cocagne[38]; y, por fin, en 1978 apareció su obra más representativa, la monografía dedicada a una emoción, el miedo[39].

Uno de los ámbitos más característicos y sintomáticos de la nueva narrativa fue la aparición de monografías centradas en un sólo acontecimiento o individuo. Georges Duby lo hizo con Bouvines en 1973, Carlo Ginzburg con el molinero heterodoxo en 1976 y Natalie Z. Davis con el impostor Martin Guerre en 1982. El retorno triunfal de género biográfico está relacionado con esta tendencia, pero ni Ginzburg ni Davis tenían interés en hacer una biografía, estrictamente hablando, de Menocchio o de Martin Guerre. Ellos pretendían algo más que un estudio psicológico o histórico de su personaje. Querían estudiar una época, un contexto, a través de un personaje singular. De ahí que estos dos libros también se citen como referentes modélicos de la microhistoria.

[30] Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, Oxford, 1973, y *A Intimate History of Humanity*, Londres, 1995.

[31] Robert Mandrou, *Introduction à la France Moderne (1500-1640)*, París, 1961.

[32] Philippe Ariès, *L'homme devant la mort*, París, 1977.

[33] Michel Vovelle, *La mort et l'Occident, de 1300 à nos jours*, París, 1983.

[34] Jacques Chiffoleau, *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du moyen age (vers 1320-vers 1480)*, Roma, 1980.

[35] Jean Delumeau, *L'Alun de Rome, XVe-XIXe siècle*, París, 1962.

[36] Jean Delumeau, *La vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, París, 1969.

[37] Jean Delumeau, *Le catholicisme entre Luther et Voltaire*, París, 1971.

[38] Jean Delumeau, *La Mort des pays de Cocagne. Comportements collectifs de la Renaissance à l'âge classique*, París, 1976.

[39] Jean Delumeau, *La peur en Occident, XIVe-XVIIIe siècles. Une cité assiégée*, París, 1978.

Cuando se trataba de estudios de temas más acordes con la tradición, como el Montaillou de Le Roy Ladurie, entonces se procuraba divagar por el interior de las mentes de los componentes de esa sociedad. No tiene otra explicación, de otra parte, el formidable éxito de ventas de la obra de Le Roy, publicada en 1975, que se mueve entre el relato histórico, antropológico y literario y la encuesta periodística[40].

Incluso los historiadores abanderados del viejo paradigma de posguerra se apuntaban tímidamente a las nuevas tendencias. Edward Thompson, el principal exponente del materialismo histórico británico, se distrajo construyendo un relato sobre la lucha entre los cazadores furtivos y las autoridades en el bosque de Windsor durante el siglo XVIII, con la intención de reforzar —eso sí— sus tesis sobre el enfrentamiento entre patricios y plebeyos[41]. Eric Hobsbawm dedicó unos meses a redactar un estudio, reeditado con éxito en 1979, sobre la vida de los bandidos y rebeldes, en una sociedad que sobre todo había conocido a través de sus clases sociales nucleares, nunca en sus márgenes[42]. Carlo Cipolla publicó ese mismo año 1979 un libro sobre las cuestiones médicas, abandonando provisionalmente su prioritaria dedicación a la historia económica más clásica, más preocupada por los ciclos, las tendencias y las crisis que por los aspectos psicológicos y humanos[43].

Pero aparecieron también nuevos nombres. Keith Thomas publicaba en 1971 diversos relatos sobre el desarrollo de la magia y religión y su función dentro de las sociedades[44]. Junto a ella, aparecieron otras obras del mismo tema, muy relacionadas también con la historia de las mentalidades, como las del danés Gustav Henningsen o el español Jaime Contreras[45]. El mismo Lawrence Stone —que no sólo realizó el mejor diagnóstico sobre esta corriente, sino que también se animó a experimentarla— se lanzó al estudio de las transformaciones en la vida emocional de la familia inglesa de los siglos modernos, en un volumen publicado en 1978[46]. Un año más tarde, Robert Darnton publicó una monografía dedicada al análisis del proceso de publicación y divulgación de la *Encyclopédie* y la propagación del pensamiento de la Ilustración[47]. Cinco años más tarde, el propio Darn-

[40] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, 1975.

[41] Edward P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Nueva York, 1975.

[42] Eric J. Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing*, Nueva York, 1979 (Trad. cast.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, México, 1978).

[43] Carlo M. Cipolla, *Faith, Reason and the Plague in Seventeenth Century*, Ithaca, 1979.

[44] Keith V. Thomas, *Religion and the Decline of Magic*, Nueva York, 1971.

[45] Gustav Henningsen, *The Witches' Advocates. Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition (1609-1614)*, Reno, 1980; Jaime Contreras, *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia 1560-1700. Poder, sociedad y cultura*, Madrid, 1982.

[46] Lawrence Stone, *Family, Sex and Marriage in England*, 1500-1800, Nueva York, 1978.

[47] Robert Darnton, *The Business of the Enlightenment*, Cambridge, Mass., 1979.

ton completaba su apuesta por el narrativismo al construir un relato en torno a un tema que habría escandalizado a los representantes del paradigma de posguerra por su aparente falta de representatividad: *The Great Cat Massacre* (1984)[48]. Los estudios de Carl E. Schorske sobre Viena y de Lionel Gossman sobre Basilea son una continuación de estas tendencias, donde la literatura y la historia transitan por el mismo camino[49].

Las nuevas narraciones se interesan por los personajes anónimos de la historia, más que por los notorios política o socialmente. El análisis es tan importante como la descripción, con lo que hay un salto continuo entre ambos dentro de una misma obra, algo desaliñadamente. Se buscan nuevas fuentes que permitan construir verdaderos relatos. Se privilegian los documentos que son fruto de las disputas judiciales, los protocolos notariales, los procesos de la Inquisición o las memorias personales. Se cuentan relatos, pero de modo diferente al tradicional, a como lo habían hecho Homero, Dickens o Balzac. Se acercan posiciones con los novelistas más recientes: Peter Burke recordó, con acierto, que la madre de Carlo Ginzburg, era una gran escritora (Natalia Ginzburg). Se asumen modelos de la novela moderna y de las ideas freudianas con el fin de explorar cuidadosamente el subconsciente en lugar de apegarse a los hechos desnudos. Bajo el influjo de los antropólogos sociales, se intenta partir del comportamiento humano para revelar el significado simbólico de los gestos, las acciones y las palabras. No se trata sólo de contar el relato acerca de una persona singular, un juicio, un episodio dramático, porque no se busca lo que representan en sí mismos sino lo que simbolizan, lo que significan y la luz que arrojan sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado. Pero sus interpretaciones van muchas veces más allá de la realidad histórica: es lo que ocurre, como muchos críticos han puesto de relieve, con el Menocchio de Ginzburg, que no es precisamente el paradigma del campesinado italiano del siglo XVI.

En la práctica, no se puede afirmar que la producción de textos de historia narrativa haya sido ni mucho menos hegemónica durante los años setenta. Pero ha bastado un puñado de obras sobresalientes para marcar la vanguardia de la profesión histórica, que es, a fin de cuentas, la que indica la dirección de las tendencias historiográficas. Por ejemplo, entre los mejores experimentos narrativos recientes están las obras de algunos antropólogos recientes, como Marshall Sahlins, su hijo Peter Sahlins y, sobre

[48] Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984.

[49] Carl E. Schorske, *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture*, Londres, 1979; ver también el significativo ensayo de Lionel Gossman, *Between History and Literature*, Cambridge, 1990.

todo, Richard Price[50]. La innovación, aunque al principio sea residual, es la que abre nuevos caminos y posibilita orientaciones metodológicas y epistemológicas que enriquecen y ponen al día la investigación.

* * *

Los cambios experimentados por el panorama contextual e intelectual de los años setenta, asociados al giro narrativo, influyeron profundamente en la historiografía y, por tanto, abrieron una nueva etapa: un auténtico giro copernicano de la historiografía. Los cambios afectaron tanto a la temática como a la metodología y a la orientación de los estudios históricos.

En primer lugar, las nuevas tendencias preconizaban una mutación de naturaleza muy profunda en los parámetros historiográficos: en el problema histórico central, se priorizaba el hombre en sus circunstancias y no tanto las circunstancias del hombre; en los problemas estudiados, se abandonaba lo económico y demográfico por lo cultural y emocional; en las fuentes primarias de influencia, dejaban de ser referencias obligadas la sociología, la economía y la demografía y se derivaba hacia lo cultural y emocional; en la temática, se analizaba el individuo más que el grupo; en los modelos explicativos sobre las transformaciones históricas, se realzaba lo interrelacionado —y, por tanto, se apostaba decididamente por la interdisciplinariedad y la pluridisciplinariedad— sobre lo estratificado y monocausal; en la metodología, se desprestigiaba la cuantificación del grupo a favor de los ejemplos individuales y singulares; en la organización del relato, se priorizaba lo discursivo por encima de lo descriptivo; en la misma conceptualización de la función del historiador, se destacaba lo literario por encima de lo científico[51].

Pero la aplicación y la consolidación de todas estas ideas fueron mucho más traumáticas de lo que cabría esperar. Si triunfó una revolución historiográfica, fue sólo después de un período de crisis por el que transitó la disciplina histórica durante los años ochenta. Fue entonces cuando se planteó, con toda su hondura, el debate que había estado implícito durante los años setenta: la función de la historia en el ámbito de las ciencias sociales y la verdadera naturaleza del conocimiento histórico.

[50] Richard Price, *Alabi's World*, Baltimore, 1990; Peter Sahlins, *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, 1991.

[51] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", p. 96 (cito casi textualmente).

VII. LA CONMOCIÓN DE LOS OCHENTA

Los dos giros historiográficos analizados en los capítulos anteriores —el lingüístico y el narrativo— representaron un cambio de orientación historiográfico tan profundo que provocaron, a principios de los años ochenta, fuertes turbulencias en el seno de la disciplina histórica. Lo que vulgarmente se denominó en aquellos años como la *crisis* de la historia tiene su fundamento en las repercusiones que había tenido la pérdida de la seguridad que —dentro de sus limitaciones— proporcionaban los exhaustos modelos asociados al paradigma de posguerra. Durante los años ochenta poco quedaba ya, en efecto, del materialismo histórico, como no fueran los restos generados por algunos anacronismos causados por determinados desencajes culturales —el caso de la rezagada historiografía española es en este sentido paradigmático— o los debates formales y sin vida que todavía se intentaban animar desde algunas historiografías ortodoxas de los países del Este de Europa. Esto fue compatible con la renovación de la historiografía marxista, sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos, con los *Workshops* de Ralph Samuel y los *Cultural Studies* de Raymond Williams.

Por un lado, los *viejos* historiadores narrativos, fundamentalmente biógrafos políticos, siguieron con su trabajo, pero quedaron apeados del tren de la innovación. Coincidían en algunas temáticas con la nueva historia narrativa, pero no en su enfoque globalizante. Por otro lado, los estudios analíticos estructurales sobre fuerzas impersonales seguían publicándose, sin disminuir su calidad (como se pone de manifiesto, en Estados Unidos, en la fuerza de la *Social Science History Association*), aunque quedaron como exponentes algo anacrónicos. Además, buena parte de estos intentos eran complementados por los estudios prosopográficos, que se han consolidado hoy en día como unos excelentes métodos para la construcción de biografías colectivas[1].

Al mismo tiempo, las transformaciones de los años setenta habían desencadenado también la desaparición definitiva de las llamadas escuelas o

[1] Como lo demuestra, por ejemplo, la pujante revista *Medieval Prosopography. History and Collective Biography*, editada en la Western Michigan University desde 1980.

tradiciones nacionales. Si la tradición alemana había llevado la voz cantante en el siglo XIX con el historicismo y la tradición francesa podía enorgullecerse de haber generado en su seno la escuela más influyente desde el punto de vista estrictamente historiográfico del siglo XX, había ahora un hueco hegemónico por llenar que, sencillamente, no fue ocupado por nadie. Los procesos de globalización, que fueron afectando paulatinamente todas las esferas de la realidad, se experimentaron también en la disciplina histórica. Quizás por este motivo, es la integradora y ecléctica tradición historiográfica norteamericana la que lleva hoy la voz cantante.

Si el alemán era el idioma de la historia en el diecinueve y el francés lo había sido en el veinte, el inglés tomaba definitivamente la delantera, no sólo por el aumento del dinamismo de la historiografía norteamericana —siempre tan atenta a tender puentes con las demás ciencias sociales—, sino por el sencillo hecho de que era asimilado en el panorama historiográfico internacional como una verdadera lengua universal sin vinculación estricta con ningún país. La globalización se hacía cada vez más notoria, al incorporarse otras tradiciones historiográficas como la oriental.

Caídos definitivamente en desuso los modelos del paradigma de posguerra, iniciada la experimentación con la historia narrativa, desaparecidas prácticamente las tradiciones nacionales hegemónicas, ¿qué pasó con la historiografía durante los años ochenta y noventa? La historia ha buscado, desde entonces, una especie de tercera vía, que pretendía una síntesis entre el viraje cultural de la historia de las mentalidades y el viraje lingüístico de la nueva historia narrativa. Esta tercera vía se concretó, no sin dificultades, en algunos ámbitos de estudio —más que en unas tendencias determinadas— que están presentes hoy en día, de uno u otro modo, en el panorama historiográfico, como la microhistoria, la nueva historia política, la nueva historia cultural, la historia social del lenguaje o la historia religiosa. Pero antes de que esas nuevas tendencias se asentaran definitivamente, la historia tuvo que pasar un doloroso período de turbulencias durante los años ochenta. Puestos en duda los mismos fundamentos de la disciplina, la temida *crisis* se asentó en su seno por un tiempo.

LA CRISIS DE LA DISCIPLINA HISTÓRICA

La crisis de la disciplina histórica durante los años ochenta tiene dos raíces: por un lado, la "amenaza" del relativismo, que puso en duda la posibilidad del conocimiento histórico objetivo; por otro, la desorientación de la disciplina histórica, que buscaba su lugar en el ámbito de las ciencias sociales tras apostar decididamente por un lenguaje verdaderamente

humano, propio de esas ciencias, en lugar del científico, propio de las ciencias experimentales. Estos dos frentes de la crisis estuvieron azuzados continuamente por la progresiva implantación de todo ese conjunto de tendencias que constituyen el postmodernismo, que afectó al entero campo de las ciencias sociales y especialmente a la historia.

Durante los años setenta, los historiadores habían sido ilusionados testigos de la sustitución del paradigma de la estadística y la serialidad por el del relato y el hecho singular y, junto a ello, de la recuperación del relato como fundamento de la construcción de *una* historia y de *la* historia. Pero, de repente, en un movimiento irreflexivo del que comprueba sorprendido la velocidad que ha cogido, se experimentó un momento de mirar hacia atrás y dudar de la validez de los nuevos experimentos narrativos. Persistía, por tanto, una duda: la argumentación mediante ejemplos selectivos, ¿es científicamente convincente?, ¿no se trata simplemente de un recurso retórico?, ¿tiene validez como método racional?

La paradoja del método histórico estalló con toda su fuerza a principios de los años ochenta. Carlo Ginzburg había declarado poco antes: "desde Galileo, el enfoque cuantitativo y antiantropocéntrico sobre las ciencias de la naturaleza ha colocado a las ciencias humanas en un desagradable dilema, ya que deben adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcance resultados que no tengan gran importancia"[2]. La historia de la disciplina histórica es, en parte, una oscilación entre un extremo y otro. Durante los años setenta, el desencanto respecto al segundo enfoque —la adopción de un criterio científico firme aun a costa de la pérdida de relevancia de los resultados— trajo consigo un regreso al primero —la adopción de un criterio científico poco sólido en vistas a obtener resultados significativos desde el punto de vista de las ciencias humanas.

Ciertamente, todo el que se haya enfrentado a una investigación histórica de calado podría suscribir, de un modo u otro, las palabras de Carlo Ginzburg. El historiador se mueve, en efecto, entre la impersonalidad de las estadísticas —que le otorgan legitimidad científica pero le desvían de su verdadero objeto y le hacen optar por un lenguaje esquemático— y la exposición de casos aislados, que le hacen perder rigor científico por su falta de representatividad pero le hacen ganar en cercanía a su objeto principal y le acercan a un lenguaje verdaderamente "humano".

[2] Carlo Ginzburg, "Roots of a Scientific Paradigm", *Theory and Society*, 7 (1979), p. 276, citado en Lawrence Stone, "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en *El pasado y el presente*, Mexico, 1986, pp. 117-118.

Probablemente sea ésta una de las claves de la crisis por la que pasó la disciplina histórica. Los ejercicios retóricos y teóricos de los historiadores de los setenta y ochenta pusieron de manifiesto que, dada la imposibilidad de plantearse radicalmente el problema del *contenido* del pasado, había que centrar el debate en la *forma* con que el historiador intenta acceder a ese pasado y lo re-crea a través de una nueva narración. Entre esos trabajos teóricos destacaba el conjunto de ensayos *The Content of the Form* de Hayden White, publicado en 1989. Desde luego, uno de los logros más significativos de este volumen es su mismo enunciado, cuyo significado más profundo remite a todo el debate acerca de la verdadera naturaleza del conocimiento histórico. White se posicionaba así a favor de los *formalistas*, pero con una importante matización, que es precisamente la que daría un verdadero *contenido* a esa *forma*. El giro postmoderno era llevado hasta el paroxismo.

No habría que preguntarse, por tanto, si es posible un conocimiento histórico objetivo, sino más bien si es legítimo un determinado método que nos lleve a una más o menos aproximada re-lectura de la historia. La realidad histórica es inabarcable, como lo es la misma realidad. Sin embargo, algunos planteamientos menos radicales y más posibilistas —como el de la hermenéutica de Paul Ricoeur— han matizado las posturas más relativistas y han reconocido el valor fundamental del relato como mediador de la realidad histórica, al tiempo que han abogado por la posibilidad de recuperar la realidad histórica a través de sus improntas[3].

En el fondo de estos planteamientos subyace la realidad de que cada vez le resulta más difícil a la historiografía distinguir lo central de lo excéntrico, lo sustancial de lo accidental. En este sentido, la narración de lo singular debe venir acompañada de los matices que nos permitan descubrir su relación con los aspectos esenciales de la cultura a la que pertenece su contexto. Eso es, al menos, lo que han intentado realizar los experimentos microhistóricos, tan familiarizados con la documentación judicial. Quizás las personas llevadas a un tribunal son atípicas o marginales, pero no el mundo exhibido por su testimonio, que puede darnos las claves de una cultura determinada. No importa tanto el excéntrico o inusual comportamiento de los imputados como su visión del mundo y sus opiniones. Para la interpretación de los fenómenos aislados, el historiador precisa de su experiencia de la historia contextual de la sociedad, la economía y la cultura, y ahí es donde verdaderamente legitima su discurso.

[3] Para entender esta compleja cuestión, me parece fundamental el sugerente ensayo de François Dosse, *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, 2001. Ver también su *L'empire du sens: l'humanisation des sciences humaines*, París, 1995.

Otra cosa muy diferente, y en eso hay que realizar una crítica a algunos experimentos historiográficos postmodernos, es confundir lo singular con lo extraño, como suele suceder con los trabajos que se reducen excesivamente a la búsqueda de lo que llama la atención —la violencia, la prostitución— y no tanto a lo representativo. El problema se plantea, en definitiva, cuando el historiador se deja llevar por otros referentes diferentes de la sobria búsqueda de la realidad histórica y se alía momentáneamente con campos ajenos a su ámbito, al encuentro de una reputación notoria pero efímera.

El otro gran frente de la crisis de la disciplina histórica durante los recientes años ochenta fue el del debate entre la historia y las ciencias sociales[4]. Durante los años setenta, la historia había centrado la atención en el resurgimiento de la narrativa, como alternativa a los lenguajes esquemáticos de posguerra. Esta tendencia requería el dominio de un lenguaje cercano a las ciencias sociales como la sociología, la antropología, la psicología y la lingüística, junto al de la propia historia. En este sentido, en la desorientación de los años ochenta hay algo de crisis de identidad de la historia respecto a las demás ciencias sociales. El flujo comunicativo con las ciencias sociales fue enormemente enriquecedor para la historia —y lo sigue siendo— pero planteó en su seno un serio debate respecto a la verdadera naturaleza de sus objetivos. Si la historia es cada vez más narrativa, pierde estatuto científico y, por tanto, queda en parte deslegitimada su aportación específica al entero campo de las ciencias sociales. Pero, al mismo tiempo, la historia aporta a las ciencias sociales unas notas de absolutización y totalidad, a través de una visión integrada del pasado, que ninguna de ellas es capaz de alcanzar por sí sola. La historia llega a sus objetivos a través de la diacronía; la antropología y la sociología, a través de la sincronía. ¿Cuál de las tres es la *reina* de las ciencias sociales en el nuevo panorama? ¿O hay una reina y un príncipe consorte? No en vano hay también durante los años ochenta un *historical turn* en el ámbito de las ciencias sociales...

Todos estos son problemas que siguen hoy en día planteados, aunque evidentemente la intensidad del debate se ha atemperado ante la resolución de alguno de los problemas epistemológicos que se pusieron de manifiesto con tanta crudeza aquellos años. Hoy en día nadie duda de la eficacia del resurgimiento de los métodos narrativos, que se ven como un camino providencial a través del cual la historia ha conseguido no sólo recuperar la conexión con el lenguaje del pasado, sino también con el lenguaje del presente. Junto a los evidentes efectos terapéuticos de la narrativización, tam-

[4] José E. Ruiz-Domènec, *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, 2000, pp. 17-20.

bién cabe destacar la benéfica función que desplegaron las *nuevas* historias a partir de los años ochenta. Sin embargo, no todo son novedades durante estos años. Como siempre, esos movimientos de "ida" conviven con otros que están de "vuelta", que viven más de la inercia que de un empuje inicial. Tal vez el caso más característico es el de la llamada "cuarta generación de los Annales", que merece un análisis específico. Al mismo tiempo, este es, sin duda, un buen momento para realizar un balance de conjunto de la trayectoria de la escuela de los Annales y preguntarse por su futuro, en un contexto de declive del modelo de las escuelas nacionales.

EL LEGADO DE LOS ANNALES

En los años de la fundación de los Annales, durante la época de entreguerras, hubo muchos intentos de renovar la ciencia histórica, desde el campo de la filosofía de la historia (Croce, Collingwood), desde la geografía (Vidal de la Blache); desde la sociología (Max Weber y Émile Durkheim) o desde la elaboración de los grandes trabajos de conjunto, como la colección histórica *La evolución de la humanidad*, dirigida por Henri Berr. Sin embargo, fue la escuela de los Annales la única que consiguió renovar la disciplina histórica *desde dentro* y a través de un proyecto duradero, que se extendería prácticamente hasta los años ochenta.

Dentro de sus limitaciones lógicas, cabe atribuir a los Annales la virtud de haber mantenido una relativa independencia respecto al materialismo histórico, cuando éste se erigió como la corriente hegemónica en el panorama historiográfico internacional. Pero ya antes de la Segunda Guerra Mundial se habían producido los primeros encuentros entre ambos modelos[5]. En el debate sobre el determinismo, Lucien Febvre era demasiado voluntarista como para dejarse llevar por el criterio marxista del determinismo económico. Marc Bloch era más moderado, pero tenía una concepción de la historia tan plural, donde intervenían todos los ámbitos de la realidad, que no podía ceder ante el predominio de los fenómenos económicos preconizada por el marxismo. En la segunda generación, Braudel se dejó llevar ciertamente por el determinismo geográfico y Labrousse por el económico, pero ambos siguieron las vías más particulares y originales del estructuralismo. En la tercera generación, la misma pluralidad de los temas determinó un regreso hacia el voluntarismo de los primeros Annales.

[5] La voz autorizada de François Dosse defiende la continuidad de los postulados de la escuela a lo largo del siglo veinte, aun por encima de sus evidentes rupturas: François Dosse, *New History in France. The Triumph of the Annales*, Chicago, 1994 (1987), pp. 215-216.

Por otra parte, la interdisciplinariedad y la pluridisciplinariedad abogadas por los fundadores de la escuela estuvieron siempre presentes entre los principales postulados de los Annales[5]. Los tres niveles estructurales de Braudel eran, de hecho, la mejor materialización de este recurso a las ciencias sociales: el primer nivel se basaba en la geografía de un Vidal de la Blache, el segundo en la sociología de Durkheim y el tercero en el imperio de los acontecimientos y la historia política y diplomática, la gran herencia del historicismo clásico alemán, sistematizada y heredada luego en Francia a través de Seignobos. La continuidad de la escuela a lo largo del siglo XX está basada en buena medida en esta capacidad de diálogo interdisciplinar. Esto es compatible con el hecho de que cada generación de los Annales parta de una concepción diferente del hombre: vital en la primera, estructural e inmóvil en la segunda y nuclear en las *mentalités* de la tercera.

En la evolución de la escuela hay tres años claves: 1929, fundación de la Escuela y desarrollo de la historia totalizante de Febvre y Bloch; 1956, muerte de Febvre e inicio del predominio de la segunda generación, de la historia socioeconómica, de la serialidad y del estructuralismo braudeliano; 1969, *coup d'état* de la tercera generación e introducción de los postulados de la historia de las mentalidades y regeneración del diálogo con la antropología, la lingüística y otras ciencias sociales.

A partir de finales de los sesenta Braudel se desentendió de las guerras de escuela desatadas en el interior de los Annales, lo que representó de hecho su renuncia a la contienda por el liderazgo. Unas luchas intestinas que, por otra parte, él había mantenido ferozmente durante la década anterior. A partir de entonces, se centrará en sus siguientes grandes proyectos: el análisis de la civilización material y el capitalismo y el de su inacabada historia de Francia. La generación de los Fernand Braudel, Charles Morazé y Georges Friedmann pasa el testigo a la de los Marc Ferro, Jacques Revel, Emmanuel Le Roy Ladurie, André Burguière, François Furet, Jacques Le Goff o Georges Duby.

EL DECLIVE DE LAS ESCUELAS NACIONALES

Habría que añadir una cuarta fecha fundacional de los Annales, la de 1994, cuando la revista adquiere su denominación actual —*Annales. Histoire, Sciences Sociales*—, lo que para algunos representa el inicio de la cuarta generación. Considerar que hay una nueva generación es quizás forzar demasiado las cosas: en el estado actual de desintegración de escuelas nacionales no tiene demasiado sentido hablar de la continuidad de

esta corriente historiográfica francesa. Sin embargo, el *turning point* de 1994, iniciado en 1988, es el más importante de la escuela de los Annales desde 1945 y tiene además notables virtualidades historiográficas.

Algo más difícil de establecer es lo que representa en la actualidad la escuela de los Annales. En primer lugar, cabría preguntarse si esa escuela todavía sigue viva. Algunos han pretendido referirse a la existencia de una cuarta generación, que arrancaría del manifiesto que apareció en el prólogo del fascículo segundo de los Annales de 1988, que llevaba el expresivo título "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?"[6]. El texto parece haber sido redactado por Bernard Lepetit y Jacques Revel y representa un golpe de timón, un *tournant critique*, que sustituyera a aquel otro giro cultural que, a finales de los años sesenta, había dado paso a la tercera generación[7].

A mi entender, ya no se puede hablar de una cuarta generación, aunque algunos señalan a Roger Chartier o Alain Corbin como algunos de sus representantes[8]. Los síntomas de dispersión de la escuela son bien elocuentes, como lo pone de manifiesto la falta de referentes metodológicos aglutinantes de su principal órgano de expresión, la revista. Por otra parte, los últimos diagnósticos sobre la historiografía francesa han puesto de manifiesto de modo bien patente la dispersión de las diversas tendencias que conviven en la actualidad, como el auge de la historia narrativa inspirada en la obra filosófica de Paul Ricoeur[9], el influjo de la nueva historia cultural[10] o lo que François Dosse ha denominado la "pluralización de las temporalidades"[11].

Este nuevo panorama provoca que ya no se pueda hablar de escuelas historiográficas nacionales sino de tendencias, dominadas más por las especulaciones teóricas que por esas grandes obras de referencia que son asumidas genéricamente como modelos, como lo fueron en su día las monografías de Marc Bloch sobre la sociedad feudal (1939-1940), de Braudel sobre el Mediterráneo (1949) o de Georges Duby sobre el Maconnais (1953). Quizás la desaparición de los modelos de las grandes monografías haya sido causada en buena medida por un fenómeno institucional:

[6] Publicado en *Annales*, 43 (1988), nº 2 (marzo-abril), pp. 291-293.

[7] Bernard Lepetit, "Histoire des pratiques, pratique de l'histoire", en Bernard Lepetit, ed., *Les formes de l'expérience. Un autre histoire sociale*, París, 1995, pp. 9-22.

[8] Jean-Pierre Hérubel, "The Annales: its History and Evolution", en Jean-Pierre Hérubel, ed., *Annales Historiography and Theory. A Selective and Annotated Bibliography*, Londres, 1994, pp. 1-13.

[9] Una reciente lectura del filósofo de la historia Paul Ricoeur en Vicente Balaguer, *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricoeur*, Pamplona, 2002.

[10] Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, 1989.

[11] François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, 1997.

la desaparición de la tesis de doctorado de Estado en Francia. Por otra parte, la prematura muerte de Bernard Lepetit en 1996[12] provocó una cierta desorientación en los verdaderos objetivos de la escuela, que sólo los planteamientos teóricos de Roger Chartier o los acertados diagnósticos de Gérard Noiriel han podido atenuar[13].

Paralelamente a este declive de la escuela de los Annales, otras vías se han ido abriendo en la historiografía francesa, como la nueva historia política y la historia de la religiosidad. Sin embargo, será preciso todavía un tiempo de asimilación reflexiva de las transformaciones actuales para encontrar de nuevo su lugar en la historiografía occidental. Todo ello se enmarca, sin lugar a dudas, en la decadencia del modelo de la "escuelas nacionales", que ha funcionado en la historiografía de los siglos XIX y XX, pero cuya vigencia es muy dudosa en el panorama actual.

[12] Ver su volumen póstumo, donde se recogen algunas de sus aportaciones teóricas más interesantes, en Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, 1999.

[13] Roger Chartier es quizás el "annalista" con mayor influjo hoy en día sobre todo a través de su idea de la "representación" como forma esencial de percibir el mundo: Roger Chartier, *Cultural history. Between Practices and Representations*, Cambridge, 1988 (recopilación de artículos publicados entre 1976 y 1986). De Gérard Noiriel, ver su diagnóstico *Sur la «crise» de l'histoire*, París, 1996.

VIII. LAS *NUEVAS* NUEVAS HISTORIAS

A mediados de los años ochenta, la historiografía parecía sumida en el callejón sin salida a que le había abocado un discurso teórico excesivamente relativista y la pérdida de su lugar en el ámbito de las ciencias sociales. No sólo se trataba de una sensación. A la desaparición de los grandes referentes dogmáticos que representaban las escuelas del materialismo histórico, los Annales y el omnipresente método cuantitativo, se unía la falta de referentes alternativos claros. Las temáticas y las metodologías divergían de tal modo que era difícil tocar suelo firme en el campo de la investigación histórica. La experimentación de las dificultades epistemológicas de la historia y la finiquitación de las escuelas nacionales fueron dos procesos simultáneos, que hicieron aumentar la sensación de orfandad de la disciplina histórica.

Sin embargo, por aquellos años se fueron generando, de modo casi imperceptible, unas nuevas tendencias, basadas en una "renovación desde dentro" y una "recuperación renovada" de las corrientes historiográficas más tradicionales. Ellas aportaron, no teorizando sino historiando, las claves para la apertura de la cerradura del cuarto oscuro en que se hallaba sumida la disciplina histórica. Las nuevas corrientes históricas utilizaron precisamente ese epíteto —*nuevas*— para definirse. Pero en realidad, ¿qué aportaban de *nuevo* esas nuevas historias?, ¿no había habido ya muchos intentos de renovar la historiografía a lo largo del siglo XX?, ¿cuándo se puede hablar en la historiografía de una *nueva* corriente?, ¿cuál es el verdadero sentido de lo *nuevo* en la disciplina histórica? Estas son preguntas que es preciso intentar responder antes de entrar en el análisis propiamente dicho de estas corrientes.

EL SENTIDO DE LO *NUEVO* EN LA HISTORIOGRAFÍA

La historiografía ha sufrido, a lo largo del siglo XX, continuos cambios de paradigma. La experimentación de estas frecuentes mutaciones metodológicas y epistemológicas ha tenido como consecuencia una sen-

sación de renovación continua en la disciplina histórica. El término *nueva* ha sido asociado a diversas corrientes historiográficas aparecidas a lo largo del siglo. Esto ha llevado a algunos historiadores a cuestionarse el sentido de lo nuevo en la historia porque, en realidad, en muchas ocasiones es difícil objetivar las aportaciones reales de esas pretendidas novedades[1].

A lo largo de la historia, siempre ha habido intelectuales que han aspirado, con una buena dosis de sentido común, a remplazar la vieja historia por una nueva historia, que fuera más objetiva y menos narrativa, más científica y menos literaria[2]. Unos siglos antes de Cristo, Polibio denunció a algunos de sus colegas por su vacía retórica. Durante el Renacimiento, Lorenzo Valla propuso un método crítico-literario que superara la fase mítica de las crónicas medievales. En el diecisiete, el investigador benedictino Jean Mabillon (1632-1707) renovó el método de la crítica documental. Durante el dieciocho, hubo un movimiento internacional que postulaba una escritura de la historia que fuera más allá de la narración de los hechos políticos y militares, a favor del estudio de las leyes, el comercio, las costumbres y el espíritu de una época, tal como pretendió realizar en Cataluña Antoni de Capmany con sus *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, publicadas en 1779. Durante esos años, Christoph Gatterer sugirió que la historia debía ampliar sus intereses, trascendiendo las biografías de los reyes y las descripciones de las batallas[3]. En el diecinueve, Ranke aspiró a la creación de una historia verdaderamente científica y objetiva; ese fue el contexto que llevó al historiador alemán Robert Fruin a publicar un ensayo titulado "La nueva historiografía" para defender la historia científica postulada por Ranke[4].

El historiador norteamericano James Harvey Robinson utilizó la expresión *new history* para referirse a las nuevas formas de hacer historia que estaban desarrollando las nuevas generaciones de principios del siglo veinte: Karl Lamprecht en Alemania, Henri Pirenne en Bélgica, Henri Berr en Francia y Frederick J. Turner en Norteamérica[5]. Para muchos otros histo-

[1] Peter Burke, "Overture: the New History, its Past and its Future", en Peter Burke, ed., *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, 1991, pp. 1-23.

[2] Linda Orr, "The Revenge of Literature", *New Literary History*, 18 (1986), pp. 1-22.

[3] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984 (1975), p. 13-14.

[4] Reeditado en Robert Fruin, "De Nieuwe Historiographie", *Verspreide Geschriften*, 9 (1904), pp. 410-418.

[5] Lucian Boia, "Introduction", en Lucian Boia, ed., *Great Historians of the Modern Age*, Nueva York, 1991, p. XII; ver también Richard Hofstadter, *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968; Ernst A. Breisach, *American Progressive History: an Experiment in Modernization*, Chicago, 1993.

riadores, en cambio, la verdadera *nueva historia* está asociada al movimiento de la *nouvelle histoire* francesa, identificada a su vez con la radical transformación que postuló la escuela de los Annales desde su fundación[6]. La fórmula fue explicitada unas décadas más tarde por el medievalista Jacques Le Goff, quien la utilizó como título para una colección de ensayos que trataban sobre nuevos problemas, nuevas aproximaciones y nuevos objetivos de la historia[7]. Sin embargo, ya se hablaba de la nueva historia desde muchos años atrás, poco después de la fundación de los Annales[8]. La *nouvelle histoire* se basaba en la aspiración a una historia total. Éste es el sentido de la frase atribuida a Jacques Le Goff: "Toute forme d'histoire novelle est une tentative d'histoire totale"[9]. Sin embargo, quizás Le Goff había ido demasiado lejos en su diagnóstico. La *nouvelle histoire* se declaraba *nueva* en contraposición con el paradigma tradicional historiográfico asociado al viejo historicismo alemán. Sin embargo, el historicismo, junto con el positivismo comtiano y el marxismo, habían ya aspirado durante el siglo XIX a la construcción de una ciencia humana y social totalizante.

La *nouvelle histoire* pretendía sustituir los viejos postulados, asociados al historicismo rankiano, por un nuevo paradigma: del predominio de lo político a la atención preferencial de lo social y económico; de la narración de los eventos al análisis de las estructuras; de la historia hecha desde arriba —centrada en los grandes militares, políticos, creadores y pensadores— a una historia realizada desde abajo, otorgando el protagonismo a la gente corriente y su experiencia del cambio social; de la historia de las grandes ideas y de los grandes pensadores al predominio de las mentalidades, los discursos populares y una historia intelectual verdaderamente representativa[10]; de una historia basada exclusivamente en los documentos a la incorporación de las fuentes narrativas como las crónicas medievales; de la creencia en una historia objetiva que busca explicar, siguiendo el adagio rankiano, "qué es lo que realmente sucedió", a la convicción

[6] Peter R. Campbell, "The New History: the *Annales* School of History and Modern Historiography", en William Lamont, ed., *Historical Controversies and Historians*, Londres, 1998, pp. 189-199.

[7] Jacques Le Goff, ed., *La nouvelle histoire*, París, 1978.

[8] Arthur Marwick, *The Nature of History*, Londres, 1989 (1970), p. 72.

[9] La cita la recoge Philippe Ariès, "La sensibilité au changement dans la problématique de l'historiographie contemporaine", en Gilbert Gadoffre, ed., *Certitudes et incertitudes de l'histoire. Trois colloques sur l'histoire de l'Institut collégial européen*, París, 1987, p. 169.

[10] Respecto a la nueva orientación de la historia intelectual, Donald R. Kelley, "Horizons of Intellectual History", *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), pp. 143-169; Donald R. Kelley, "What is Happening to the History of Ideas?", *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), pp. 3-25.

de que la historia es compleja, poliédrica, y que por tanto hay que escuchar a "las más variadas y opuestas voces" (*hetereglossia*), en un planteamiento cultural verdaderamente interdisciplinar[11].

Este concepto de "nueva historia" parece bien asentado en la historiografía desde los años treinta. Sin embargo, ha habido muchos intentos de crear *nuevas historias* a lo largo del siglo veinte. De hecho, el movimiento de la *nouvelle histoire* francesa tuvo paralelismos en otros países. En la Alemania de principios de siglo Karl Lamprecht criticó con dureza el paradigma tradicional. En la Norteamérica de entresiglos, se desarrolló un movimiento historiográfico conocido como *New History*, de la mano de historiadores como Charles Beard, Frederick J. Turner, James H. Robinson, Vernon Parrington, Carl Becker y Perry Miller[12]. Esta generación de historiadores norteamericanos ha sido comparada sutilmente por Georg Iggers con la generación francesa que lideró Henri Berr al otro lado del Atlántico —a través de su influyente libro *La synthèse en histoire* y de su labor en la *Revue de synthèse historique*—, en lo que constituyen los precedentes inmediatos de los primeros Annales. En la Inglaterra de los años treinta Lewis Namier y Richard H. Tawney rechazaron la narrativa rankiana a favor de una renovada historia. La crítica principal consistía en que había que afrontar una historia social y cultural, que no se centrara únicamente en los acontecimientos y personajes más representativos. También se cuestionaba la objetividad científica de la escuela tradicional, no tanto por sus procedimientos como por su incapacidad de abrirse a otras ciencias como la sociología.

La *nouvelle histoire* francesa de mediados del siglo veinte supuso un movimiento verdaderamente aglutinador y nuclear en el contexto del debate historiográfico. Sin embargo, algunos han identificado una segunda oleada de tendencias verdaderamente renovadoras a partir de los años setenta y ochenta. Éste es el sentido de la expresión *nuevas* nuevas historias: la nueva historia narrativa, la nueva historia política y la nueva historia cultural no serían más que una "renovación de la renovación" de la *nouvelle histoire*[13].

Los movimientos de la *nueva* nueva historia estarían relacionados precisamente con el final de la crisis de la historia y con el impacto del relativismo cultural e historiográfico que representa el postmodernismo.

[11] Sobre el concepto *hetereglossia*, Michel de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other*, Minneapolis, 1986.

[12] James H. Robinson, *The New History*, Nueva York, 1912; John Higham, *History. Professional Scholarship in America*, Englewood, Cliffs, 1965.

[13] El concepto *nueva* nueva historia lo expuso Ignacio Olábarri, "New New History: A Longue Durée Structure", *History and Theory*, 34 (1995), pp. 1-29.

Lo que es quizás más significativo de todas estas nuevas tendencias es que, contrariamente a las aspiraciones de la *nouvelle histoire*, postulan una recuperación del relato y de la narración en la historia. Al mismo tiempo, recuperan unos temas que eran precisamente los que la *nouvelle histoire* había desechado por espurios y utilizan unos documentos que hasta ahora habían sido considerado residuales o complementarios: la historia oral, la evidencia de las imágenes, los vestigios arqueológicos o los documentos inquisitoriales.

Las *nuevas* nuevas historias han tenido sus inmediatos precedentes en las historias cuantitativas de los años cincuenta y sesenta, como los trabajos basados en el paciente tratamiento de los votos electorales en Norteamérica[14] —que se sitúan ya en el contexto de la nueva historia política— o la construcción de las monografías francesas basadas en la estadística de las demografías, las economías y las mentalidades (*histoire sérielle*)[15]. Pero al mismo tiempo, han reaccionado frente a la deshumanización de las frías estadísticas y frente a los determinismos económicos del marxismo, geográficos del estructuralismo braudeliano y demográficos del malthusianismo.

Como alternativa a esos determinismos, las nuevas historias proponen un acercamiento poliédrico a la realidad, basado en un concepto más amplio de cultura. En los años ochenta, el historiador norteamericano Michael Kammen sugirió la adopción de una noción de cultura en su concepción más antropológica, lo que serviría de base para la reintegración de las diferentes aproximaciones de la historia[16]. Durante los años ochenta y noventa, la historia social y la cultural se han disuelto en un solo campo, informando así todos los demás ámbitos de la realidad. Esto posibilita la recuperación de los temas políticos y religiosos, porque son analizados en su dimensión sociológica y cultural y se consigue así liberarlos de su supuesta marginalidad en el ámbito de la realidad histórica.

Estas reflexiones permiten afrontar con mayores garantías la comprensión de los típicos fenómenos de "renovación desde dentro" que se dan en los diversos ámbitos de la historiografía de los años ochenta y noventa, concretados en la nueva historia política, la historia de la religiosidad, la nueva historia cultural, la microhistoria y la historia social del lenguaje.

[14] Allan G. Bogue, *Clio & the Bitch Goddess: Quantification in American Political History*, Beverly Hills, 1983.

[15] Pierre Chaunu, "Le quantitatif au 3e niveau", *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, 1978.

[16] Michael Kammen, "Extending the Reach of American Cultural History", *American Studies*, 29 (1984), pp. 19-42.

LA DINÁMICA DEL PODER: LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA

La historia política ha adoptado múltiples formas a lo largo de la dilatada singladura de la historiografía occidental. Su hegemonía se había verificado a lo largo de los siglos, hasta que la historia de carácter socioeconómico cultivada por la escuela histórica alemana de Gustav Schmoller y sus "Principios de Economía Política", el materialismo histórico anglosajón, y los primeros Annales vinieron a destronarla[17]. El predominio de la historia socioeconómica relegó a la historia política, durante los largos años de la posguerra, a una función secundaria en el ámbito de la historiografía académica. Sin embargo, nunca perdió su ubicación nuclear en el ámbito de la historiografía. Así lo reconocieron, a comienzos de los años setenta, académicos de reconocido prestigio como Jacques Le Goff, Raymond Aron o François Furet. De hecho, en la "academia" nunca dejó de cultivarse historia política, como por ejemplo en Gran Bretaña, con Raymond Carr; José Varela Ortega y Vicente Cacho Viu en España o el cosmopolita Shlomó Ben-Ami.

Durante los años sesenta, el concepto de cultura política empezó a generalizarse en el ambiente intelectual de Occidente. Las aportaciones de Gabriel Abraham Almond y Sidney Verba son claves[18]. Esta nueva noción permitía introducir en el ámbito de los estudios empíricos el mundo de los valores, de las ideas, de las percepciones políticas más simples y básicas[19]. Era todavía un concepto muy polarizado en la práctica política, pero que pronto tendría repercusiones en el ejercicio de la ciencia histórica. El concepto tenía como aportación más importante la incorporación de aspectos culturales como factores fundamentales en la explicación del cambio sociopolítico. En este sentido, el movimiento de la nueva historia política sería un fruto del giro cultural de los setenta, junto al desarrollo de la historia de las mentalidades. Sin embargo, no se inscribe en el contexto historiográfico de los años setenta, sino más bien en el de los ochenta.

Durante los años setenta, en efecto, el estudio de la cultura política primero se detiene y después se deja de lado, fundamentalmente por problemas de definición y por dificultades para su puesta en práctica[20]. Pero,

[17] Gustav Schmoller, *Principes d'économie politique*, París, 1905.

[18] Gabriel A. Almond y Sydney Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Boston, 1965 y Gabriel A. Almond y G. Bingham Powell, Jr., *Comparative Politics: a Developmental Approach: an Analytic Study*, Boston, 1966.

[19] John R. Gibbins, "Contemporary Political Culture: an Introduction", en John R. Gibbins, ed., *Contemporary Political Culture. Politics in Postmodern Age*, Londres, 1989.

[20] Francisco J. Caspistegui, "*El cíclope se pone lentillas.* El giro cultural de la nueva historia política", ponencia presentada en las *VII Conversaciones Internacionales de His-*

al mismo tiempo, se sientan las bases epistemológicas para el futuro desarrollo de esta tendencia. La ayuda llega, como no podía ser de otro modo, de otras ciencias sociales, en este caso las ciencias políticas y la antropología. En el primero de estos ámbitos, destacan los estudios teóricos y prácticos de Daniel J. Elazar[21]; en el segundo, los renovados conceptos elaborados por Clifford Geertz[22], en cuyos postulados se basará después Ronald Inglehart para construir su extensa obra[23].

Basado en estos fundamentos teóricos, el ámbito político se mete de lleno en la dimensión cultural. La política es una realidad social muy efectiva desde el punto de vista historiográfico porque permite adentrarse en el mundo del poder a través de la acción, los discursos políticos, los mitos, los símbolos, la identidad, las imágenes o el lenguaje como fórmula persuasiva. A estas realidades se accede por los significados expresados a través de significantes —hablados, escritos o pensados— como los mitos, las metáforas, el lenguaje y las ideas. Las obras de François Furet sobre la Revolución Francesa y las de sus continuadores —entre los que cabe destacar a Lynn Hunt— son ejemplos significativos en esta dirección.

El giro cultural que hizo recobrar vitalidad a estos nuevos ámbitos temáticos está relacionado evidentemente con el giro lingüístico y los movimientos postmodernos y postestructuralistas. Pero se concretará en una corriente, la de la nueva historia política, bien asentada en el ámbito historiográfico por sus evidentes conexiones con una temática tan tradicional. El giro cultural es el que permite, no obstante, dotar a esos temas de una nueva vitalidad, renovando conceptos como poder, espacios públicos, estado, nación, actores, elites, mitos o símbolos políticos, como ocurre, por ejemplo, con trabajos de François Xavier Guerra sobre Iberoamérica[24].

Como consecuencia de todo ello, una de las aplicaciones más prometedoras del giro cultural a la historia, durante los años ochenta y noventa,

---

toria. La historia y las ciencias humanas y sociales: estrategias interdisciplinares en el siglo XX (Universidad de Navarra, 11-13.IV.2002), en curso de publicación; Ronald P. Formisano, "The Concept of Political Culture", *Journal of Interdisciplinary History*, XXXI/3 (2001), pp. 398-403.

[21] Daniel J. Elazar, *American Federalism. The View from the States*, Nueva York, 1972 (1966).

[22] Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, 1987.

[23] Ronald Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, 1991.

[24] François-Xavier Guerra, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México, 1998; François-Xavier Guerra y Mónica Quijada, eds., *Imaginar la nación*, Münster, 1994; F.X. Guerra, *Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, 1992.

ha sido el de la política[25]. Otra disciplina se añadía, de este modo, al enriquecedor campo del diálogo de la historia con las ciencias sociales: la ciencia política. La asociación era además de ida y vuelta, porque la historia también podía aportar a la ciencia política una dimensión temporal muy útil para la comprensión de ciertos procesos políticos, tal como Dennis Kavanagh puso de manifiesto en su día[26].

Este *revival* ha sido favorecido, probablemente, por los procesos de globalización y por la extensión del sistema político liberal-democrático, que algunos se han atrevido a definir —en referencia a la polémica levantada por el artículo y posterior libro de Fancis Fukuyama— como hegemónico y definitivo[27]. La realidad es, sin embargo, mucho más compleja, porque la divulgación de la nueva historia política se fundamenta en un debate epistemológico de renovación más que en la consolidación de un pretendido contexto ideológico hegemónico. La nueva historia política añadía a la tradicional historia política la conciencia de la complejidad de lo real, lo que exige un análisis poliédrico desde un punto de vista disciplinar. Esto explicaría que la renovación de la historia política se haya realizado en el contexto de una recuperación por parte de las ciencias humanas del sujeto pensante y activo que, en el desarrollo de su diversidad, precisa de aproximaciones igualmente diversas[28].

La pluridisciplinariedad otorga de este modo a la historia política un ropaje temático y una orientación epistemológica renovados, donde intervienen muchos más aspectos que los que solemos asociar unívocamente al ámbito político. De este modo, la nueva historia política no es una restauración, sino más bien el fruto de una ruptura, de un renovado interés por los temas políticos en su ámbito más pluridicisciplinar y, por tanto, cultural. Desde un punto de vista presentista, este renovado interés también puede haber estado catalizado por la necesidad de las sociedades occidentales de asumir los cambios generados por las convulsiones culturales de los años sesenta.

La diversidad de objetos que plantea la nueva historia son múltiples. El maestro de la nueva historia política en Francia fue René Rémond, quien coordinó un interesante volumen conjunto sobre esta renovada tendencia[29].

[25] Jean-Pierre Rioux, "Introduction", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, eds., *Pour une histoire culturelle*, París, 1977, pp. 16-18.

[26] Dennis Kavanagh, "Why Political Science Needs History", *Political Studies*, XXXIX (1991), pp. 479-495.

[27] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992.

[28] Jean-François Sirinelli, "Éloge de la complexité", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, eds., *Pour une histoire culturelle*, París, 1997, pp. 437-438.

[29] René Rémond, ed., *Pour une histoire politique*, París, 1988.

El interés generado por temas como la identidad nacional[30] o la mitografía política[31] es evidente. También lo es el fenómeno de la rehabilitación de la biografía como un verdadero género histórico, considerado ahora como uno de los mejores métodos para mostrar las conexiones entre pasado y presente, memoria y proyecto, individuo y sociedad[32]. La biografía, rechazada durante mucho tiempo por las vanguardias historiográficas, se ha restaurado bajo el influjo de la antropología y la psicología en el caso de las biografías individuales, y de la antropología, psicología y sociología en el caso de las colectivas[33]. A ellas se han unido también algunos campos totalmente nuevos como los ejercicios de ego-historia o los relatos autobiográficos de trayectorias intelectuales o vitales[34]. Más importante que la vida misma del biografiado es su relación con el contexto. En este sentido, la revitalización de la biografía conecta también con los movimientos de la microhistoria, al aspirar a una comprehensión del mundo a través de un personaje singular[35] o de una colectividad singularmente reconocida, en el caso de las prosopografías.

El renacimiento de los temas políticos se concreta también en un interés por la ética del poder, las elites sociales, el mecenazgo, el modo de estructurar el gobierno, las vías de acceso al poder político, la relación entre política matrimonial y poder, el ejercicio del gobierno, el pensamiento político, la conducta y las motivaciones de los votantes[36]. Junto a estas nuevas temáticas, otros referentes intelectuales se añaden a los que ya se habían consolidado durante los años setenta. El concepto de esfera o espacio público de Jürgen Habermas juega aquí un papel importante, porque introduce una nueva reflexión sobre el verdadero ámbito de lo político, las relaciones entre lo público y lo privado y la posibilidad de anali-

[30] Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1984.

[31] Es en este contexto, por ejemplo, donde hay que insertar el influjo de la sugerente obra del intelectual rumano Mircea Eliade en la historiografía: Joseph M. Kitagawa y Charles H. Long, eds., *Myths and symbols. Studies in honor of Mircea Eliade*, Chicago, 1969.

[32] Philippe Levillain, "Les protagonistes: de la biographie", en René Rémond, dir., *Por une histoire politique*, París, 1988, p. 158.

[33] Ignacio Olábarri, "La resurección de Mnemósine", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996.

[34] Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, París, 1975. Ver el *Special Issue* que la revista *History and Theory* dedicó a lo que se ha dado en llamar "Unconventional History" (vol. 41/4, diciembre de 2002).

[35] Simon Schama, *Rembrandt's eyes*, Londres, 1999.

[36] Philip R. Vandermeer, "The New Political History: Progress and Prospects", en Georg G. Iggers y H.T. Parker, eds., *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, 1979, pp. 87-108.

zarlo sin recurrir a las realidades mediadoras de las instituciones, las organizaciones o el Estado[37].

La historia de las mentalidades ejerció en todo este proceso la función de mediadora, al poner decididamente un mayor énfasis en los temas políticos, en detrimento de los socioeconómicos. El campo de la sociología electoral ya había sido cultivado anteriormente, pero siempre desde una perspectiva cuantitativista y estadística, muy centrado en Norteamérica. En Francia se introdujo este tema, dotándole de un mayor calado epistemológico, al intentar integrar sociología electoral e historia de las ideas, como se pone de manifiesto en los trabajos de René Rémond, que inició su pionera tarea en los años cincuenta[38]. Ya en los años setenta, Alain Corbin analizó los procesos de convergencia entre fuerzas modernizadoras y conservadoras y señaló la confluencia de elementos diversos en la explicación de los comportamientos electorales[39]. Maurice Agulhon conectó, por su parte, lo político a las mentalidades a través del poliédrico y sugerente concepto de sociabilidad[40].

Las diversas formas de la renovación de lo político han llegado, en definitiva, al analizar con nuevas luces y a través de un planteamiento pluridisciplinar la cuestión de la devolución y el reparto de la autoridad y del poder en el seno de un grupo humano[41]. Pero ahora no se trata sólo de describir comportamientos, sino de analizar las percepciones, las sensibilidades, los centros de creación de la autoridad, los fenómenos de transmisión de creencias, normas y valores, las formas de representación del poder. Todo este abanico de temas contribuye, paradójicamente, a despolitizar la historia política, sometiendo así la esfera política al universo cultural[42].

Con esta despolitización de la historia política se llega a la paradoja, tan sintomática de las actuales circunstancias historiográficas, de que tampoco se puede hablar con demasiada propiedad de una verdadera nueva historia política. En su afán integrador, la nueva historia política se ha convertido en un conglomerado de historia social, económica y, sobre todo, cultural. Esto es lo que lleva a pensar en el influjo cada vez mayor del

[37] Richard J. Bernstein, ed., *Habermas and Modernity*, Cambridge, 1991.

[38] René Rémond, *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*, París, 1954.

[39] Alain Corbin, *Archaisme et modernité en Limousin au XIXe siècle, 1845-1880*, París, 1975.

[40] Maurice Agulhon, *La sociabilité méridionale*, Aix-en-Provence, 1966. Para la corriente de la "sociabilidad" ver Alberto Valín, ed., *La sociabilidad en la historia contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Orense, 2001, pp. 33-73.

[41] Martin Aurell, *L'Empire Plantagenêt*, París, 2003.

[42] Christophe Prochasson, "Vingt ans d'histoire politique in France", en Carlos Barros, ed. *Historia a Debate*, vol. III, A Coruña, 2000, pp. 212 y 215.

cultural turn, que ha tenido también como consecuencia una "culturización" de lo religioso.

EL OPIO VENCIDO: LA CENTRALIDAD DE LO RELIGIOSO

Junto a la nueva historia política, una de las corrientes historiográficas que ha conocido una mayor vitalidad a partir de los años setenta, sobre todo en Francia, es la historia religiosa. Se ha calculado que la historia religiosa ha representado en los últimos treinta años cerca de un 20% de la producción histórica global en Francia, lo que es un indudable índice de su proliferación y enraizamiento[43]. La tradicional distinción entre una historia institucional de la Iglesia acantonada en las facultades eclesiásticas y una historia sociológica del fenómeno religioso elaborada desde las facultades civiles ha sido superada durante estos últimos treinta años en los países con mayor tradición historiográfica.

El desarrollo de esta tendencia se debe a una generación de historiadores franceses que fueron los renovadores de la historia religiosa, cuya obra se publicó entre los años treinta y sesenta: Gabriel Le Bras, André Latreille, Henri-Irénée Marrou y Alphonse Dupront. Esta tradición fue recogida y sistematizada por una nueva generación de historiadores que descollaron en los años setenta, liderados por Yves-Marie Hilaire y Gérard Cholvy. Ellos desarrollaron una metodología integradora del análisis de la religiosidad, gracias a su conexión directa con las corrientes historiográficas de la historia global[44].

Este esfuerzo pionero ha tenido sus frutos y hoy en día hay ya un buen número de profesionales de la historia en Francia que se dedican prioritariamente a la historia religiosa, ocupan algunas de las cátedras de las universidades más prestigiosas del país, presiden importantes instituciones académicas y dirigen ambiciosos proyectos de investigación sobre estas materias: Jean de Viguerie, Claude Langlois, Jacques-Olivier Boudon, Christian Sorrel, Patrick Cabanel, Philippe Portier, Jacqueline Lalouette, Philippe Levillain, Jean-Marie Mayeur, Benoît Pellistrandi, Corinne Bonafoux o Denis Pelletier. La centralidad de Francia en el desarrollo de la historia religiosa, igual que ha sucedido con otros proyectos historiográficos que después se han extendido por todo Occidente, es evidente. Sin embargo,

[43] Ver una excelente síntesis sobre esta corriente en Claude Langlois, "Histoire religieuse", en André Burguière, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, pp. 575-583.

[44] Fruto de la experiencia de los dos historiadores franceses citados en el texto ha surgido una de las síntesis de mayor calidad sobre esta corriente: Yves-Marie Hilaire y Gérard Cholvy, *Histoire religieuse de la France Contemporaine*, Toulouse, 1988.

no es ni mucho menos el único ámbito historiográfico donde se ha consolidado, porque también ha cuajado en mayor o menor medida en Italia, Portugal, España, Alemania —país con una enorme tradición en el estudio de la historia eclesiástica de corte tradicional— y, en menor medida, Inglaterra[45].

La historia religiosa ha ampliado notablemente el abanico de investigación respecto a los confines atribuidos tradicionalmente a la historia de la Iglesia[46]. Ésta es quizás una de las claves para explicar su eficaz asentamiento en el mundo de la historiografía académica civil. Hoy entran en ese campo no sólo la historia institucional de la Iglesia y sus relaciones con el Estado, sino también una más dilatada historia del cristianismo, la historia de la religiosidad, las creencias populares, la piedad y la espiritualidad, el análisis del pensamiento y los intelectuales y políticos de inspiración católica, el influjo de la religiosidad en el ámbito social, los movimientos devocionales o la presencia de confesiones diversas en los países de tradición católica. La historia religiosa se basa, en definitiva, no sólo en todo lo que tiene que ver con la dimensión religiosa del hombre, sino también en todo aquello que el hombre hace movido por una particular visión religiosa de la vida[47].

Como consecuencia, la tendencia a considerar la historia de la Iglesia exclusivamente como disciplina teológica es defendida hoy sólo por una parte de los profesores de las facultades eclesiásticas. Evidentemente, el estudio de la historia de la Iglesia ocupa un lugar fundamental en el análisis de la teología y de la necesaria autoconciencia que la Iglesia ha tenido en los distintos momentos históricos. Al mismo tiempo, su estudio precisa de una sensibilidad especial para la comprensión del mundo de la espiritualidad. Sin embargo, el mismo estudio de la historia de la Iglesia y del fenómeno religioso puede verse notablemente empobrecido, tanto desde el punto de vista metodológico como epistemológico, si se le limita al ámbito eclesiástico o confesional[48]. En definitiva, las fronteras entre la historiografía confesional y la nueva historia religiosa van desapareciendo. De hecho, las sensibilidades empezaron a cambiar sustancialmente a partir de los sesenta,

[45] Un informe sobre esta cuestión en Antón Pazos, ed., *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995.

[46] Sobre las relaciones entre la historia de la Iglesia y la historia religiosa es útil acudir al trabajo colectivo, Josep I. Saranyana, Enrique de la Lama y Miguel Lluch-Baixauli, dirs., *Qué es la historia de la Iglesia*, Pamplona, 1996.

[47] Alfredo Canavero, "La historia contemporánea religiosa en Italia (1980-1993)", en Antón Pazos, ed., *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995, p. 47.

[48] Ver algunas reflexiones al respecto en Giuseppe Alberigo, "Méthodologie de l'histoire de l'Église en Europe", *Revue d'histoire ecclesiastique*, 1986, pp. 401-420.

tanto en ámbito eclesiástico como en el historiográfico: en la Iglesia, el concilio Vaticano II (1962-1965) desarrolla una nueva eclesiología basada en la auto-definición de la Iglesia como "pueblo de Dios"; en la historiografía, la sensibilidad hacia los temas religiosos se acrecienta incesantemente, al integrarlos en toda su dimensión sociológica y cultural.

La historia religiosa no es, sin embargo, una creación de los años sesenta y setenta[49]. La principal labor pionera corresponde a Gabriel Le Bras (1891-1970), incontestable fundador de la sociología religiosa. A partir de 1931, planifica sus encuestas para conocer la vitalidad religiosa de Francia, desarrollando así un específico vocabulario de sociología religiosa[50]. Desde el punto de vista metodológico, los trabajos de Le Bras sintetizaban muy bien la originalidad de una corriente que se apoya en la sociología y la primera historia de las mentalidades, proveniente de los fundadores de los Annales y de obras pioneras como la de Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media* (1919). La obra de Le Bras fue complementada por la de Fernand Boulard (1898-1977), quien se adentró en la utilización de los métodos cuantitativos y estadísticos para el estudio de los fenómenos religiosos. Desde el punto de vista vivencial, esos esfuerzos respondían a las preocupaciones pastorales de los sacerdotes preocupados por los orígenes de la descristianización[51]. Los discípulos de Le Bras se lanzaron a unas ambiciosas tesis doctorales, que respondían bien a las aspiraciones de su maestro.

Durante aquellos mismos años treinta, Lucien Febvre planificaba su ambicioso proyecto de construcción de monografías sobre temas religiosos, que completaría después de la ruptura de la Segunda Guerra Mundial[52]. Se da la paradoja de que Febvre, fundador de una revista y de una escuela dedicadas teóricamente a la historia económica y social, consagró tres de sus más importantes libros a la historia religiosa: una biografía sobre Lutero (1928)[53]; un volumen sobre la incredulidad en la primera Europa moderna

[49] Los precedentes de la historia religiosa actual están muy bien recogidos en Yves-Marie Hilaire, "Les renovateurs de l'histoire religieuse en France, 1930-1970/90", *Le temps retrouvé*, Lille, 1998, pp. 39-46.

[50] Gabriel Le Bras, "Statistique et histoire religieuses. Pour un examen détaillé et pour une explication historique de l'état du catholicisme dans les diverses régions de la France", *Revue d'Histoire de l'Eglise de France*, 17 (1931), pp. 425-449 y su obra sintética, *Études de sociologie religieuse*, París, 1956, 2 vols.

[51] Jean-Marie Mayeur, "La historiografía francesa sobre historia religiosa contemporánea", en Antón Pazos, ed., *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995, pp. 73-82.

[52] Ignacio Olábarri, "Qué historia religiosa: El *Lutero* de Lucien Febvre", en Jesús M. Usunáriz, ed., *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, Pamplona, 2000, vol. I, pp. 397-418.

[53] Lucien Febvre, *Un destin: Martin Luther*, París, 1928.

(1942)[54]; y sus estudios sobre la religiosidad durante el mismo período (1957)[55]. Esos libros tratan más de psicología colectiva que de historia religiosa, pero es evidente que han facilitado la posterior apropiación de los temas religiosos por parte de la historiografía francesa. El mismo Febvre reconocía, en referencia a su interés por Lutero y Rabelais, que "en el fondo, son estos problemas de la historia de las ideas y de los sentimientos los que más me apasionan"[56]. En la misma línea cabría situar el pionero estudio de Marc Bloch sobre la capacidad terapéutica de los monarcas franceses e ingleses durante la edad media[57].

La historia religiosa se fundamentó así, durante los años treinta, en la sociología religiosa de Gabriel Le Bras y en los estudios de psicología colectiva e historia de las mentalidades de los primeros Annales. Esa herencia la sistematizarían desde un punto de vista teórico Alphonse Dupront (1905-1990)[58] y Henri-Irenée Marrou (1904-1977), que han contribuido notablemente a la renovación actual de la historia religiosa. La eficacia del primero se haría bien patente al consolidarse una escuela de notables historiadores en torno a él, desde Michel de Certeau a Mona Ozouf. Respecto a Marrou, a partir de su profundo conocimiento del cristianismo antiguo[59], desarrolló también una influyente labor como teólogo de la historia, en la que destaca su muy influyente tratado *De la connaissance historique,* publicado en 1954 y traducido a diversas lenguas[60].

El último eslabón de esta cadena de precedentes lo constituye la multiplicación de temas históricos que aportó la historia de las mentalidades durante los años sesenta y setenta —la muerte, las lecturas, la infancia, la piedad popular, el purgatorio, la marginación— que fueron también acogidos por la renovada historia religiosa que empezaba a consolidarse durante aquellos años. Esos temas se encontraban con frecuencia en las fronteras de la historia cultural, de la historia de la Iglesia y de la historia religiosa, lo que facilitó enormemente el encuentro de estos diversos ámbi-

[54] Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1942.

[55] Lucien Febvre, *Au coeur religieux du XVIe siècle*, París, 1957.

[56] Lucien Febvre, *De la "Revue de synthèse" aux "Annales". Lettres à Henri Berr, 1911-1954*, ed. por Gilles Candar y Jacqueline Pluet-Despatin, París, 1997, carta fechada en Pentecostés de 1923, p. 156.

[57] Marc Bloch, *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, París, 1961 (1924).

[58] Ver las propuestas metodológicas de A. Dupront, "La religion. Anthropologie religieuse", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Faire de l'histoire*, París, 1974.

[59] Henri-Irénée Marrou, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1937.

[60] Henri-Irénée Marrou, *De la connaissance historique*, París, 1954 (trad. cast.: *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968). Vid. la excelente biografía que le ha dedicado Pierre Riché, *Henri Irénée Marrou: historien engagé*, París, 2003.

tos historiográficos. Las monumentales historias de la muerte de Philippe Ariès[61], Michel Vovelle[62] y Jacques Chiffoleau[63], publicadas todas ellas durante los años setenta, ¿son historia cultural, historia social, historia de las mentalidades o historia religiosa?[64] La historia religiosa se había beneficiado, en definitiva, del giro social y cultural de los años setenta, que había reaccionado radicalmente frente a la historia socioeconómica al uso. Durante esos años, la religión recuperó, directa o indirectamente, su centralidad en el debate historiográfico y antropológico.

La historia religiosa quedaba de este modo protegida del acantonamiento académico al que hasta entonces se había visto relegada la historia de la Iglesia, porque se desarrollaba al ritmo de las prácticas, las metodologías y las evoluciones que afectaban a la historia global[65]. Además, la historia religiosa tenía el privilegio de tender puentes de un modo más natural con las restantes ciencias sociales, una de las claves de la renovación historiográfica de los años setenta: la teología, la sociología y la antropología. Medievalistas y modernistas se acogían, bajo el liderazgo de Jacques Le Goff, Georges Duby o Emmanuel Le Roy Ladurie, a esas tres ciencias paralelas; los contemporaneístas, siguiendo a René Rémond y Jean-Marie Mayeur, lo hacían sobre todo con la ciencia política, lo que explica los diferentes intereses entre unos y otros. De ahí la inclinación de los contemporaneístas a tratar las relaciones entre Iglesia y Estado, los movimientos anticlericales o el influjo de las vivencias religiosas en las opciones políticas, mientras que medievalistas y altomodernistas se decantaban por problemas de alcance cultural, como el desarrollo de la piedad, las creencias, las lecturas y las espiritualidades.

Esta distinción venía también condicionada por la diversidad de las fuentes disponibles. Medievalistas y modernistas cuentan sobre todo con las parroquiales, notariales y hagiográficas, que les permiten adentrarse en el mundo de las dimensiones culturales y sociales de la religiosidad, como se pone de manifiesto en los estudios de Emmanuel Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff, Michel Mollat y André Vauchez[66].

[61] Philippe Ariès, *L'homme devant la mort*, París, 1977.

[62] Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments, París, 1973*, seguida de su síntesis, *La mort et l'Occident: de 1300 à nos jours*, París, 1983.

[63] Jacques Chiffoleau, *La comptabilité de l'au-delà*, Roma, 1980.

[64] Jaume Aurell, "La transversalidad de la historia de la muerte en la Edad Media", en Jaume Aurell y Julia Pavón, eds., *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 9-26.

[65] Ver el interesante artículo, tanto desde un punto de vista epistemológico como vivencial, de Yves-Marie Hilaire, "Histoire religieuse et histoire globale", en el volumen recopilatorio *Le temps retrouvé*, Lille, 1998, pp. 25-29.

Los contemporaneístas cuentan, por su parte, con una mayor variedad de fuentes, lo que les permite ampliar notablemente los ámbitos de análisis: la jerarquía y la formación de las elites clericales[67]; las congregaciones religiosas femeninas[68]; la implantación de las democracias cristianas como una manifestación de la presencia de los cristianos en la vida pública, tanto desde una perspectiva política[69] como biográfica[70]; el análisis de los movimientos anticlericales, un ámbito especialmente desarrollado en la historiografía española[71]; la orientación cristiana de los medios de comunicación[72]; las visitas pastorales, que permiten adentrarse en la situación real de las diócesis, para las que contamos ya con unos excelentes repertorios documentales publicados[73]; los orígenes sociales, la formación, procedencia, actuación y formas de sociabilidad del clero[74]; el desarrollo de las devociones y su dimensión sociológica y la dimensión social de la religiosidad[75]; las relaciones entre práctica religiosa y comportamiento electoral[76]; las formas de sociabilidad religiosa, basadas en los planteamientos metodológicos de Maurice Agulhon[77]; la evan-

---

[66] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, 1975; Jacques Le Goff, *La naissance du purgatoire*, París, 1982; Michel Mollat y Paul Tombeur, *Conciles oecuméniques médiévaux. Concordance, index, listes de fréquence, tables comparatives*, Lovaina, 1974; André Vauchez, *La spiritualité du Moyen Age occidental, VIII-XII siècles*, París, 1975.

[67] La obra precursora fue la de Jacques Gadille, *La pensée et l'action politiques des évêques français au début de la Troisième République (1870-1883)*, París, 1967; una magnífica monografía construida a través del método prosopográfico es la de Jacques-Olivier Boudon, *L'épiscopat français à l'époque concordataire (1802-1905). Origines, formation, nomination*, París, 1996.

[68] Claude Langlois, *Le catholicisme au féminin. Les congrégations françaises à supérieure générale au XIXème siècle*, París, 1984.

[69] Jean-Claude Delbreil, *Centrisme et démocratie chrétienne. Le parti démocrate populaire aux origines au MRP. 1910-1944*, París, 1990.

[70] Claude Bressolette, *L'abbé Maret. Le combat d'un théologien pour une démocratie chrétienne, 1830-1851*, París, 1977.

[71] Julio de la Cueva Merino, *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*, Santander, 1991.

[72] Pablo Pérez López, *Católicos, política e información. Diario regional de Valladolid, 1931-1980*, Valladolid, 1994.

[73] Gabriel Le Bras, François de Dainville, Jean Gaudemet y André Latreille, *Répertoire des visites pastorales de la France*, París, 1977-1985, 6 vols.

[74] Un trabajo precursor fue el de Fernand Boulard, *Essor ou déclin du clergé français*, París, 1950; su labor fue continuada por Philippe Boutry, *Prêtres et paroisses au pays du curé d'Ars*, París, 1986.

[75] Aline Courtrot y François G. Dreyfus, *Les forces religieuses dans la société française*, París, 1965.

[76] François Goguel, *Géographie des élections françaises sous la troisième et la Quatrième République*, París, 1970.

[77] Maurice Agulhon, *Le cercle dans la France bourgeoise 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, París, 1977.

gelización a través de la educación y, por fin, el clásico tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado[78]. Al mismo tiempo, se desarrollan otros ámbitos para trascender el mundo de la jerarquía y adentrarse en el mundo del comportamiento religioso de los fieles, como la alfabetización de las masas[79], la actividad editorial religiosa[80], la formación intelectual de las elites, la confesionalidad de la enseñanza[81] o la práctica sacramental.

La vitalidad y la especificidad de todos estos temas demuestran que la historia religiosa ha supuesto una profunda renovación de la tradicional historia de la Iglesia, al pivotar desde el campo tradicional de los debates político-religiosos e institucionales al de la dimensión cultural y sociológica del fenómeno religioso[82]. La originalidad de estos ámbitos precisa una sensibilidad especial por parte del historiador. Esta aproximación específica ha sido enriquecida durante los últimos treinta años gracias a la convergencia de tres ámbitos historiográficos: la sociología religiosa, la utilización de los métodos cuantitativos y estadísticos, y la renovación temática y epistemológica aportada por la historia de las mentalidades.

La historia religiosa ha representado, en definitiva, una renovación metodológica que ha hecho posible la inclusión de las temáticas religiosas y espirituales en los ámbitos epistemológicos e institucionales de la historia, globalmente considerada. De este modo, se ha roto el monopolio que la erudición eclesiástica confesional ejercía sobre el análisis de los fenómenos religiosos y se han tendido puentes entre el mundo académico civil y el eclesiástico. La paradoja es que el auge de la historia religiosa durante el último tercio del siglo haya sido concomitante a una descristianización y secularización creciente del mundo occidental. Hoy en día, la práctica de la historia religiosa empieza a ser desarrollada, sobre todo en Francia, dentro del sistema universitario civil, lo que asegura su continuidad y arraigo en la historiografía globalmente considerada. En unos países fuertemente secularizados, la historia religiosa ha desclericalizado su carácter.

[78] La bibliografía aquí es muy abundante, tanto en Francia como en Italia y España. Ver por ejemplo, Jacques Lafon, *Les prêtres, les fidèles et l'Etat. Le ménage a trois du XIXème siècle*, París, 1987.

[79] Geneviève Bollème et alt., ed., *Livre et societé dans France du XVIIIe siècle*, París, 1965.

[80] Claude Savart, *Les catholiques en France au XIXe siècle. Le témoignage du livre religieux*, París, 1985.

[81] Mona Ozouf, *L'école, l'Eglise et la République, 1871-1914*, París, 1963.

[82] Yves-Marie Hilaire, "L'histoire religieuse de la France contemporaine", *Historiens-Géographes*, 331 (1990), p. 255.

IX. EL GIRO CULTURAL

A finales de los años ochenta, las nuevas tendencias relacionadas con la historia cultural empezaron a prevalecer sobre el resto. En un diagnóstico hecho desde la atalaya de los años noventa, el historiador Patrick Joyce aseguraba que en Inglaterra, "si antes éramos todos historiadores sociales, ahora todos comenzamos a ser historiadores culturales"[1]. La historia cultural parece ser, en efecto, la nueva aglutinadora de la actividad académica, especialmente en los países de ámbito anglosajón y el resto de países que reciben su influjo. En Estados Unidos esa tendencia suele estar asociada a un matiz marcadamente intelectualista[2]; en Alemania se refleja en una significativa revitalización de los postulados de Max Weber[3].

El *cultural turn* no se identifica con los giros lingüísticos e históricos, aunque obviamente tiene vinculaciones con ellos. Sus prevenciones frente a los movimientos más radicales del postestructuralismo y el postmodernismo le inmunizaron desde el principio de las tendencias más antipositivistas y relativizantes de sus postulados. Quizás por esto tuvo una excelente acogida en el mundo académico norteamericano, y desde allí se ha ido extendiendo a otras tradiciones historiográficas. Sin embargo, es evidente que su atención por el lenguaje y sus estructuras más profundas le alejaron también, equidistantemente, de la tradición marxista y de otras ciencias sociales como la sociología y la ciencia política. Sus referentes teóricos son los textos de Hayden White, Michel Foucault, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jacques Derrida, Thomas Kuhn, Richard Rorty, Clifford Geertz, Marshall Sahlins y Raymond Williams[4]. Como es fácilmente per-

[1] Patrick Joyce, "The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain", *Past and Present*, 158 (1998), pp. 207-235 (p. 229).

[2] Como se pone de manifiesto en la Introducción al volumen de Keith M. Baker, *Inventing the French Revolution*, Cambridge, 1990.

[3] Otto G. Oexle, *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París, 2001, pp. 111-146.

[4] Sobre los complejos ámbitos de influencia mutua entre los giros culturales y lingüísticos y las tendencias historiográficas recientes son muy útiles los últimos capítulos de Peter Novicks, *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, 1988.

ceptible, todos ellos provienen de diferentes ciencias sociales (la antropología, la filosofía, la sociología y la lingüística) y de diferentes tendencias intelectuales (postmarxismo, postestructuralismo, deconstruccionismo y postmodernismo). Esta heterogeneidad en sus referentes intelectuales es precisamente la que ha dotado al giro cultural de una enorme capacidad de aglutinación y consenso epistemológico.

En un sugerente artículo publicado en 2002, Ronald G. Suny analiza las que, a su juicio, son las siete contribuciones más específicas del "cultural turn" en la historia y en las ciencias sociales[5]. Primero, la oposición a cualquier explicación que siga el modelo del naturalismo social (lo que George Steinmetz denominó "foundationalist decontextualization"[6]): no existen instituciones o culturas atemporales, descontextualizadas o ahistóricas; en consecuencia, siempre deben ser estudiadas a la luz de un tiempo y un espacio determinados (el texto en su contexto).

Segundo, mientras que los giros históricos y lingüísticos enfatizan el peso del lenguaje en la interpretación y en el devenir histórico, el giro cultural se centra en el poder de la cultura como fuente fundamental de comprensión histórica. Ciertamente, el lenguaje permite acceder a las diferentes formas de organización social, pero las formas sociales no se limitan al lenguaje. El mundo puede ser leído como un texto, pero no es lo mismo que el texto[7].

Tercero, una noción "holística" de cultural sustituye a la noción de "totalidad" de la realidad histórica marxista y de la *nouvelle histoire*. La cultura es considerada como un sistema coherente de símbolos y significados, que deben ser descifrados por el historiador y por el antropólogo, a través de un proceso de "problematización"[8].

Cuarto, el giro cultural comparte con Foucault la sospecha por lo estable, lo racional, la soberanía del sujeto. Esto le hace enfatizar el concepto de *agency*, aunque lo que se reconsidera es la misma naturaleza del *agente*. Como consecuencia, el giro cultural pone un mayor interés en los procesos de identidad nacionales, los intereses compartidos por los grupos

[5] Ronald Grigor Suny, "Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?", *The American Historical Review*, 107 (2002), pp. 1476-1499 (esp. pp. 1484-1487).

[6] George Steinmetz, *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, 1999, pp. 20-21.

[7] Ideas desarrolladas en William H. Sewell, "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt, eds., *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, 1999, pp. 35-53.

[8] Esta visión "holística" de la cultura es la que ha recibido unas mayores críticas, como las que se incluyen en el volumen colectivo, Sherry B. Ortner, *The Fate of Culture: Geertz and Beyond*, Berkeley, Cal., 1999.

sociales y las dinámicas del poder —de ahí su vinculación con la historia social y la nueva historia política[9].

Quinto, el giro cultural ha oscilado desde la elaboración de los sistemas de significado al estilo Geertziano, a la exploración de los regímenes de dominación y de poder, con lo que ha conectado también con la *gender history* y con los estudios de ciencia política, centrados en las concepciones, los discursos y las generaciones del poder.

Sexto, el giro cultural considera el estilo narrativo como el mejor procedimiento para describir la experiencia social. El relato no sólo transmite una información concreta, sino que además proporciona las mejores herramientas epistemológicas al historiador. Las conexiones con los movimientos narrativistas y la microhistoria son evidentes[10].

Séptimo, el giro cultural se identifica con la antropología en su dimensión más etnográfica, es decir, en la que es capaz de insertarse en un tiempo y en un espacio para analizar la cultura. Los códigos y las representaciones de la cultura no pueden ser descifrados de otro modo que conectando lo "poético" y lo "político", es decir, los procesos lingüísticos e históricos. Cualquier intento de definir, representar y explicar la cultura pasa necesariamente por un planteamiento historicista — aquí es donde el "giro cultural" conecta con el llamado "giro historicista" de las ciencias sociales[11].

LA NUEVA HISTORIA CULTURAL

En 1989, Lynn Hunt dirigió un volumen sobre las últimas tendencias historiográficas que tituló *The New Cultural History*[12]. Quedaba explicitada así esta nueva corriente, la nueva historia cultural, que había empezado a dominar el panorama historiográfico de los ochenta. Si Lawrence Stone había echado una mirada retrospectiva de los años setenta verificando el auge del narrativismo —su artículo fue publicado también al final de ese decenio, en 1979—, diez años después aparecía este otro diagnóstico certero de Lynn Hunt, cuyas ideas de fondo han quedado también fijadas como

[9] Terrence J. McDonald, "Introduction", en Terrence J. MacDonald, ed., *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, Mich., 1996.

[10] Sobre este aspecto es especialmente útil, Karen Halttunen, "Cultural History and the Challenge of Narrativity", en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt, eds., *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, 1999.

[11] Ver especialmente el volumen editado por Terrence J. MacDonald en 1996 (*The Historic Turn*) y la introducción de James Clifford y George E. Marcus, eds., *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, Cal., 1986.

[12] Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, Cal., 1989.

referentes historiográficos básicos para el análisis de esta nueva corriente. Según el diagnóstico de la historiadora norteamericana, los años cincuenta y sesenta fueron años dominados por la historia económica y demográfica, con la aplicación de métodos cuantitativos; los años setenta experimentaron la reaparición de la narración histórica y el predominio de la historia social sobre la económica; en los ochenta, la historia cultural —en su acepción más amplia— ya parecía ser el campo más cultivado por los historiadores[13]. Además, había tenido la virtud de estrechar sus relaciones con la historia social, con lo que ganaba todavía más representatividad y amplitud temática y metodológica[14].

Como suele suceder en estas corrientes intelectuales e historiográficas de amplio alcance, en la nueva historia cultural convergen tendencias de naturaleza muy diversa. Por un lado, los historiadores de los años ochenta asimilaron los postulados del giro lingüístico y de otras tendencias más extremas como el postestructuralismo y el deconstruccionismo, dejando de lado sus aspectos más radicales, aquellos que podrían privarles, de hecho, del ejercicio de la disciplina histórica. Por otro lado, esos historiadores siguieron confiando en los efectos positivos de la interdisciplinariedad, por lo que se beneficiaron de las propuestas de filósofos como Michel Foucault, antropólogos como Clifford Geertz, historiadores de la cultura popular como Peter Burke, narrativistas como Natalie Z. Davis, microhistoriadores como Carlo Ginzburg, historiadores de las mentalidades como Georges Duby, referentes de la tradición materialista como Edward Thompson o historiógrafos como Hayden White y Dominick LaCapra.

Al mismo tiempo, los referentes de la nueva historia cultural se remontaban a la vieja aspiración de una historia cultural que sustituyera la reducción de la historia a los fenómenos políticos o diplomáticos. En este contexto la nueva historia cultural era también una mezcla ecléctica que pretendía recuperar y renovar los viejos postulados de historiadores de la cultura como Jacob Burckhardt (1818-1897) y Johan Huizinga (1872-1945), para los que el objetivo principal de la disciplina histórica era el análisis de un proceso cultural. La nueva historia cultural, sin embargo, se consolidó a través de un complejo proceso de criba epistemológica, después de haber superado la fase de la historia de las mentalidades, de haber rechazado las propuestas basadas en la teoría literaria más radical y de haberse

[13] Ver también algunas ideas al respecto en la Introducción del volumen coordinado por Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 9-11.

[14] Paula S. Fass, "Cultural History/Social History: Some Reflections on a Continuing Dialogue", *Journal of Social History*, 37 (2003), pp. 39-46. Todo este volumen está dedicado al estudio del presente y futuro de la Historia Social.

apropiado de las ideas de Clifford Geertz y la moderna antropología como referentes intelectuales más próximos[15].

El itinerario metodológico y epistemológico de la formación de la nueva historia cultural es la mejor demostración de que la historiografía no avanza con cambios bruscos. Es cierto que, durante el último tercio del siglo pasado, se experimentaron casi simultáneamente nuevas corrientes historiográficas, como lo pusieron de manifiesto los diagnósticos de Lawrence Stone en 1979 sobre la nueva historia narrativa y de Lynn Hunt en 1989 sobre la nueva historia cultural. Pero esto fue compatible con que esas nuevas corrientes recibieran el influjo de unas tradiciones bien asentadas en la historiografía. Es especialmente importante partir de este fenómeno intelectual para afrontar el estudio de la nueva historia cultural, que parte del sentido más amplio y omnicomprensivo del concepto de cultura.

La revitalización de la cultura como el ámbito preferente de la historiografía se fundamenta en la convicción de que la historia mejora cuando alcanza una dimensión más sociológica, al igual que la sociología se perfecciona cuando es más histórica. Esta realidad, de hecho, ya había sido expresada de modo explícito por Edward H. Carr a principios de los años sesenta[16]. Sin embargo, la nueva historia cultural intenta dar un paso adelante en esa dirección renunciando por un lado a conquistar la "historia total" del paradigma —que precisamente le había hecho perder su especificidad— pero al mismo tiempo asumiendo una visión mucho más poliédrica de la realidad. Por este motivo, la nueva historia cultural tampoco se ve satisfecha con el simple cambio de ropaje externo que supone la renovación de los temas: si la historia social habla de los trabajadores, de las mujeres, de los grupos étnicos y de los grupos sociales, la historia de las mentalidades se dedica al estudio de los carnavales, la vida, la muerte, la infancia y la espiritualidad. Ni lo uno ni lo otro son suficientes para provocar un verdadero cambio de paradigma.

La agenda de la nueva historia cultural abarca no sólo un cambio de gustos temáticos, sino también una mutación en el modo de afrontarlos. Por este motivo, intenta realizar un relato integrado de todas las manifestaciones culturales. Esto le lleva ha estrechar sus vínculos con otras disciplinas como la historia del arte, la historia intelectual o los estudios literarios. Al mismo tiempo, su principal referente deja de ser la estructura, las

[15] David Chaney, *The Cultural Turn. Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres y Nueva York, 1994, especialmente el epígrafe "Cultural History", pp. 50-57.

[16] Edward H. Carr, *What is History?*, Nueva York, 1965, p. 84. De hecho, ésta es la cita que escogió Lynn Hunt para iniciar la Introducción al volumen cojunto *The New Cultural History*, coodinada por ella en el año 1989. Esa introducción lleva por título "History, Culture, and Text".

clases sociales o las mentalidades y pasa a ser el individuo. Esto legitima su aspiración a no ser considerada simplemente como una continuidad de la historia de las mentalidades, a la que los nuevos historiadores culturales critican por su tendencia a la *reificación* de los fenómenos culturales. La nueva historia cultural no tiene miedo al fenómeno aislado y singular —algo de lo que los historiadores de las mentalidades siempre habían recelado— y en esto se aprecia un influjo más profundo de los postulados de la nueva historia narrativa y la microhistoria.

La sociología es desplazada como la disciplina más influyente en la historia; en lugar de ella, aparecen hegemónicas la antropología y la teoría literaria, que proporcionan los principales conceptos metodológicos y epistemológicos a la disciplina histórica. Las temáticas relacionadas con la antropología son abundantes en la producción histórica: rituales, folklore, símbolos y fiestas populares. Así como el estudio cuantitativo de la experiencia social, propio de la historia de las mentalidades, no tuvo excesivos seguidores fuera de Francia, las nuevas aproximaciones de la historia cultural han tenido una acogida mucho más generalizada. Los nuevos historiadores de la cultura desarrollan una noción más diferenciada de las comunidades y de los ritos sociales[17].

La energía de esta nueva corriente ha llevado a algunos historiadores a hablar del triunfo del giro cultural sobre el lingüístico durante los años ochenta y noventa. Según este planteamiento, las corrientes derivadas del giro cultural de los setenta habrían tenido una inserción y divulgación mayor en la disciplina histórica que aquellas que habían surgido del giro lingüístico[18]. La nueva historia cultural habría surgido del naufragio de la historia serial y marxista, que habían pretendido hallar los mecanismos ocultos del cambio histórico tras la superficie del comportamiento colectivo[19]. La nueva corriente no sólo se oponía a esos caminos de un modo extrínseco —a través de una mutación en las temáticas— sino también intrínseco, al contener una poderosa y efectiva crítica fenomenológica de los métodos de los modelos asociados al paradigma de posguerra. Ahora primaba el estudio del consumo por encima de la producción, las mani-

[17] Algunos ejemplos en Natalie Z. Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, Cal., 1975. Un buen exponente en esta dirección es Joan-Pau Rubiés, *Travel and ethnology in the Renaissance. South India through European eyes, 1250-1625*, Cambridge, 2000.

[18] La tesis de la hegemonía del "giro cultural" es defendida por Donald R. Kelley, "El giro cultural en la investigación histórica", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 35-48.

[19] Ignacio Olábarri y Valentín Vázquez de Prada, eds., *Understanding Social Change in the Nineties: Theoretical Approaches and Historiographical Perspectives*, Aldershot, 1995.

festaciones externas de la cultura por encima de las ocultas estructuras geográficas y económicas.

La nueva historia cultural rechaza el reduccionismo del historicismo clásico y de la historia económica, abandona el sueño de la objetividad, reconoce el papel fundamental de la imaginación en la reconstrucción histórica y, dejando de lado anticuadas aspiraciones ingenuamente totalizadoras, opta por la vía intermedia de la ciencia social interpretativa, tal como han diagnosticado y postulado Clifford Geertz y Charles Taylor[20]. La comprensión prima sobre la explicación, la narración sobre la estructura y la hermenéutica sobre el análisis causal en el acceso al conocimiento del pasado. Sin embargo, la nueva historia cultural también parece tener aspiraciones a la historia total, como no podría ser de otro modo en una corriente que pretende ser hegemónica[21]. El enfoque cultural proporciona al historiador una multiplicidad de puntos de vista que aumentan su credibilidad. Aunque en esta misma potencialidad puede estar su debilidad.

Las vías más tradicionales de los años setenta —historia de las mentalidades e historia social— tuvieron en los años ochenta su continuidad en las *nuevas* historias, principalmente la nueva historia narrativa, la nueva historia política y la nueva historia cultural. El desarrollo de esos tres renovados ámbitos —el de la narración, el de la política y el de la cultura— trajo consigo la revitalización de otros nuevos intereses. Se divulgaron así la microhistoria, como una concreción de la nueva historia narrativa, y la historia social del lenguaje, como una concreción de la nueva historia cultural. Los dos siguientes apartados están dedicados al análisis de estas dos corrientes.

RELATOS MICROHISTÓRICOS

Las nuevas tendencias del narrativismo, el relativismo y la apuesta por la pluridisciplinariedad se fueron concretando, poco a poco, en nuevos gustos temáticos y el desarrollo de nuevas metodologías en el campo de la historiografía. La más representativa de todas ellas es, probablemente, la microhistoria. Como resultado del proceso de narrativización de la historia y de la caída de los grandes modelos asociados al paradigma de posguerra,

[20] Clifford Geertz, *The Interpretation of Culture*, Nueva York, 1973 y Charles Taylor, "Interpretation and the Sciences of Man", *Philosophy and the Human Sciences, Philosophical Papers*, vol. II, Cambridge, 1985, pp. 15-57.

[21] Ésta es la tesis que defiende Peter Burke, "Historia cultural e historia total", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 115-122.

durante los años ochenta se fue consolidando el gusto por la elección de un ejemplo selectivo con aspiraciones globalizantes. Se volvía así, aunque desde una perspectiva totalmente renovada, a los estudios locales y microscópicos, tanto desde el punto de vista geográfico —el análisis de una provincia, un pueblo, una aldea— como sociológico —un estamento, un grupo social o profesional— o biográfico —un molinero, una campesina, un pintor.

La historia total parece que sólo es posible si se considera como base de la investigación un microcosmos, porque el historiador no cuenta con otro procedimiento para acceder a la realidad desde una perspectiva global. Es evidente que en ese planteamiento parece haber una paradoja: por un lado, se abandona la aspiración a la historia total de una sociedad, pero por otro se vuelve a aspirar a esa totalidad a través del estudio de lo concreto, otorgándole una dimensión universalista.

La microhistoria no se puede separar de las condiciones políticas e histórico-filosóficas a las que se halla vinculada. En principio, sus objetivos no eran demasiado originales. Una historia de la vida cotidiana y una historia cultural habían ya existido, pero normalmente habían sido hechas desde la perspectiva de las elites. Como obras de referencia en este sentido, también utilizadas como referentes por la nueva historia cultural, se suelen citar *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) de Jakob Burckhardt y el *Otoño de la edad media* (1919), de Johan Huizinga, publicadas ambas muchos años atrás. Ahora interesa precisamente la vida de las personas que llevan una existencia ordinaria porque reflejan con mayor naturalidad las aspiraciones, los valores y los principios de una sociedad.

Como parece obvio, este planteamiento renunciaba definitivamente a considerar el poder político y los condicionantes económicos como los principales elementos constituyentes de la historia, tal como habían postulado el historicismo clásico y el materialismo histórico respectivamente. No hay una sola historia lineal, en continuo progreso, sino muchas historias que se entrecruzan: tantas como historias personales. Las culturas no tienen una historia unitaria. El estudio cultural, tal como se entiende hoy, no permite una visión única, sino que exige una visión múltiple, poliédrica, que sea un reflejo de la libertad humana.

Al mismo tiempo, la microhistoria como tal es capaz de generar muy diversas corrientes en su seno. Entre los experimentos narrativistas de Carlo Ginzburg y Natalie Z. Davis y el estudio microscópico-marxistizante que Guy Bois publicó en 1989 sobre una pequeña localidad del Mâconnais hay un abismo[22]. En el fondo, lo novedoso en la microhistoria es la prioridad

[22] Guy Bois, *La mutation de l'an Mil. Lournand, village mâconais de l'antiquité au feodalisme*, París, 1989.

del relato, porque el aprovechamiento de un pequeño acontecimiento como fuente de conocimiento universal era algo que la historiografía ya se había planteado hacía tiempo. Desde una perspectiva literaria, Jorge Luis Borges ya lo había afrontado con su *Aleph*[23]. Desde el punto de vista historiográfico, lo habían practicado historiadores tan cualificados y, al mismo tiempo, tan dispares como el francés Pierre Vilar o el ítalo-norteamericano Roberto S. López. Éste recomendaba hacer macrohistoria con la microhistoria como materia prima: llegar a ideas amplias y sugestivas a través de modelos precisos como las monografías locales[24]. Pierre Vilar era todavía más explícito. Abogaba por la conexión entre los hechos de masas —demografía, economía, creencias colectivas— y los acontecimientos históricos concretos en los que intervienen los individuos y el azar. Aunque no es menos cierto que el historiador francés se movió siempre dentro de la ortodoxia del materialismo histórico, por lo que también se propuso analizar "los fundamentos económicos de las estructuras nacionales"[25].

La nueva microhistoria, sin embargo, era fruto de algunos de los principales postulados surgidos del giro lingüístico, a los que habría que añadir las consecuencias del giro cultural[26]; de un renovado concepto de la cultura popular como la que desarrollaron Mijail Bajtin y Peter Burke[27] y, por fin, de los vestigios de los modelos establecidos por los principales historiadores marxistas británicos, especialmente Edward Thompson[28]. La microhistoria se basa en la narración de un hecho singular con aspiraciones globalizantes. Por este motivo, los ejemplos más característicos que se suelen citar como los abanderados de la microhistoria, son las narraciones históricas de Carlo Ginzburg sobre el molinero italiano del siglo XVI y la de Natalie Z.

[23] Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Buenos Aires, 1949.

[24] Roberto S. López, "Sul Medioevo e medievisti", *Quaderni Medievali*, 4.XII.1977, p. 126.

[25] Sobre el pensamiento histórico de Pierre Vilar, ver su *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, 1997 y, más sistemáticamente, "Crecimiento económico y análisis histórico", dentro del volumen recopilatorio *Crecimiento y Desarrollo*, Barcelona, 1974, pp. 17-105 y *Une histoire en construction*, París, 1982. La cita sobre "los fundamentos económicos de las estructuras nacionales" hace referencia a su principal obra, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1962 y es una excelente síntesis de lo que fueron las prioridades de la historiografía estructural y marxista que dominó el panorama historiográfico europeo de los años cincuenta y sesenta.

[26] Donald R. Kelley, "El giro cultural en la investigación histórica", Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 35-48.

[27] Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Barcelona, 1974 y Peter Burke, *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, 1991.

[28] Sobre todo a través de la obra de enorme influencia, Edward P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963.

Davis sobre la aldeana del sur de Francia, a las que habría que añadir la de Robert Darnton, *The great cat massacre* (1984)[29].

Paradójicamente, algunos de los exponentes de esta nueva corriente surgieron del ámbito del materialismo histórico: muchos marxistas se han hecho microhistoriadores. La revista italiana *Quaderni Storici* se ha erigido como uno de los principales foros experimentales de la microhistoria. El panorama italiano, con figuras como Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Alberto Tenenti, Giorgio Spini, Carlo Poni, Ruggiero Romano, ha vuelto a recuperar buena parte de ese punto de vitalidad original que siempre le ha caracterizado en el ámbito de la historiografía. Ellos son la generación que ha revitalizado algunos temas de historia social más acordes con los nuevos tiempos. Al mismo tiempo, han sido capaces de presentar una alternativa viable a los clásicos historiadores italianos Federico Chabot, Delio Cantimori, Franco Venturi, Leo Valiani, Ernesto Sestan o Federigo Melis, que se habían dedicado preferentemente a la historia económica y a la historia religiosa.

Por otra parte, la microhistoria ha tenido ya bastantes comentadores, como el citado Giovanni Levi[30] y Bernard Lepetit, el malogrado historiador que estaba llamado a tener una importante función dentro de la renovación de la escuela de los Annales durante los años noventa[31]. La microhistoria tiene la cualidad de ser una verdadera metodología porque tiene aplicaciones prácticas, después de todas las experimentaciones pluridisciplinares que llevaron a la historia a un aparente callejón sin salida durante los primeros años ochenta. Su aparición estaría ligada al desencanto producido en los años setenta por la caída del paradigma de posguerra y el desengaño respecto a las viejas ideas de progreso. Este desencanto intelectual y vivencial decantó a algunas tendencias historiográficas hacia los vidriosos campos del relativismo o la irracionalidad, algo que los microhistoriadores intentaron paliar a través de la reducción de la escala de observación.

[29] Robert Darnton, *The Great cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984. Otros exponentes de esta corriente, ya en los años noventa, podrían ser Paul E. Johnson y Sean Wilentz, *The Kingdom of Matthias: A Story of Sex and Salvation in 19th Century America*, Nueva York, 1994; Alain Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot. Sur les traces d'un inconnu, 1798-1876*, París, 1998.

[30] Sobre todo en su denso artículo Giovanni Levi, "Sobre la microhistoria", en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, 1996, pp. 119-143. Otros comentarios teóricos sobre la microhistoria en Edward Muir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, 1991; F. Egmond y P. Mason, *The Mammoth and the Mouse. Microhistory and morphology*, Baltimore, 1997; Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, 2000.

[31] Bernard Lepetit, *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*, París, 1995.

El planteamiento teórico de la microhistoria parece claro y coherente hasta aquí. Sin embargo, cuando se comparan los relatos de Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos* (1976) y de Natalie Z. Davis en *Martin Guerre* (1982), se llega a la conclusión de que lo único que verdaderamente les identifica es esa notable capacidad que poseen de construir un relato lineal y coherente, que posibilita una lectura unidireccional de la historia que están contando. En esto, verdaderamente, se alejan radicalmente del tipo de discurso de las monografías tradicionales, cuya lectura se mueve siempre a muy diferentes niveles —¡los *tiempos* de Braudel!— y se puede acceder a ellos empezando por un capítulo que no tiene porqué ser el inicial. Los libros de Ginzburg y Davis se leen, efectivamente, como una novela, y hay que empezarlos por el principio. Pero, al mismo tiempo, es indudable que se pueden considerar verdaderas obras históricas, porque la documentación está rigurosamente tratada —al menos ésa es la apariencia *formal* que transmiten.

Sin embargo, el tipo de discurso de ambos estudios se mueve a niveles muy diferentes. El relato de Ginzburg nunca pierde la credibilidad y la verosimilitud. El de Davis, en cambio, se mueve continuamente —de modo explícito o implícito, consciente o inconsciente— en los frágiles límites que separan la verdad de la ficción. Sin abandonar el rigor documental de todas sus afirmaciones, la historiadora norteamericana deja en ocasiones una sombra de duda en el lector, por la misma dificultad que éste tiene de aceptar unos acontecimientos que se van haciendo cada vez más inverosímiles. Sin embargo, la historiadora norteamericana, a diferencia de Ginzburg, siempre fue muy contundente en sus respuestas a los críticos que ponían en duda la verosimilitud de su relato.

Lo que está presente en todo el relato de Davis es, en el fondo, un problema tan tradicional como la dificultad que supone para el historiador adentrarse en el mundo de la objetividad de las fuentes. Sin alejarse de la documentación, Davis suspende el juicio sobre esta cuestión, lo que produce el desconcierto en el lector ansioso de la seguridad propia de las monografías históricas. En cambio, esa perplejidad desaparece en el lector que se acerca a ese libro simplemente con el afán de leer un buen relato, sin pararse a considerar su verosimilitud. En conclusión, quizás la fuerza del *Martin Guerre* y su capacidad de generar debates en el seno de la historiografía, es que se trata de un relato que adquiere *forma* de novela, pero que en ningún momento se separa del rigor histórico, ya que la autora basa todas sus afirmaciones en la documentación.

Siendo estos dos libros, se mire por donde se mire, hitos importantes de la historiografía de los últimos años, el trabajo de Davis me parece más sugerente en cuanto a sus repercusiones epistemológicas que el de Ginz-

burg, porque se plantea de un modo muy pragmático —no a través de una teoría, sino de un relato— la verdadera naturaleza del conocimiento histórico. Davis consigue exponer en la práctica lo que White había desarrollado teóricamente unos años antes: que la narración no es sólo una forma, sino que implica un contenido y una intencionalidad en sí misma, al escoger deliberadamente lo que considera más significativo y que merece la pena recordar y lo relata del *modo* que ve más conveniente[32].

Pero hay algo más en el libro de Davis. En el fondo, lo que se plantea allí es la legitimación de la hermenéutica como modo de acceso a la realidad histórica. La hermenéutica, tal como ha sido comprendida desde Wilhelm von Humboldt y Leopold von Ranke hasta los modernos microhistoriadores, presupone que el historiador puede acceder a la realidad histórica sin intermediarios, ahondando en ella sin prejuicios mediante un estudio documentado, concienzudo y profundo de las fuentes[33]. En toda la tradición historiográfica hasta los años setenta hubo un acuerdo unánime, por tanto, en que el acceso a la realidad histórica era posible, si se seguían con rigor una serie de procedimientos y métodos en la investigación. Sin embargo, Davis va más allá del procedimiento hermenéutico, cuestionando radicalmente la existencia de una frontera entre el hecho y la ficción. La historiadora norteamericana pone en el tablero de la metodología histórica un nuevo elemento: el de la facultad imaginativa del propio historiador. La imaginación es, desde luego, una de las claves del hermeneuta. A través de ella, el historiador es capaz de alcanzar el punto esencial del objeto histórico que está analizando. Lo factual y lo ficticio, lo verificado y lo imaginado, se fusionan extraña pero eficazmente en el *Martin Guerre* de Davis. Esta fusión pasa desapercibida para el lector de la *novela* de Davis, pero esto no sucede así para el lector de la *narración histórica* de Davis.

El debate posterior a la publicación del libro puso de manifiesto que la intención de Davis era la legitimación de la capacidad del historiador de llenar con su imaginación —*invention*, según el expresivo concepto utilizado en el original por la autora— las lagunas de la documentación. Pero ella siempre deja claro cuáles son esas lagunas, lo que aparece en las fuentes y lo que no aparece. Y finalmente, esos saltos de la documentación son escasos, si se comparan, por ejemplo, con las que relata Simon Schama en sus *Dead Certainties*[34]. Davis narra la historia de una campesina de un

[32] Ver especialmente, Hayden V. White, "Literary Theory and Historical Writing", en *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore & Londres, 1999, pp. 1-27.

[33] Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, pp. 91-92.

[34] Simon Schama, *Dead Certatinties (Unwarranted Speculations)*, Nueva York, 1991.

pueblo francés del siglo XVI que ha sido abandonada por su marido. Al cabo de un tiempo, llega a esa aldea un forastero que, basándose en su extraordinario parecido con el antiguo esposo, se hace pasar por él de modo fraudulento. La campesina acepta la nueva situación, quizás ansiosa de mejorar la experiencia de la convivencia con su anterior consorte, generando una compleja psicología, descrita de modo magistral en el libro. Finalmente, la gente del pueblo empieza a recelar del impostor, incoándose un proceso judicial que es precisamente el que genera la documentación que Davis utiliza para construir su relato. A lo largo del libro, aprovechando la compleja trama de la historia y las problemáticas morales inherentes a la situación generada por la nueva unión, la historiadora norteamericana proyecta algunos postulados del feminismo del siglo XX en la protagonista del libro, una aldeana del siglo XVI.

La imaginación histórica que postula Davis se basa, por una parte, en un profundo conocimiento de la estructura interna de las fuentes. Ello le permite avanzar en el relato a pesar de las lagunas de la documentación, que son suplidas por la suposición racional de la autora. Por otra parte, se basa en el conocimiento del contexto, de las condiciones sociales, económicas, culturales e intelectuales de una región. A través de la conjunción de esas dos fuentes de conocimiento —el texto y el contexto—, Davis ve legitimada su labor de *invención* del razonamiento de la campesina, lo que presupone algo así como la existencia de una cultura campesina que haga posible tal reconstrucción[35]. Nos hallamos por tanto, de nuevo, ante un debate muy tradicional: el de las relaciones del texto con su contexto[36].

El libro de Carlo Ginzburg sobre el molinero italiano plantea, por su parte, otro problema esencial, en consonancia con los debates que se estaban generando en la historiografía de los años setenta. La microhistoria optaba, teóricamente, por una investigación de carácter microscópico. Sin embargo, en el transcurso de la lectura del proceso del molinero, el lector percibe que las intenciones del autor van mucho más allá. Basado también en la documentación judicial, Ginzburg intenta asociar las manifestaciones heterodoxas de Menocchio a una secular cultura campesina mediterránea, al tiempo que pretende relacionar su ajusticiamiento con los es-

[35] Ver algunos de los hitos de ese debate en Roger Finlay, "The Refashioning of Martin Guerre", *American Historical Review*, 93 (1988), pp. 553-571 y la respuesta de Natalie Z. Davis, "On the Lame", *American Historical Review*, 93 (1988), pp. 572-603.

[36] Mohsen Ghadessy, ed., *Text and Context in Functional Linguistics*, Amsterdam, 1999, pp. XI-XVII ; Andrew Taylor, *Textual Situations. Three Medieval Manusctipts and Their Readers*, Philadelphia, 2002; Keith Busby, *Codex and Context. Reading Old French Verse Narrative in Manuscript*, Amsterdam, 2002.

fuerzos de las nuevas elites del poder económico y político por suprimir esa cultura[37].

Esto pone de manifiesto inequívocamente la pretensión del historiador italiano de fusionar la investigación microhistórica con las especulaciones macrohistóricas más propias del gran paradigma de posguerra, que supuestamente estaba siendo superado en aquellos años[38]. Un intento que, por otra parte, aparece ya implícito en el subtítulo del libro ("El cosmos, según un molinero del siglo XVI") y que Ginzburg nunca ha desmentido explícitamente[39]. Lo que los microhistoriadores postulaban era la posibilidad de acceder a esas conclusiones macrohistóricas a través del estudio de gente corriente. Para ello, se basaban en un tipo de documentación ya utilizada hasta entonces, especialmente para los casos de brujería, como son los procesos judiciales. A partir de esta documentación, Le Roy Ladurie construirá la historia de su pueblo herético, Natalie Davis relatará la rocambolesca historia de Martin Guerre y Carlo Ginzburg pretenderá conocer la cultura del molinero y de su entorno.

Pero aparte de estas consideraciones de corte metodológico y epistemológico sobre la microhistoria, hay una realidad más elemental, que está en la base de la coherencia de esa corriente: la articulación de un relato creíble, lineal y bien construido. De hecho, si la obra de Ginzburg sobre el molinero no ha envejecido prematuramente es, fundamentalmente, por la eficacia con que organiza el relato, por su convincente modo de presentar los datos históricos y por la forma coherente en que analiza e interpreta esa realidad a partir de sus conjeturas, pero no tanto por los análisis concretos o las interpretaciones particulares que emprende. El texto de Ginzburg está incluso desprovisto de una de las convenciones académicas más arraigadas de la disciplina, las farragosas notas a pie de página (como las de este libro), lo que permite una lectura de la narración ininterrumpida y sin trabas. Precisamente, pocos años más tarde, el historiador norteamericano Anthony Grafton escribiría un sugerente estudio sobre la historia de las notas a pie de página, basado en técnicas propiamente postmodernas[40].

[37] Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998, p. 93-94.

[38] Esta tendencia a enlazar lo "microhistórico" a lo "macrohistórico" es precisamente lo que justificaría las raíces científicas, políticas y éticas marxistas que algunos han reconocido en la corriente de la microhistoria, al menos en su vertiente italiana (Giovanni Levi, "Sobre la microhistoria", en Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 119-143).

[39] Dominick LaCapra, "*The Cheese and the Worms*: The Cosmos of a Twentieth-Century Historian", *History & Criticism*, Ithaca, 1985, pp. 45-69.

[40] Anthony Grafton, *The Footnote: a Curious History*, Cambridge, 1997.

Todas las obras históricas deben estar cuidadosamente redactadas. Pero en el caso de la microhistoria esa cualidad debe estar presente, si cabe, de un modo más estricto, porque de otro modo el estudio microhistórico queda reducido al análisis de un caso singular sin más pretensiones, a una pura y farragosa erudición sin más connotaciones metodológicas y epistemológicas. Esto llevaría a plantearse las razones por las que hay determinadas obras históricas que mantienen una llamativa vigencia a pesar de haber sido articuladas en unos contextos intelectuales e historiográficos tan diferentes a los actuales, como pueden ser las obras principales de Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel o Johan Huizinga.

Ginzburg recibió fuertes críticas precisamente por el efecto negativo que puede tener en una obra histórica dar un excesivo protagonismo al relato. Un historiador poco sospechoso de retórico, John H. Elliott, formuló sus críticas: al tiempo que definía el trabajo del historiador italiano como un "bello libro", una "brillante reconstrucción" y "escrito soberbiamente", ponía en duda la credibilidad de la interpretación del historiador italiano, al cuestionar la representatividad del molinero[41]. Sin embargo, la construcción de un relato coherente es la que permite a Ginzburg articular un discurso unitario sobre una realidad histórica tan poliédrica como la que aparece en su libro. Como consecuencia, *El queso y los gusanos* se puede considerar indistintamente, según el punto de vista que se aprehenda, una historia de las ideas, una historia de la religión, una historia de la cultura o una historia de las mentalidades[42].

La conclusión que se deriva de todo ello es que la microhistoria no funciona si no está documentalmente bien fundada ni consigue hacer historia global a una escala "micro". Además, tiene que estar *bien* escrita. El relato pasa a ser lo fundamental en un discurso que, sin esta calidad formal, deviene una simple erudición vacía e intrascendente. Por este motivo, un gran número de las investigaciones que hoy en día se realizan en forma de tesis doctorales pueden inscribirse en esta tendencia, pero probablemente no pasarán la criba de la notoriedad al quedarse enclaustradas en el ámbito de un lenguaje académico, de jerga científica, incapaces de trascender la representatividad de lo único.

[41] El comentario del hispanista inglés está recogido y comentado en Justo Serna y Anaclet Pons, *Cómo se escribe la microhistoria*, Madrid, 2000, p. 63.

[42] Aunque es evidente que la obra no se puede incluir, desde un punto de vista estrictamente historiográfico, a esta última tendencia. Al mismo tiempo, sus conexiones con las obras de los fundadores de los Annales, a través del *Rabelais* de Lucien Febvre o de Los *Reyes Taumaturgos* de Marc Bloch, parecen evidentes.

SÍMBOLOS, LENGUAJES Y SOCIEDADES

En el contexto de las tendencias historiográficas recientes, la historia social del lenguaje juega un significativo papel como nexo entre la historia tradicional y los postulados radicales del giro lingüístico. Interesados por el creciente influjo de la lingüística en las ciencias sociales, pero al mismo tiempo preocupados por devolver a la metodología histórica todo su sentido común, algunos historiadores han intentado, desde los años ochenta, hacer una lectura del pasado a través de los significantes. Por un lado, esos historiadores partían de la necesidad de renovar el utillaje metodológico de la disciplina histórica a través del rastro dejado por el giro lingüístico. Por otro, partían de la convicción de que el deconstruccionismo no era un camino a seguir, porque todos los intentos de poner patas arriba el sentido común en la metodología histórica han fracasado[43].

La historia social del lenguaje surgió entonces como fruto de una combinación entre el triunfo tardío de la historia social y el influjo del *linguistic turn* en la disciplina histórica. Esta metodología empezó a dar sus frutos durante los años ochenta, cuando fue aplicada al análisis de las sociedades medievales y renacentistas, por lo que hoy en día está plenamente consolidada en el panorama historiográfico internacional[44]. De hecho, durante esos años aparecieron metodologías análogas como la "historia social del arte" o la "historia social de la literatura", como se pone de manifiesto en las pioneras obras de Arnold Hauser[45] y Lucien Goldmann[46].

Es probable que el desarrollo de la historia social del lenguaje esté asimismo relacionado con la tendencia de la nueva historia cultural a poner el énfasis en el consumo más que en la producción, en el capital simbólico más que en el capital material y, en definitiva, en el código lingüístico más que en el contenido mismo de lo transmitido. En las recientes investigaciones, el burgués no se caracteriza por ser un inversor o un agente económico sino por tener un piano en el salón[47]. Los procesos de ascenso social han dejado de ser cuantificados a través de la acumulación del capital material, lo que ha llevado a los historiadores de la cultura a centrar-

[43] Peter Burke, "La historia social del lenguaje", en *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, 1996, p. 39.

[44] Como se desprende del equilibrado estado de la cuestión contenido en Peter Burke, "Introduction", en Peter Burke y Roy Porter, eds., *The Social History of Language*, Cambridge, 1987, pp. 1-20. Ver también las reflexiones de Miguel Ángel Cabrera, *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*, Madrid, 2001.

[45] Arnold Hauser, *Sozialgeschichte der Kunst und Literatur*, Munich, 1958.

[46] Lucien Goldmann, *Pour une sociologie du roman*, París, 1965.

[47] Jean-Pierre Chaline, "Qu'est-ce qu'un bourgeois?", *L'Histoire*, 121 (1989), pp. 38-45.

se en el concepto del capital simbólico más que en capital real[48]. Los historiadores, en fin, han encontrado en los códigos lingüísticos unos inmejorables síntomas que les permiten analizar y definir una cultura específica.

Una de las consecuencias más notorias de esta evolución es que el concepto *clase social* ha caído en desuso, normalmente sustituido por otras fórmulas más integradoras, amparadas en la terminología genérica de "grupo social"[49], los "estratos" de Roland Mousnier[50] o recuperando los tradicionales conceptos de las "categorías" de Aaron J. Gourevitch[51] o incluso de los "estamentos" weberianos.[52] La pertenencia de un individuo a un grupo social determinado viene asignada ahora por los conceptos de identidad, marcador o código, más que por la adquisición de un determinado nivel adquisitivo[53]. La *identidad* significa la conciencia de cada uno de pertenecer a un conjunto de individuos, por oposición a otros, así como la voluntad de definirse exteriormente como miembro de éste. El *marcador* es la concreción material de esa identidad para que todos, incluso los extraños al grupo, comprendan abiertamente su significado. Es la función, por ejemplo, de los escudos heráldicos en las sociedades tradicionales y las insignias en la solapa de la chaqueta en las sociedades contemporáneas.

La definición de *código*, complementaria de las de identidad y marcador, es quizás todavía más útil para los historiadores sociales del lenguaje. El código está constituido por los signos que permiten a los miembros de un grupo reconocerse entre ellos y excluir a los que no forman parte de él; la sutileza de estas señales de reconocimiento escapa demasiado a menudo al no iniciado. Tradicionalmente, estos códigos han sido identificados con signos externos como la indumentaria o los buenos modales. Pero parece evidente que el desarrollo de un lenguaje específico —que incluso puede estar combinado con la creación de una *jerga*[54]— es una de las ma-

[48] Pierre Bourdieu, *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, 1979.

[49] El mismo Georges Duby abjuró, en una larga entrevista publicada originariamente en 1980, de su tendencia a referirse a las *clases sociales* en sus primeras obras, a favor de otras expresiones con menor carga ideológica como las de *grupos sociales*: Georges Duby, *Diálogo sobre la historia*, Madrid, 1988 (1980), p. 109.

[50] Roland Mousnier, *Les hiérarchies sociales de 1450 à nos jours*, París, 1969.

[51] Aaron J. Gourevitch, *Les catégories de la culture médiévale*, París, 1983.

[52] Utilizadas como referentes metodológicos y como complemento de las *clases sociales*, por Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, 1977.

[53] Sigo en este párrafo las ideas contenidas en el artículo de Martin Aurell, "El triunfo tardío de la historia social", *Grupos sociales en la Historia de Navarra*, vol. III, Pamplona, 2002, pp. 3-18.

[54] Por otra parte, la definición que da Peter Burke a la "jerga" no deja de ser sintomática de la mayor atención que los nuevos historiadores de la cultura dan al "consumo" en detrimento de la "producción": "Jargon is as much in the ear of the listener as on the tongue of

nifestaciones más propias del código, y al mismo tiempo, es el que ha interesado más a la moderna historiografía. Los estudios de Jon Juaristi sobre el nacionalismo vasco son muy elocuentes del interés de este tipo de estudios[55].

Durante los años ochenta, algunos historiadores herederos de los postulados del *linguistic turn*, reconocieron la oportunidad del estudio del lenguaje como una institución social, como una parte esencial de la cultura y como una manifestación de una determinada sensibilidad[56]. Otros, más radicales, herederos del postmodernismo ortodoxo de un Hayden White o del demoledor deconstruccionismo de Jacques Derrida, se llegaron a plantear si la realidad venía condicionada por el *modo* de comunicar, más que por el mismo objeto comunicado: dicho en otras palabras, la primacía del significante sobre el significado[57]. El mismo título de algunos de los referentes metodológicos de esas corrientes remitía al predominio de la forma sobre el contenido, llegando a otorgar incluso a la forma un supuesto contenido. Así se pone de manifiesto en el sugestivo título de una de las obras recopilatorias de Hayden V. White, *The Content of the Form* (1989)[58]. El lenguaje se acaba considerando como una parte esencial de la realidad, que posee verdadera entidad social, porque los códigos lingüísticos pasan a instrumentalizar a quien los usa, al dejar de ser instrumento pasivo para convertirse en agente activo y creativo. Jacques Derrida ha llegado a afirmar que la lengua usa a quienes la hablan en lugar de que sean éstos quienes se sirven de ella. Somos los sirvientes antes que los amos de nuestras metáforas —incluso de ésta misma, como anotaría con su habitual perspicacia e ironía Peter Burke[59].

Más allá de los evidentes callejones sin salida a los que algunos de estos planteamientos están abocados, todo este contexto epistemológico ha favorecido sin duda la prioridad del análisis del lenguaje en la nueva historia cultural. Esto ha permitido también una renovada lectura de la docu-

---

the speaker" (Peter Burke, "Introduction", en Peter Burke y Roy Porter, eds., *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, 1995, p. 2).

[55] Jon Juaristi, *El chimbo expiatorio. La invención de la tradición bilbaína, 1976-1939*, Bilbao, 1994 y, del mismo autor, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, 1997.

[56] Peter Burke, "Introduction", *The Social History of Language, Cambridge*, 1987, p. 1.

[57] Peter Burke, en *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, 1996, p. 30.

[58] Hayden V. White, *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore, 1989.

[59] Peter Burke, "Introduction", en Peter Burke y Roy Porter, eds., *The Social History of Language*, Cambridge, 1987, p. 14, quien remite a J. Derrida, "Plato's pharmacy", en *Dissemination*, Chicago, 1982, cap. 1.

mentación, menos ingenua que en épocas anteriores porque se ha percibido el enorme peso que el contexto tiene en todo texto histórico. Aprovechando la máxima de que "el medio es el mensaje", los historiadores han caído en la cuenta de la trascendencia de los códigos lingüísticos[60]. El código, la variedad o el registro que se emplea es una parte decisiva del mensaje y por tanto el historiador no la puede pasar por alto. El lenguaje, sea éste referencial o referenciado, pasa a un primer plano.

Las concreciones de esta nueva tendencia historiográfica se basan en buena medida en la convicción de que el lenguaje es utilizado por los grupos sociales para marcar unas fronteras simbólicas que les singularicen en el panorama social general. Esta distinción puede venir condicionada por la conciencia de la pertenencia a una misma comunidad nacional —es el caso de los dialectos o las lenguas que no coinciden con un estado— o, como suele suceder en las sociedades tradicionales, por la pertenencia a un mismo grupo social o profesional. De este modo, se crean *jergas* que remiten a un mundo social o profesional compartido[61] o se genera un código moral específico para estrechar los vínculos del grupo[62]. Puede haber también un lenguaje específico de género, cuyo análisis ha dado lugar a algunos sugerentes estudios relacionados con la historiografía de las mujeres[63]. Las minorías étnicas o religiosas también crean distintas variedades de lenguaje[64]. Una de las empresas de Gramsci fue suprimir las referencias religiosas en el lenguaje coloquial (expresiones tan utilizadas como el "adiós") para descatolizar Italia, lo que indudablemente facilitaría el proceso de marxistización del país.

Los historiadores sociales del lenguaje se interesan también por las relaciones entre el texto y el contexto, porque parten del postulado de que los miembros de un mismo grupo social o de una idéntica comunidad emplean diferentes variedades de lenguaje en diferentes situaciones. El contexto en el que se inserta el discurso lingüístico es identificado por los

[60] Marshall Mcluhan, *Understanding Media. the Extensions of Man*, Nueva York, 1964, cap. 1.

[61] Peter Burke y Roy Porter, eds., *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, 1995.

[62] Jaume Aurell, "El lenguaje mercantil y los códigos sociales identitarios", en Rocío García Bourrellier y Jesús M. Usunáriz, eds. *Aportaciones a la historia social del lenguaje: España, siglos XV-XVIII*, Madrid, 2004.

[63] Robin T. Lakoff, *Language and Woman's Place*, Nueva York, 1975; Sandra Harding, "Women and Words in a Spanish Village", en Rayna R. Reiter, ed., *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York & Londres, 1975, pp. 283-308.

[64] Marinus Van Beek, *An Enquiry into Puritan Vocabulary*, Groningen, 1969; Richard Bauman, *Let Your Words be Few: Symbolism of Speech and Silence among the Quakers*, Cambridge, 1983.

sociolingüistas como el *registro*[65]. El influjo del contexto se verifica, por ejemplo, cuando existe un ámbito plurilingüístico, como sucede con las lenguas que conviven —o se "conllevan", en expresión de Ortega y Gasset— en un mismo territorio. El latín fue hablado y escrito como segunda lengua en la Europa medieval y renacentista por los que querían ser asociados a una elite cultural[66]. El castellano era utilizado como signo de prelación social en Cataluña hasta tiempos recientes, frente a un catalán ruralizado[67]. Esas estrategias son más o menos inconscientes, pero en todo caso su eficacia está sobradamente demostrada[68]. La frase atribuida a Carlos V es, en este sentido, más expresiva que un tratado: el francés es la lengua para hablar a los embajadores (lisonjear), el italiano para hablar a las mujeres (cortejar), el alemán para hablar a los mozos de cuadra (amenazar) y el español para hablar con Dios (orar)[69]. Parece lógico, en esta dirección, que se haya intentado también realizar una historia del silencio, a través de las bases filosóficas sentadas por Ludwig Wittgenstein y Jacques Lacan[70] y los experimentos historiográficos de Paul Saenger y Peter Burke[71].

Todos estos campos de estudio parecen originales y fructíferos. Sin embargo, el auténtico talón de Aquiles de la historia social del lenguaje es que no es nada sencillo resolver la siguiente ecuación: ¿es la lengua la que modela la sociedad en la que se usa o es un simple reflejo de la sociedad que la usa? Los que se decantan por la primera de las posibilidades suelen alinearse finalmente en las filas del deconstruccionismo; los que parten de la segunda, se proponen renovar viejas metodologías, analizando las sociedades a través de sus manifestaciones culturales —el arte, la literatura y, más recientemente, el lenguaje. Ésa es precisamente la vía posibilista que llevó a Johan Huizinga a leer la última edad media a través de las

[65] Dell H. Hymes, "Ways of Speaking", in Richard Bauman y Joel Sherzer, eds., *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge, 1974, p. 440 y ss.

[66] Birgit Stolt, *Martin Luthers Rhetorik des Herzens*, Tubinga, 2000.

[67] Pere Anguera, *El Català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, 1997.

[68] John J. Gumperz, *Discourse Strategies*, Cambridge, 1982.

[69] Recojo esta sugerente cita de Peter Burke, "Introduction", *The Social History of Language*, Cambridge, 1987, p. 7.

[70] Françoise Fonteneau, *L'éthique du silence: Wittgenstien et Lacan*, París, 1999. Ver también el sugerente ensayo de Steven L. Bindeman, *Heidegger and Wittgenstein: The Poetics of Silence*, Washington, 1981

[71] Paul Saenger, *Space Between Words: the Origins of Silent Reading*, Stanford, 1997; Peter Burke, "Notas para una historia social del silencio en la Europa moderna temprana", *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, 1996, pp. 155-176.

pinturas de los hermanos Van Eyck[72]; la que Lucien Febvre aplicó en su estudio de la incredulidad del siglo XVI, al demostrar que el ateísmo era imposible en esa época por la falta de conceptos abstractos en el idioma francés que sustentaran esas posturas[73]; la que Georges Duby llevó a su culminación en su estudio de los valores del siglo XII en una sugerente analogía entre la ideología de San Bernardo y las juiciosas formas del arte gótico[74], la que Erwin Panofski usó para establecer una sugerente relación entre la arquitectura gótica y el arte escolástico[75], la que Otto Georg von Simson utilizó para establecer las conexiones entre la estética de las catedrales góticas y el concepto de orden de las *Summas* teológico-filosóficas medievales[76] y, por fin, la que Simon Schama ha intentado regenerar, recientemente, con su *Rembrandt's eyes*[77].

El debate de la referencialidad del lenguaje se pone en juego también al verificarse que las convenciones lingüísticas persisten a menudo mucho después de haber cambiado las estructuras sociales en las que se habían creado y que, supuestamente, las sustentaban. Las diferentes formas de trato que subsisten en algunos idiomas, como en el caso del "usted" castellano, son un indudable indicio de la asincronía entre formas lingüísticas y realidades sociales[78]. Esto demuestra, entre otras cosas, que el lenguaje es una fuerza activa en la sociedad, que es en lo que se basa Peter Burke para legitimar la historia social del lenguaje como uno de los métodos más eficaces en el panorama historiográfico actual[79]. El lenguaje se convierte así en una importante fuente de dominación simbólica, otro concepto recuperado felizmente por Pierre Bourdieu[80]. Se pone así de manifiesto la utilidad de la historia social de la lingüística para el análisis de las hegemonías culturales y de poder.

[72] Johan Huizinga, "Prólogo", *El otoño de la edad media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid, 1985 (1919-1927), p. 11.

[73] Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1942.

[74] Georges Duby, *Saint Bernard. L'art cistercien*, París, 1979.

[75] Erwin Panofski, *Architecture gothique et pensée scolastique, précédé de l'Abbé Suger de Saint-Denis*, París, 1967.

[76] Otto G. von Simson, *The Gothic Cathedral; Origins of Gothic Architecture and the Medieval Concept of Order*, Nueva York, 1964.

[77] Simon Schama, *Rembrandt's Eyes*, Londres, 1999.

[78] Roger Brown y Albert Gilman, "The Pronouns of Power and Solidarity", en Pier Paolo Giglioli, ed., *Language and Social Context*, Harmondsworth, 1971, cap. 12.

[79] Peter Burke, "Introduction", en Peter Burke y Roy Porter, eds., *The Social History of Language*, Cambridge, 1987, p. 13.

[80] Pierre Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, París, 1982, p. 34.

El intento de racionalizar el *linguistic turn* por parte de la historia social del lenguaje ha dado ya algunos frutos, como es el de la publicación de algunos volúmenes conjuntos que dan buena muestra de su capacidad de funcionar como tercera vía[81]. En este sentido, esta metodología ha actuado como antídoto de los excesos relativizantes del deconstruccionismo más radical. Al mismo tiempo, se ha consolidado como uno de los procedimientos más eficaces del fructífero diálogo de la historia con la lingüística, una de las ciencias sociales que despierta un mayor interés en la actualidad.

[81] Como algunos de los citados en este apartado: Pier Paolo Giglioli, ed., *Language and Social Context*, Harmondsworth, 1971; John J. Gumperz y Dell H. Hymes, eds., *Directions in Sociolinguistics*, Nueva York, 1972; Richard Bauman y Joel Sherzer, eds., *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge, 1974; Peter Burke y Roy Porter, eds., *The Social History of Language*, Cambridge, 1987; Peter Burke y Roy Porter, eds., *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, 1995.

EPÍLOGO
EL RECURSO A LAS TERCERAS VÍAS

A finales de los años ochenta, la crisis de la historia se resistía a desaparecer. Los dos frentes en discusión —los efectos relativizantes de la narrativización de la historia y la desorientación respecto a su función entre las ciencias sociales— seguían en pie. Respecto al primero de los campos, David Harlan afirmaba en 1989 que el retorno de la narración había sumido a los estudios históricos en una profunda crisis epistemológica, había cuestionado la creencia en un pasado inmóvil y había comprometido la posibilidad de la representación histórica, de su referencialidad[1]. Respecto al segundo, todavía podía leerse, en un influyente editorial de la revista *Annales* de 1988: "Hoy los tiempos parecen llenos de incertidumbre. La reclasificación de las disciplinas transforma el paisaje científico, vuelve a cuestionar las preeminencias establecidas, afecta las vías tradicionales por las cuales circulaba la innovación. Los paradigmas dominantes, que se buscaron en los marxismos o en los estructuralismos, así como en los usos confiados de la cuantificación, pierden sus capacidades estructurantes. [...] La historia, que había establecido una buena parte de su dinamismo en una ambición federativa, no se ha salvado de esta crisis general de las ciencias sociales"[2].

Esos diagnósticos parecían ahondar todavía más en una crisis que parecía no tener retorno. Pero, al mismo tiempo, a finales de los años ochenta aparecieron también algunos síntomas de que algo estaba cambiando, en un proceso concomitante de innovación y tradición típico de las evoluciones historiográficas.

[1] David Harlan, "Intellectual History and the Return of Literature", *American Historical Review*, 94 (1989), p. 881.

[2] "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?", *Annales, E.S.C.*, 23 (1988), pp. 291-292.

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA RENOVACIÓN

Parece fuera de toda duda que 1989 es un año crucial tanto histórica como historiográficamente. Convergen allí algunos acontecimientos que pueden ser útiles para realizar una lectura no excesivamente teórica de la situación actual de la historiografía: la caída de los regímenes socialistas del Este de Europa; el debate en torno al bicentenario de la Revolución Francesa; la publicación del artículo de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia[3]; la consolidación de la corriente de la nueva historia cultural[4]; el debate entre la vieja y nueva historia en la *The American Historical Review*, prolongado dos años después en las páginas de *Past and Present* y protagonizado en buena medida por Lawrence Stone y Gabrielle Spiegel[5] y, por fin, la aparición de un programático artículo de Roger Chartier[6]. Los tres primeros eventos eran puntos de llegada; los tres últimos, puntos de arranque. Precisan, por tanto, una lectura diferenciada.

El primer grupo (caída del comunismo, celebración del Bicentenario, debate sobre el "fin de la historia") respondía más bien a la periclitación de unos procesos incoados bastantes años antes y apenas influirían en los postulados historiográficos posteriores: eran algo así como cantos de cisne que escenificaban dramáticamente la definitiva caída de fenómenos históricos e intelectuales que habían tenido gran peso en el pasado. La caída de los regímenes socialistas representaba el desmoronamiento práctico del marxismo, cuyos fundamentos teóricos ya habían sido dinamitados en la década anterior. El debate en torno al Bicentenario demostró que la historiografía había abandonado definitivamente la vía de las tradiciones nacionales, que no se avenían con el ambiente globalizante de los nuevos foros epistemológicos en que se hallaba metida la disciplina histórica. La efímera pero intensa polémica generada por las tesis de Fukuyama precisa una mayor atención, porque se adentra en un terreno intermedio entre tradición y renovación.

Fukuyama construyó un modelo de explicación de la situación actual, basado en buena medida en un sistema hegeliano, en el que el motor de la historia serían dos fuerzas básicas: la evolución de las ciencias sociales y la tecnología. La evolución de la historia había culminado en la

[3] Francis Fukuyama, "The End of History?", *The National Interest*, 1989.

[4] Definida así por primera vez por Lynn Hunt, al dar enunciado al influyente volumen colectivo publicado a finales de los ochenta: Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, 1989.

[5] El debate al que hago referencia está recogido en *American Historical Review*, 94, nº 3 (junio 1989), pp. 654-698 y en *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-218 y 135 (1992), pp. 189-208.

consolidación de la democracia liberal y la economía de mercado, que constituirían sus adquisiciones definitivas. La publicación del libro en el que se exponían todas estas ideas tuvo una notable resonancia[7]. Los debates en torno a sus tesis se multiplicaron por todo el mundo y no siempre tuvieron el carácter estrictamente historiográfico —tal como se podría esperar de un libro de contenido supuestamente histórico— sino más bien en muchas ocasiones político y coyuntural[8]. No obstante, el final del debate sobre las ideas de Fukuyama fue tan fulgurante como su ascenso.

A ese debate siguió otro análogo, surgido tras la publicación de un artículo de Samuel Huntington, que provenía del mismo ambiente intelectual e ideológico que Fukuyama. El proceso de creación de este debate fue análogo al de Fukuyama. En 1993 Huntington publicó un artículo titulado "The Clash of Civilizations?", en el que definía la situación actual como un enfrentamiento de tres grandes bloques de ámbito religioso, no político —como había correspondido al enfrentamiento de la guerra fría[9]. El fin de la confrontación bipolar había provocado este nuevo orden, en el que los estados-naciones seguían llevando la voz cantante, pero ahora el conflicto era entre las grandes civilizaciones, cuyos principios eran principalmente de base religiosa. Parecía que el modelo de Toynbee volvía a renacer.

La experiencia actual, avalada por los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 (que desgraciadamente se han ido repitiendo en diversos lugares, aunque haya sido a menor escala), ha demostrado que ni el paraíso hegeliano de Fukuyama ni los mitos civilizacionistas de Huntington bastan para explicar que el monopolio del liberalismo democrático no ha traído la estabilidad que se podía esperar de un sistema supuestamente inmejorable. La globalización ha traído también más efectos perversos de los previstos en un principio.

[6] Roger Chartier, "Le monde comme représentation", *Annales E.S.C.*, 44 (1989), pp. 1505-1520.

[7] Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992.

[8] Para este debate es preciso remitir al documentado artículo, Israel Sanmartín, "Evolución de la teoría del "fin de la Historia" de Francis Fukuyama", en *Memoria y Civilización*, 1, (1998), pp. 233-245.

[9] Samuel Huntington, "The Clash of Civilizations?", *Foreign Affairs*, 72 (1993), nº 3, pp. 22-49. De ahí surgió el libro, publicado cuatro años más tarde con el título, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, 1997.

REFERENCIALIDAD Y REPRESENTACIÓN

Más significativos —tanto por lo que respecta a la situación actual de la historiografía como por ser puntos de partida más que de llegada— son los otros tres hitos reseñados: la consolidación de la nueva historia cultural, el debate entre tradición y renovación historiográfica en la *The American Historical Review* y, por fin, las lecturas posibilistas de Roger Chartier y Gabrielle Spiegel. Todos ellos hacen referencia, más o menos explícitamente, al hegemónico papel que parece estar ocupando la nueva historia cultural en el panorama historiográfico. Una hegemonía que se basa, en buena medida, en la escasa concreción de sus postulados, al partir de un significado muy amplio y poliédrico del concepto de cultura.

La nueva historia cultural se inserta también en la corriente del giro historicista que empezó a extenderse en las ciencias sociales a mediados de los años ochenta, como alternativa al giro lingüístico. Con este nuevo giro se procedía a enriquecer las prácticas formalistas de la crítica literaria con una renovada atención al contexto histórico[10]. Fruto de ese interés por las relaciones entre texto y contexto surge también el estudio de la elaboración y consolidación de los textos legitimadores, empezando por los mismos textos históricos, en la línea de los sugerentes trabajos de Gabrielle Spiegel sobre historiografía medieval[11]. Esta historiadora norteamericana es la que ha aportado, ya en los años noventa, una de las alternativas que se han presentado al callejón sin salida que representan ciertas formas del giro lingüístico. Entre 1991 y 1992 se generó un intenso debate en la revista *Past and Present*, referente a la accesibilidad del conocimiento histórico objetivo, en el que participaron historiadores de la talla de Lawrence Stone —quien había abierto la caja de los truenos con su lúcido diagnóstico de 1979—, Patrick Joyce y Gabrielle Spiegel.

Lawrence Stone, en su acostumbrada línea ponderada pero firmemente recelosa frente a los modernos experimentos postmodernos, advirtió de los peligros de la aplicación de los postulados más radicales de la filosofía del lenguaje, tal como fueron desarrollados por el deconstruccionismo de Jacques Derrida o la antropología cultural y simbólica de Clifford Geertz[12]. El historiador británico recibió alguna réplica, lo que hizo precisa la con-

[10] Terrence J. McDonald, ed., *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor 1996; H. Aram Veeser, ed., *The New Historicism Reader*, Nueva York, 1989; Antonio Penedo y Gonzalo Pontón, eds., *Nuevo historicismo*, Madrid, 1998.

[11] Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997 y Id., *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*, Berkeley, 1993.

[12] Lawrence Stone, "History and Postmodernism", *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-218.

trarréplica, esta vez por parte de Gabrielle Spiegel. Para ella, el postestructuralismo había tenido la virtud de llamar la atención sobre la relación entre palabras y cosas, entre lenguaje y realidad extralingüística, pero al mismo tiempo no representaba una alternativa real como corriente historiográfica.

La vida mental, según Spiegel, se desarrolla en el lenguaje y no existe ningún metalenguaje que permita observar una realidad desde el exterior. Pero si los textos sólo reflejaran textos, sin hacer referencia a una realidad, entonces el pasado se disolvería en simple literatura, algo negado por la misma evidencia. La clave estaría, pues, en la experimentación de que todo texto nace en un contexto real. Todo ello le llevaba a concluir, en un interesante silogismo de ida y vuelta, que el lenguaje por sí mismo sólo alcanza significado y autoridad dentro de unos entornos históricos y sociales específicos. Así como las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales forman el lenguaje. El papel del lenguaje consistiría, pues, en mediar entre el texto y la realidad[13].

En una postura similar, que daría lugar a una especie de tercera vía en el debate teórico de la historiografía de los años noventa, se sitúa Roger Chartier, uno de los más destacados historiadores culturales franceses y miembro del Comité Directivo de *Annales*. Su testimonio historiográfico es interesante, porque se ha constituido en sujeto activo y pasivo de los vaivenes del pensamiento histórico en estos últimos años. Chartier experimentó en carne propia el desvanecimiento de las certezas de la historia social practicada en los Annales durante los años setenta y ochenta, que cuestionó la primacía de las estructuras y los procesos a favor de los individuos y las culturas. Poco después, los historiadores se hicieron más conscientes de que su discurso, independientemente de cuál sea su forma, es siempre una narración.

Aquí es donde Chartier hace un quiebro a los postulados postmodernos, como buscando una vía intermedia, y afirma que de la absolutización del discurso no se puede sacar la consecuencia de que la historiografía sea literatura. El historiador depende de las fuentes, aunque después ponga necesariamente en juego su imaginación. El literato articula su discurso fundamentalmente a través de su imaginación, aunque pueda basarse en mayor o menor medida en las fuentes, que en todo caso tendrán siempre una función complementaria para la construcción de su relato. Chartier coincide con Spiegel en que el mundo histórico aparece en forma de representaciones, que se manifiestan a través de signos o expresiones simbólicas.

Es tarea del historiador descifrar esos signos y esos símbolos para acceder a una cultura determinada. Para ello, será beneficioso el diálogo

[13] Gabrielle M. Spiegel, *Past and Present*, 135 (1992), pp. 194-208.

interdisciplinar —con la semiótica, la lingüística, la antropología y la sociología—, que nunca le harán perder la identidad propia de los métodos y los objetivos a la disciplina histórica, sino que más bien los reforzarán. Por tanto, el trabajo de descodificación de los signos y símbolos por parte del historiador no sólo no significa una renuncia a los criterios de investigación más rigurosos, sino más bien su robustecimiento[14]. Las posturas de Gabrielle M. Spiegel y de Roger Chartier son la mejor representación, a mi modo de ver, de la búsqueda de terceras vías tan específica de la historiografía actual, que ya ha tomado suficiente perspectiva de los movimientos radicales de los años setenta como para buscar un equilibrio entre esos experimentos y las tradiciones historiográficas anteriores.

Es en este contexto donde hay que situar también el viraje de la escuela de los Annales —o, más propiamente, de la revista, por lo poco que queda ya de la Escuela. En el año 1994, se produjo un nuevo cambio de subtítulo, que pasó a denominarse *Histoire, Sciences Sociales* en sustitución del que había sobrevivido desde 1946, *Économies. Sociétés. Civilisations*. El cambio era, por un lado, una señal inequívoca de los resultados de la crisis de los años ochenta, en los que la historia tuvo que reconocer definitivamente su estrecha vinculación con las ciencias sociales. Por otro lado, este cambio explicitaba, de un modo tardío pero efectivo, el abandono del paradigma socioeconómico, en consonancia con las nuevas corrientes que se habían impuesto en la historiografía desde los años setenta. Los editorialistas mismos reconocieron que, en el fondo, ese *tournant critique* era una vuelta a los orígenes.

Este cambio de icono suponía también un claro indicio de que las ciencias sociales seguían ocupando un lugar importante en la ciencia histórica. De este modo, también se restablecía el vínculo con la política, la gran sacrificada en el título de 1946, y se apostaba por un decidido diálogo interdisciplinar con las ciencias sociales[15]. Sensibles a los nuevos enfoques antropológicos y sociológicos, los historiadores han querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales. El objeto de la historia no son ya las estructuras y los mecanismos que rigen, fuera de toda intención subjetiva, las relaciones sociales, sino las racionalidades y las estrategias que ponen en práctica las comunidades, las parentelas, las familias y los individuos[16].

[14] Roger Chartier, "Le monde comme représentation", *Annales, E.S.C.*, 44 (1989), pp. 1505-1520.

[15] *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 49 (1994), pp. 3-4

[16] Roger Chartier, "La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, p. 21.

Al mismo tiempo, hay un acuerdo generalizado al respecto de la primacía de la narración en el discurso histórico, sea éste de la naturaleza que sea y cualquiera que sea su forma o su contenido. En este campo, los referentes teóricos han provenido de la nueva hermenéutica francesa, cuyos nombres propios son filósofos como Michel de Certeau[17], Paul Ricoeur[18] y Jacques Rancière[19]. Este último es quien ha reclamado un estatuto científico específico para la historia, que utilizaría el método de la *poética del saber*, que dota a la disciplina de los procedimientos literarios por los cuales su discurso se sustrae a la literatura, se atribuye un estatuto de ciencia y realmente lo significa.

Hoy en día los historiadores han superado la supuesta incompatibilidad entre narración y rigor, entre relato y objetividad. Los experimentos pioneros de los narrativistas de los setenta han tenido un efecto tardío pero eficaz. La narración ha recobrado su función y, lo que es quizás más importante y específico de la situación actual, su legitimidad como método científico para la recreación del pasado. El debate se centra ahora en las modalidades del relato, más que en su grado de objetividad. Por este motivo, Philippe Carrard ha podido demostrar en su bello libro cómo historiadores supuestamente pertenecientes a una misma escuela basan su argumentación en muy diversas modalidades y estructuras narrativas[20].

En todo este proceso de revitalización del relato como fundante de la recreación histórica, me parece evidente que está pesando mucho la legítima aspiración de los historiadores actuales a llegar a un sector más amplio de público a través de sus publicaciones. Ello les obliga a construir un relato a través de un lenguaje discursivo, lo que les lleva a abandonar definitivamente el lenguaje académico y científico, casi jergal, que utilizaron los exponentes del paradigma de posguerra. El éxito de ventas de algunas monografías históricas recientemente publicadas se encarga de confirmar esta mayor conexión de la historia con el lenguaje del presente. Quizás el ejemplo más paradigmático, ya a finales de los noventa, haya sido el gran éxito entre el gran público —y, con mayor reticencia, entre la crítica histórica y hermenéutica— de la monumental monografía de Simon Schama sobre Rembrandt, quien ha utilizado el más puro estilo narrativista de los pioneros de los años setenta[21]. Su suge-

[17] Michel De Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, 1975.

[18] Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, 1983-1985, 3 vols.

[19] Jacques Rancière, *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992.

[20] Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore & Londres, 1992.

[21] Simon Schama, *Rembrandt's Eyes*, Londres, 1999. En una entrevista realizada por José E. Ruiz-Domènec y publicada en el Suplemento "Libros" de *La Vanguardia*, 15.II.2002, Schama confesaba que con este libro había intentado "realizar una narración del acto artístico".

rente estudio sobre la vida y la obra de Rembrandt le sirve también para adentrarse en el complejo mundo de la sociedad holandesa de aquel período[22].

Se da la circunstancia, además, que el libro de Schama ha sido duramente criticado por historiadores de prestigio como Jonathan Israel o el recientemente fallecido Ernst Gombrich, que recriminó al libro parecerse más a una novela histórica que a una monografía de historia de arte. Sin embargo, parece que el propósito de Schama no era, en definitiva, tan original: Johan Huizinga ya había intentado en 1919 *leer* una sociedad a través de la *visión* de un pintor, en este caso los hermanos Van Eyck[23]. Lo que sí era original, en cambio, en Schama, era el modo de realizar esa lectura, a través de las nuevas técnicas narrativas divulgadas en la historiografía a partir de los años setenta.

MÁS ALLÁ DE LOS GIROS LINGÜÍSTICOS Y CULTURALES

En 1999, apareció una influyente obra colectiva, que llevaba por título "Beyond the Cultural Turn". La obra fue editada por Victoria E. Bonell y Lynn Hunt —quien ya había sido la editora de otra influyente obra conjunta, *The New Cultural History*, aparecida diez años atrás— e incluía además un epílogo de Hayden White[24]. En diciembre de 2002, la revista *The American Historical Review* dedicó un apartado específico para realizar un diagnóstico de la situación actual de la historiografía, donde se analizaba precisamente esta obra[25]. Los artículos que allí se presentaron reflejan bien la situación actual de la disciplina histórica, que avanza hacia las novedades pero quizás con una mayor moderación y prudencia que en los años ochenta y noventa. En los ochenta, los historiadores empezaron a centrarse en el estudio de los aspectos más relacionados con la sociedad y la cultura. Se extendió entonces la convicción de que el acceso a la cultu-

[22] Una sociedad holandesa que, por cierto, Schama había ya estudiado con profusión, como lo demuestra su principal monografía sobre la cultura holandesa de la edad de oro: Simon Schama, *The Embarrassment of Riches. An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, Londres, 1991.

[23] "La necesidad de entender mejor el arte de los hermanos van Eyck y sus seguidores y de ponerlo para ello en conexión con la vida de su tiempo, fue el origen de este libro". Éstas eran las palabras que encabezaban el Prólogo de la edición de 1927 del célebre volumen de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1985, cuyo significativo subtítulo era: "Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos".

[24] Victoria E. Bonell y Lynn Hunt, eds., *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, 1999.

[25] *The American Historical Review*, 107 (December 2002), pp. 1475-1520.

ra se realiza a través de los textos y el lenguaje; y, por tanto, que no se pueden aislar la dimensión social y cultural de la historia. Por tanto, desechados los reduccionismos estructurales, economicistas o mentales, se ha impuesto un estudio de la historia sociocultural[26]. Los nuevos estudios combinan los postulados más clásicos de la historia social con las renovadas aportaciones de la lingüística, la crítica literaria y la antropología cultural. Muchos historiadores están convencidos de que los mejores frutos de la historiografía emergen cuando se combinan los modos de análisis de la historia social y de la historia cultural[27].

La sensación que se desprende de esos informes, y de muchos de los otros que han ido apareciendo[28], es que los efectos del postmodernismo se han ido amortiguando. Los historiadores no han abjurado de los postulados divulgados por los *giros* de los años setenta, pero han desechado sus planteamientos más radicales. El postestructuralismo y el postmodernismo, basados en los postulados de Roland Barthes, Michel Focault y Jacques Derrida, han recibido severos ataques. Sin embargo, los modelos de Hayden White (*Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*-1973) y Clifford Geertz (*The Interpretation of Cultures: Selected Essays*-1973), publicados hace treinta años, han tenido una mayor vigencia en la historiografía. El influjo del *cultural turn* ha sido mayor que el del *linguistic turn*. Historiadores y sociólogos han sido receptivos a los postulados del giro cultural, mientras permanecían algo escépticos hacia los relativismos más extremos o a los argumentos antipositivistas de algunos antropólogos o lingüistas.

La disciplina histórica sigue hoy en día buscando una tercera vía que le permita discurrir en un camino intermedio entre el hermetismo de los modelos asociados al paradigma de posguerra y la radicalidad de un discurso relativista, que es capaz de generar afirmaciones como la que lanzaba Hayden White en 1978: "Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus formas análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias"[29]. Sin embargo, si en los años setenta

[26] Es muy significativo, en esta dirección, que una de las colecciones de mayor prestigio en el panorama historiográfico actual, publicada por University of California Press, fundada a principios de los 80 y dirigida por Victoria Bonell y Lynn Hunt, lleve por título "Studies on the History of Society and Culture".

[27] *Beyond the Cultural Turn*, p. X.

[28] Ver, por ejemplo, el número monográfico dedicado al pasado y presente de la historia social en *Journal of Social History*, 37 (fall 2003).

[29] Hayden V. White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore & Londres, 1978, p. 82.

el relativismo histórico llevó hasta sus últimas consecuencias el relativismo filosófico, el final del siglo veinte ha experimentado el renacimiento de unas nuevas formas, de unas vías alternativas, que compatibilizan eficazmente los postulados y los temas más tradicionales con los que son herederos de la revolución historiográfica de los años setenta. Los conceptos de "representatividad" de Roger Chartier[30] y de "referencialidad contextual" de Gabrielle M. Spiegel tienen mucho que ver con estos planteamientos[31].

En los noventa empezaron a sedimentar verdaderamente todos los cambios producidos en los años setenta, que fueron traumáticamente asimilados durante unos años ochenta de crisis. Como resultado de todo este panorama se ha generado además un intenso y fructífero debate teórico que, sobre todo a partir de los años setenta, ha posibilitado un auténtico desarrollo y consolidación de la historiografía como subdisciplina de la historia, escenario ideal para el discurso verdaderamente interdisciplinar. La pionera siembra llevada a cabo, entre otros, por Lawrence Stone, Georg G. Iggers y Peter Burke, a través de sus acertados diagnósticos sobre la nueva historia narrativa[32], el historicismo alemán[33] y la escuela francesa de los Annales[34], ha empezado a dar sus frutos.

Caídos en desuso los grandes modelos asociados al paradigma de posguerra y amparados en estas terceras vías, los historiadores han recuperado durante los años noventa viejos temas, a los que se ha aplicado un renovado utillaje metodológico y mental, creando unas corrientes historiográficas que responden estrictamente a una renovación de algo ya renovado anteriormente[35]. Se ha revitalizado el relato como el instrumento fundamental de transmisión de la realidad histórica. Se ha enriquecido el punto de vista del historiador, que no suele fiarse de las interpretaciones basadas en una única vertiente de la realidad —sea ésta económica, social o polí-

[30] Roger Chartier, *Cultural history: Between Practices and Representations*, Cambridge, 1988.

[31] Gabrielle M. Spiegel, "Social Change and Literary Language: The Textualization of the Past en Thirteenth-Century French Historiography", *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 17 (1987), pp. 129-148.

[32] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979).

[33] Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968.

[34] Peter Burke, *The French Historical Revolution. The Annales School, 1929-89*, Cambridge, 1990.

[35] Un fenómeno, por otra parte, bastante usual en la historia de la historiografía, porque desde el siglo XVI ha habido innumerables "nuevas historias": Donald R. Kelley, "Horizons of Intellectual History: Retrospect, Circumspect, Prospect", *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), pp. 143-169.

tica— sino en una visión poliédrica. Se ha creado un nuevo concepto de cultura, mucho más rico de contenido y menos rígido en su articulación. Se han multiplicado las conexiones reales con las restantes ciencias sociales, especialmente la antropología y la lingüística.

Al mismo tiempo, se ha desarrollado una comprensión más compleja y matizada de la sociedad y de la historia, recuperándose aspectos de la vida que no habían sido tenidos en cuenta durante los años en que las estructuras dominaron a los individuos. La investigación histórica, al descentralizarse y ampliar tanto su campo de acción, ha conseguido reducir su dependencia respecto a las instituciones. Las escuelas nacionales han dejado de tener tanto peso como el que tenían, ante el empuje de la globalización y de la desinstitucionalización. Se ha recuperado el imperio de la inducción sobre la deducción, a través del estudio de procesos microhistóricos para acceder a los macrohistóricos. La historia se ha revelado como una realidad más compleja y poliédrica de lo que les pareció a Hegel, Ranke o Marx. Y, en fin, han proliferado los debates teóricos, que han resultado vitales para la revitalización de la disciplina después de la crisis de identidad que sufrió durante los años ochenta.

Junto a todos estos efectos positivos, resta en pie la amenaza del relativismo radical y la negación de la posibilidad del acceso a la realidad del pasado, que supone —en expresión de Lawrence Stone— una auténtica espada de Damocles para la disciplina histórica. Quizás sea éste el efecto perverso más notorio de la crisis por la que pasó la disciplina histórica durante los años ochenta. Una crisis que le ha hecho reconsiderar, una vez más, su integración entre las restantes ciencias sociales, pero que ha regenerado esos debates epistemológicos, tan fructíferos, que se dan periódicamente en el seno de la disciplina histórica.

* * *

Éste es precisamente el contexto en el que la teoría e historia de la historiografía, considerada en sí misma como una disciplina, se ha revelado un instrumento magnífico de análisis de historia intelectual y, concomitantemente, de enriquecimiento de las metodologías históricas. Por lo demás, uno de los debates más intensos que tiene planteada hoy la ciencia moderna, tal como ha defendido últimamente Richard Rorty, es la función primordial de la *historiografía* en la construcción de toda investigación con pretensiones científicas. Una nueva concepción de "ciencia" se impone, entre la vía objetivista positivista decimonónica y la exaltación subjetivista postmoderna. Según las teorías más recientes, "historiografía" equivale a "epistemología", en el sentido que todo problema cognitivo es también un

problema de escritura[36]. Cada vez hay una acuerdo más unánime, entre la moderna crítica científica, en la función determinante de la escritura en la dimensión epistemológica del conocimiento. En este sentido, el título escogido para este libro no es un hecho neutral.

Cualquier discurso científico adopta una forma *historiográfica* cuando adapta el método de reconstrucción histórica al relatar los avatares de la evolución del problema afrontado —lo que vulgarmente se conoce como un "estado de la cuestión". Esta narración historiográfica es un periplo obligado que la mayoría de los autores considera que debe recorrer antes de plantear o exponer sus propias cuestiones. Esto dota a la historiografía de una dimensión institucional o corporativa evidente, que se une a su dimensión epistemológica y le otorga una proyección gigantesca en cualquier disciplina científica. No es posible pensar la ciencia —y su historiografía— sino a partir de construcciones narrativas (*escritas*) sobre el argumento en cuestión[37]. En definitiva, para la más reciente hermenéutica, escritura e historiografía constituyen la misma cosa desde el punto de vista cognitivo.

La historiografía se convierte así en el género especulativo, interpretativo —y, por ende, narrativo— por excelencia. De hecho, la idea de que toda metodología implica una historiografía ya fue defendida por Imre Lakatos en 1978, en su denso artículo "History of Science and its Rational Reconstructions"[38]. La historiografía, entendida en su acepción más radical, significa no sólo la adopción de una perspectiva histórica determinada sino también una manera específica de plantear un problema a través de lo ya escrito. El peso de la tradición es tan grande en cualquier disci-

[36] Richard Rorty, "The Historiography of Philosophy: Four Genres" en Richard Rorty, Jerome B. Schneewind, Quentin Skinner, eds., *Philosophy in History. Essays on the Historiography of Philosophy*, Cambridge, 1984, pp. 49-75 (adaptación al español: R. Rorty, J.B. Schneewind, Q. Skinner, *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*, Barcelona, 1990). No es un hecho vanal que esta obra surgiera de una serie de reuniones científicas sostenidas en el seno de la Universidad Johns Hopkins a principios de los años ochenta, cuando es bien sabido que, durante esos años, el Departamento de Historia de esa universidad norteamericana estaba liderando buena parte de las iniciativas historiográficas relacionadas con las posturas postmodernas; tampoco es un hecho nada despreciable el hecho de que entre los colaboradores de esa obra se encuentren especialistas en Filosofía de la Ciencia, Filosofía, Historia, Sociología y Ciencias Políticas.

[37] Claudio Canaparo, "Ciencia, filosofía e historiografía a fines del siglo XX. Algunas reflexiones e ideas", texto presentado para el III Congreso Internacional *Historia a Debate*, desarrollado en Santiago de Compostela entre el 14 y el 18 de julio de 2004, p. 18-19. En los siguientes párrafos utilizo algunas ideas contenidas en este artículo, todavía inédito, que el autor ha tenido la amabilidad de permitirme utilizar.

[38] Publicado en uno de sus volúmenes recopilatorios: Imre Lakatos, *The Methodology of Scientific Research Programmes. Philosophical Papers, 1*, Cambridge, 1978, pp. 102-138.

plina que los científicos se ven obligados a elegir el tipo de negociación con la herencia recibida. La historiografía se convierte así en el primer *problema* que, más o menos explícitamente, debe afrontar cualquier científico al desarrollar sus postulados. Algunos, como el constructivista radical Ernst von Glasersfeld, han ido todavía más lejos, al otorgar a la historiografía una autonomía teórica tan grande que la hace ineludible en toda la producción científica contemporánea[39].

Esta preeminencia de la historiografía puede parecer algo excesivamente pretensioso. Sin embargo, no se entiende de otro modo que los autores que representan el punto culminante de la filosofía hermenéutica hayan asentado buena parte de sus escritos teóricos sobre la base de la historia: Paul Ricoeur[40], Hans Blumengerg[41] y Reinhart Koselleck[42]. Estos hermeneutas han conseguido trasladar al plano conceptual de la historia, la sociedad y la cultura, los planteamientos teórico-especulativos que Friedrich Schleiermacher (1768-1834), Edmund Husserl (1859-1938), Martin Heidegger (1889-1976) y Hans Georg Gadamer (1900-2002) habían establecido en la relación de la hermenéutica y la fenomenología respecto a la filosofía[43].

Por tanto, a través de la historiografía —y no tanto de la filosofía de la historia— filosofía e historia vuelven a converger, después de prácticamente un siglo de desencuentros. Durante el siglo XIX, la historia se había desentendido de la filosofía por el enorme influjo del historicismo germánico, que consideraba a la filosofía de la historia al estilo volteriano como una práctica espuria. Los que la practicaban, quedaban automáticamente desacreditados ante la nueva comunidad académica. La filosofía, por su parte, se había quebrado entre el positivismo y el idealismo, quedando alejada de la disciplina histórica, desacreditada a su vez por una excesiva tendencia a la inducción. Entretanto, ya en el siglo XX, fueron otras ciencias sociales las que dialogaron con la historia: la geografía, la sociología, la economía, la antropología y la lingüística. La filosofía había quedado aislada.

A partir de los años setenta, filosofía e historia volvieron a dialogar, porque los movimientos radicales asociados al postmodernismo (postestructuralismo, deconstruccionismo y relativismo) tuvieron como paladines tanto

[39] Ernst von Glasersfeld, *Radical Constructivism*, Londres, 1995.

[40] Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, 1983-1985.

[41] Hans Blumenberg, *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt, 1981 e Id., *Wirklichkeitent in Denen Wir Leben*, Stuttgart, 1981.

[42] Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993 e Id., *L'expérience de l'histoire*, París, 1997.

[43] Claudio Canaparo, "Ciencia, filosofía e historiografía a fines del siglo XX", p. 28.

a historiadores como a filósofos indistintamente. Hayden White actuó, en este sentido, como abanderado de la nueva conquista de los historiadores del campo teórico, mientras que Paul Ricoeur hacía lo propio entre los filósofos que consideraban la historia como la única capaz de dar una explicación totalizante a la existencia, aunque fuera a través de su dimensión narrativizante. La historiografía se convertía en el campo privilegiado donde exponer los problemas filosóficos, en un contexto epistemológico donde los límites conocimiento, cultura y ciencia se hacían cada vez más permeables. No es extraño, por tanto, que los planteamientos de la moderna semiótica (Umberto Eco[44]) y las aproximaciones narratológicas de la moderna hermenéutica (Paul Ricoeur, Michel de Certeau, Hans Blumemberg) se hayan erigido como vehículos conceptuales privilegiados —aunque no exclusivos— para la transmisión del conocimiento propiamente científico.

En este contexto, las diferencias epistémicas entre la disciplina histórica, la historia de la filosofía y la historia de la ciencia se reducen drásticamente[45]. No es posible realizar filosofía sin la historiografía de la filosofía, como tampoco lo es plantear un problema científico si no se conocen los antecedentes historiográficos de dicho problema. Todo ello ha tenido como consecuencia la progresiva implantación de la historiografía como una verdadera subdisciplina de la historia, con una personalidad y un objeto propios y con una proyección cada vez mayor en el entero campo de las ciencias sociales y experimentales. Las diversas disciplinas no pueden en la actualidad formular sus cuestiones básicas sin la ayuda conceptual y narrativa de la dimensión historiográfica. El funcionamiento mismo de la comunidad científica, sus inercias, sus instituciones y hasta el mercado editorial así lo hacen preciso. En los albores del siglo XXI se plantea, de nuevo, la función nuclear de la historia en el entero ámbito de la ciencia moderna. El historiador tiene, una vez más, la palabra.

[44] Umberto Eco, *Interpretazione e sovrainterpretazione*, Milán, 1995.

[45] En este contexto de convergencia disciplinar y epistemológica me parece ejemplar el artículo de Lewis Pyenson, "Three Graces", ponencia presentada en las *VII Conversaciones Internacionales de Historia. La historia y las ciencias humanas y sociales: estrategias interdisciplinares en el siglo XX* (Universidad de Navarra, 11-13.IV.2002), en curso de publicación.

ANEXO I
HISTORIADORES Y TENDENCIAS DEL SIGLO VEINTE

— *Precedentes fundamentales:*
Jean Mabillon (1632-1707)
Edward Gibbon (1737-1794)
Theodor Mommsen (1817-1903)
Jacob Burckhardt (1818-1897)
Numa Deny Fustel de Coulanges (1830-1889)

— *Referentes del historicismo, romanticismo, positivismo y marxismo:*
Leopold von Ranke (1795-1886)
Jules Michelet (1798-1874)
Auguste Comte (1798-1857)
Karl Marx (1818-1883)

— *"Positivismo" de entresiglos (escuela metódica):*
Charles Seignobos (1854-1942)
Charles-Victor Langlois (1863-1929)

— *Los fundamentos de la sociología:*
Émile Durkheim (1858-1917)
Max Weber (1864-1920)

— *Grandes historiadores de entreguerras:*
Henri Pirenne (1862-1935)
Werner Sombart (1863-1941)
Johan Huizinga (1872-1945)
Ernst H. Kantorowicz (1895-1963)

— *El historicismo de entreguerras:*
Heinrich Rickert (1863-1936)
Benedetto Croce (1866-1952)
José Ortega y Gasset (1883-1956)
Robin G. Collingwood (1889-1943)

— *Las morfologías de entreguerras:*
Oswald Spengler (1880-1936)
Arnold J. Toynbee (1889-1975)

— *Precedentes de los Annales:*
Ernest Lavisse (1842-1922)
Gabriel Monod (1844-1912)
Henri Berr (1863-1954)
François Simiand (1873-1935)
Georges Lefebvre (1874-1959)

— *Annales-1ª generación :*
Lucien Febvre (1878-1956)
Marc Bloch (1886-1944)

— *Annales-2ª generación:*
Ernest Labrousse (1895-1988)
Georges Friedmann (1902-1977)
Fernand Braudel (1902-1985)
Charles Morazé (1913-2003)

— *El influjo de los Annales. Las historiografías periféricas:*
Jaume Vicens Vives (1910-1960)
Witold Kula (1916-1988)
Aaron J. Gourevitch (1924)

— *Historiadores marxistas británicos:*
Maurice Dobb (1890-1976)
Vere Gordon Childe (1892-1957)
George Rudé (1910-1993)
Christopher Hill (1912-2003)
Rodney Hilton (1916-2002)
Eric J. Hobsbawm (1917)
Raymond Williams (1921-1988)
Edward P. Thompson (1924-1993)
Perry Anderson (1938)

— *Ciencia Social Histórica alemana de la posguerra:*
Christian Meier (1929)
Hans-Ulrich Wehler (1931)
Jürgen Kocka (1941)

— *Las vías heterodoxas de la historiografía francesa:*
Pierre Vilar (1906-2003)
Pierre Chaunu (1923)
François Furet (1927-1997)

— *Annales-3ª generación:*
Philippe Ariès (1914-1984)
George Duby (1919-1996)
Jacques Le Goff (1924)
Emmanuel Le Roy Ladurie (1929)
Michel Vovelle (1933)

— *Referentes de la Antropología Cultural y Estructural:*
Norbert Elias (1897-1990)
Georges Dumézil (1898-1986)
Hans-Georg Gadamer (1900-2002)
Edward E. Evans-Pritchard (1902-1973)
Claude Lévi-Strauss (1908)
Victor Turner (1920-1983)
Mary Douglas (1921)
Michel Foucault (1926-1984)
Clifford Geertz (1926)
Marshall Sahlins (1930)

— *Annales-4ª generación:*
Jacques Revel (1942)
Jean Claude Schmitt (1946)
Bernard Lepetit (1948-1996)

— *La historia de la religiosidad:*
Gabriel Le Bras (1891-1970)
Fernand Boulard (1898-1977)
Henri-Irenée Marrou (1904-1977)
Alphonse Dupront (1905-1990)
Maurice Agulhon (1926)
Yves-Marie Hilaire (1927)
Gérard Cholvy (1932)

— *Referentes teóricos del narrativismo:*
Paul Ricoeur (1913)
Michel de Certeau (1925-1986)

— *La microhistoria y la nueva historia narrativa:*
Natalie Z. Davis (1928)
Carlo Ginzburg (1939)
Simon Schama (1945)

— *Referentes teóricos y prácticos del postmodernismo:*
Roland Barthes (1915-1980)
Jean-François Lyotard (1924-1998)
Hayden V. White (1928)
Jean Baudrillard (1929)
Jacques Derrida (1930)
Dominick La Capra (1939)
Julia Kristeva (1941)

— *Las terceras vías:*
Gabrielle M. Spiegel
Roger Chartier (1945)

— *Los diagnósticos historiográficos:*
Lawrence Stone (1919-1999)
Georg G. Iggers (1926)
Peter Burke (1937)

ANEXO II
SELECCIÓN DE OBRAS HISTÓRICAS DEL SIGLO VEINTE

1904-05	Max Weber	*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*
1912	Émile Durkheim	*Les formes élémentaires de la vie religieuse*
1915	Benedetto Croce	*Teoría e storia della storiografía*
1922	Max Weber	*Economía y sociedad*
1923	Oswald Spengler	*La decadencia de Occidente*
1924	Marc Bloch	*Les rois thaumaturges*
1927	Paul Vidal de la Blache	*Geographie universelle*
1928	Lucien Febvre	*Un destin, Martin Luther*
1928	Werner Sombart	*Le bourgeois*
1929	José Ortega y Gasset	*La rebelión de las masas*
1934-61	Arnold Toynbee	*A Study of History*
1936	Nobert Elias	*El proceso de la civilización*
1936	Vere Gordon Childe	*Man Makes Himself*
1937	Henri Pirenne	*Mahomet et Carlomagne*
1939-40	Marc Bloch	*La société féodale*
1942	Lucien Febvre	*Le problème de l'incroyance au XVIe siècle*
1942	Vere Gordon Childe	*What Happenned in History*
1945	Karl Popper	*La miseria del historicismo*
1946	R. G. Collingwood	*The Idea of History*
1949	Fernand Braudel	*La Méditerranée et le monde Méditerranéen*
1949	Marc Bloch	*Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*
1953	Lucien Febvre	*Combats pour l'histoire*
1953	George Duby	*La société aux XIe et XIIe siècles dans la région maconnaise*
1954	Henri Irénée Marrou	*De la connaissance historique*
1955	Gabriel Le Bras	*Études de sociologie religieuse*

1955-1960	Pierre Chaunu	*Seville et l'Atlantique*
1957	Lucien Febvre	*Au coeur religieux du XVI siècle*
1963	Edward P. Thompson	*The making of the English Work Class*
1965	Hans Georg Gadamer	*Verdad y método*
1965	Lawrence Stone	*The crisis of aristocracy*
1966	Pierre Goubert	*Beauvais et le beauvaisis*
1966	Michel Foucault	*Les mots et les choses*
1966	Emmanuel Le Roy Ladurie	*Les paysans du Languedoc*
1967	Fernand Braudel	*Civilisation matérielle et capitalisme*
1967	Roland Barthes	*Le discours de l'histoire*
1967	Richard Rorty (ed.)	*The Linguistic Turn*
1967	Jacques Derrida	*L'ecriture et la difference*
1969	Michel Foucault	*L'archeologie du savoir*
1971	Paul Veyne	*Comment on ecrit l'histoire*
1973	George Duby	*Le Dimanche de Bouvines*
1973	Maurice Dobb	*Studies in the Development of Capitalism*
1973	Michel Vovelle	*Piété baroque et déchristianisation en Provence*
1973	Clifford Geertz	*The Interpretation of Cultures*
1973	Hayden V. White	*Metahistory*
1974	Perry Anderson	*Passages from Antiquity to Feudalism*
1975	Michel de Certeau	*L'ecriture de l'histoire*
1975	Emmanuel Le Roy Ladurie	*Montaillou, village occitan*
1976	Carlo Ginzburg	*Il formaggio e i vermi*
1978	Pierre Chaunu	*La mort à Paris*
1978	George Duby	*Les trois ordres ou l'imaginaire du feodalisme*
1978	Jean Delumeau	*La peur en Occident*
1979	Jean François Lyotard	*La condition postmoderne*
1982	Philippe Ariès	*L'homme devant la mort*
1982	Jacques Le Goff	*Naissance du purgatoire*
1982	Natalie Z. Davis	*Le retour de Martin Guerre*
1983	Paul Ricoeur	*Temps et récit*
1983	Michel Vovelle	*La mort et l'Occident*
1984	George Duby	*Guillaume le Maréchal*
1984	Pierre Nora (dir.)	*Les lieux de memoire*
1984	Robert Darnton	*The Great Cat Massacre*
1985	G. Duby & P. Ariès (dirs.)	*Histoire de la vie privée*

1985	Dominick LaCapra	*History and Criticism*
1986	Fernand Braudel	*L'identité de la France*
1987	Hayden V. White	*The Content of the Form*
1988	Roger Chartier	*Cultural history. Between Practices and Representations.*
1989	Lynn Hunt (ed.)	*The New Cultural History*
1996	Jacques Le Goff	*Saint Louis*
1997	Gabrielle M. Spiegel	*The Past as Text*
1998	Philippe Carrard	*Poetics of the New History*
1999	Simon Schama	*Rembrandt's Eyes*
1999	V.E. Bonell&L.Hunt (eds.)	*Beyond the Cultural Turn*

BIBLIOGRAFÍA

ABULAFIA, David: "Kantorowicz, Frederick II and England", en Robert L. Benson y Johannes Fried (eds.): *Ernst Kantorowicz: Erträge der Doppeltagung Institute for Advanced Study*, Stuttgart, 1997, pp. 124-143.

AGULHON, Maurice: *La sociabilité méridionale*, Aix-en-Provence, 1966.

— *Le cercle dans la France bourgeoise 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, París, 1977.

ALMOND, Gabriel A. y Sydney VERBA: *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Boston, 1965.

ALMOND, Gabriel A. y G. BINGHAM POWELL jr.: *Comparative Politics: a Developmental Approach: an Analytic Study*, Boston, 1966.

ALBERIGO, Giuseppe: "Méthodologie de l'histoire de l'Église en Europe", *Revue d'histoire ecclesiastique*, 1986, pp. 401-420.

ANDERSON, Perry: *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974.

— *The Origins of Postmodernity*, Londres, 1998.

ANGUERA, Pere: *El Català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, 1997.

ANKERSMIT, Frank R.: "The Origins of Postmodernist Historiography", en Jerzy TOPOLSKI, ed., *Historiography Between Modernism and Postmodernism*, Amsterdam, 1994, pp. 87-117.

ANTONI, Carlo: *Dallo Storismo alla Sociologia*, Florencia, 1940.

— *Lo Storicismo*, Turín, 1968 (1956).

ARIÈS, Philippe: *L'homme devant la mort*, París, 1977.

— *Un historien du dimanche*, París, 1980.

— "La sensibilité au changement dans la problématique de l'historiographie contemporaine", en Gilbert Gadoffre (ed.): *Certitudes et incertitudes de l'histoire*, París, 1987.

ARIÈS, Philippe y Georges DUBY (dirs.): *Histoire de la vie privée*, París, 1985-1987.

AURELL, Jaume: "Historiadores románticos e historiadores científicos en la historiografía catalana contemporánea", *Memoria y Civilización*, 3 (2000), pp. 271-272.

— "La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán, de la

Renaixença al Noucentisme (1830-1930)", *Historia Contemporánea*, 16 (2001), pp. 257-288.

— "La transversalidad de la historia de la muerte en la Edad Media", en Jaume Aurell y Julia Pavón (eds.): *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, Pamplona, 2002, pp. 9-26.

— "Introducción", en J. Aurell (ed.): *El Mediterráneo medieval y renacentista, espacio de mercados y de culturas*, Pamplona, 2002, pp. 9-32.

— "El lenguaje mercantil y los códigos sociales identitarios", en Rocío García Bourrellier y Jesús M. Usunáriz (eds.): *Aportaciones a la historia social del lenguaje: España, siglos XIV-XVIII*, Madrid, 2004.

AURELL, Martin: *Les noces du Comte. Mariage et pouvoir en Catalogne (785-1213)*, París, 1995.

— "El triunfo tardío de la historia social", *Grupos sociales en la Historia de Navarra*, vol. III, Pamplona, 2002, pp. 3-18.

— *L'Empire Plantagenêt*, París, 2003.

AYDELOTTE, William, O. ALLAN, G. BOGUE, Robert W. FOGEL (eds.): *The dimensions of quantitative research in history*, Princeton, 1972.

BAEHREL, René: *La Basse-Provence rurale (fin XVIe siècle-1789). Essai d'économie historique statistique: une croissance*, París, 1961.

BAGBY, Philip: *La cultura y la historia*, Madrid, 1959.

BAJTIN, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Barcelona, 1974.

BAKER, Keith M.: *Inventing the French Revolution*, Cambridge, 1990.

BALAGUER, Vicente: *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricoeur*, Pamplona, 2002.

BARBERO, Abilio y Marcelo VIGIL: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, 1979.

BARROS, Carlos (ed.): *Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 1995.

BARROS, Carlos (ed.): *Historia a Debate*, A Coruña, 2000.

BARRY, Peter: *Beginning theory. An introduction to literary and cultural theory*, Manchester, 1995.

BARTHES, Roland: "Le discours de l'histoire", *Social Science Information. Information sur les sciences sociales*, VI (1967), pp. 65-75.

BAUMAN, Richard: *Let Your Words be Few: Symbolism of Speech and Silence among the Quakers*, Cambridge, 1983.

BAUMAN, Richard y Joel SHERZER (eds.): *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge, 1974.

BEC, Christian: *Les marchands écrivains, affaires et humanisme à Florence, 1375-1434*, París, 1967.

BEEK, Marinus Van: *An Enquiry into Puritan Vocabulary*, Groningen, 1969.

BELLAH, Robert N.: "Durkheim and History", *American Sociological Review*, 24 (1959), pp. 447-461.

BELSEY, Catherine: *Critical Practice*, Londres, 1980.

BESC, Henri: *Livre et société en Sicile (1299-1499)*, Palermo, 1971.

BESNARD, Philippe: "L'imperialisme sociologique face à l'histoire", en AA.VV.: *Historiens et sociologues aujourd'hui*, París, 1986.

BEST, Geoffrey, A. WHEATCROFT: *War, Economy, and the Military Mind*, Londres, 1976.

BIARD, Agnès, Dominique BOUREL, Eric BRIAN (eds): *Henri Berr et la culture du XXè siècle. Histoire, Science et Philosophie*, París, 1977.

BINDEMAN, Steven L.: *Heidegger and Wittgenstein: The poetics of Silence*, Washington, 1981.

BISSON, Thomas: "*La terre et les hommes*: a programme fulfilled?", *French History*, 14 (2000), pp. 322-345.

BLOCH, Marc: *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué a la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, París, 1961 (1924).

— *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1960 (1931).

— *La societé féodale. La formation des liens de dépendance*, París, 1939-1940.

— *La société féodale. Les classes et le gouvernement des hommes* , París, 1940.

— *L'étrange défaite; témoignage écrit en 1940 suivi de écrits clandestins, 1942-1944*, París, 1957.

— *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, 1964.

BLOCH, Marc y Lucien FEBVRE: *Correspondance. Tome Premier, 1928-1933*, París, 1994.

BLUMENBERG, Hans: *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt, 1981.

— *Wirklichkeitent in Denen wir Leben*, Stuttgart, 1981.

BOER, Pim den: *History as a Profession. The Study of History in France*, 1818-1914, Princeton, 1998.

BOGUE, Allan G.: *Clio & the Bitch Goddess: Quantification in American Political History*, Beverly Hills, 1983.

BOIA, Lucian (ed.): *Great Historians of the Modern Age*, Nueva York, 1991.

BOIS, Guy: *La mutation de l'an Mil. Lournand, village mâconais de l'antiquité au feodalisme*, París, 1989.

BOLLÈME, Geneviève et alt. (ed.): *Livre et societé dans France du XVIIIe siècle*, París, 1965.

BONELL, Victoria E. y Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, 1999.

BORGES, Jorge Luis: *El Aleph*, Buenos Aires, 1949.

BOUDON, Jacques-Olivier: *L'épiscopat français à l'époque concordataire (1802-1905). Origines, formation, nomination*, París, 1996.

BOULARD, Fernand: *Essor ou déclin du clergé français*, París, 1950.

BOURDÉ, Guy y Hervé MARTIN: *Les Écoles historiques*, París, 1983.

BOURDIEU, Pierre: *La Distinction. Critique sociale du jugement*, París, 1979.

— *Ce que parler veut dire*, París, 1982.

BOUTRY, Philippe: Prêtres et paroisses au pays du curé d'Ars, París, 1986.

BOUVIER, Jean: "Ernest Labrousse" en André Burguière (dir.): *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 407.

BRAUDEL, Fernand: *La Méditerranée et le monde Méditerranéen a l'époque de Philipe II*, París, 1949 (1ª ed.) y 1966 (2ª ed.).

— "Histoire et sciences sociales: la longue durée", *Annales, ESC*, XIII (1958), pp. 725-753.

— *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, París, 1967.

— *Civilisation matérielle, économie et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, París, 1979.

— *L'identité de la France*, París, 1986.

— "Mi formación como historiador", en *Escritos sobre la historia*, Madrid, 1991, pp. 11-32.

BREISACH, Ernst A.: *American Progressive History: an Experiment in Modernization*, Chicago, 1993.

BRESSOLETTE, Claude: *L'abbé Maret. Le combat d'un théologien pour une démocratie chrétienne, 1830-1851*, París, 1977.

BROWN, Peter R. L.: *Le culte de saints. Son essor et sa fonction dans la chrétienté latine*, París, 1984.

BROWN, Roger y Albert GILMAN: "The Pronouns of Power and Solidarity", en Pier Paolo Giglioli (ed.): *Language and Social Context*, Harmondsworth, 1971.

BURGUIÈRE, André: "Histoire d'une histoire. Naissance des Annales", *Annales, ESC*, 34 (1979), pp. 1347-1359.

— "Anthropologie historique", en André Burgière (dir.): *Dictionnaire des Sciences Historiques*, París, 1986, pp. 52-60.

BURKE, Peter: *The French historical revolution. The Annales School, 1929-89*, Cambridge, 1990 (trad.esp.: *La revolución historiográfica francesa: «la escuela» de los Annales 1929-1989*, Barcelona, 1994).

— *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, 1991.

— *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, 1991.

— *History and Social Theory*, Ithaca, 1992.

— "Historia cultural e historia total", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui (eds.): *La "nueva" historia cultural: la influencia del*

postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad, Madrid, 1996, pp. 115-122.

— *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, 1996.

BURKE, Peter y Roy PORTER (eds.): *The Social History of Language*, Cambridge, 1987.

— *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, 1995.

BUSBY, Keith: *Codex and Context. Reading Old French Verse Narrative in Manuscript*, Amsterdam, 2002.

BUTTERFIELD, Herbert: *The Origins of Modern Science, 1300-1800*, Londres, 1949.

— *Man on his Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, 1955.

CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*, Madrid, 2001.

CACHO VIU, V.: *Repensar el 98*, Barcelona, 1997.

CANAVERO, Alfredo: "La historia contemporánea religiosa en Italia (1980-1993)", en Antón Pazos (ed.): *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995.

CAMPBELL, Peter R.: "The New History: the *Annales* School of History and Modern Historiography", en William Lamont (ed.): *Historical Controversies and Historians*, Londres, 1998, pp. 189-199.

CARBONELL, Charles-Olivier: *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, 1976.

— *La historiografía*, México, 1993 (1981).

CARR, Edward H.: *What is History?*, Nueva York, 1965.

CARRARD, Philippe: *Poetics of the New History. French Historical Discourse form Braudel to Chartier*, Baltimore & Londres, 1992.

CASASSAS, Jordi "La funció cívica de l'historiador", *Relleu*, 62 (1999), pp. 5-13.

CEPLECHA, Christian: *The Historical Thought of José Ortega y Gasset*, Washington, 1958.

CERTEAU, Michel de: *L'écriture de l'histoire*, París, 1975.

— *Heterologies: Discourse on the Other*, Minneapolis, 1986.

CHALINE, Jean-Pierre : "Qu'est-ce qu'un bourgeois?", *L'Histoire*, 121 (1989), pp. 38-45.

CHANEY, David: *The Cultural Turn. Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres y Nueva York, 1994.

CHARTIER, Roger: *Cultural History. Between Practices and Representations*, Oxford, 1988.

— "Le monde comme représentation", *Annales E.S.C.*, 44 (1989), pp. 1505-1520.

— "La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui, eds., *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996.

CHARTIER, Roger y Jacques REVEL: "Lucien Febvre et les sciences sociales", *Historiens et géographes*, París, 1979, pp. 427-442.

CHAUNU, Pierre: *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, 1955.

— *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, 1978.

— *La mort à Paris XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1978.

CHIFFOLEAU, Jacques: *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du moyen age (vers 1320-vers 1480)*, Roma, 1980.

CHILDERS, Thomas: *The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill, 1983.

CIPOLLA, Carlo M.: *Faith, Reason and the Plague in Seventeenth Century*, Ithaca, 1979.

CLARK, Martin: "Gioacchino Volpe and fascist historiography in Italy", en Stefan Berger et al. (eds.): *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, 1999, pp. 189-201.

CLIFFORD, James y MARCUS, George E. (eds.): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, 1986.

CODINA, Mónica: *El sigilo de la memoria. Tradición y nihilismo en la narrativa de Dostoyevski*, Pamplona, 1997.

COLLINGWOOD, Robin G.: *The Idea of History*, Oxford, 1946.

COLOMINES, Agustí y Vicent S. OLMOS (eds.): *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja – Barcelona, 1998.

CONTRERAS, Jaime: *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia 1560-1700. Poder, sociedad y cultura*, Madrid, 1982.

CORBIN, Alain: *Archaisme et modernité en Limousin au XIXe siècle, 1845-1880*, París, 1975.

— *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot. Sur les traces d'un inconnu, 1798-1876*, París, 1998.

COSTELLO, Paul: *World Historians and their Goals. Twenty-Century Answers to Modernism*, Illinois, 1993.

COURTROT Aline y DREYFUS, François G.: *Les forces religieuses dans la société française*, París, 1965.

COUTEAU-BEGARIE, Hervé: *Le phénomène "Nouvelle histoire". Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, 1983.

CRAFTS, N.F.R., Nicholas H. DIMSDALE y Stanley L. ENGERMAN (eds.): *Quantitative Economic History*, Oxford, 1991.

CROCE, Benedetto: *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, 1955.

CRONIN, James E.: "Memoir, Social History and Commitment: Eric Hobsbawm's *Interesting Times*", *Journal of Social History*, 37 (2003), pp. 219-231.

DAIX, Pierre: *Braudel*, París, 1995.

DANTO, Arthur C.: *Analytical Philosophy of History*, Cambridge, 1965.

— *After the End of Art: Contemporary Art and the Pale of History*, Princeton, 1997.

DARNTON, Robert: *The Business of the Enlightenment*, Cambridge, 1979.

— *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984.

DAVID, Paul A. et alt.: *Reckoning with Slavery*, Nueva York, 1976.

DAVIS, Natalie Z.: *Society and Culture in Early Modern France,* Stanford, 1975.

— *Le retour de Martin Guerre*, París, 1982.

— "On the Lame", *American Historical Review*, 93 (1988), pp. 572-603.

DELBREIL, Jean-Claude: *Centrisme et démocratie chrétienne. Le parti démocrate populaire aux origines au MRP. 1910-1944*, París, 1990.

DELUMEAU, Jean: *L'Alun de Rome, XVe-XIXe siècle*, París, 1962.

— *La vie économique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle*, París, 1969.

— *Le catholicisme entre Luther et Voltaire*, París, 1971.

— *La Mort des pays de Cocagne. Comportements collectifs de la Renaissance à l'âge classique*, París, 1976.

— *La peur en Occident, XIVe-XVIIIe siècles. Une cité assiégée*, París, 1978.

DERRIDA, Jacques: *L'écriture et la différence*, París, 1967.

— *Of Grammatology*, Baltimore, 1976.

— *Dissemination*, Chicago, 1981.

DEWEY, John: "The Theory of Inquiry", en Hans Meyerhoff (ed.): *The Philosophy of History in Our Time*, Nueva York, 1959.

DESPY-MEYER, Andrée (ed.): *Positivismes: philosophie, sociologie, histoire, sciences*, Turnhout, 1999.

DION, Roger: *Essai sur la formation du paysage rural français*, París, 1991.

DOBB, Maurice: *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1973.

DONAGAN, Alan: *Later Philosophy of R.G. Collingwood*, Oxford, 1962.

DONOVAN, Timothy P.: *Historical Thought in America. Postwar Patterns*, Norman, 1973.

DOSSE, François: *L'histoire en miettes. Des «annales» a la nouvelle histoire*, París, 1987.

— *New History in France. The Triumph of the Annales*, Chicago, 1994.

— *Histoire du structuralisme*, París, 1991-1992.

— *L'empire du sens: l'humanisation des sciences humaines*, París, 1995.
— *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, 2001.
DRAY, William H.: *On History and Philosophers of History*, Leiden, 1989.
— *History as Re-enactment. R.G. Collingwood's Idea of History*, Oxford, 1995.
DREYFUS, Hubert L. y Paul RABINOW: *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, 1982.
DUBY, Georges: *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région maconnaise*, París, 1953.
— *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, París, 1973.
— *Saint Bernard. L'art cistercien*, París, 1979.
— *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1979.
— *Guillaume Le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, París, 1986.
— *La histoire continue*, París, 1991.
DUBY, Georges y Guy LARDREAU: *Dialogues*, París, 1980.
DUJOVNE, León: *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*, Buenos Aires, 1968.
DUMÉZIL, Georges: *Mythe et épopée*, París, 1995.
DUMOULIN, Olivier: *Marc Bloch*, París, 2000.
DUPRONT, A.: "La religion. Anthropologie religieuse", en Jacques Le Goff y Pierre Nora : *Faire de l'histoire*, París, 1974.
DURKHEIM, Émile: *Les Règles de la méthode sociologique*, París, 1895.
— "Préface", *L'Année sociologique*, 1898.
— *De la division du travail social*, París, 1992 (1893).
— *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*, París, 1994 (1912).
DUSSEN, Jan Van der: "Collingwood *Lost* Manuscript of *The Principles of History*", *History and Theory*, 36 (1997), pp. 32-62.
DWORKIN, Dennis L.: *Cultural Marxism in Postwar Britain. The New Left and the Origins of Cultural Studies*, Durham, 1997.
ECO, Umberto: *Interpretazione e sovrainterpretazione*, Milán, 1995.
EDGAR, Andrew y Peter SEDGWICK (eds.): *Key Concepts in Cultural Theory*, Londres & Nueva York, 2000.
EGMOND, F. y P. MASON: *The Mammoth and the Mouse. Microhistory and Morphology*, Baltimore, 1997.
EIRAS ROEL, Antonio et alt.: *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela, 1981.
ELAZAR, Daniel J.: *American Federalism. The View from the States*, Nueva York, 1972 (1966).
ELIAS, Norbert: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1987.

ERIBON, Didier: *Michel Foucault*, París, 1989.

EVANS, Robert J.W.: *The Language of History and the History of Language*, Oxford, 1998.

EVANS-PRITCHARD, Edward E.: *Les Nuer. Description des modes de vie et des institutions politiques d'un peuple nilote*, París, 1968.

FALTER, Jürgen W.: *Hitlers Wähler*, Munich, 1991.

FARGE, Arlette : *La vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIIIe siècle*, París, 1986.

FASS, Paula S.: "Cultural History/Social History: Some Reflections on a Continuing Dialogue", *Journal of Social History*, 37 (2003), pp. 39-46.

FAWTIER, Jeanne C.: *An Open Elite? England 1540-1880*, Nueva York, 1984.

FEBVRE, Lucien: *Philippe II et la Franché-Comté, étude d'histoire politique, religieuse et sociale*, París, 1970 (1911).

— *La terre et les hommes. Introduction géographique a l'histoire*, París, 1922.

— *Un destin, Martin Luther*, París, 1968 (1928)

— *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*, París, 1968 (1942).

— *Au coeur religieux du XVIe siècle*, París, 1957.

— "Dos filósofos oportunistas de la historia. De Spengler a Toynbee", en *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, pp. 206-208.

— *De la "Revue de synthèse" aux "Annales". Lettres à Henri Berr, 1911-1954*, París, 1997.

FEBVRE, Lucien y Henri-Jean MARTIN: *L'apparition du livre*, París, 1958.

FICHTENAU, Heinrich: *Living in the Tenth Century. Mentalities and Social Order*, Chicago, 1991.

FINLAY, Roger: "The Refashioning of Martin Guerre", *American Historical Review*, 93 (1988), pp. 553-571.

FISCHER, Fritz: *Germany's aims in the First World War*, Nueva York, 1967.

FOGEL, Robert W. y Stanley L. ENGERMAN: *Time on the Cross. The Economics of American Negro Slavery*, Boston, 1974.

FOHLEN, Claude: *Le travail au XIXè siècle*, París, 1967.

FONTANA, Josep: *La història dels homes*, Barcelona, 2000.

FONTENEAU, Françoise : *L'éthique du silence: Wittgenstien et Lacan*, París, 1999.

FORMISANO, Ronald P.: "The Concept of Political Culture", *Journal of Interdisciplinary History*, XXXI/3 (2001), pp. 398-403.

FOUCAULT, Michel : *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, 1966.

FRUIN, Robert : "De Nieuwe Historiographie", *Verspreide Geschriften*, 9 (1904), pp. 410-418.

FRYE, Northrop: *The Anatomy of Criticism*, Nueva York, 1969.

FUETER, Eduard: *Histoire de l'historiographie moderne*, París, 1914.

FUKUYAMA, Francis: *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992.

FURET, François *L'atelier de l'histoire*, París, 1982.

FURET, François y Jacques OZOUF: *Lire et écrire: L'alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, París, 1977.

FUSTEL DE COULANGES, Numa D.: *The Ancient City: A Study of Religion, Laws and Institutions of Greece and Rome*, Nueva York.

— "De l'analyse des textes historiques", *Revue des questions historiques*, 41 (1887).

— *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, t. 3, París, 1905.

GADAMER, Hans-Georg: *Verdad y método*, Salamanca, 1977 (1965).

GADILLE, Jacques: *La pensée et l'action politiques des évêques français au début de la Troisième République (1870-1883)*, París, 1967.

GALLIE, Walter B.: *Philosophy and the Historical Understanding*, Londres, 1964.

GEARY, Patrick: *Furta Sacra. Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, 1990.

GEERTZ, Clifford: *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973.

GEMELLI , Giuliana: *Fernand Braudel e l'Europa universale*, Venecia, 1990.

— *Fernand Braudel*, París, 1995.

GEREMEK, Bronislaw : "Historiographie polonaise", en André Burguière (dir.): *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1978, pp. 522-533.

— "Marc Bloch, historien et résistant", *Annales, ESC*, 1986, pp. 1091-1105.

GHADESSY, Mohsen (ed.): *Text and Context in Functional Linguistics*, Amsterdam, 1999.

GIBBINS, John R.: "Contemporary Political Culture: an Introduction", en John R. Gibbins (ed.): *Contemporary Political Culture. Politics in Postmodern Age*, Londres, 1989, pp. 1-30.

GIGLIOLI, Pier Paolo (ed.): *Language and Social Context*, Harmondsworth, 1971.

GINZBURG, Carlo: *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*, Turín, 1976.

— "Roots of a Scientific Paradigm", *Theory and Society*, 7 (1979).

— "Microstoria: due o tre cose che so di lei", *Quaderni Storici*, 86 (1994), pp. 511-539.

GLASERSFELD, Ernst von: *Radical Constructivism*, Londres, 1995.

GOGUEL, François: Géographie des élections françaises sous la troisième et la Quatrième République, París, 1970.

GOLDMANN, Lucien: *Pour une sociologie du roman*, París, 1965.

GOSSMAN, Lionel: *Between History and Literature*, Cambridge, 1990.

GOUBERT, Pierre : *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730. Contribution á l'histoire sociale de la France du XVIIe siècle*, París, 1982.

GOUREVITCH, Aaron J.: *Les catégories de la culture médiévale*, París, 1983.

GRAFTON, Anthony: *The Footnote: a Curious History*, Cambridge, 1997.

GRAHAM, John T.: *Theory of History in Ortega y Gasset: "the Dawn of Historical Reason"*, Columbia, 1997.

GUERRA, François-Xavier: *Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, 1992.

— *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*, México, 1998.

GUERRA, François-Xavier y Mónica QUIJADA (eds.): *Imaginar la nación*, Münster, 1994.

GUILLAUME, Pierre y Jean-Pierre POUSSOU: *Démographie historique*, París, 1980.

GUMPERZ, John J.: *Discourse Strategies*, Cambridge, 1982.

GUMPERZ, John J. y Dell H. HYMES (eds.): *Directions in Sociolinguistics*, Nueva York, 1972.

GUTMAN, Herbert G.: *Slavery and the Numbers Game*, Urbana, 1975.

HABERMAS, Jürgen: *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, 1988.

HALTTUNEN, Karen: "Cultural History and the Challenge of Narrativity", en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.) *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, 1999, pp. 165-181.

HAMILTON, Earl J.: *War and Prices in Spain 1651-1800*, Cambridge, 1947.

HAMILTON, Richard: *Who voted for Hitler?*, Princeton, 1981.

— *The Social Misconstruction of Reality. Validity and Verification in the Scholarly Community*, New Haven, 1996.

HARDING, Sandra: "Women and Words in a Spanish Village", en Rayna R. Reiter (ed.): *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York & Londres, 1975, pp. 283-308.

HARLAN, David: "Intellectual History and the Return of Literature", *American Historical Review*, 94 (1989).

HARRIS, David R. (ed.) *The archaeology of V. Gordon Childe. Contemporary perspectives*, Londres, 1992.

HAUSER, Arnold: *Sozialgeschichte der Kunst und Literatur*, Munich, 1958.

HELLER, Agnes: *A Theory of History*, Londres, 1982.

HENNINGSEN, Gustav: *The Witches' Advocates. Basque Witchcraft and the Spanish Inquisition (1609-1614)*, Reno, 1980.

HENRY, Louis: *Démographie: analyse et modèles*, París, 1972.

HÉRUBEL, Jean-Pierre (ed.): *Annales Historiography and Theory. A Selective and Annotated Bibliography*, Londres, 1994.

— "The Annales: its History and Evolution", en Jean-Pierre Hérubel (ed.): *Annales Historiography and Theory. A Selective and Annotated Bibliography*, Londres, 1994, pp. 1-13.

HERVITZ, Nohemi y Leonor LUDLOW: *Problemas de la historiografía contemporánea*, México, 1984.

HEXTER, Jack H.: *On historians. Reappraisals of some of the makers of modern history*, Cambridge, 1979.

HIGHAM, John: *History. Professional Scholarship in America*, Baltimore, 1973.

HILAIRE, Yves-Marie: "L'histoire religieuse de la France contemporaine", *Historiens-Géographes*, 331 (1990).

— "Les renovateurs de l'histoire religieuse en France, 1930-1970/90", *Le temps retrouvé*, Lille, 1998, pp. 39-46.

HILAIRE, Yves-Marie y Gérard CHOLVY: *Histoire religieuse de la France Contemporaine*, Toulouse, 1988.

HILL, Christopher: *The Collected Essays*, Brighton, 1985-1986.

HILLGARTH, Jocelyn N.: *Readers and Books in Majorca (1229-1550)*, París, 1991, 2 vols.

HILTON, Rodney (ed.): *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, 1987.

HIMMELFARB, Gertrude "The *Group*: British Marxist Historians", en *The New History and the Old*, Cambridge, Mass., 1987, pp. 70-93.

HOBSBAWM, Eric J.: "The Crisis of the Seventeenth Century", *Past and Present*, 5 (V.1954), pp. 33-53 y 6 (XI.1954), pp. 44-65.

— *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, 2000.

— *Sobre la historia*, Barcelona, 1998

HOBSBAWM, Eric J. y George RUDÉ: *Captain Swing*, Nueva York, 1979.

HOBSBAWM, Eric J. y Terence RANGER (eds.): *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1984.

HOFSTADTER, Richard: *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington*, Nueva York, 1968.

HOLLINGSWORTH, Thomas H.: *Historical Demography*, Ithaca, 1969.

HOUSTON, Robert A.: *Literacy in Early Modern Europe. Culture and education 1500-1800*, Londres, 1988.

HUIZINGA, Johan: *El otoño de la edad media*, Madrid, 1985 (1919-1927).

HUNT, Lynn (ed.): *The New Cultural History*, Berkeley, 1989.

HUNTINGTON, Samuel: *The clash of civilizations and the remaking of world order*, Nueva York, 1997.

HUTTON, Patrick H.: "From Collective Mentalities to Collective Memory

in Contemporary Historiography", en *History as an Art of Memory*, Hanover, 1993.

HYMES, Dell H.: "Ways of Speaking", en Richard Bauman y Joel Sherzer (eds.): *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge, 1974, pp. 433-451.

IGGERS, Georg G.: *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1968.

— "Historicism", en *Dictionary of the History of Ideas*, Nueva York, 1973, vol. 2, pp. 456-468.

— *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984.

— *The Social History of Politics. Critical Perspectives in West German Historical Writing since 1945*, Dover, 1985.

— "Nationalism and historiography, 1789-1996. The German example in historical perspective", en Stefan Berger, Mark Donovan y Kevin Passmore (eds.): *Writing National Histories. Western Europe since 1800*, Londres, 1999.

— *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1998.

IGGERS, Georg G. y Konrad VON MOLTKE: "Introduction", en Leopold Von Ranke: *The Theory and Practice of History*, Nueva York, 1973.

IGGERS, Georg G. y Harold T. PARKER (eds.): *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, 1979.

INGLEHART, Ronald: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, 1991.

JAMESON, Fredric: *The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998*, Londres, 1998.

JAY, Martin: "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate" en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, N.Y., 1982, pp. 86-110.

JOHNSON, Paul E. y Sean WILENTZ: *The Kingdom of Matthias: A Story of Sex and Salvation in 19th Century America*, Nueva York, 1994.

JONES, Gareth S.: *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*, Cambridge, 1983.

JOYCE, Patrick "The End of Social History", en Keith Jenkins (ed.): *The Postmodern History Reader*, Londres, 1997, pp. 341-365.

— "The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain", *Past and Present*, 158 (1998), pp. 207-235.

JUARISTI, Jon: *El chimbo expiatorio. La invención de la tradición bilbaína, 1976-1939*, Bilbao, 1994.

— *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, 1997.

KAMMEN, Michael: "Extending the Reach of American Cultural History", *American Studies*, 29 (1984), pp. 19-42.

KANTOROWICZ, Ernst: *Kaiser Friedrich der Zweite*, Berlin, 1927.

— *The King's Two Bodies*, Princeton, 1957.

KAYE, Harvey J.: *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989.

KAYE, Harvey J. y Keith MCCLELLAND (eds.): *E.P. Thompson, Critical Perspectives*, Cambridge, 1990.

KEEGAN, John y Andrew WHEATCROF: *Who's Who in Military History : from 1453 to the Present Day*, Londres, 1996.

KEHR, Eckart: *Battleship Building and Party Politics in Germany, 1894-1901. A Cross-section of the Political, Social and Ideological Preconditions of German Imperialism*, Chicago, 1973.

KELLEY, Donald R: "Horizons of Intellectual History: Retrospect, Circumspect, Prospect", *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), pp. 143-169.

— "What is Happening to the History of Ideas?", *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), pp. 3-25.

— "El giro cultural en la investigación histórica", en Ignacio Olábarri y Francisco J. Caspistegui (eds.): *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, pp. 35-48.

KITAGAWA, Joseph M. y Charles H. LONG, eds., *Myths and symbols. Studies in honor of Mircea Eliade*, Chicago, 1969.

KLAPISCH-ZUBER, Christine: *Women, Family and Ritual in Renaissance Italy*, Chicago, 1985.

KOCKA, Jürgen: *White Collar Workers in America, 1890-1940. A Social-Political History in International Perspective*, Londres, 2000 (1977).

— *Histoire d'un groupe social. Les employés en Allemagne, 1850-1980*, París, 1989 (1981).

— "Paradigmawechsel? Die Perspektive der *Historischen Sozialwissenschaft*", en Bernd Mütter y Siegfried Quandt (eds.): *Historie, Didaktik, Kommunikation, Wissenschaftsgeschichte und aktuelle Herausforderungen*, Marburgo, 1988.

— *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Barcelona, 1989.

KRIEGER, Leonard: *Time's Reasons. Philosophies of History Old and New*, Chicago, 1989.

KOCKA, Jürgen y Allan MITCHELL: *Bourgeois Society in Nineteenth-century Europe*, Orford, 1993.

KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993.

— *L'expérience de l'histoire*, París, 1997.

KUHN, Thomas S.: *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, 1970.

KULA, Witold: *Théorie économique du système fèodal, pour un modèle de l'economie polonaise, 16e-18e siècles*, París, 1970.

LABROUSSE, Ernest: *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1990 (1944).

LACAPRA, Dominick: *History and Criticism*, Ithaca, 1985.

LACROIX, Jean: *La sociologie d'Auguste Comte*, París, 1967.

LAFON, Jacques: *Les prêtres, les fidèles et l'Etat. Le ménage a trois du XIXème siècle*, París, 1987.

LAKATOS, Imre: *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge, 1978.

LAKOFF, Robin T.: *Language and Woman's Place*, Nueva York, 1975.

LANGLOIS, Charles-Victor y Charles SEIGNOBOS: *Introduction aux études historiques*, París, 1898.

LANGLOIS, Claude: *Le catholicisme au féminin. Les congrégations françaises à supérieure générale au XIXème siècle*, París, 1984.

— "Histoire religieuse", en André Burguière (dir.): *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, pp. 575-583.

LE BRAS, Gabriel: "Statistique et histoire religieuses. Pour un examen détaillé et pour une explication historique de l'état du catholicisme dans les diverses régions de la France", *Revue d'Histoire de l'Eglise de France*, 17 (1931), pp. 425-449.

— *Études de sociologie religieuse*, París, 1955.

LE BRAS, Gabriel, François de DAINVILLE, Jean GAUDEMET y André LATREILLE: *Répertoire des visites pastorales de la France*, París, 1977-1985, 6 vols.

LE GOFF, Jacques: *Pour un autre Moyen Âge. Temps, travail et culture en Occident*, París, 1977.

— *La naissance du purgatoire*, París, 1982.

— *Saint Louis*, París, 1996.

— *Saint François d'Assise*, París, 1999.

LE GOFF, Jacques (ed.), *La nouvelle histoire*, París, 1978.

LE GOFF, Jacques y P. NORA (eds.) *Faire de l'histoire*, París, 1974.

LE GOFF, Jacques y otros. (eds.): *La nouvelle histoire*, París, 1978.

LEE, D.E. y R.N. BECK: "The Meaning of *Historicism*", *American Historical Review*, 59 (1953-1954), pp. 568-577.

LEFEBVRE, Georges: *Études sur la Révolution française*, París, 1954.

LEJEUNE, Philippe: *Le pacte autobiographique*, París, 1975.

LEPETIT, Bernard: *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*, París, 1995.

— *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, 1999.

LEROUX, Robert: *Histoire et sociologie en France. De l'histoire-science à la sociologie durkheimienne*, París, 1998.

LE ROY LADURIE, Emmanuel: *Les Paysans du Languedoc*, París, 1966.

— *Le Territoire de l'Historien*, París, 1973.

— *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324*, París, 1975.

LEVI, Giovanni: "Sobre microhistoria", en Peter Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 119-143.

LEVILLAIN, Philippe: "Les protagonistes: de la biographie", en René Rémond (dir.): *Por une histoire politique*, París, 1988.

LÉVI-STRAUSS, Claude: *La pensée sauvage*, París, 1962.

— *Anthropologie structurale*, París, 1958.

— *Anthropologie structurale deux*, París, 1973.

LÉVY-BRUHL, Lucien : *La mentalité primitive*, París, 1960.

LÓPEZ, Roberto S.: "Sul Medioevo e medievisti", *Quaderni Medievali*, 4.XII.1977.

LUKES, Steven: *Émile Durkheim: His Life and Work. A Historical and Critical Study*, Stanford, 1985.

LYOTARD, Jean-François: *La condition postmoderne*, París, 1979.

MÂLE, Émile: *L'art religieux de la fin du Moyen Age en France. Étude sur l'iconographie du Moyen Age et sur ses sources d'inspiration*, París, 1922.

MANDELBAUM, Maurice: *The Problem of Historical Knowledge*, Nueva York, 1967.

MANDROU, Robert: Introduction à la France Moderne (1500-1640), París, 1961.

MANN, Hans D.: *Lucien Febvre. La pensée vivante d'un historien*, París, 1971.

MARROU, Henri-Irénnée: *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968.

— *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1937.

MARWICK, Arthur: *The Nature of History*, Londres, 1989 (1970).

— *The sixties. Cultural revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974*, Oxford, 1998.

MARTIN, J.: *Livre, pouvoirs et société á Paris au XVII siècle (1598-1701)*, Ginebra, 1969.

MASTROGREGORI, Massimo: *Introduzione a Bloch*, Roma, 2001.

MAY, Louis-Philippe: "Nécrologie Henri Berr (1863-1954)", *Revue Historique*, 213-214 (1955), pp. 200-204.

MAYEUR, Jean Marie: "La historiografía francesa sobre historia religiosa contemporánea", en Antón Pazos (ed.): *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995, pp. 73-82.

MCDONALD, Terrence J. (ed.): *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, 1996.

McLuhan, Marshall: *Understanding Media. The Extensions of Man*, Nueva York, 1964.

Meillet, Antoine: *Linguistique historique et linguistique générale*, París, 1921.

Mink, Louis O.: "History and Fiction as Modes of Comprehension", en *Historical Understanding*, Ithaca & Londres, 1987, pp. 42-60.

Mollat, Michel y Paul Tombeur : *Conciles oecuméniques médiévaux. Concordance, index, listes de fréquence, tables comparatives*, Lovaina, 1974.

Mousnier, Roland: *Les hiérarchies sociales de 1450 à nos jours*, París, 1969.

Moya, Eugenio: "Alan D. Sokal, Thomas S. Kuhn y la epistemología potsmoderna", *Revista de Filosofía*, XIII, 23 (2000), pp. 169-194.

Muir, Edward y Guido Ruggiero: *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, Baltimore, 1991.

Muñoz i Lloret, Josep Maria: *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, 1997.

Noiriel, Gérard: *Sur la «crise» de l'histoire*, París, 1996.

Nora, Pierre (ed.): *Les lieux de mémoire*, París, 1984.

— *Essais d'ego-histoire*, París, 1987.

North, Douglass C. y Robert P. Thomas: *The Rise of the Western World: a New Economic History*, Cambridge, 1973.

Novicks, Peter: *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*, Cambridge, 1988.

Ocáriz, Fernando: *El marxismo, teoría y práctica de una revolución*, Madrid, 1975.

Oexle, Otto G.: *L'historisme en débat. De Nietzsche à Kantorowicz*, París, 2001 (1996).

Olábarri, Ignacio: "El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)", *Hispania*, 175 (1990), pp. 417-437.

— "New New History: A Longe Durée Structure", *History and Theory*, 34 (1995), pp. 1-29.

— "Qué historia religiosa: el *Lutero* de Lucien Febvre", en Jesús M. Usunáriz (ed.): *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, Pamplona, 2000, vol. I, pp. 397-418.

Olábarri, Ignacio y Francisco J. Caspistegui (eds.): *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996.

Olábarri, Ignacio y Valentín Vázquez de Prada (eds.): *Understanding*

Social Change in the Nineties: Theoretical Approaches and Historiographical Perspectives, Aldershot, 1995.

ORR, Linda: "The Revenge of Literature", *New Literary History*, 18 (1986), pp. 1-22.

ORTEGA Y GASSET, José: *Historia como sistema*, Madrid, 1966 (1936).

— *La rebelión de las masas*, Madrid, 1943.

ORTNER, Sherry B.: *The Fate of Culture: Geertz and Beyond*, Berkeley, 1999.

OZOUF, Jacques y Monna OZOUF: *La république des instituteurs*, París, 1973.

OZOUF, Mona: *L'école, l'Eglise et la République, 1871-1914*, París, 1963.

PANOFSKI, Erwin: *Architecture gothique et pensée scolastique, précédé de l'Abbé Suger de Saint-Denis*, París, 1967.

PARET, Peter: *Innovation and Reform in Warfare*, Colorado, 1966.

PARKER, Harold T.: "Great Britain", en Georg G. Iggers y Harold T. Parker (eds.): *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Conn., 1979, pp. 193-215.

PARTNER, Nancy F.: "Making Up Lost Time: Writing on the Writing of History", *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, 61 (1986), pp. 90-117.

PASAMAR, Gonzalo: *Historiografía e ideología en la posguerra española. La ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, 1991.

PAZOS, Antón (ed.): *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid, 1995.

PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, 1994.

PENEDO, Antonio y Gonzalo PONTÓN, eds., *Nuevo historicismo*, Madrid, 1998.

PÉREZ LÓPEZ, Pablo: *Católicos, política e información. Diario regional de Valladolid, 1931-1980*, Valladolid, 1994.

PERROT, Michelle: *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, 1984.

PERRY, Matt: *Marxism and History*, Hampshire, 2002.

PIRENNE, Henri: *Mahomet et Charlemagne*, París, 1937.

— *Histoire économique et sociale du moyen âge*, París, 1963.

POPKIN, Jeremy D.: "Historians on the Autobiographical Frontier", *American Historical Review*, 104 (1999), pp. 725-748.

POPPER, Karl: *The Poverty of Historicism*, Londres, 1960.

PRICE, Richard: *Alabi's World*, Baltimore, 1990.

PROCHASSON, Christophe: "Vingt ans d'histoire politique in France", en Carlos Barros (ed.): *Historia a Debate*, vol. III, Santiago de Compostela, 2000.

QUEVEDO, Amalia *De Foucault a Derrida*, Pamplona, 2001.

RANCIÈRE, Jacques: *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992.

RÉMOND, René (ed.): *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*, París, 1954.

— *Pour une histoire politique*, París, 1988.

RENOUARD, Yves: *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age*, París, 1949.

REVEL, Jacques : "Histoire et Sciences Sociales; les paradigmes des Annales", *Annales ESC*, 34 (1979), pp. 1360-1376.

REVEL, Jacques (ed.) : *Fernand Braudel et l'histoire*, París, 1999.

RICKERT, Heinrich, *The Limits of Concept Formation in Natural Science. A Logical Introduction to the Historical Science*, Cambridge, 1986 (1902).

RICOEUR, Paul: *Histoire et Vérité*, París, 1964.

— *Interpretation Theory. Discourse and the Surplus of Meaning*, Fort Worth, 1976.

— *Temps et récit*, París, 1983-1985.

RIEFFEL, Rémy: "Les historiens, l'édition et les média", en François Bédarida (ed.): *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, 1995, pp. 57-73.

RIGBY, Stephen H.: *Marxism and History. A Critical Introduction*, Manchester, 1987.

RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (eds.): *Pour une histoire culturelle*, París, 1977.

ROBINSON, James H.: *The New History*, Nueva York, 1912.

ROMANO, Ruggiero: *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*, México, 1997.

RORTY, Richard (ed.): *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, 1967.

RORTY, Richard, Jerome B. SCHNEEWIND, Quentin SKINNER (eds.): *Philosophy in History. Essays on the historiography of philosophy*, Cambridge, 1984, pp. 49-75.

ROWSE, Alfred L.: *Historians I Have Known*, Londres, 1995.

RUBIÉS, Joan-Pau: *Travel and Ethnology in the Renaissance. South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge, 2000.

RUDÉ, George: *The Crowd in the French Revolution*, Londres, 1959.

RUIZ, Teófilo F.: *Historia Social de España*, 1400-1600, Barcelona, 2002.

RUIZ-DOMÈNEC, José E.: *La caballería o la imagen cortesana del mundo*, Génova, 1984.

— *Ricard Guillem. Un sogno per Barcellona*, Nápoles, 1999.

— *Rostros de la historia. Veintiún historiadores para el siglo XXI*, Barcelona, 2000.

RULE, John y Robert Malcomson (eds.): *Protest and Survival. The Historical Experience. Essays for E.P. Thompson*, Londres, 1993.

SAHIN-TÓTH, Péter (ed.): *Rencontres intellectuelles franco-hongroises. Régards croisés sur l'histoire et la littérature*, Budapest, 2001.

SAHLINS, Marshall: *Islands of history*, Chicago, 1985.

SAHLINS, Peter: *Boundaries. The Making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, 1991.

SALES, Véronique (ed.): *Les historiens*, París, 2003.

SAPORI, Armando: *Il mercante italiano nel Medioevo*, Milán, 1983.

SARANYANA, Josep I., Enrique De La LAMA y Miguel LLUCH-BAIXAULI (dirs.): *Qué es la historia de la Iglesia*, Pamplona, 1996.

SARDAR, Ziauddin: *Postmodernism and the Other. The New Imperialism of Western Culture*, Londres, 1998.

SAUSSURE, Ferdinand de: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, 1945 (1916).

SAVART, Claude : *Les catholiques en France au XIXe siècle. Le témoignage du livre religieux*, París, 1985.

SCHAMA, Simon: *The Embarrassment of Riches. An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, Londres, 1991.

— *Dead Certatinties (Unwarranted Speculations)*, Nueva York, 1991.

— *Rembrandt's Eyes*, Londres, 1999.

SCHLIP, Paul A. (ed.): *The Philosophy of Karl Popper*, La Salle, 1974, 2 vols.

SCHMOLLER, Gustav: *Principes d'économie politique*, París, 1905.

SCHORSKE, Carl E.: *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture*, Londres, 1979.

SCHÖTTLER, Peter: "Historians and discourse analysis", *History Workshop*, 27 (1989), pp. 37-65.

SCHWARZ, Bill: "The People in History: the Communist Party Historians", en Richard Johnson et alt. (ed.): *Making Histories. Studies in history-writing and politics*, Londres, 1982, pp. 44-95.

SCOTT, Joan W.: *Gender and the Politics of History*, New York, 1988.

— "Historia de las mujeres", en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 59-88.

SERNA, Justo y Anaclet PONS: *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, 2000.

SEWELL, William H., *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

— "The Concept(s) of Culture", en Victoria E. Bonell y Lynn Hunt (eds.): *Beyond the Cultural Turn*, Berkeley, 1999, pp. 35-53.

SHALOM, Albert: *R.G. Collingwood, philosophe et historien*, París, 1967.

SHEEHAN, James J.: "Quantification in the Study of Modern German Social and Political History", en Val R. Lorwin y Jacob M. Price (eds.):

The Dimensions of the Past. Materials, Problems, and Opportunities for Quantitative Work in History, New Haven, 1972.

SIMIAND, François: "Méthode historique et science sociale", *Revue de syntèse historique*, 1903.

— *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, París, 1932.

SIMSON, Otto G. von: *The Gothic Cathedral; Origins of Gothic Architecture and the Medieval Concept of Order*, Nueva York, 1964.

SIRINELLI, Jean-François: "Éloge de la complexité", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (eds.): *Pour une histoire culturelle*, París, 1997, pp. 433-442.

SOFFER, Reba N.: *Discipline and Power. The University and the Making of an English Elite, 1870-1930*, Stanford, 1994.

SOKAL, Alan y Jean BRICMONT: *Fashionable Nonsense. Postmodern Intellectuals'Abuse of Science*, Nueva York, 1998.

SOMBART, Werner: *Le bourgeois. Contribution à l'histoire morale et intellectuelle de l'homme économique moderne*, París, 1928.

SOUTHGATE, Beverley C.: *History: What and Why. Ancient, Modern and Postmodern Perspectives*, Londres, 1996.

SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente (Bosquejo de una morfología de la historia universal)*, Madrid, 1923-1927.

SPIEGEL, Gabrielle M.: "Social Change and Literary Language: The Textualization of the Past en Thirteenth-Century French Historiography", *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 17 (1987), pp. 129-148.

— *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth Century France*, Berkeley, 1993.

— *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore & Londres, 1997.

STANFORD, Michael: *The Nature of Historical Knowledge*, Oxford, 1986.

STEINER, George: *Extraterritorial. Papers on Literature and the Language Revolution*, Auckland, 1975.

STEINER, Philippe: "L'impasse sur Max Weber", en Maurice Aymard et alt. (ed.): *Lire Braudel*, París, 1988, pp. 133-156.

STEINMETZ, George: *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*, Ithaca, 1999.

STERN, Fritz R. (ed.): *The Varieties of History, from Voltaire to the Present*, Nueva York, 1973.

STOIANOVICH, Traian: *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca, 1976.

STOLT, Birgit: *Martin Luthers Rhetorik des Herzens*, Tubinga, 2000.

STONE, Lawrence: *The Crisis of Aristocracy*, 1558-1641, Oxford, 1966.

— *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800,* Londres, 1977.
— "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979), pp. 3-24.
— *The Past and the Present*, Boston, 1981.
— "History and Post-modernism", *Past and Present*, 131 (1991), pp. 217-218.
SUNY, Ronald Grigor: "Back and Beyond: Reversing the Cultural Turn?", *The American Historical Review*, 107 (2002), pp. 1476-1482.
TAYLOR, Andrew: *Textual Situations. Three Medieval Manusctipts and Their Readers*, Philadelphia, 2002.
TAYLOR, Charles: "Interpretation and the Sciences of Man", *Philosophy and the Human Sciences, Philosophical Papers*, vol. II, Cambridge, 1985, pp. 15-57.
TAYLOR, Victor E.: y Charles E. WINQUIST (eds.): *Encyclopedia of Postmodernism,* Londres & Nueva York, 2001.
THOMAS, Keith: *Religion and the Decline of Magic*, Nueva York, 1971.
THOMPSON, Edward P.: The Making of the English Working Class, Londres, 1963.
— *Whigs and Hunters*, Nueva York, 1975.
— *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, 1978.
TOEWS, John E.: "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, 92 (1987), pp. 879-907.
TOPOLSKI, Jerzy: "The Role of Theory and Measurement in Economic History", en Georg G. Iggers y H.T. Parker (eds.): *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, pp. 43-54.
TOYNBEE, Arnold J.: *Estudio de la historia*, Madrid, 1970.
TRIGGER, Bruce G.: *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology*, Londres, 1980.
TRIMBERGER, Ellen Kay: "E.P. Thompson: Understanding the Process of History", en Theda Scokpol (ed.): *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambdrige, 1984.
ULLMANN, Walter: *A History of Political Thought in the Middle Ages*, Harmondsworth, 1970 (1965).
— *Principles of Government and Politics in the Middle Ages*, Londres, 1966.
URBAN, George R.: *Toynbee on Toynbee. A Conversation Between Arnold J. Toynbee and G.R. Urban*, Oxford, 1974.
VALÍN, Alberto (ed.): *La sociabilidad en la historia contemporánea. Reflexiones teóricas y ejercicios de análisis*, Orense, 2001.

VANDERMEER, Philip R.: "The New Political History: Progress and Prospects", en Georg G. Iggers y H.T. Parker (eds.): *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), 1979, pp. 87-108.

VAUCHEZ, André : *La spiritualité du Moyen Age occidental, VIII-XII siècles*, París, 1975.

VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín: *Historia económica mundial*, Madrid, 1961.

VEESER, H. Aram (ed.): *The New Historicism Reader*, Nueva York, 1989.

VEYNE, Paul: "Foucault révolutionne l'histoire", *Comment on écrit l'histoire*, París, 1978.

VIALLANEIX, Paul : "Jules Michelet", en André Burguière, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 462.

VICENS VIVES, Jaume: *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, 1981 (1952).

— *Notícia de Catalunya*, Barcelona, 1982 (1954).

— *Manual de historia económica de España*, Barcelona, 1959.

VILAR, Pierre: *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, 1962.

— "Crecimiento económico y análisis histórico" en *Crecimiento y Desarrollo*, Barcelona, 1974, pp. 17-105.

— *Une histoire en construction*, París, 1982.

— *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, Barcelona, 1997.

VINCENT, David: *Literacy and Popular Culture. England, 1750-1914*, Cambridge, 1989.

VOVELLE, Michel: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, París, 1973.

— *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, 1974.

— *Idéologies et mentalités*, París, 1982.

— *La mort et l'Occident, de 1300 à nos jours*, París, 1983.

— *La Révolution française, 1789-1799*, París, 1998.

VV.AA., *Primeras jornadas braudelianas*, México, 1993.

— *Segundas jornadas braudelianas*, México, 1995.

WALCH, Jean: *Historiographie Structurale*, París, 1990.

WEBER, Max: *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Nueva York, 1956 (1904-1905).

— *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, 1977 (1922), 2 vols.

WEHLER, Hans-Ulrich: *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Colonia, 1968.

WHITE, Hayden V.: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore & Londres, 1973.

— *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore & Londres, 1978.

— "Method and Ideology in Intellectual History: The Case of Henry Adams", en Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.): *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, 1982, pp. 280-310.

— *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, 1989.

— "Literary Theory and Historical Writing", en *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Baltimore & Londres, 1999, pp. 1-27.

WIERLING, Dorothee: *Mädchen für alles: Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*, Berlín, 1987.

WILEY, Norbert (ed.): *The Marx-Weber debate*, Newbury Park, 1987.

WILLIAMS, Raymond: *Culture and society, 1780-1950*, Londres, 1960.

YEO, Eileen J.: "E.P. Thompson: witness against the beast", en William Lamont (ed.): *Historical Controversies and Historians*, Londres, 1998, pp. 215-224.

ZELDIN, Theodore: *France, 1848-1945*, Oxford, 1973.

— *A Intimate History of Humanity*, Londres, 1995.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

Abulafia, David: 11, 13.
Acton, John: 21.
Adamthwaite, Anthony: 11.
Adorno, Theodor: 40.
Agulhon, Maurice: 53, 168, 174, 215.
Agustín de Hipona: 56, 64.
Alberigo, Giuseppe: 170.
Almond, Gabriel A.: 164.
Altamira, Rafael: 44.
Althuser, Louis: 73.
Amelang, James, 12.
Anderson, Perry: 16, 76, 80, 114, 214, 218.
Anguera, Pere: 196.
Ankersmit, Frank R.: 115.
Antoni, Carlo: 39, 41.
Arendt, Hanna: 136.
Ariès, Philippe: 88, 89, 99, 101, 118, 144, 161, 173, 215, 218, 219.
Aron, Raymond: 164.
Artázcoz, María Ángeles: 11.
Aurell, Jaume: 24, 37, 103, 173, 195.
Aurell, Martin: 11, 141, 168, 193.
Aydelotte, William O.: 93.
Aymard, Maurice: 73.
Azevedo, Milton: 11.

Baehrel, René: 74, 83.
Bagby, Philip: 48.
Bajtin, Mijail: 185.
Baker, Keith M.: 177.
Balaguer, Vicente: 11, 156.
Balzac, Honoré de: 146.
Barbero, Abilio: 95.
Barros, Carlos: 168.
Barry, Peter: 114.
Barthes, Roland: 70, 116, 121, 122, 177, 207, 216, 218.
Batallon, Lionel: 49.
Baudrillard, Jean: 116, 216.
Bauman, Richard: 195, 196, 198.
Beard, Charles: 58, 162.
Bec, Christian: 102.
Becker, Carl L.: 162.
Bédarida, François: 104.
Beek, Marinus van: 195.
Bellah, Robert N.: 32.
Belsey, Catherine: 125.
Ben-Ami, Shlomó: 164.
Benjamin, Walter: 40, 88.
Benson, Robert L.: 13.
Berger, Stefan: 48, 49.
Bergman, Gustav: 122.
Bernstein, Richard J.: 168.
Berr, Henri: 30, 33, 38, 49, 57-59, 139, 154, 160, 162, 172, 214.
Besnard Philippe: 32.
Best, Geoffrey: 96.
Biard, Agnès: 58.
Bindeman, Steven L.: 196.
Bismarck, Otto von: 27.
Bisson, Thomas N.: 11, 54, 74.
Bloch, Marc: 14, 15, 17, 30, 33, 52-55, 58-66, 67, 100, 103, 139, 140, 154, 155, 156, 172, 191, 214, 217.
Blumenberg, Hans: 211, 212.
Boer, Pim den: 39.
Bogue, Allan G.: 93, 163.
Boia, Lucian: 160.
Bois, Guy: 79, 184.
Bollème, Geneviève: 175.
Bonafoux, Corinne: 169.
Bonell, Victoria E.: 178, 179, 206, 207, 219.

Borges, José Luis: 185.
Boucheron, Patrick: 15.
Boudon, Jacques-Olivier: 169, 174.
Bouglé, Célestine: 31.
Boulard, Fernand: 171, 174, 215.
Bourdé, Guy: 51.
Bourdieu, Pierre: 73, 177, 193, 197.
Bourel, Dominique: 58.
Boutry, Philippe: 174.
Bouvier, Jean: 82.
Braudel, Fernand: 15, 17, 28, 49, 52-55, 60, 62, 64, 70-75, 81-84, 89, 93, 100, 111, 154, 155, 156, 187, 191, 214, 217, 218, 219.
Breisach, Ernst A.: 160.
Brenner, Reuven: 79.
Bresc, Henri: 102.
Bressolette, Claude: 174.
Brian, Eric: 58.
Bricmont, Jean: 114.
Brown, Peter R.L.: 120.
Brown, Roger: 197.
Brüggemeier, Franz-Joseph: 109.
Buc, Philippe: 11.
Buckle, Henry Thomas: 27.
Burckhardt, Jacob: 24, 25, 26, 41, 57, 127, 180, 184, 213.
Burguière, André: 54, 57, 62, 82, 118, 155, 169.
Burke, Peter: 16, 51, 65, 89, 112, 123, 146, 160, 180, 183, 185, 186, 190, 192-198, 208, 216.
Bury, John B.: 23.
Busby, Keith: 189.
Butterfield, Herbert: 19.

Cabanel, Patrick: 169.
Cabrera, Miguel Ángel: 192.
Cacho Viu, Vicente: 25, 164.
Canaparo, Claudio: 68, 210.
Canavero, Alfredo: 170.
Candar, Gilles: 172.
Cantimori, Delio: 186.
Cantor, Norman F.: 133.
Capmany, Antoni de: 160.
Carbonell, Charles O.: 18, 23, 27, 32, 56.
Cardini, Franco: 12.
Carr, Edward H.: 181.
Carr, Raymond: 164.
Carrard, Philippe: 104, 205, 219.
Casassas, Jordi: 12, 64.
Caspistegui, Francisco Javier: 12, 164, 167, 180, 182, 183, 185, 204.
Ceplecha, Christian: 44.
Certeau, Michel de: 20, 114, 132, 134, 135, 137, 140, 162, 172, 205, 212, 215, 218.
Chabot, Federico: 186.
Chaline, Jean-Pierre: 192.
Champbell, Peter R.: 161.
Chaney, David: 181.
Chartier, Roger: 59, 98, 103, 105, 120, 156, 157, 200-204, 208, 216, 219.
Chaunu, Pierre: 74, 82, 99, 101, 103, 118, 163, 215, 218.
Chiffoleau, Jacques: 94, 144, 173.
Childe, Vere Gordon: 76, 77, 80, 214, 217.
Childers, Thomas: 110.
Cholvy, Gérard: 169, 215.
Cipolla, Carlo: 145.
Clark, Martin: 49.
Clifford, James: 179.
Codina, Mónica: 11, 137.
Collingwood, Robin G.: 17, 39-44, 46, 154, 213, 217.
Colomines, Agustí: 12, 114.
Comte, Auguste: 23, 26, 27, 29, 33, 57, 139, 213.
Congost, Rosa: 14, 60.
Contreras, Jaime: 145.
Conze, Werner: 108.
Corbin, Alain: 156, 168, 186.
Costello, Paul: 45.
Courtrot, Aline: 174.
Couteau-Begarie, Hervé: 118.
Crafts, N.F.R.: 93.
Croce, Benedetto: 17, 39-44, 46, 48, 98, 127, 137, 154, 213, 217.
Cronin, James E.: 14.
Cueva Merino, Julio de la: 174.

Dainville, François de: 174.

Daix, Pierre: 72.
Danto, Arthur C.: 41.
Darnton, Robert: 145, 146, 186, 219.
David, Paul A.: 95.
Davis, Natalie Z.: 16, 17, 96, 120, 124, 129, 131, 135, 136, 139, 144, 180, 182, 184-190, 216, 218.
Davis, Rocío G.: 12.
Davy: 31.
Delbreil, Jean-Claude: 174.
Deleuze, Gilles: 116, 118.
Delumeau, Jean: 144, 218.
Derrida, Jacques: 116, 118, 122, 123, 125, 132, 140, 177, 194, 202, 207, 216, 218.
Despy-Meyer, Andrée: 23.
Dewey, John: 41, 42.
Díaz, Onésimo: 12.
Dickens, Charles: 146.
Dilthey, Wilhelm: 33, 40, 41, 43.
Dimsdale, Nicholas H.: 93.
Dion, Roger: 49.
Dobb, Maurice: 75, 76, 79, 214, 218.
Donagan, Alan: 43.
Donovan, Mark: 48.
Donovan, Timothy P.: 69.
Dosse, François: 20, 55, 110, 119, 135, 152, 154, 156.
Douglas, Mary: 120, 140, 215.
Dray, William H.: 39, 41, 43.
Dreyfus, François G.: 174.
Dreyfus, Hubert L.: 119.
Droysen, Johann G.: 24.
Duby, Georges: 15, 17, 52-55, 64, 74, 83, 84, 88-90, 94, 100-104, 124, 129, 141, 142, 144, 155, 156, 173, 180, 193, 197, 215, 217, 218, 219.
Dujovne, León: 41.
Dumézil, Georges: 116, 118, 119, 215.
Dumoulin, Olivier: 15, 61.
Dupront, Alphonse: 169, 172, 215.
Durkheim, Émile: 29, 31-33, 40, 49, 57, 58, 61, 63, 105, 139, 140, 154, 155, 213, 217.
Dussen, Jan Van der: 43.
Dworking, Dennis L.: 76.
Eco, Umberto: 212.
Edgar, Andrew: 114.
Egmond, F.: 186.
Eiras Roel, Antonio: 111.
Elazar, Daniel J.: 165.
Eley, Geoff: 80.
Eliade, Mircea: 167.
Elias, Norbert: 88, 140, 144, 215, 217.
Elliott, John H.: 191.
Engels, Friedrich: 139.
Engerman, Stanley L.: 93, 95.
Eribon, Didier: 119.
Evans, Robert J.W.: 126.
Evans-Pritchard, Edward E.: 118, 140, 215.

Faber, Karl-Georg: 107.
Falter, Jürgen W.: 110.
Farge, Arlette: 97.
Fass, Paula S.: 180.
Fawtier, Jeanne C.: 133.
Febvre, Lucien: 17, 30, 33, 47, 48, 49, 52-55, 58-66, 71, 99, 102, 103, 121, 122, 139, 140, 154, 155, 171, 191, 197, 214, 217, 218.
Ferrary, Álvaro: 12.
Ferro, Marc: 73, 118, 155.
Fichtenau, Heinrich: 104.
Fink, Carole: 61.
Finlay, Roger: 189.
Fischer, Fritz: 106.
Fogel, Robert W.: 93, 95.
Fontana, Josep: 45, 46, 75, 88, 116, 133.
Fohlen, Claude: 97.
Fonteneau, Françoise: 196.
Fossier, Robert: 84.
Foucault, Michel: 53, 88, 116, 118, 119, 122-124, 132, 140, 177, 178, 180, 207, 215, 218.
Freedman, Paul: 11.
Fried, Johannes: 13.
Friedman, Georges: 155, 214.
Froissart, Jean: 64.
Frye, Northrop: 119.
Fruin, Robert: 160.
Füdtke, Alf: 109.

Fueter, Eduard: 19.
Fukuyama, Francis: 18, 166, 200, 201.
Furet, François: 70, 118, 142, 155, 164, 165, 215.
Furió, Antoni: 12.
Fustel de Coulanges, Numa D.: 25, 26, 39, 41, 213.

Gadamer, Hans-Georg: 122, 132, 140, 211, 215, 218.
Gadille, Jacques: 174.
Gadoffre, Gilbert: 161.
Galileo: 151.
Gallie, Walter B.: 132.
García Bourrellier, Rocío: 195.
Gatterer, Christoph: 160.
Gaudemet, Jean: 174.
Geary, Patrick: 120.
Geertz, Clifford: 79, 119, 140, 141, 165, 177, 179-181, 183, 202, 207, 215, 218.
Gemelli, Giuliana: 15, 72.
Genicot, Léopold: 84.
Geremek, Bronislaw: 54, 63.
Ghadessy, Mohsen: 189.
Gibbins, John R.: 164.
Gibbon, Edward: 56, 213.
Giglioli, Pier Paolo: 197, 198.
Gilman, Albert: 197.
Ginzburg, Carlo: 16, 17, 79, 88, 96, 124, 131, 135, 136, 139, 144, 146, 151, 180, 184-191, 216, 218.
Ginzburg, Natalia: 146.
Glasersfeld, Ernst von: 211.
Goguel, François: 174.
Goldmann, Lucien: 192.
Gombrich, Ernst H.: 206.
González Enciso, Agustín: 12.
Gossman, Lionel: 146.
Goubert, Pierre: 74, 83, 93, 218.
Gourevitch, Aaron J.: 193, 214.
Grafton, Anthony: 11, 190.
Graham, John T.: 44.
Gramsci, Antonio: 42, 77, 195.
Guennep, Arnold van: 120.
Guerra, François-Xavier: 11, 165.
Guillaume, Pierre: 92.
Guizot, François P.G.: 24.
Gumperz, John J.: 196, 198.
Gutman, Herbert G.: 95.

Habermas, Jürgen: 89, 167.
Halbwachs, Maurice: 31.
Halttunen, Karen: 179.
Hamilton, Earl J.: 81.
Hamilton, Richard F.: 110, 119.
Harding, Sandra: 195.
Harlan, David: 199.
Harris, David R.: 77.
Haskins, Charles H.: 49.
Hauser, Arnold: 192.
Hegel, Georg W.F.: 23, 56, 127, 209.
Heidegger, Martin: 114, 123, 211.
Heller, Agnes: 42.
Henningsen, Gustav: 145.
Henry, Louis: 83.
Henry, Paul: 121.
Hernández Sandoica, Elena: 12.
Herodoto: 56, 64.
Hérubel, Jean-Pierre: 51, 156.
Hervitz, Nohemi: 40.
Hexter, Jack H.: 72.
Hill, Christopher: 75-77, 214.
Hilaire, Yves-Marie: 169, 171, 173, 175, 215.
Hilton, Rodney: 75, 76, 80, 111, 214.
Himmelfarb, Gertrude: 76.
Hintze, Otto: 108.
Hobsbawm, Eric J.: 14, 75-79, 91, 94, 111, 145, 167, 214.
Hofstadter, Richard: 160.
Hollingsworth, Thomas H.: 92.
Homero: 146.
Houston, Robert A.: 142.
Hubert, Henri: 31.
Huizinga, Johan: 17, 49, 88, 171, 180, 184, 191, 196, 197, 206, 213.
Humboldt, Wilhelm von: 188.
Hunt, Lynn: 78, 120, 156, 165, 178, 179, 181, 200, 206, 207, 219.
Huntington, Samuel: 201.
Husserl, Edmund: 211.
Hutton, Patrick H.: 103.
Hymes, Dell H.: 196, 198.

Iggers, Georg G.: 15, 18, 24, 33, 38, 40, 41, 42, 48, 58, 65, 69, 76, 79, 83, 84, 87, 98, 105, 106, 115, 117, 121, 129, 160, 162, 167, 188, 190, 208, 216.
Illanes, José Luis: 11.
Inglehart, Ronald: 165.
Israel, Jonathan: 206.

Jaeger, Stephen: 11.
Jameson, Fredric: 113, 114.
Jay, Martin: 126.
Jenkins, Keith: 115.
Johnson, Paul E.: 186.
Johnson, Richard: 76.
Jones, Gareth S.: 80.
Joyce, Patrick: 115, 177, 202.
Juaristi, Jon: 194.

Kammen, Michael: 163.
Kant, Immanuel: 129, 130.
Kantorowicz, Ernst: 13, 49, 56, 62, 213.
Kaplan, Steven L.: 126.
Kaplisch-Zuber, Christine: 97.
Kavanagh, Dennis: 166.
Kaye, Harvey J.: 76, 78.
Keegan, John: 96.
Kehr, Eckart: 106, 108.
Kelley, Donald R.: 98, 161, 182, 185, 208.
Kiernan, Victor: 76.
Kitagawa, Joseph M.: 167.
Kitch, M.: 57.
Knox, Malcom: 43.
Kocka, Jürgen: 107, 109, 110, 214.
Koselleck, Reinhart: 211.
Kosto, Adam J.: 11.
Krieger, Leonard: 25, 26, 33, 39, 40, 98.
Kristeva, Julia: 116, 216.
Kuhn, Thomas S.: 67, 177.
Kula, Witold: 74, 214.

Labriola, Antonio: 41.
Labrousse, Ernest: 49, 53, 64, 81-82, 84, 154, 214.
Lacan, Jacques: 196.
LaCapra, Dominick: 116, 123, 126, 180, 190, 216, 219.
Lacombe, Paul: 30.
Lacroix, Jean: 32.
Lafon, Jacques: 175.
Lakatos, Imre: 210.
Lakoff, Robin T.: 195.
Lalouette, Jacqueline: 169.
Lama, Enrique de la: 170.
Lamont, William: 57, 78.
Lamprecht, Karl: 23, 58, 106, 108, 160, 162.
Langlois, Charles-Victor, 27, 39, 213.
Langlois, Claude: 169, 174.
Lardreau, Guy: 91.
Latreille, André: 169, 174.
Lavisse, Ernest: 58, 214.
Le Bras, Gabriel: 101, 169, 171, 172, 174, 215, 217.
Le Corbusier: 114.
Le Goff, Jacques: 52-55, 73, 94, 99, 100-103, 105, 118, 120, 155, 161, 164, 172, 173, 174, 215, 218, 219.
Le Roy Ladurie, Emmanuel: 52-55, 73, 74, 83, 89, 92, 93, 96, 103, 118, 135, 136, 145, 155, 173, 174, 190, 215, 218.
Lefebvre, Georges: 49, 58, 214.
Lejeune, Philippe: 167.
Lepetit, Bernard: 156, 157, 186, 215.
Leroux, Robert: 30, 33, 38, 58, 59.
Levi, Giovanni: 79, 89, 186, 190.
Lévi-Bruhl, Lucien: 60, 104.
Lévi-Strauss, Claude: 19, 70, 73, 99, 105, 118, 119, 121, 215.
Levillain, Philippe: 167, 169.
Lluch-Baixauli, Miguel: 170.
Long, Charles H.: 167.
López, Roberto S.: 185.
Lorwin, Val R.: 69.
Ludlow, Leonor: 40.
Lukács, Gyorgy: 77.
Lukes, Steven: 31.
Lyotard, Jean-François: 114-116, 216, 218.

Mabillon, Jean: 160, 213.

Malcomson, Robert: 78.
Mâle, Émile: 60.
Malthus, Thomas R.: 75.
Mandelbaum, Maurice: 41.
Mandrou, Robert: 55, 64, 73, 99, 118, 144.
Mann, Hans D.: 59.
Mannheim, Karl: 40.
Marcus, George E.: 179.
Marcuse, Herbert: 40.
Marrou, Henri-Irénée: 123, 169, 172, 215, 217.
Martin, Henri-Jean: 102.
Martin, Hervé: 51.
Marwick, Arthur: 113, 161.
Marx, Karl: 23, 26, 56, 60, 73, 106, 108, 109, 127, 131, 139, 209, 213.
Mason, P.: 186.
Mastrogregori, Massimo: 61.
Mauss, Marcel: 31, 72, 120.
May, Louis-Philippe: 58.
Mayeur, Jean-Marie: 169, 171, 173.
McClelland, Keith: 78.
McDonald, Terrence J.: 80, 179, 202.
McLuhan, Marshall: 195.
Meillet, Antoine: 60.
Meinecke, Friedrich: 98.
Melis, Federigo: 186.
Meuvret, Jean: 82.
Meyer, Christian: 214.
Meyerhoff, Hans: 42.
Michelet, Jules: 24, 27, 57, 127, 213.
Mies van der Rohe, Ludwig: 114.
Mignet, M. (François): 24.
Miller, Kathryn A.: 11.
Miller, Perry: 162.
Mink, Louis O.: 132.
Mitchell, Allan: 110.
Mollat, Michel: 97, 173, 174.
Mommsen, Theodor: 24, 25, 213.
Monod, Gabriel: 30, 38, 58, 214.
Montague, Richard: 121.
Morazé, Charles: 64, 155, 214.
Morrás, María: 12.
Mousnier, Roland: 193.
Moya, Eugenio: 114.
Muir, Edward: 186.
Müller, Bertrand: 62.
Muñoz i Lloret, Josep M.: 47, 54, 111.
Murray, Michael: 115.
Mussolini, Benito: 41.
Mütter, Bernd: 109.

Nadal, Jordi: 111.
Namier, Lewis: 48, 162.
Nietzsche, Friedrich: 56, 114, 123, 127.
Nietzthammer, Lutz: 109.
Nipperdey, Tomas: 107.
Noiriel, Gérard: 157.
Nora, Pierre: 14, 103, 118, 120, 172, 218.
North, Douglass C.: 93.
Novicks, Peter: 177.

Ocáriz, Fernando: 76.
Oexle, Otto G.: 39, 56, 107, 177.
Olábarri, Ignacio: 11, 55, 67, 68, 162, 167, 171, 180, 182, 183, 185, 204.
Olmos, Vicent S.: 114.
Orr, Linda: 160.
Ortega y Gasset, José: 17, 39, 40, 41, 44-47, 49, 196, 213, 217.
Ortner, Sherry B.: 178.
Ozouf, Jacques: 142.
Ozouf, Mona: 97, 172, 175.

Panofsky, Erwin: 88, 197.
Paret, Peter: 96.
Parker, Harold T.: 24, 42, 76, 83, 84, 98, 106, 121, 167.
Parrington, James H.: 162.
Partner, Nancy F.: 126.
Pasamar, Gonzalo: 67.
Passmore, Kevin: 48.
Pavón, Julia: 12, 173.
Pazos, Antón: 170, 171.
Peiró Martín, Ignacio: 13.
Pelletier, Denis: 169.
Pellistrandi, Benoît: 169.
Penedo, Antonio: 202.
Pérez López, Pablo: 12, 174.
Perrot, Michelle: 97.
Perry, Matt: 76.
Picasso, Pablo: 114.

Pirenne, Henri: 37, 49, 58, 59, 62, 72, 160, 213, 217.
Pluet-Despatin, Jacqueline: 172.
Polibio: 160.
Polito, Antonio: 75.
Poni, Carlo: 79, 186.
Pons, Anaclet: 186, 191.
Pontón, Gonzalo: 202.
Popkin, Jeremy D.: 14.
Popper, Karl: 19, 40, 41, 217.
Porter, Roy: 192, 194, 195, 197, 198.
Portier, Philippe: 169.
Poussou, Jean-Pierre: 92.
Powell, G. Bingham: 164.
Price, Jacob M.: 69.
Price, Richard: 147.
Prochasson, Christophe: 168.
Puigarnau, Alfons: 12.
Pujol, Enric: 12.
Pyenson, Lewis: 212.

Quandt, Siegfried: 109.
Quevedo, Amalia: 114.
Quijada, Mónica: 165.

Rabinow, Paul: 119.
Rancière, Jacques: 205.
Ranger, Terence: 167.
Ranke, Leopold von: 25, 26, 41, 43, 56, 64, 127, 129, 139, 160, 188, 209, 213.
Ratzel, Friedrich: 72.
Redondo, Gonzalo: 12.
Reiter, Rayna R.: 195.
Rémond, René: 166-168, 173.
Renouard, Yves: 37.
Requena, Federico: 12.
Revel, Jacques: 52, 59, 72, 120, 155, 156, 215.
Ricardo, David: 75.
Riché, Pierre: 172.
Rickert, Heinrich: 33, 39, 40, 44, 45, 213.
Ricoeur, Paul: 20, 114, 119, 124, 125, 132, 135, 137, 140, 152, 156, 205, 212, 215, 218.
Rieffel, Rémy: 104.
Riera, Antoni: 12.
Rigby, Stephen H.: 76.
Rioux, Jean-Pierre: 166.
Robinson, James H.: 58, 160, 162.
Romano, Ruggiero: 72, 186.
Rorty, Richard: 122, 139, 177, 209, 210, 218.
Rosenberg, Hans: 108.
Rowse, Alfred L.: 48.
Rubiés, Joan-Pau: 11, 182.
Rudé, George: 77, 145, 214.
Ruggiero, Guido: 186.
Ruiz, Teófilo F.: 11.
Ruiz-Domènec, José Enrique: 11, 100, 136, 137, 141, 153, 205.
Ruiz Martín, Felipe: 54, 82, 111.
Ruiz Torres, Pedro: 12.
Rule, John: 78.
Rüsen, Jörn: 107.

Sabaté, Flocel: 12.
Saenger, Paul: 196.
Sahin-Tóth, Péter: 54.
Sahlins, Marshall: 140, 141, 146, 177, 215.
Sahlins, Peter: 146, 147.
Sales, Véronique: 15.
Salomone, A. William: 42.
Samuel, Ralph: 149.
Sánchez-Marcos, Fernando: 12, 117.
Sanmartín, Israel: 201.
Sapori, Armando: 37.
Saranyana, Josep-Ignasi: 170.
Sardar, Ziauddin: 117.
Saussure, Ferdinand de: 121, 122.
Savart, Claude: 175.
Schama, Simon: 16, 17, 131, 135, 167, 188, 197, 205, 206, 216, 219.
Schleiermacher, Friedrich: 211.
Schlip, Paul A.: 40.
Schmitt, Jean Claude: 120, 215.
Schmoller, Gustav: 164.
Schneewind, Jerome B.: 210.
Schorske, Carl E.: 146.
Schöttler, Peter: 125.
Schwarz, Bill: 76.
Scokpol, Theda: 78.

Scott, Joan W.: 80, 123.
Sedgwick, Peter: 114.
Seignobos, Charles: 27, 30, 32, 39, 155, 213.
Serna, Justo: 186, 191.
Sestan, Ernesto: 186.
Sewell, William H.: 79, 80, 178.
Shalom, Albert: 43.
Sheehan, James J.: 69.
Sherzer, Joel: 196, 198.
Simiand, François: 28, 29, 31, 59, 81, 139, 214.
Simmel, Georg: 29, 40, 108.
Simson, Otto Georg von: 197.
Sirinelli, Jean-François: 166.
Skinner, Quentin: 210.
Smith, Adam: 75.
Sobrequés, Jaume: 12.
Soffer, Reba N.: 39.
Sokal, Alan: 114.
Sombart, Werner: 37, 213, 217.
Sorrel, Christian: 169.
Southgate, Beverley: 115.
Spencer, Herbert: 27, 58.
Spengler, Oswald: 17, 39, 40, 45-48, 214, 217.
Spiegel, Gabrielle M.: 11, 15, 119, 124, 126, 135, 200, 202-204, 208, 216, 219.
Spini, Giorgio: 186.
Stanford, Michael: 70.
Steiner, George: 122.
Steiner, Philippe: 73.
Steinmetz, George: 178.
Stern, Fritz R.: 23.
Stoianovich, Traian: 52.
Stolt, Birgit: 196.
Stone, Lawrence: 17, 96, 114, 115, 132-134, 135, 139, 145, 147, 151, 179, 200, 202, 208, 209, 216, 218.
Struever, Nancy S.: 121.
Suny, Ronald G.: 79, 178.
Sweezy, Paul M.: 79.
Sybel, Ludwig von: 24.

Taine, Hippolyte: 27.
Tawney, Richard H.: 34, 133, 162.
Taylor, Andrew: 189.
Taylor, Charles: 183.
Taylor, Victor E.: 114.
Tenenti, Alberto: 186.
Tenfelde, Klaus: 109.
Thiers, Adolphe, 24.
Thomas, Keith V.: 145.
Thomas, Robert P.: 93.
Thompson, Edward P.: 16, 17, 64, 75-80, 91, 94, 110, 118, 145, 180, 185, 214, 218.
Tocqueville, Alexis de: 24, 127.
Toews, John E.: 123, 126.
Tombeur, Paul: 174.
Topolski, Jerzy: 84, 115.
Toynbee, Arnold J.: 17, 39, 40, 45-48, 201, 214, 217.
Treitschke, Georg F.: 24.
Trigger, Bruce G.: 77.
Trimberger, Ellen K.: 78.
Troeltsch, Ernst: 40.
Tucídides: 56.
Turner, Frederick J.: 23, 58, 160, 162.
Turner, Victor: 120, 121, 140, 215.

Ullmann, Walter: 62.
Urban, Georg R.: 47.
Usunáriz, Jesús M.: 12, 55, 171, 195.

Valiani, Leo: 186.
Valín, Alberto: 168.
Valla, Lorenzo: 160.
Vandermeer, Philip: 167.
Vann, Richard T.: 83.
Varela Ortega, José: 164.
Vauchez, André: 173, 174.
Vázquez, Pablo: 12.
Vázquez de Prada, Valentín: 54, 82, 111, 182.
Veeser, H. Aram: 202.
Venturi, Franco: 186.
Verba, Sidney: 164.
Vernant, Jean-Pierre: 118.
Veyne, Paul: 59, 119, 218.
Viallaneix, Paul: 57.
Vicens Vives, Jaume: 47, 49, 54, 82, 111, 214.

Vico, Giovanni Battista: 39.
Vidal de la Blache, Paul: 49, 60, 72, 154, 155, 217.
Vierhaus, Rudolf: 107.
Vigil, Marcelo: 95.
Viguerie, Jean de: 169.
Vilar, Pierre: 14, 53, 54, 60, 82-83, 91, 94, 111, 185, 215.
Vincent, David: 142.
Volpe, Gioacchino: 48.
Voltaire, François M.: 65.
Vovelle, Michel: 53, 59, 94, 97, 98, 101, 144, 173, 215, 218.

Walch, Jean: 70.
Wallerstein, Immanuel: 73, 79.
Weber, Max: 28, 29, 31, 33-38, 40, 41, 49, 58, 65, 73, 106, 107, 108, 129, 131, 140, 154, 177, 193, 213, 217.
Wehler, Hans-Ulrich: 107, 108, 214.
Werner, Karl: 39.
Wheatcroft, Andrew: 96.
White, Hayden V.: 16, 17, 18, 25, 43, 116, 119, 123, 126, 127-130, 132, 135, 137, 138, 152, 177, 180, 188, 194, 206, 207, 212, 216, 218, 219.
Wierling, Dorothee: 110.
Wilentz, Sean: 186.
Wiley, Norbert: 34.
Williams, Raymond: 75-77, 149, 177, 214.
Winquist, Charles E.: 114.
Wittgenstein, Ludwig: 121, 196.

Yeo, Eileen J.: 78.

Zeldin, Theodore: 144.

ÍNDICE DE CONCEPTOS

Annales: 51-66, 70-75, 97-105, 110-112, 154-157.

Ciencia social histórica: 105-110.
Cliometría: 90-92.
Crisis de la historia: 149-154.
Cuantitativismo: 80-85, 96-97.

Estructuralismo: 70-75, 91-93.

Giro antropológico: 117-120.
Giro cultural: 177-183, 206-209.
Giro lingüístico: 120-127, 206-209.

Historia social del lenguaje: 192-198.
Historicismo: 23-30, 38-45.
Historiografía: 13-21, 209-212.

Marxismo: 75-80, 90-97.
Mentalidades: 87-90, 97-105.
Metahistoria: 125-130.
Microhistoria: 183-191.
Morfologismo: 45-48.

Narrativismo: 131-147.
Nuevas historias: 159-163.
Nueva historia política: 164-169.
Nueva historia cultural: 179-183.

Pardigma: 67-70, 84-85, 90-97.
Positivismo: 23-30.
Postmodernismo: 113-130.

Religiosidad: 169-175.

Sociología: 28-38, 56-59.

Terceras vías: 199-206.

ÍNDICE DE REVISTAS

Annales d'histoire économique et sociale: 30, 52, 62-64.
Annales d'histoire sociale: 52.
Annales. Économies, Sociétés, Civilisations: 52, 139, 199, 204.
Annales. Histoire, Sciences Sociales: 52, 139, 155, 204.
Année sociologique: 29, 30, 31, 59.

Economic History Review: 63.
English Historical Review: 57.

Geschichte und Gesellschaft: 108, 109.

Historische Zeitschrift: 57.
History and Memory: 138.
History and Theory. Studies in the Philosophy of History: 138.
History Today: 143.
History Workshop: 79.

L'Histoire: 143.

Medieval Prosopography. History and Collective Biography: 149.
Mélanges d'histoire sociale: 52, 63.

New Left Review: 76.

Past and Present: 68, 76, 91, 92, 133, 200, 202.

Quaderni Storici: 186.

Rethinking History. The Journal of Theory and Practice: 138.
Revue de synthèse historique: 30, 58, 59.
Revue historique: 30, 57, 58.
Rivista di storia della storiografia moderna: 138.
Rivista Storica Italiana: 57.

Science and Society: 76.
Socialist Register: 76.
Storia della Storiografia. Rivista Internazionale: 138.
Storiografia. Rivista annuale di storia: 138.

The American Historical Review: 200, 202, 206.